

WORLD WARCRAFT

EL ASCENSO DE LA HORDA

CHRISTIE GOLDEN

panini BOOKS

El Ascenso de la Horda

Aunque el joven Jefe de Guerra Thrall acabó con la maldición demoníaca que había asolado a su raza durante generaciones, los orcos aún deben cargar con los pecados de su sangriento pasado. Al igual que la destructora Horda, libraron una serie de devastadoras guerras contra su eterno enemigo: la Alianza. No obstante, la ira y la sed de sangre que impulsaron a los orcos a destruir todo cuanto hallaban a su paso estuvieron a punto de aniquilarlos a ellos también.

Hace mucho tiempo, en el idílico mundo de Draenor, los nobles clanes orcos convivían en una relativa paz con sus enigmáticos vecinos, los draenei. Pero los malévolos agentes de la Legión Ardiente tenían otros planes para ambas razas. El señor demoníaco Kil'jaeden puso en marcha una serie de acontecimientos tenebrosos que no solo erradicaron a los draenei, sino que fusionaron a todos los clanes orcos en una imparable y destructiva fuerza movida por el odio.

Christie Golden

El Ascenso de la Horda

Corrección y edición:

Traduciendo 
BLIZZARD

Dedico este libro con gratitud a Chris Metzen, por su inquebrantable ayuda y entusiasmo con este proyecto.

Y también a todos los fantásticos jugadores de WoW con los que he tenido el honor de jugar, incluidos (¡pero no limitados a ellos!) Aron y Erica Jolly-Meers, Lacey Coleman y especialmente Sean Rich, que me enseñó este tipo de juegos por primera vez.

¡Que viva el Consejo de la Sombra!



PRÓLOGO

El poder que irradiaba el desconocido se arremolinaba a su alrededor con tonos y vibraciones gloriosos, flotaba como una capa tras él y rodeaba su portentosa cabeza como si fuera una corona. Su voz era audible tanto a través de los oídos como directamente en la mente y le recorrió la sangre como una dulce canción desde hace tiempo olvidada y ahora, de repente, recordada de nuevo.

Lo que ofrecía era tentador, era emocionante, y hacía que su corazón se encogiese de añoranza. Aun así, aun así... había algo...

Cuando se hubo ido, los líderes de los eredar empezaron a hablar tranquilamente los unos con los otros, de manera telepática.

—No es mucho pedir, para lo que nos ofrece —dijo el primero en hablar. Se estiró, tanto en el mundo físico como en el metafísico, exhalando ecos de fuerza.

—Un poder así... —murmuró el segundo, perdido en sus cavilaciones. Era el más elegante, el más bello, y su esencia era gloriosa y radiante—. Y lo que ha dicho es cierto. Lo que nos ha enseñado, *pasará*. Nadie puede mentir sobre algo así.

El tercero permanecía en silencio. Lo que el segundo había dicho era verdad. El método por el que este poderoso ser había demostrado la veracidad de lo que les ofrecía no podía ser falsificado, todos lo sabían. Aun así, esta entidad, este... *Sarger*... había algo de él que a Velen no le gustaba.

Los otros líderes eran al mismo tiempo amigos de Velen. Era sobre todo buen amigo de Kil'jaeden, el más poderoso y decisivo de los tres. Habían sido amigos durante los muchos años que habían pasado desapercibidos para los seres de más allá de lo que alcanza el tiempo. Que Kil'jaeden estuviera dispuesto a aceptar la oferta tenía más peso para Velen que la opinión de Archimonde que, aunque por lo general se hacía notar, podía estar ocasionalmente influido por su vanidad.

Velen volvió a reflexionar sobre la imagen que Sargerass les había mostrado. Mundos por conquistar y, lo que era más importante, por explorar e investigar; pues, por encima de todo, los eredar eran una raza curiosa. Para unos seres tan poderosos, el conocimiento era lo mismo que la comida y la bebida para otros seres inferiores, y Sargerass les ofreció un tentador vistazo de lo que podrían conseguir solamente con...

Solo jurarle lealtad.

Solo prometer lo mismo para su gente.

—Como de costumbre, nuestro querido Velen es el más cauto —dijo Archimonde. Se podían entender esas palabras como un cumplido; pero, en su lugar, golpearon a Velen por su condescendencia. Sabía lo que Archimonde quería conseguir, y Velen sabía que el otro entendía su indecisión simplemente como un obstáculo para lo que él, Archimonde, anhelaba en ese momento. Velen sonrió.

—Sí, soy el más prudente, y algunas veces mi prudencia nos ha salvado tanto como tu decisión, Kil'jaeden, y tu instintiva impetuosidad, Archimonde.

Ambos se echaron a reír y, por un momento, Velen se sintió reconfortado por su afecto. Luego se callaron y advirtió que ellos, como mínimo, ya habían tomado una decisión. Velen sintió un vuelco en el corazón al verlos marchar, esperando que hubiera tomado la decisión correcta.

Ellos tres siempre habían trabajado juntos, sus diferentes personalidades se equilibraban mutuamente. El resultado era armonía y paz para su gente. Sabía que Kil'jaeden y Archimonde querían de verdad lo mejor no para ellos mismos, sino para aquellos que lideraban. Compartía este sentimiento con ellos y, siempre antes, habían conseguido llegar a un acuerdo en este tipo de cosas.

Velen frunció el ceño. ¿Por qué lo perturbaba el atractivo y seguro Sargerass? Los otros se habían inclinado por aceptar su oferta, obviamente. Sargerass les había dicho que los eredar eran exactamente lo que había estado buscando. Un pueblo fuerte, pasional y orgulloso, que le serviría para reunir a todos los pueblos. Les había dicho que los elevaría, que los cambiaría, los haría mejores, que les daría unos dones que el universo nunca había visto porque, de hecho, el universo nunca había reunido los poderes de los que Sargerass hablaba y la singularidad de los eredar. Y lo que Sargerass les había dicho, de hecho, era lo que iba a pasar.

Y, sin embargo, sin embargo...

Velen fue al templo, el lugar donde habitualmente iba cuando no tenía las ideas claras. Otros estaban allí aquella noche, sentados en círculo alrededor del único pilar en la habitación que guardaba el precioso cristal ata'mal. Era un artefacto antiguo, tan antiguo como para que ningún eredar pudiera recordar sus orígenes, e incluso más de lo que pudieran recordar de ellos mismos. La leyenda decía que era un don que les habían

otorgado mucho tiempo atrás. El cristal les había hecho capaces de expandir tanto sus capacidades mentales como su conocimiento de los misterios del universo. Había sido usado en el pasado para curar, conjurar y, como Velen quería usarlo aquella noche, para recibir visiones. Con todo el respeto, se acercó hacia el cristal y tocó su superficie triangular. Su calor, como el de un animal acurrucado en su mano, lo tranquilizó. Respiró hondo, dejando que su familiar poder entrase dentro de él, retiró la mano y volvió al círculo.

Velen cerró sus ojos y se abrió todas las partes capaces de recibir la visión: su mente, su cuerpo y su intuición mágica. Al principio, lo que vio parecía solo confirmarle lo que Sargerass les había prometido. Se vio a sí mismo al lado de Kil'jaeden y Archimonde, señores no solo de su propio, noble y orgulloso pueblo, sino de muchos otros mundos. Un poder brillaba alrededor de ellos, un poder que Velen sabía que iba a ser tan embriagador como cualquier licor que pudiera beber. Había ciudades luminosas que estaban bajo su mando, así como sus habitantes, que se postraban ante ellos tres con vítores y gritos de adoración y lealtad. Había una tecnología tan avanzada como la que nunca podría haber soñado o esperado a través de sus investigaciones. Le habían traducido libros escritos en extrañas lenguas, que le revelaban una magia inimaginable y desconocida hasta entonces.

Era una visión gloriosa, y su corazón estaba henchido de placer.

Se dio la vuelta para mirar a Kil'jaeden, y su viejo amigo sonreía. Archimonde le puso la mano amistosamente sobre el hombro.

Entonces, Velen bajó la mirada hacia sí mismo.

Y gritó horrorizado.

Su cuerpo era ahora de un tamaño descomunal, pero estaba torcido y distorsionado. Su suave piel azul era ahora negra y marrón, y nudosa, como el tronco de un árbol desfigurado por alguna enfermedad. Su cuerpo irradiaba luz, pero no una luz pura de energía poderosa y positiva, sino una luz de un tono verde enfermizo. Desesperadamente, se giró para contemplar a sus amigos, sus compañeros en el liderazgo de los eredar. Ellos también habían sido transformados. Ellos tampoco conservaban nada de lo que habían sido, sino que ahora eran...

Man'ari.

La palabra con la que los eredar se referían a algo horrorosamente *malo*, retorcido, poco natural y corrupto se estrelló contra su mente con la fuerza de una espada brillante. Velen volvió a gritar agónicamente y dobló sus rodillas. Retiró la vista de su cuerpo atormentado, en busca de paz, prosperidad y el conocimiento que Sargerass le había prometido. Pero solo veía atrocidades; donde antes había una multitud de seguidores, ahora solo veía cuerpos mutilados que, como el suyo, el de Kil'jaeden o el de Archimonde, habían sido transformados en monstruos. Entre los muertos y los desfigurados, había seres

dando saltos que no se parecían a nada que hubiera visto antes. Como perros extraños con tentáculos en sus espaldas. Diminutas y retorcidas figuras que bailaban y saltaban y se reían de la carnicería. Criaturas aparentemente bellas, con las alas extendidas a sus espaldas, contemplaban lo que habían causado con deleite y orgullo. La tierra moría allá por donde sus pezuñas pisaban. No solamente la hierba, sino el mismo suelo; todo lo que daba vida era eliminado, succionado hasta dejarlo seco.

Esto, entonces, era lo que planeaba hacer Sargerass con los eredar. Estas eran las «mejoras» que les había comentado con tanto entusiasmo. Si la gente de Velen se aliaba con Sargerass, se convertirían en esas monstruosas cosas... esos man'ari. Y, de alguna forma, Velen comprendió que lo que había presenciado no se trataba de un incidente aislado. No era simplemente este mundo el que caería. Ni siquiera una docena de mundos o una centena o un millar.

Si le daba su apoyo a Sargerass, *todo* iba a ser destruido. Esta legión de man'ari seguiría avanzando con la ayuda de Kil'jaeden, Archimonde y, si todo lo bueno y puro no lo ayudaban, con la suya. No se detendrían hasta que todo lo que existiese fuera arrasado y ennegrecido como ese pedazo de tierra que Velen había visto a través de la visión borrosa. ¿Podía ser que Sargerass estuviera loco? O, peor aún, ¿era consciente de todo esto y aun así seguía anhelándolo?

Caía sangre y fuego líquido sobre todas las cosas, llovía sobre él, quemándolo y salpicándolo hasta que cayó de rodillas al suelo y rompió a llorar.

Afortunadamente, la visión desapareció y Velen parpadeó, temblando. Ahora estaba solo en el templo, y el cristal brillaba de forma reconfortante. Estaba agradecido por la protección que le otorgaba.

No había sucedido. Todavía no.

Lo que Sargerass les había dicho era, sin lugar a duda, cierto. Los eredar se transformarían y a sus tres líderes les serían ofrecidos poder, conocimiento y dominación... casi divinos.

Y perderían todo aquello a lo que habían dado tanta importancia, pues traicionarían a todos los que habían jurado proteger.

Velen se pasó una mano por la cara y se alivió al ver que solo estaba empapada de sudor y lágrimas y no del fuego y la sangre de su visión. No todavía, pensó. ¿Era posible poner fin a todo esto o mitigar la destrucción que la legión causaría de todas formas?

La respuesta flotaba a sus espaldas, tan revitalizante y dulce como un trago de agua pura en el desierto: Sí.

Llegaron al mismo tiempo, respondiendo a la emoción de su llamada mental. No era más que una cuestión de segundos limpiar sus mentes y observar todo lo que él había

visto, todo lo que había sentido. Por un instante, supo que compartían sus sentimientos, y la esperanza creció en su interior. Sin embargo...

Archimonde parecía contrariado.

—Esta no es una visión del futuro que podamos verificar. Es solo una corazonada.

Velen se quedó mirando a su viejo amigo, luego dirigió su mirada hacia Kil'jaeden. Kil'jaeden no estaba cegado por la vanidad como Archimonde. Era decisivo y sabio...

—Archimonde tiene razón —dijo Kil'jaeden sin rodeos—. No hay veracidad ninguna, solo es una imagen en tu propia mente.

Velen lo miró, el dolor crecía en su interior. Con cuidado y tristeza, desligó sus pensamientos de los de ellos. Ahora, lo que había en su mente y en su corazón se quedó allí, solo para él. Nunca más lo volvería a compartir con aquellos dos que una vez habían sido como extensiones de su propia alma.

Kil'jaeden entendió su retirada como una rendición, justo lo que quería dar a entender Velen, y le sonrió mientras colocaba la mano sobre su espalda.

—No quiero renunciar a aquello que sé que es positivo, bueno y verdadero por lo que simplemente temo que podría ser desagradable —dijo—. Creo que tú tampoco.

Velen no podía arriesgarse a mentir. Simplemente bajó la cabeza y suspiró. En otra ocasión, Kil'jaeden e incluso Archimonde hubieran sido capaces de ver más allá de su débil fachada pero ahora no estaban centrados en él, estaban pensando en los aparentemente ilimitados poderes que les iban a ser otorgados. Aquellos que otrora fueran grandes seres, ahora eran simplemente los juguetes de Sargerass; y estaban en el camino de convertirse en man'ari. Velen sabía con aterradora certeza que, si sospechaban que no estaba de su lado, se volverían en su contra con mortíferas consecuencias. Tenía que sobrevivir, aunque solo fuera para hacer lo necesario por salvar a su pueblo de la condenación y la destrucción.

Velen asintió, pero no dijo nada, y entonces se decidió que los tres líderes de los eredar se aliarían con el gran Sargerass. Archimonde y Kil'jaeden se fueron rápidamente para preparar todo lo necesario para recibir a su nuevo señor.

Velen lloraba de impotencia. Quería salvar a toda su gente, como había jurado hacer, pero sabía que era imposible. La mayoría confiarían en Kil'jaeden y Archimonde, y los seguirían hacia la condenación. Pero había unos cuantos que pensarían de la misma forma que él había hecho, que renunciarían a todo solo por su palabra. Y así tendrían que hacerlo, pues su mundo natal, Argus, sería próximamente destruido, devorado por la locura de la legión demoniaca. Aquellos que querían sobrevivir, tendrían que huir.

Pero... ¿huir *adónde*?

Velen miró fijamente el cristal ata'mal, la desesperación inundaba todo su cuerpo. Sargerass estaba de camino. No había lugar en este mundo donde esconderse de un ser así. ¿Cómo iban a escapar, entonces?

Las lágrimas emborronaron su visión mientras contemplaba el cristal. Sin duda eran sus lágrimas las que lo hacían brillar y palpar. Velen parpadeó. No... no era un efecto de la luz a través de sus lágrimas. El cristal estaba brillando y, ante su atónita mirada, se levantó de su pedestal y levitó hasta quedarse justo frente a él.

Tócalo, oyó como decía una voz suavemente en su cabeza. Temblando y atemorizado, Velen extendió una de sus fuertes y azules manos con la esperanza de sentir el calor familiar del prisma inactivo.

Una energía atravesó su cuerpo y jadeó. Por su intensidad, era casi tan poderosa como la energía oscura que había percibido a través de su visión. Pero esta era tan pura como aquella contaminada y corrupta; tan luminosa como aquella oscura; y, de repente, Velen sintió esperanza y fuerza en su interior.

El extraño y brillante campo alrededor del cristal ata'mal crecía y se expandía hacia arriba, cobrando forma. Velen parpadeó, casi cegado por el resplandor, pero sin querer apartar la mirada.

No estás solo, Velen de los eredar, le susurró la voz. Fue tranquilizador, dulce, como el sonido del agua corriendo y una ráfaga de viento veraniego. El resplandor se desvaneció poco a poco y, flotando frente a Velen, apareció un ser diferente a cualquier otro que jamás hubiera visto. Parecía estar formado por luz viva. Su centro era de un tono dorado suave, su radio exterior era de color violeta brillante. Extraños glifos de aspecto metálico se arremolinaban alrededor de su centro moviéndose como una espiral de color y luz, tranquilizadora e hipnótica. Continuó hablando en su mente con una voz que a Velen le parecía más luz que sonido.

Nosotros también hemos sentido los horrores que próximamente asolarán este y otros mundos. Nos hemos esforzado por mantener el equilibrio, y lo que Sargerass está planeando lo destruirá todo. Descenderán el caos más absoluto y la ruina total, y las cosas que son buenas, verdaderas, puras y sagradas se perderán sin posibilidad de recuperarlas.

¿Quién...? ¿Qué...? Velen ni siquiera podía formular la pregunta en su cabeza, de lo sobrecogido que estaba por la majestuosidad de aquel ser.

Somos los naaru, dijo la entidad radiante. *Puedes llamarme... K'ure.*

Los labios de Velen empezaron a dibujar una sonrisa mientras susurraba esas palabras.

—Naaru... K'ure... —probó la dulzura que había tras ellas, como si al pronunciarlas le diesen algo de su misma esencia.

Aquí es donde todo empieza, K'ure continuó. No podemos pararlo, pues tus amigos son libres al tomar sus decisiones. Pero tú nos has contactado con el corazón angustiado, con la intención de salvar lo que podamos. Nosotros salvaremos a todos aquellos que rechacen el horror que ofrece Sargerass.

¿Qué puedo hacer? De nuevo las lágrimas inundaban los ojos de Velen, pero esta vez de alegría y alivio.

Reúne a todos aquellos que vayan a seguir tus consejos. Dirígete con ellos a la montaña más alta de esta tierra el día más largo de este año. Lleva el cristal ata'mal contigo. Hace mucho, mucho tiempo que se lo dimos y a través de él los encontraremos. Vendremos y los llevaremos lejos de aquí.

Por un instante, un atisbo de duda, como una llama oscura, creció en el corazón de Velen. Nunca había oído hablar de esos seres de luz llamados naaru y ahora esta entidad, este K'ure, le estaba pidiendo que robase el objeto más sagrado de su gente. ¡Incluso afirmaba que habían sido *ellos* los que se lo habían entregado a los eredar! Quizás Kil'jaeden y Archimonde estaban en lo cierto. Quizás la visión de Velen no era más que la manifestación de sus miedos.

Pero, incluso mientras los retorcidos pensamientos corrían a través de su mente, sabía que eran los últimos vestigios de un desolado anhelo por todo tal y como era antes de que las cosas cambiaran de una forma tan horrorosa... antes de Sargerass.

Sabía lo que tenía que hacer e inclinó su cabeza ante el glorioso y sinuoso ser de luz.

Talgath fue el primer, y de mayor confianza, aliado al que llamó Velen, un antiguo amigo que lo había ayudado en el pasado. Todo se basaba en este amigo, capaz de pasar desapercibido por donde Velen no podía. Talgath se mostró escéptico en un primer momento pero, cuando Velen unió sus mentes y le enseñó la oscura visión que él había recibido, Talgath aceptó sin demora. Velen no dijo nada de los Naaru ni de su oferta de ayuda, de igual manera que él no conocía en qué consistiría concretamente. Solo le aseguró a Talgath que había una manera de escapar a este destino, pero que debía confiar plenamente en él.

El día más largo del año se estaba acercando. Con toda la discreción que pudo, mientras Archimonde y Kil'jaeden estaban obsesionados con Sargerass, Velen envió sutiles mensajes mentales a aquellos que eran de su confianza. Talgath se reunió con otros, de parte de Velen, en defensa de ellos mismos y de toda su gente. A continuación, Velen centró su atención en crear una sutil red mágica sobre aquellos dos traidores a los que una vez había querido como amigos. Así no se darían cuenta de la frenética actividad que se llevaba a cabo justo delante de ellos.

La intrincada red se creó con una sorprendente velocidad y, sin embargo, con una lentitud agonizante. Cuando finalmente el día llegó y los eredar que habían sido escogidos para seguir a Velen se reunieron en la cima de la montaña más alta de su antiguo mundo, Velen se dio cuenta de que su número era tremendamente pequeño. Eran solo unos cientos aquellos en los que Velen podía confiar de verdad. No se atrevió a arriesgarse contactando con aquellos que se podrían haber vuelto en su contra.

Velen había cogido el cristal ata'mal hacía muy poco tiempo. Había pasado los últimos días fabricando una falsificación para que nadie diera la alarma al ver que no estaba en su sitio. La había tallado con el máximo cuidado con una simple piedra cristalina y le había lanzado un hechizo para que brillase igual. Pero no producía ningún efecto cuando lo tocaban. Si alguien rozaba el cristal falso con sus dedos, se desvelaría el robo.

El verdadero cristal ata'mal estaba ahora muy cerca de su corazón mientras veía cómo su gente subía la montaña, con sus fuertes piernas y pezuñas. Muchos habían llegado ya y lo miraban con expectación; todos querían hacerle la misma pregunta, ¿cómo iban a escapar de allí?

Lo mismo se preguntaba Velen. Por un momento perdió la esperanza, pero entonces recordó al radiante ser que había conectado sus pensamientos con los suyos. Vendrán. Lo sabía.

Mientras tanto, cada segundo que pasaba significaba estar más cerca de ser descubiertos. Y muchos de ellos todavía no habían llegado; entre ellos, Talgath.

Restalaan, otro antiguo amigo de confianza, sonrió a Velen.

—No tardarán en llegar —dijo para tranquilizarlo.

Velen asintió. Restalaan tenía más razón de la que se imaginaba. No había ninguna señal de que sus viejos amigos y ahora enemigos, Kil'jaeden y Archimonde, hubieran sido alertados acerca de su escandaloso y atrevido plan. Además, estaban demasiado consumidos anticipando sus futuros poderes.

Y, sin embargo, sin embargo...

El mismo instinto profundo que lo había advertido de que debía desconfiar de Sargerat atormentaba ahora su mente. Algo no iba bien. Se dio cuenta de que estaba dando vueltas a causa de la preocupación.

Y entonces llegaron.

Talgath y varios más habían llegado a la cima, sonriendo y saludándolos, y Velen suspiró aliviado. Se estaba acercando a ellos cuando el cristal proyectó una poderosa corriente a través de su cuerpo. Apretó fuertemente la gema con sus dedos azules mientras su mente se abría ante una advertencia. Velen cayó de rodillas mientras un dolor mental lo asaltaba.

Sargerás había empezado. Había comenzado a crear su espantosa legión, reclutando a aquellos eredar lo suficientemente inocentes o que confiaban por completo en Kil'jaeden y Archimonde, transformándolos en los man'ari que Velen había contemplado en su visión. Yacían delante de él miles de man'ari de diferente aspecto físico y capacidad. Estaban como disfrazados. Si no hubiera tenido el cristal ata'mal en sus manos, nunca los hubiera podido sentir antes de que fuera tarde, demasiado tarde.

Puede que fuera demasiado tarde.

Se giró y miró horrorizado a Talgath; de repente se dio cuenta de que su viejo amigo emitía la misma mácula que también emitía la muchedumbre, la Legión, de monstruos que acechaban más allá de su vista. Una oración, que provenía de los abismos de su alma desesperada, se estremeció en su mente:

¡K'ure! ¡Ayúdanos!

Los man'ari estaban trepando la montaña con la sensación de haber sido expuestos y convertidos en depredadores sedientos de sangre. Solo Velen sabía que la muerte era preferible a lo que estos distorsionados eredar le harían tanto a él como a los que lo habían seguido. Al no saber qué hacer, alzó el cristal ata'mal y lo proyectó hacia el cielo.

Como si se hubiera abierto una grieta en el cielo, apareció un rayo de luz pura, blanca y radiante. Su brillo glorioso golpeó directamente el prisma cristalino y, ante la mirada atónica de Velen, se dividió en siete rayos de luz de diferentes tonalidades. Velen sintió un terrible dolor cuando el cristal se rompió en pedazos. Los bordes afilados cortaron sus dedos. Se quedó sin aliento e instintivamente lanzó el cristal roto, mirando embelesado cómo las piezas se mantenían en el aire, cada una formando una esfera perfecta, y manteniendo a través de sus siete tonos radiantes que una vez fueron solo uno un resplandor perfecto de pura luz blanca radiante. Los siete cristales, rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta, salieron disparados hacia arriba; luego crearon rápidamente un recinto de luz alrededor de los asustados eredar que allí estaban reunidos.

En ese preciso momento, Talgath corrió hacia él con un odio salvaje en su mirada. Golpeó el círculo de luces multicolor como si fuera un muro de piedra y cayó de espaldas. Velen se dio media vuelta y vio al man'ari descender, gruñir, babear, tratando de rascar con sus garras el muro de luz que todavía protegía a Velen y a los suyos.

Un profundo zumbido recorrió todo el sistema nervioso de Velen, era algo que podía sentir más que escuchar. Miró hacia arriba y, en ese día de maravillas, vio algo que lo sobrepasó incluso más que el milagro de las siete piedras de luz. En un primer momento le pareció una estrella descendiendo, tan brillante que casi no podía aguantar la mirada sobre ella. A medida que se acercaba, comprendió que no era algo tan inalcanzable como una de las estrellas del cielo nocturno, sino una estructura sólida, que tenía un centro más

suave y redondo como una esfera adornada con salientes y triángulos cristalinos. Velen lloró abiertamente cuando un mensaje mental rozó su mente:

Tal y como prometí, estoy aquí. Prepárate para abandonar este mundo, profeta Velen.

Velen extendió sus brazos hacia arriba, como si fuera un niño suplicando a un familiar querido que lo cogiese y lo abrazase con cariño. La esfera empezó a palpitar, y Velen sintió que se elevaba por los aires. Flotaba hacia arriba y vio cómo el resto también estaba siendo subido hacia la... ¿nave? Fue entonces cuando Velen entendió de qué se trataba, aunque también vibraba con una esencia viva que no era capaz todavía de comprender. En medio de la alegría contenida, Velen escuchó como los man'ari gritaban y chillaban hacia la presa que se les escapaba, ellos. La base de la nave se abrió y unos segundos después Velen sintió que estaba sobre algo sólido. Se arrodilló sobre el suelo, si es que así se podía llamar, y vio cómo el resto de los suyos flotaban hacia aquel lugar seguro. Cuando llegó el último de ellos, Velen esperaba que la puerta se cerrase y que aquella nave, hecha de metal que no era metal, carne que no era carne y que Velen sospechaba que era esencia misma de K'ure, partiese de aquel lugar.

En cambio, sintió un susurro en su mente: *Los cristales, aquellos que antes eran uno y ahora son siete. Recupéralos, pues los necesitarás.*

Velen se inclinó sobre la apertura y extendió sus manos. Con una asombrosa velocidad, los cristales se elevaron hacia él y golpearon sus manos con una fuerza tal que se quedó boquiabierto. Los reunió todos juntos, ignorando el increíble calor que producían, y se echó hacia atrás. Al instante, la puerta desapareció como si nunca hubiera estado allí. Apretando hacia sí mismo los siete cristales ata'mal, su mente se extendió de tal forma que le pareció rozar la locura; Velen quedó suspendido, por un momento, entre la esperanza y la desesperación.

¿Lo habían hecho? ¿Habían escapado?

* * *

Desde su posición al frente del ejército, Kil'jaeden tenía una visión perfecta de la montaña mientras sus esclavos la rodeaban. Durante un momento glorioso, saboreó la victoria, casi tan dulce como el hambre que Sargeran había plantado en su mente. Talgath había hecho bien su trabajo. Había sido pura suerte que Velen tuviera el cristal en sus manos en el momento del ataque; de no ser así, su cuerpo yacería en el suelo, despedazado en un puñado de trozos sangrientos.

Pero Velen tenía el cristal ata'mal en sus manos y había sido advertido. Algo había ocurrido, unas extrañas luces habían aparecido y protegido al traidor, y algo había llegado

a por ellos. Entonces, tal y como Kil'jaeden pudo observar, la peculiar nave resplandeció y... desapareció.

—¡Han escapado! ¡Maldición, maldición, Velen ha escapado!

Los man'ari, que llenaban de tanto placer a Kil'jaeden segundos antes, ahora estaban consternados y desilusionados. Tocó todas sus mentes, no sabían nada. ¿Qué era esa cosa que había llegado para arrebatarse a Velen de sus narices? Kil'jaeden se estremeció entonces de miedo. Su maestro no estaría satisfecho con estos resultados.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Archimonde. Kil'jaeden se giró para mirar a su aliado.

—Los encontraremos —gruñó Kil'jaeden—. Los encontraremos y los destruiremos. Aunque eso suponga miles de años.



CAPÍTULO UNO

Mi nombre es Thrall. En la lengua de los humanos significa «esclavo» y, como la historia que hay tras este nombre es larga, es mejor dejarla para otra ocasión. Por la gracia de los espíritus y la sangre de los héroes que corre por mis venas, he llegado a ser el Jefe de Guerra de mi gente, los orcos, y el líder de un grupo de razas conocido como la Horda. Cómo llegué a serlo, es otra historia también. De la que quería hablarles ahora, antes de que aquellos que la vivieron pasen a morar con los honorables ancestros, es de la historia de mi padre, de los que creyeron en él y de los que lo traicionaron, no solo a él, sino a toda nuestra gente.

Lo que hubiera sido de nosotros si estos eventos no se hubieran desarrollado, no podría decirlo ni el sabio chamán Drek'Thar. Los caminos del Destino son muchos y muy variados, y ningún ser en su sano juicio debería aventurarse nunca en la aparentemente atractiva premisa del «ojalá». Lo pasado, pasado está; mi gente debe asumir tanto la vergüenza como las glorias de nuestras decisiones.

Ésta no es la historia de la Horda tal y como la conocemos hoy en día, una organización poco rígida formada por orcos, tauren, renegados, trolls y elfos de sangre, sino de cómo se creó la primera Horda. Su nacimiento, como cualquier otro, estuvo marcado por la sangre y el dolor, y sus violentos gritos por vivir significaron la muerte de sus enemigos...

Tan fatídica y violenta historia empieza de una forma bastante pacífica, entre los ondulados valles y colinas de una tierra verde llamada Draenor...

* * *

El constante ritmo de los tambores, como un latido del corazón, arrullaba a los orcos más jóvenes y los ayudaba a dormir, pero Durotan del clan de los Lobo Gélido estaba completamente despierto. Yacía con los otros en el duro y sucio suelo de la tienda dormitorio. Un generoso relleno de paja y una gruesa piel de uñagrieta lo protegían de un frío capaz de helar los huesos. Aun así, sentía como las vibraciones de los tambores

pasaban desde la tierra hasta su cuerpo, y sus oídos eran acariciados por el sonido ancestral. ¡Cómo deseaba salir y unirse a ellos!

Durotan tendría que esperar otro verano antes de que pudiera participar en el *Om'riggor*, el ritual para convertirse en adulto. Hasta ese evento tan esperado, tendría que aceptar ser apartado junto con el resto de los niños dentro de esta larga tienda colectiva, mientras los adultos se sentaban alrededor del fuego y hablaban sobre cosas que eran indudablemente misteriosas e importantes.

Suspiró y se movió en el pellejo. No era justo.

Los orcos no se enfrentaban entre ellos, pero tampoco eran particularmente sociables. Cada clan se cercaba en sí mismo, mantenía sus propias tradiciones, estilos y maneras de vestir, historias y chamanes. Incluso había dialectos tan diferentes que muchos orcos no podían entenderse si no era hablando la lengua común. Parecían casi tan diferentes los unos de los otros como la otra raza inteligente con la que compartían las riquezas de los campos, bosques y arroyos, los misteriosos draenei de piel azul. Solo dos veces al año, en primavera y en otoño, todos los clanes de los orcos se reunían como lo estaban haciendo ahora para honrar aquel momento en el que el día y la noche eran igual de largos.

El festival dio comienzo oficialmente el día anterior, justo con la salida de la luna, aunque los orcos llevaban ya varios días acudiendo a este lugar. El Kosh'harg se celebraba en este lugar sagrado de la tierra de los orcos llamado Nagrand, la «Tierra de los vientos», a la sombra de la benevolente «Montaña de los espíritus», Oshu'gun, desde hacía tanto tiempo que nadie era capaz de recordarlo. Mientras que los retos rituales y los combates eran comunes durante el festival, la verdadera ira o violencia nunca había llegado a explotar. Cuando los temperamentos se desbordaban, como en ocasiones pasaba cuando había demasiados orcos reunidos juntos, el chamán animaba a las partes involucradas a solucionarlo pacíficamente o a abandonar el área sagrada.

La tierra en este lugar era exuberante, fértil y tranquila. Durotan se preguntaba, a veces, si era así de tranquila por la voluntad de los orcos de traer la paz aquí o si los orcos se mostraban aquí tranquilos por la paz que transmitía la zona. Solía preguntarse ese tipo de cosas, pero no oía nunca a nadie verbalizar ese tipo de ideas.

Durotan suspiró con tranquilidad, pensativo, su corazón latía al ritmo de los tambores que sonaban en el exterior. La noche anterior había sido maravillosa, muy emotiva para Durotan. Cuando la Dama Pálida despejó la oscura línea de árboles, en su fase menguante pero lo suficientemente brillante como para emitir una potente luz que se reflejó en los mantos de nieve, una ovación estalló de las gargantas de los miles de orcos allí reunidos, sabios ancianos, jóvenes guerreros e incluso niños en los fuertes brazos de sus madres. Los lobos, al mismo tiempo compañeros y monturas de los orcos, disfrutaron

del momento con exultantes aullidos. Este sonido estremeció a Durotan de la misma forma que los tambores lo habían hecho, un profundo y primitivo saludo al astro blanco que comandaba los cielos nocturnos. Durotan miró a su alrededor y contempló un mar de poderosos seres alzando sus manos marrones, que parecían plateadas por la luz de la luna, todos con la misma idea. Si algún ogro hubiese sido lo suficientemente tonto como para atacar, hubiera caído en menos de un latido bajo las armas de este vasto mar de convencidos guerreros.

Luego llegó la fiesta. Docenas de animales habían sido cazados a principios de la pasada estación, antes de la llegada del invierno, secados y ahumados, listos para el evento. Habían sido prendidas hogueras; su cálida luz se fusionaba con el resplandor de la luna, y los tambores habían comenzado a sonar sin descanso desde entonces.

Durotan, acostado sobre su pellejo de uñagrieta como el resto de los niños, resoplaba con desaprobación porque solo le permitieron permanecer en el banquete hasta saciarse de comida y hasta que el chamán se fue. Una vez terminada la fiesta de apertura, el chamán de cada clan se dirigía hasta el Oshu'gun, que velaba cuidadosamente por sus fiestas, y entraba en sus cavernas para recibir el asesoramiento de los espíritus y ancestros.

Oshu'gun tenía un aspecto impresionante, aun desde la lejanía. A diferencia de otras montañas, que eran irregulares y encrespadas, Oshu'gun se elevaba desde el suelo como una precisa y afilada punta de lanza. Parecía como un gigante de cristal puesto en la tierra, tan limpio en sus líneas y tan brillante bajo la luz del sol y de la luna. Algunas leyendas contaban que había caído del cielo cientos de años atrás y, como era una montaña tan inusual, Durotan pensaba que esas leyendas podían ser verdad.

Aunque Oshu'gun parecía ser muy interesante, Durotan siempre pensó que era muy injusto que el chamán tuviera que abandonar el festival Kosh'harg para ir allí. Pobre chamán, pensó, se pierde toda la diversión. Pero los niños también, pensó de nuevo receloso.

Durante el día se llevaban a cabo cacerías, juegos y se contaban las heroicidades de los ancestros. Cada clan tenía sus propias historias y, por lo tanto, además de los cuentos familiares, Durotan había escuchado, como un jovenzuelo, nuevas y emocionantes aventuras.

Aunque eran entretenidas y disfrutaba enormemente de ellas, Durotan ardía en deseos de conocer lo que los adultos discutían mientras los niños descansaban en la tienda dormitorio, después de haber llenado sus estómagos con exquisitos manjares, fumado de las pipas y compartido diferentes brebajes.

No podría aguantar allí mucho más tiempo. En silencio, Durotan se incorporó, sus oídos atentos a cualquier sonido que indicase que alguien más estuviera despierto. No oyó nada y, después de un largo minuto, se puso en pie y empezó a moverse hacia la entrada.

Fue una larga y lenta progresión por la oscuridad de la tienda. Había niños de todas las edades y tamaños durmiendo por toda la tienda, y cualquier movimiento en falso podía despertarlos. Su corazón latía acelerado por la emoción; Durotan caminaba con cuidado entre las formas que vagamente vislumbraba, colocando cada uno de sus enormes pies con la delicadeza de un ave de largas patas en un pantano.

Parecía haber pasado una eternidad hasta que Durotan alcanzó finalmente la puerta. Se detuvo, tratando de calmar su respiración, y extendió el brazo para salir...

Entonces tocó una grande y lisa piel que estaba junto a él. Recogió la mano al tiempo que silbaba de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Durotan.

—¿Qué estás *tú* haciendo? —contestó el otro orco. Al momento, Durotan sonrió de lo idiotas que ambos sonaban.

—Lo mismo que tú —respondió Durotan en voz baja todavía. Todo porque los otros seguían durmiendo—. Podemos seguir hablando de ello o hacerlo.

Por el tamaño de la tenue forma que se encontraba frente a él, Durotan podría pensar que se trataba de un macho grande, de su misma edad, probablemente. No podía reconocer ni su olor ni su voz, por lo que no se trataba de alguien del clan Lobo Gélido. Fue un pensamiento atrevido, no solo por hacer algo tan prohibido como salir de la tienda dormitorio sin permiso, sino por hacerlo en compañía de un orco de otro clan.

El otro orco vaciló por un momento, los mismos pensamientos debían de atravesar su cabeza.

—Muy bien —dijo finalmente—. Vamos a hacerlo.

Durotan extendió el brazo de nuevo a través de la oscuridad, sus dedos rozaron la piel de la puerta y agarraron su borde. Los dos jóvenes orcos apartaron la puerta y salieron a la gélida noche.

Durotan volvió a mirar a su compañero. El otro orco tenía la piel más oscura que la suya y parecía un poco más alto. Durotan era el más alto de su edad en su clan y no estaba acostumbrado a que otros fueran más altos que él. Era algo un poco inquietante. Su compañero de travesuras se giró hacia él, y Durotan se sintió observado. El otro asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho con lo que estaba viendo.

No se arriesgaron a hablar. Durotan señaló hacia un gran árbol cercano a la tienda y ambos fueron hacia allí en silencio. Por un momento, que probablemente no fue tan largo como a él le pareció, estaban fuera, arriesgándose a que cualquier adulto girase la cabeza y los pudiera ver, algo que no pasó. Durotan se sintió tan expuesto como si estuviera bajo la luz del sol, porque la luz de la luna era muy luminosa al reflejarse sobre la nieve cristalina. Además, el crujido de sus pies sobre la nieve sonaba tan fuerte como el bramido de un

ogro enfurecido. Pero por fin llegaron al árbol y se sentaron tras él. Durotan respiró aliviado cuando llegaron. El otro orco se volvió hacia él y sonrió.

—Soy Orgrim, del linaje de Telkar Doomhammer, del clan Roca Negra —susurró el joven orgulloso.

Durotan se quedó impresionado. Aunque la familia de los Doomhammer no era una familia de jefes, era muy conocida y honrada.

—Yo soy Durotan, de linaje de Garad, del clan Lobo Gélido —respondió Durotan. Fue el turno de Orgrim para reaccionar ante el hecho de estar sentado con el heredero de otro clan. Asintió con la cabeza.

Durante un momento permanecieron sentados, deleitándose en la gloria de su atrevimiento. Durotan comenzó a sentir cómo el frío y la humedad se filtraban a través de su gruesa capa de piel y se puso en pie. Se volvió y señaló hacia la reunión y Orgrim asintió. Se asomaron con cuidado tras el árbol, intentando escuchar aquellos misterios que siempre habían ansiado conocer. Y así fue como, mientras la hoguera crepitaba y los tambores sonaban, que las voces llegaron flotando hasta ellos.

—Los chamanes han estado muy ocupados este invierno con las fiebres —dijo el padre de Durotan, Garad. Se agachó y acarició al enorme lobo blanco que estaba dormitando cerca del fuego. La bestia, con el característico pelaje blanco de los lobos gélidos, emitió un ligero canturreo de placer—. Tan pronto como uno de los jóvenes se cura, otro cae enfermo.

—Yo estoy listo para la primavera —dijo otro que estaba de pie y tiraba más leña al fuego—. Ha sido duro con los animales también. Cuando nos estábamos preparando para el festival, tuvimos dificultades para encontrar uñagrietas.

—Klaga hace una deliciosa sopa con sus huesos, pero se niega a decirnos qué hierbas utiliza —dijo un tercero mientras miraba a una hembra que amamantaba a un bebé. La hembra en cuestión, presumiblemente Klaga, se echó a reír.

—La única que conocerá esa receta será esta pequeña orco al cumplir la mayoría de edad —contestó Klaga riendo.

Durotan estaba boquiabierto. Se giró para mirar a Orgrim, que estaba igual de sorprendido que él. *¿Estos* eran los temas tan importantes y secretos por los que prohibían a los niños salir de la tienda? *¿Conversaciones sobre fiebres y sopas?*

Bajo la brillante luz de la luna, Durotan no tuvo ningún problema para ver la cara de Orgrim. La cara del otro orco expresaba el mismo sentimiento.

—Podemos encontrar algo más interesante que esto, Durotan —dijo con un tono suave, pero ronco a la vez.

Durotan sonrió y asintió. Estaba seguro de eso.

El festival duró dos días más. Durante el día y durante la noche, cuando se escapaban juntos, se retaban con diferentes pruebas de habilidad. Quién era más rápido, escalaba mejor o tenía más fuerza, todo lo que se les ocurría. Uno y otro se alternaban las victorias como si hubieran planeado turnos. Entonces, el último día, Orgrim retó a Durotan a un quinto desafío para romper el empate. Algo dentro de Durotan le hizo hablar.

—Dejemos a un lado los desafíos normales y corrientes —dijo Durotan, preguntándose de dónde procedían esas palabras aunque había sido él quien las había pronunciado—. Hagamos algo verdaderamente diferente en la historia de nuestro pueblo.

Los radiantes ojos grises de Orgrim brillaron mientras se inclinaba hacia delante.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Seamos amigos, tú y yo.

Orgrim se quedó completamente pasmado.

—Pero... ¡no somos del mismo clan! —dijo con una voz que parecía indicar que Durotan había propuesto amistad entre un imponente lobo negro y un dulce talbuk.

Durotan movió la mano como restando importancia.

—No somos enemigos —dijo—. Mira a tu alrededor. Los clanes se reúnen dos veces al año y no hay nada malo en ello.

—Pero... mi padre dice que es precisamente *porque* se unen tan pocas veces que la paz se mantiene —continuó Orgrim. Su frente se arrugó de preocupación.

La decepción tiñó de amargura las palabras de Durotan.

—Muy bien. Pensé que serías más valiente que el resto, Orgrim de los Doomhammer, pero no eres mejor que ellos, tímidos y poco dispuestos a ver más allá de lo que se ha hecho siempre y de lo que es posible hacer.

Las palabras habían salido de su corazón pero, aunque las hubiera pensado y perfeccionado durante semanas, no podría haberlas escogido mejor. El rostro moreno de Orgrim se enrojeció y entonces parpadeó.

—¡No soy ningún cobarde! —gruñó—. ¡Soy capaz de responder a cualquiera de tus desafíos, presuntuoso Lobo Gélido!

Fue entonces cuando se abalanzó hacia Durotan, lo hizo caer hacia atrás y empezaron a golpearse el uno al otro hasta que tuvo que venir un chamán para curarlos y recordarles lo inapropiado que es pelear en un lugar sagrado.

—Muchacho impetuoso —reprendió la chamán jefe de los Lobo Gélido, una anciana mujer orco a la que llamaban «Madre Kashur»—. ¡Eres demasiado mayor como para andar peleando como un niño desobediente, joven Durotan!

El chamán que atendía a Orgrim murmuró unos similares sonidos de desaprobación. Pero incluso sangrando vastamente por la nariz y mientras observaba cómo el chamán curaba la herida en el torso marrón de Orgrim, Durotan sonrió. Orgrim captó su mirada y también le sonrió.

El desafío había empezado, el reto final, mucho más importante que ninguna carrera o levantamiento de piedras, y ninguno estaba dispuesto a darse por derrotado... como para decir que la amistad entre dos jóvenes de diferentes clanes estaba mal. Durotan tenía la sensación de que este desafío en particular solamente tendría final cuando uno de los dos muriera... y tal vez ni siquiera entonces.



CAPÍTULO DOS

*R*ecuerdo la primera vez que nos encontramos con los tauren. Recuerdo la voz profunda y el gesto sereno de Cairne Bloodhoof. Recuerdo estar sentados en el suelo de una tienda que podría ser desmontada y vuelta a montar muy rápidamente, y sentirme extrañamente en casa. Fumamos pipas, compartimos comida y bebida, sentimos las vibraciones de los tambores en nuestros huesos y hablamos. Al principio, los tauren me parecieron como bestias, pero había humor y sabiduría en ellos y, cuando la primera ronda de negociaciones fue llevada a cabo, supe que los orcos tendrían un aliado poco usual en estos seres medio bovinos.

La noche cayó sobre nosotros mientras hablábamos, una noche tranquila acorde con esta hermosa tierra. Salimos de la tienda y miramos hacia las incontables estrellas; un suave viento acariciaba nuestro rostro. Me volví hacia Drek'Thar para preguntarle por su infinita sabiduría. Para mi asombro, vi lágrimas en sus ojos que reflejaban la luz de la luna.

—Así es como solía ser, mi jefe —me dijo con la voz rota. Levantó sus brazos e inclinó la cabeza hacia atrás, llamó al viento para que lo abrazara y secara las lágrimas que se deslizaban por su dura y verde cara.

—Cerca de la tierra. Cerca de los espíritus. Fuertes en la caza, amables con nuestras crías, sabiendo que nuestro lugar en el mundo es ser justos y correctos. Comprendiendo el equilibrio entre dar y recibir. La única magia que los tauren practican es la magia buena, una magia limpia con la tierra, y la tierra así lo refleja, de la misma forma que tiempo atrás Draenor reflejó nuestra conexión con ella.

Pensé en la petición de ayuda de los tauren para hacer frente a su enemigo, los viles y sucios centauros.

—Sí... lo siento por ellos. Estaría bien ser capaces de ayudarlos —le dije.

Drek'Thar se echó a reír, volvió sus ciegos ojos hacia mí y me miró con mayor claridad que cualquier persona capaz de ver.

—Oh, mi joven Thrall —me dijo, riendo aún—, todavía no lo has entendido. Son ellos los que nos ayudarán.

Durotan corrió tan rápido como sus potentes y jóvenes piernas lo dejaban. Su respiración estaba acelerada y el sudor manchaba su piel marrón cobriza, pero se obligó a mantener la marcha. Era verano, y sus grandes y planos pies estaban descalzos. Notaba cómo la suave hierba lo acariciaba mientras corría y de vez en cuando pisaba una púrpura y brillante flor de dassan. El olor de la planta chafada, que tradicionalmente se usaba para curar, le sentaba como una bendición y le inspiraba para correr aún más lejos, más rápido.

Ahora estaba en el borde del bosque de Terokkar, frente a su fría y gris verdosa profundidad. Tenía que prestar mucha atención a las raíces gemelas de sus elegantes árboles para no tropezar con ellas, por lo que disminuyó el paso. Tenuas luces brillaban en el corazón verde de este bosque, y la tranquilidad que transmitía chocaba con sus ansias de ganar. Durotan aumentó el ritmo, saltando sobre troncos caídos cubiertos de musgo, agachándose bajo las ramas bajas con la gracilidad de un talbuk. Su pelo negro, largo, grueso y suelto hasta la mitad de la espalda se balanceaba libremente tras él. Le ardían los pulmones y sus piernas pedían a gritos un descanso, pero apretó los dientes e ignoró las suplicas de su cuerpo. Era un Lobo Gélido, el heredero del líder del clan, y ningún Roca Negra podía...

Durotan oyó lo que podía ser un grito de guerra a sus espaldas y le dio un vuelco el corazón. La voz de Orgrim, como la suya, se volvía más profunda cada día que pasaba para alcanzar el bramido característico de un macho adulto, pero aun así Durotan tenía que admitir que era realmente impresionante. Quiso forzar sus piernas para que corrieran aún más rápido, pero se sentía tan pesado como una piedra. Para su disgusto, vio por el rabillo del ojo cómo Orgrim entraba en su campo de visión y luego, con un esfuerzo final, pasaba corriendo junto a él.

El orco Roca Negra extendió el brazo y se abalanzó justo antes que Durotan saltara sobre el tronco de un árbol en medio del claro, lugar que habían decidido que era la meta de la carrera. Orgrim siguió caminando unas cuantas zancadas más como si sus potentes piernas, una vez puestas en funcionamiento, no pudieran parar. Las piernas de Durotan no tenían tales problemas, y el heredero del clan Lobo Gélido cayó hacia delante, prácticamente inconsciente. Se tumbó boca abajo en la tierra fría y cubierta de dulce musgo, jadeando en busca de aire, a sabiendas de que debería incorporarse y volver a retar a Orgrim, pero demasiado exhausto como para hacer algo más que permanecer estirado y tratar de recuperarse.

Oyó como Orgrim hacía lo mismo y fue entonces cuando el otro joven orco rodó sobre su espalda y se echó a reír. Durotan hizo lo mismo. Los pájaros y los pequeños animales que habitaban el bosque de Terokkar permanecían en silencio mientras los dos

orcos pronunciaban sonidos de alegría. Mientras Durotan ondulaba sus labios y dejaba ver sus colmillos en formación, pensó que se podían parecer más a feroces gritos de guerra previos a una cacería.

—Ja —gruñó Orgrim, sentado y golpeando a Durotan de forma juguetona—. No he tenido que esforzarme mucho para vencer a un cachorro como tú, Durotan.

—Tienes mucho músculo, pero tu cerebro está hambriento —replicó Durotan—. La habilidad es tan importante como la fuerza. Pero el clan Roca Negra no tiene ni idea de esas cosas.

No había malicia en sus bromas. Los clanes se habían opuesto, al principio, a la amistad entre ambos jóvenes, pero el terco argumento de Durotan de que solo porque algo no se haya hecho antes no significa que no pueda ser hecho, divirtió e impresionó a sus líderes. También ayudó el hecho de que ambos eran clanes que tradicionalmente habían mostrado un buen humor. Si Durotan hubiera propuesto su amistad con un miembro del clan Grito de Guerra o del Mascahuesos, por ejemplo, conocidos por su agudo orgullo y desconfianza en los otros, la pequeña llama de amistad se hubiera apagado enseguida. Así fue como los mayores asintieron, esperando que la novedad desapareciera y que cada joven regresara al lugar que le corresponde en su clan para mantener el orden familiar que se había establecido desde siempre... más allá de lo que nadie pueda recordar.

Ellos se sintieron decepcionados.

La escarcha de finales del invierno había dado paso a la primavera y, poco después, al apabullante calor del verano, pero la amistad continuaba. Durotan sabía que estaban siendo vigilados, pero, mientras nadie se interpusiera, él no se opondría.

Durotan cerró sus ojos y dejó que sus dedos se extendieran sobre el musgo. El chamán había dicho que todas las cosas tienen vida, poder, espíritu. Estaban profundamente involucrados con los espíritus de los elementos —el fuego, la tierra, el aire y el agua— y el Espíritu de la Naturaleza, y dijo que podían sentir la fuerza vital en la tierra e incluso en la piedra, aparentemente muerta. Todo lo que Durotan podía sentir era el frío y la sensación ligeramente húmeda del musgo y del suelo bajo sus palmas.

La tierra se estremeció. Durotan abrió de repente los ojos.

Se levantó rápidamente y de forma inconsciente dirigió su mano hacia el garrote puntiagudo que siempre llevaba con él. Orgrim prefería llevar un pesado y metálico martillo, el arma tradicional de los Roca Negra, y una versión simplificada del legendario martillo que un día empuñaría. Los dos muchachos se miraron. No necesitaban hablar para comunicarse. ¿Lo que había hecho temblar la tierra era un enorme uñagrieta, con su greñado pelaje del que se hacen magníficas mantas y con su exquisita carne rojiza que podría alimentar a casi todo el clan, o había sido algo más peligroso?

¿Qué animales moran en el bosque de Terokkar? Solo habían estado allí una vez antes de...

Se pusieron en pie al unísono, sus oscuros y pequeños ojos inspeccionaban los siniestros y oscuros rincones de las raíces de los árboles en busca de aquello que había producido ese ruido.

Bum. La tierra se estremeció de nuevo. El corazón de Durotan empezó a latir más rápidamente. Si era un pequeño uñagrieta, quizás podrían abatirlo entre los dos y compartir la caza con ambos clanes. Le echó una mirada a Orgrim y vio como los ojos del otro orco brillaban de excitación.

Bum.

Bum.

Bum.

Ambos jóvenes gritaron asustados y se replegaron al tiempo que el ruido sonaba más cercano. Un árbol que estaba a solo unos metros de distancia se convirtió en astillas ante sus ojos. Lo que provocaba tal ruido y que tan fácilmente se deshizo de ese viejo árbol apareció de repente a la vista.

Era enorme, llevaba un garrote tan grande como ellos mismos, y definitivamente no se trataba de un uñagrieta.

Y los había visto.

Abrió su boca y gritó algo que era vagamente inteligible, pero Durotan no estaba dispuesto a perder el tiempo intentando averiguar qué había dicho.

Solo podían pensar en una cosa, ambos se volvieron y huyeron.

En ese momento Durotan deseó con todas sus fuerzas no haberse desafiado a correr como habían hecho hace un rato, pues sus piernas no se habían recuperado completamente. Aun así, se movían bajo sus órdenes, impulsadas por el espíritu de supervivencia que parecía insuflarles nuevas energías.

¿Cómo se habían internado tan profundamente en el territorio de los ogros? ¿Y dónde estaban los gronn? Durotan se imaginaba a los amos de los ogros abriéndose camino entre los árboles, más altos todavía que los propios ogros, e incluso más horrorosos que ellos. Sus cuerpos más parecidos a la propia tierra que a la carne de los animales y su único ojo, inyectado en sangre, mirándolos fijamente, mientras dirigía el ogro hacia ellos.

Tanto él como Orgrim no habían llegado todavía a la edad para ser iniciados en la edad adulta y acompañar a los guerreros de los clanes en las cacerías de ogros y, en raras ocasiones, de los mismos gronn. Habían asistido a cacerías mucho menos peligrosas, de talbuds u otras presas más sencillas, pero Durotan siempre había soñado con el día en que le permitieran hacer frente a una de esas temibles criaturas, ganando honor para sí mismo y para su clan.

Ahora no estaba tan seguro de quererlo. La tierra continuó temblando, y los gritos de los ogros se empezaron a oír con más claridad.

—¡Yo aplastar pequeños orcos! ¡Golpear! —El rugido que siguió a continuación fue tan fuerte que casi hizo sangrar sus oídos.

Esa cosa los estaba alcanzando. A pesar de las órdenes de pánico que su cerebro emitía a su cuerpo para que corriera más rápido, *más rápido, maldita sea*, no podía poner distancia entre él y la monstruosa cosa que se abalanzaba sobre él, y su enorme sombra tapaba ya los rayos de luz que se filtraban entre las ramas de los árboles.

Los árboles eran cada vez más finos y la luz se hizo más brillante. Estaban cerca de los límites del bosque. Durotan siguió corriendo y salió al espacio abierto de un prado; sus pies volvieron a pisar de nuevo la suave hierba. Orgrim iba delante de él, pero no mucho más lejos. Un pensamiento de desesperación recorrió la cabeza de Durotan, seguido de una oscura ola de furia.

¡Todavía no eran adultos! Todavía no habían ido a su primera cacería real, no habían bailado en el fuego con las mujeres, no habían ungido sus caras con la sangre caliente de su primera víctima en solitario. Eran tantas cosas las que todavía no habían hecho. Morir gloriosamente en batalla era una cosa, pero era tal su inferioridad ante esa horrible criatura que sus muertes serían tomadas con más humor que respeto.

Consciente de que podría costarle unos segundos muy valiosos, pero incapaz de resistir el impulso, Durotan se volvió para gritar una maldición hacia el ogro antes de que pudiera aplastarle la cabeza, como a un pastel de cereales, con su garrote.

Lo que vio lo dejó asombrado.

Sus salvadores no emitieron ni un solo ruido. Se movían en silencio, como una marea azul, blanca y plateada, que aparentemente surgió de la nada. Durotan oyó el familiar sonido que hacen las flechas al surcar el aire y un latido más tarde los gritos del ogro se teñían con dolor más que rabia. Aparecieron docenas de flechas sobre el cuerpo del ogro, minúsculas agujas sobre algo tan enorme y pálido, y detuvieron su avance mortal. Gritó y trató de rascarse las irritaciones que aparecían sobre su piel.

Una voz clara resonó. Aun sin entender el idioma, Durotan reconoció las palabras de poder cuando las oyó, y le empezó a picar la piel. De pronto el cielo se anegó de relámpagos. Pero eran diferentes a cualquier otro relámpago invocado por un chamán. Una energía azul, blanca y plateada crepitó alrededor del ogro que, arrodillado, vio como los rayos se cerraban sobre él como una red. El monstruo volvió a rugir y entonces se desmoronó. La tierra tembló.

Fue entonces cuando los draenei, cubiertos sus cuerpos con unas especies de corazas que reflejaban los fríos tonos de sus energías de tal forma que deslumbraban a Durotan, desmontaron y descendieron sobre el ogro caído. Sus espadas brillaban, nuevas

palabras de poder y comando fueron pronunciadas, y Durotan se vio obligado a cerrar los ojos o a volverse loco ante lo que veía.

Al final se hizo el silencio. Durotan abrió los ojos de nuevo para ver al ogro muerto. Tenía los ojos abiertos, la lengua le sobresalía por los labios, también abiertos, y su cuerpo estaba cubierto de sangre roja y quemaduras negras.

Tan profundo era el silencio que Durotan podía escuchar su respiración entrecortada y la de Orgrim. Los dos se miraron, sorprendidos por lo que acababa de pasar.

Ambos habían visto a los draenei antes, por supuesto, pero no tan de cerca. Visitaban de vez en cuando a todos los clanes con la intención de intercambiar sus cuidadosamente creadas herramientas, armas y piezas decorativas talladas en piedra por las gruesas pieles de los animales del bosque, las mantas tejidas en colores alegres y las materias primas que los orcos extraían de la tierra y de las piedras. Siempre habían sido vistos con mucho interés por los clanes, pero los intercambios solamente duraban unas horas. Los draenei, de piel azul, voz suave e inquietante atracción, no transmitían mucha proximidad, por lo que ningún líder de clan los había invitado nunca a compartir su hospitalidad con ellos. Las relaciones entre ellos eran siempre cordiales, pero distantes, y todos parecían quererlas así.

Entonces el líder del grupo que tan inesperadamente había llegado se acercó a Durotan. Tumbado en el suelo, Durotan vio lo que nunca había podido observar cuando miraba a los draenei a distancia.

Sus piernas no se extendían rectas desde sus torsos hasta la tierra. Se curvaban hacia atrás como... como las de un talbuk, estaban protegidas por una especie de armadura brillante y terminaban en unas pezuñas que quedaban al descubierto. Y... sí, indudablemente era una cola gruesa, sin pelo, que se agitaba constantemente de un lado a otro. Su dueño se inclinó sobre él y le ofreció su mano de color azul oscuro. Durotan parpadeó, mirando una vez más la forma inesperada de los pies de los draenei y su cola de reptil, y luego se incorporó sin su ayuda. Lo miró a la cara, cubierta de extrañas placas, como si de una armadura se tratara. Su cabello negro y su barba caían sobre un chaleco de colores, llevaba pendientes y sus ojos brillaban con el color de un lago en invierno.

—¿Estás herido? —preguntó con un tono vacilante en la lengua común de los orcos, su lengua tenía evidentes dificultades para pronunciar las sílabas guturales.

—Solo mi orgullo —escuchó Durotan que Orgrim murmuraba en el dialecto de su clan. Él también se sentía herido. Los draenei habían salvado, obviamente, sus vidas y estaban agradecidos, por supuesto. Pero habían visto cómo dos jóvenes y orgullosos orcos corrían despavoridos ante el peligro. Sin lugar a duda, el peligro había sido muy real, tanto que un solo golpe de garrote los podría haber aplastado a los dos como a moscas; aun así, dolía.

El draenei podía o no haber oído o entendido a Orgrim, y Durotan creyó ver que sus labios se curvaban en una sonrisa. El draenei miró hacia el cielo y, para su consternación, Durotan se dio cuenta que de que el sol estaba poniéndose por el horizonte.

—Se han alejado demasiado de sus casas y el sol se está poniendo —dijo—. ¿A qué clan pertenecen?

—Soy Durotan, del clan Lobo Gélido, y este es Orgrim, del clan Roca Negra.

El draenei se sorprendió.

—¿Dos clanes diferentes? ¿Se estaban retando el uno al otro y por eso están tan lejos de sus casas?

Durotan y Orgrim intercambiaron miradas.

—Sí... y no —dijo Durotan—. Somos amigos.

Los ojos del draenei se abrieron de par en par.

—Amigos... ¿de dos clanes diferentes?

Orgrim asintió con la cabeza.

—Sí —añadió a modo de defensa—. No es lo más tradicional, pero no está prohibido.

El draenei asintió, pero seguía sorprendido. Los miró a los dos por un momento, luego se giró hacia dos de sus compañeros y murmuró algo en su lengua nativa. Durotan pensó que era un lenguaje profundamente musical, como el sonido del agua serpenteando entre las piedras o el canto de un pájaro. Los otros dos draenei escucharon atentamente y luego asintieron. Uno cogió su odre del cinturón, bebió profundamente y empezó a correr con paso ligero y rápido, como el de un talbuk, en dirección suroeste, hacia las tierras de los Lobo Gélido. El otro se dirigió hacia las tierras del este, donde moraba el clan Roca Negra.

El draenei que había estado hablando con ellos se dio media vuelta.

—Harán saber a sus familias que están bien y a salvo. Volverán a casa mañana. Mientras tanto, me alegra ofrecerles la hospitalidad de los draenei. Mi nombre es Restalaan. Soy el líder de la guardia de Telmor, la ciudad con la que sus dos clanes normalmente comercian. Lamento decir que no recuerdo a ninguno de ustedes dos, pero normalmente las crías de orco se muestran un poco recelosas de nosotros cuando llegamos a su territorio.

Orgrim se erizó.

—No le tengo miedo a nada ni a nadie.

Restalaan sonrió de soslayo.

—Estaban huyendo del ogro.

El rostro moreno de Orgrim se oscureció y sus ojos brillaron con rabia. Durotan bajó ligeramente la cabeza. Como había temido, Restalaan y los otros habían sido testigos de su vergüenza y ahora se iban a burlar de ellos.

—Eso —continuó Restalaan con calma, como si no hubiera notado el efecto que sus palabras habían provocado en los dos orcos— es actuar con sabiduría. Si no hubieran huido, tendríamos que enviar dos cadáveres de vuelta a casa con sus familias mañana, en lugar de dos sanos, fuertes y jóvenes orcos. Tener miedo no es motivo de vergüenza alguna, Orgrim y Durotan. Sino dejar que el miedo te impida hacer lo correcto. Y, en su caso, salir corriendo ha sido definitivamente lo correcto.

Durotan levantó la barbilla.

—Llegará el día en que seremos fuertes y altos. Entonces, serán los ogros los que nos temerán a nosotros.

Restalaan se giró hacia él y, para su sorpresa, asintió con la cabeza.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo—. Los orcos son cazadores muy poderosos.

Orgrim entrecerró sus ojos esperando la burla, pero no la hubo.

—Vengan —dijo Restalaan—. De noche, hay peligros en el bosque de Terokkar con los que ni siquiera la guardia de Telmor podría enfrentarse. Vámonos.

Aunque exhausto, Durotan encontró la fuerza necesaria para mantener un ritmo constante, no podía sentirse avergonzado dos veces en el mismo día. Corrieron durante algún tiempo y finalmente el sol se escondió por el horizonte con una gloriosa explosión de colores carmesí, oro y púrpura. Echaba un vistazo de vez en cuando, tratando de no parecer grosero, pues sentía mucha curiosidad por ver a aquellos seres extraños a tan pocos metros de distancia. Seguía a la espera de ver los primeros signos de la ciudad, caminos erosionados por el andar de incontables viajeros, señales luminosas alrededor del camino, las sombras de los edificios tras el cielo oscuro. Pero no vio nada. Y, a medida que continuaban su camino, sintió una leve punzada de miedo.

¿Podría ser que los draenei no estuvieran planeando ayudarlos a él y a Orgrim después de todo? ¿Podría ser que los llevaran cautivos para pedir un rescate? ¿Y si iban a hacerles algo peor, como ofrecerlos en sacrificio a algún dios oscuro o...?

—Hemos llegado —dijo Restalaan. Desmontó y se arrodilló en el suelo, apartó hacia un lado algunas hojas y agujas de pino. Orgrim y Durotan se miraron confundidos. Todavía estaban en medio del bosque. No había ciudad ni carreteras ni nada de nada a la vista. Se acercaron el uno al otro. Los superaban claramente en número, pero no morirían sin luchar antes.

Arrodillado todavía sobre la alfombra de hojas y agujas de pino, Restalaan descubrió un precioso cristal verde. Había sido cuidadosamente ocultado bajo la maleza y

el detritus del bosque. Durotan lo miraba fijamente, atónito por su belleza. Encajaría perfectamente en la palma de su mano y ardía en deseos de tocarlo, de sentir esa suavidad, ese extraño pulso sobre su piel. De alguna manera sabía que iba a experimentar una tranquilidad como la que nunca había sentido solo con tocarlo. Restalaan pronunció una serie de sílabas que se marcaron con fuego en el cerebro de Durotan.

—*Kehla men samir, solay lamaa kahl.*

La imagen del bosque comenzó a brillar y a ondularse como si fuera un reflejo sobre la superficie de un lago al que tiras una piedra. Muy a su pesar, Durotan se quedó sin aliento. El resplandor aumentó y de repente no había bosque, ni árboles, solo un camino grande y pavimentado que conducía, a través de la ladera de la montaña, a un lugar donde Durotan veía cosas que nunca había imaginado.

—Estamos en el corazón del país de los ogros, pero no era así cuando hace mucho tiempo construimos la ciudad —dijo Restalaan—. Si los ogros no pueden vernos, no pueden atacarnos.

Al fin, Durotan recuperó su voz.

—Pero... ¿cómo?

—Una simple ilusión, nada más. Un truco de... luz.

Algo en la forma en que dijo eso provocó un ligero hormigueo a Durotan. Al ver la expresión confusa del orco, Restalaan continuó.

—No siempre puedes confiar en tu vista. Pensamos que lo que vemos siempre es real, que la luz siempre revela de igual forma y en todas las ocasiones lo que hay fuera. Pero las luces y las sombras pueden ser manipuladas y dirigidas por aquellos que las entienden. Al pronunciar esas palabras y tocar el cristal, he alterado la forma en que la luz baña esas rocas, esos árboles, el paisaje en definitiva. De esta forma, el ojo percibe algo completamente diferente a lo que en realidad había.

Durotan sabía que seguía embelesado como un estúpido. Restalaan se rio ligeramente.

—Vengan, mis nuevos amigos. Vengan donde ninguno de los suyos ha estado antes. Caminen por las calles de mi casa.



CAPÍTULO TRES

Drek'Thar nunca vio las ciudades de los draenei en tiempos de paz. Solo las vio cuando... bueno, me estoy adelantando a mí mismo. Pero me dijo que mi padre había caminado por las brillantes calles de los draenei, había comido su comida, dormido en sus edificios, hablado con ellos tranquilamente. Vislumbró un mundo tan diferente al nuestro que incluso hoy sería difícil creerlo cierto. Incluso las tierras de los kaldorei no son tan extrañas para mí como lo que he aprendido de los draenei. Drek'Thar me dijo que Durotan no supo encontrar las palabras para describir lo que había visto; quizás hoy, si viviera en una tierra que lleva su nombre y hubiera visto lo que yo he visto, las encontraría.

El lamento tiene un sabor amargo...

* * *

Durotan no podía moverse. Era como si hubieran arrojado sobre él la misteriosa y brillante red de energía, como con el ogro, incapaz de resistirse. Observaba con la boca ligeramente abierta y trataba de encontrar sentido a todo lo que sus ojos le mostraban.

¡La ciudad draenei era magnífica! Tejida en la ladera de la montaña como si hubiera surgido de ella, a los ojos de Durotan era como la unión de la piedra y el metal, de lo natural y lo artificial. No sabía con exactitud qué era lo que estaba viendo, pero sabía que era armonioso. Con el hechizo de ocultación disuelto, la ciudad se reveló con toda su pacífica magnificencia. Todo lo que veía atraía su mirada. Enormes escaleras de piedra, con amplias y romas bases y unas partes superiores más finas, se dirigían hasta unas viviendas esféricas. Unas recordaban a Durotan la concha de un caracol; otras, a una seta. La combinación era sorprendente. Bañada por las tonalidades de la puesta del sol, las líneas gruesas de las escaleras se suavizaban, y las cúpulas parecían aún más redondas y perfectas de lo que eran.

Volvió la cabeza para ver una expresión de asombro similar en el rostro de Orgrim y entonces vio una ligera sonrisa que curvaba los labios azules de Restalaan.

—Son bienvenidos aquí, Durotan y Orgrim —dijo Restalaan.

Las palabras parecían romper el hechizo, y Durotan se adelantó torpemente. Las piedras de los caminos habían sido pulidas por el tiempo o por las manos de los draenei, no era capaz de precisarlo. Al acercarse, Durotan pudo ver que la ciudad continuaba hasta lo más alto de la montaña. El diseño arquitectónico de los anchos y atrevidos pasos que conducían hasta una suave y curvada estructura se repetía aquí. Había calles largas, construidas con la misma piedra blanca que, de alguna manera que no acertaba a saber, no se había ensuciado ni tras el paso de las diez generaciones de orcos que hacía que los draenei habían llegado allí. En lugar de las pieles y los cuernos de animales cazados, los draenei aparentemente utilizaban los dones de la tierra. Había gemas brillantes por todas partes y abundaba el uso de un ligero metal marrón que no se parecía a nada de lo que Durotan había visto en su vida. Los orcos conocían los metales, los trabajaban para su uso. El propio Durotan había ayudado en una cacería con un hacha y una espada, pero esto...

—¿De qué está hecha su ciudad? —preguntó Orgrim. Fue la primera cosa que dijo desde que los dos comenzaron su viaje en compañía de los draenei.

—De muchas cosas —respondió Restalaan amablemente. Estaban pasando a través de las puertas en ese momento y recibiendo curiosas, pero no hostiles, miradas de los habitantes del lugar—. Somos viajeros, bastante nuevos en su mundo.

—¿Nuevos? —dijo Durotan—. Hace más de 200 veranos que tu gente habita aquí. No éramos como somos ahora.

—No, no lo son —Restalaan admitió sin problemas—. Hemos visto cómo los orcos crecen en fuerza, habilidad y talento. Nos tienen impresionados.

Durotan sabía que lo decía a modo de cumplido, pero de alguna manera le escoció el comentario. Como si... como si el draenei se sintiera superior a ellos, a los orcos. Dicho pensamiento llegó y se fue, fugaz como el aleteo de una mariposa. Seguía mirando a su alrededor y, para su vergüenza, se preguntó si no sería verdaderamente cierto. Ninguna morada de los orcos estaba tan adornada o era tan compleja. Pero claro... los orcos no son draenei. No necesitan, o no han escogido, vivir como los draenei.

—Como respuesta a tu pregunta, Orgrim, cuando llegamos aquí, utilizamos todo lo que trajimos con nosotros. Sé que su gente construye barcos para viajar por los ríos o cruzar los lagos. Bueno, pues nosotros llegamos en un barco que podía cruzar el cielo... una nave que nos trajo hasta aquí. Estaba hecha de metal y... otras cosas. Una vez que asumimos que esta iba a ser nuestra nueva casa, tomamos algunas partes de esta nave y las usamos para nuestra arquitectura.

Así que eso eran los grandes trozos de metal sin brillo que parecían, al mismo tiempo, de cobre y piel. La respiración de Durotan se paró.

A su lado, Orgrim frunció el ceño.

—¡Mientes! ¡El metal no flota!

Un orco hubiera gruñido y golpeado fuertemente las orejas de Orgrim por tal insolencia. El draenei simplemente sonrió.

—Eso mismo podría pensar cualquiera. De igual forma que podría pensar que no es posible invocar a los elementos para luchar contra un ogro si no supiera que es posible.

—Eso es diferente —se quejó Orgrim—. Eso es magia.

—Pues algo parecido es esto —dijo Restalaan. Entonces hizo una señal a uno de sus hombres para que se acercara y le dijo algo en su lengua nativa. El otro draenei asintió y salió corriendo.

—Hay alguien a quien me gustaría presentarles, si es que no está demasiado ocupado —dijo Restalaan y se calló. Durotan tenía mil preguntas, pero no se atrevió a hacerlas, temiendo ponerse en ridículo. Orgrim parecía haber aceptado el argumento de Restalaan sobre la magia, pero los dos jóvenes seguían estirando el cuello para mirar a su alrededor.

Se encontraron a muchos otros draenei por la calle hasta que se cruzaron con una mujer que parecía tener su edad. Tenía una constitución delicada, era alta y, cuando Durotan cruzó la mirada con ella, parecía sorprendida. A continuación, apareció una suave sonrisa en sus labios y agachó tímidamente su cabeza.

Durotan le sonrió también. Sin pensarlo, dijo:

—En nuestros campamentos hay muchos niños, ¿dónde están los niños de los draenei?

—No tenemos muchos —Restalaan contestó—. Nuestra gente vive muchos años, esa es la razón por la que no solemos tener muchos hijos.

—¿Cuántos años viven? —preguntó Orgrim.

—Muchos —fue todo lo que Restalaan contestó—. Basta con decirles que recuerdo nuestra llegada a esta tierra.

Orgrim miró con los ojos abiertos a su compañero. Durotan quería darle con el codo, pero estaba demasiado lejos. De repente se dio cuenta de que la joven draenei que acababan de ver probablemente estaría muy lejos de su edad. Fue entonces cuando regresó el mensajero que Restalaan había enviado y les habló rápidamente. Restalaan parecía satisfecho con aquello que el mensajero le estaba diciendo y luego se giró, sonriendo, hacia los orcos.

—Aquel que nos trajo hasta este mundo, nuestro Profeta, Velen, se quedará aquí durante unos días. Pensé que quizás los querría ver. No recibimos esta clase de visita muy a menudo —Restalaan sonrió ampliamente—. Me enorgullece decirles que no solo Velen ha aceptado conocerlos, sino que los ha invitado a compartir la velada de hoy. Van a cenar con él y a dormir en la casa del magistrado. Es un gran honor.

Ambos se quedaron mudos de la sorpresa. ¿Cenar con el Profeta, el líder de todos los draenei?

Durotan empezó a pensar que quizás hubiera sido mejor si los hubiera aplastado el ogro con su garrote.

Siguieron obedientemente a Restalaan, que los llevó por el camino serpenteante que subía, a través de colinas, hasta el edificio más grande que se asentaba en lo alto de la montaña. Las escaleras, perfectamente cuadradas y muy sólidas, parecían no terminar nunca y el aliento de Durotan se volvió acelerado a medida que ascendían. Llegó a la cima y se acercó a la estructura de caracol con interés cuando Restalaan le dijo:

—Mira hacia atrás.

Durotan y Orgrim obedecieron y el aliento de Durotan se quedó congelado en su garganta. Por debajo de ellos se extendían, como joyas sobre un prado, los edificios de la ciudad draenei. La puesta de sol teñía la ciudad con bellos tonos rojizos, que se tornaron en morados y grises cuando se ocultó completamente por el horizonte. Las luces se encendieron en las casas y ahora la ciudad parecía un cielo estrellado, pero en la tierra.

—No quiero fanfarronear, pero estoy orgulloso de mi gente y de nuestra ciudad —dijo Restalaan—. Hemos trabajado muy duro aquí. Amamos Draenor. Y nunca pensé que tendría la oportunidad de compartir este sentimiento con un orco. Los caminos del destino son muy extraños.

Mientras hablaba, un profundo dolor, incluso antiguo, se vislumbraba a través de sus azules y duros rasgos. Sacudió la cabeza como para olvidarse de él y sonrió.

—Entren y serán atendidos.

En silencio, tan sorprendidos como para olvidar la habilidad de hablar, sus jóvenes mentes se abrieron a las imágenes, sonidos y colores de aquel lugar completamente extraño; Durotan y Orgrim entraron al salón del Magistrado. Se encontraban en salas que, de tan adornadas y hermosas que eran, los hicieron sentir completamente fuera de lugar. Las paredes curvadas, tan atractivas desde el exterior como encantadoras desde dentro, más que acogerlos parecían querer abrazarlos. Les habían dejado frutas por si tenían apetito, extrañas ropas por si querían cambiarse y había una tina de agua caliente, a punto de hervir, en medio de la habitación.

—Esta agua está demasiado caliente para beber y es demasiada para hervir hojas —dijo Durotan.

—Es para bañarse —contestó el draenei.

—¿Bañarse?

—Para limpiarse la suciedad del cuerpo —dijo Restalaan. Orgrim le lanzó una mirada de asombro, pero Restalaan parecía bastante serio.

—Nosotros no nos bañamos —gruñó Orgrim.

—Nadamos en los ríos en verano —dijo Durotan—. Puede que esto sea parecido.

—No tienen que hacer nada con lo que no encuentren a gusto —dijo Restalaan—. El baño, la comida y las ropas están aquí para su comodidad. El profeta Velen los atenderá en una hora. Vendré por ustedes entonces. ¿Hay algo más que necesiten?

Contestaron negativamente con la cabeza. Restalaan asintió y cerró la puerta. Durotan se giró hacia Orgrim.

—¿Crees que estamos en peligro?

Orgrim miró los extraños materiales y el agua caliente.

—No —dijo—. Pero... me siento como en una cueva. Preferiría estar en una tienda.

—Yo también. —Durotan se dirigió hacia una de las paredes y tocó su superficie curva. La notaba fría y suave bajo sus dedos, de alguna manera había pensado que la sentiría caliente y... como si estuviera viva.

Durotan se giró y señaló el agua.

—¿Quieres probarla?

—No —dijo Orgrim. Ambos orcos se echaron a reír, finalmente se salpicaron el rostro con el agua caliente y la encontraron más agradable de lo esperado. Se comieron la fruta, bebieron el agua y decidieron que los chalecos de tela eran mejor opción que las sucias y apestosas túnicas que llevaban. En cualquier caso, mantendrían sus pantalones de cuero.

El tiempo pasó más rápido de lo que esperaban y se estaban retando a ver quién era capaz de doblar una de las patas de metal de una silla cuando se oyó un golpe suave sobre la puerta. Dieron un salto de culpabilidad; Orgrim había logrado torcer un poco la pata de la silla, por lo que ahora se veía un poco coja.

—El Profeta está listo para recibirlos ahora —dijo Restalaan.

Es un Ancestro, fue lo primero que Durotan pensó cuando estuvieron frente al profeta Velen.

Ver al otro draenei de cerca había sido sorprenderte, pero contemplar a Velen lo era mucho más. El Profeta de los draenei era media cabeza más alto que el más alto de los guardias de la ciudad que Durotan había visto, aunque no parecía tan poderoso físicamente como ellos. Su cuerpo, ataviado con suaves y arremolinadas ropas, parecía menos musculado que los suyos. ¡Y su piel! Era de un cálido color alabastro. Sus ojos, profundos y sabios, tenían un brillo azul claro y estaban rodeados por profundas arrugas, que dejaban entrever que no se trataba de un simple Ancestro, sino de alguien incluso mayor. Su cabello canoso no flotaba por su espalda como el del resto de los draenei, sino que estaba trenzado, rizado y bellamente ornamentado, dejando a cubierto su pálido cráneo. Su barba fluía hasta la cintura como si se tratase de una ola plateada.

No es un Ancestro. Ni siquiera un Anciano, pensó Durotan mientras esos intensos y brillantes ojos azules lo miraban y parecían penetrar hasta su mismísima alma. *Es algo prácticamente... fuera del tiempo real.*

Pensó en el comentario de Restalaan, que él mismo había vivido más de doscientos veranos.

Velen era mucho más viejo que eso.

—Bienvenidos —dijo Velen con una dulce voz mientras elevaba e inclinaba su cabeza. Las trenzas se balanceaban con el movimiento—. Me llamo Velen. Me alegra saber que mi gente los ha encontrado hoy, aunque no me cabe la menor duda que en muy pocos años serán capaces de despachar a un ogro y hasta uno o dos gronn ustedes mismos.

Una vez más, Durotan no supo cómo encajar ese comentario, pero seguramente no se trataba de un simple y frívolo cumplido. Orgrim sintió lo mismo, pues se puso en pie y miró directamente a los ojos de Velen.

Velen les indicó que se sentaran y así lo hicieron. Durotan se sentía torpe y desgarrado sentado allí, en aquellas espléndidas sillas de madera ornamentada. Cuando la comida hizo su aparición, sintió una relajación interior. Pata de talbuk, plumablancas asados, grandes tostadas de pan y platos acompañados con muchas verduras, comida que entendía y conocía. De alguna manera, esperaba algo completamente diferente. ¿Pero por qué? Su forma de vivir y de morar podía ser muy diferente de la de los orcos pero, al igual que ellos, los draenei vivían de lo que la tierra les podía ofrecer. La forma en que estaban cocinados era diferente, los orcos tendían a hervir los alimentos o a brasearlos sobre una llama de fuego viva, incluso comían la carne cruda frecuentemente pero, en líneas generales, la comida era comida y esa comida estaba deliciosa.

Velen fue un anfitrión excelente. Les hizo preguntas y se mostró genuinamente interesado en sus respuestas: ¿A qué edad empiezan a cazar ogros? ¿Y a qué edad eligen pareja? ¿Cuál es su comida preferida? ¿Y su arma favorita? Orgrim, incluso más que Durotan, se sintió tan a gusto con la conversación que empezó a hablar de sus proezas. En su caso no le hacía falta embellecer las historias.

—Cuando mi padre muera, heredaré el Martillo Maldito —dijo Orgrim con orgullo—. Es un arma antigua y honorable, que se transmite de padre a primogénito.

—Estoy seguro de que la sabrás blandir bien, Orgrim —dijo Velen—. Pero espero que pasen muchos años antes de que heredes el nombre de Doomhammer.

El hecho de que su padre tuviera que morir antes de llegar a ser Orgrim Doomhammer parecía habersele escapado, por un momento, al joven orco, razón por la que se puso serio. Velen sonrió con, pensó Durotan, una leve sensación de pena. Con este movimiento facial, finas grietas aparecieron en la cara de Velen, como una sutil tela de araña sobre su lisa y blanca superficie.

—Pero descríbeme ese martillo, por favor. Tiene que ser un arma magnífica.

Orgrim se volvió a iluminar.

—¡Es enorme! La piedra es negra y es contundente y poderosa, y el mango está hecho de madera cuidadosamente tallada. Con los años, el mango ha tenido que ser reemplazado, pero la piedra no tiene ni un solo rasguño. Lo llamamos el Martillo Maldito porque, cuando quien lo porta entra en batalla, expele maldiciones a sus enemigos.

—Ya veo —dijo Velen, sin dejar de sonreír.

Orgrim estaba disfrutando de la conversación.

—Pero hay otra profecía más —continuó—. Se dice que el último orco Doomhammer lo usará para traer la salvación y luego para condenar a todos los orcos. Entonces pasará a manos de alguien que no pertenecerá al clan Roca Negra, todo volverá a cambiar y el martillo será utilizado de nuevo en pos de la justicia.

—Es una profecía poderosa —dijo Velen. No dijo nada más, pero Durotan sintió un escalofrío. Ese hombre era apodado el «Profeta» por su gente. ¿Sabría de alguna manera que la profecía del Martillo Maldito se haría realidad? ¿Se atrevería Durotan a preguntarle?

Orgrim continuó describiendo el Martillo Maldito con todo detalle. Durotan, que había visto el arma en cuestión, dejó de prestar atención a la charla de Orgrim y se centró en Velen. ¿Por qué este ser estaba tan interesado en ellos?

Durotan era un joven sensible, lo sabía. Había escuchado partes de conversaciones de sus padres, en las que mostraban preocupación por esa especial sensibilidad, y de Madre Kashur, que se burlaba de ellos y les había dicho que se preocuparan de cosas importantes y «dejaran al niño a su suerte». Durotan sabía reconocer el interés fingido cuando lo veía y sintió que lo reconocería incluso en un draenei. Sin embargo, los brillantes ojos azules de Velen estaban centrados, su extraña cara mostraba una expresión interesada y sus preguntas eran sinceras. Quería oír hablar sobre los orcos y, cuanto más oía, más triste parecía estar.

Desearía que Madre Kashur estuviera aquí en mi lugar, pensó Durotan de repente. Ella aprovecharía esta ocasión mucho más que Orgrim y yo.

Cuando Orgrim terminó de describir el Martillo Maldito, Durotan preguntó:

—¿Puedes contarnos algo sobre tu pueblo, Profeta? Sabemos tan poco. En las últimas horas he aprendido más que ninguno de los míos en los últimos cien años, creo.

Velen dirigió sus brillante ojos azules hacia Durotan. Su mirada casi lo hizo temblar, no porque sintiera miedo de ella, sino porque nunca se había sentido visto de esa forma.

—Los draenei nunca han ocultado información, joven Durotan. Pero... creo que tú eres el primero que ha preguntado por ella. ¿Qué deseas saber?

Todo, quería saber Durotan, pero decidió centrar su pregunta.

—Los orcos no habían conocido a ningún draenei hasta hace doscientos veranos. Restalaan nos dijo que vinieron aquí en un gran barco que podía viajar por los cielos. Cuéntame más sobre esto.

Velen tomo un sorbo de su bebida, que sabía a verano para Durotan, y sonrió.

—Para empezar, «draenei» no es nuestro verdadero nombre. Es una palabra que significa... «exiliados».

Durotan se quedó boquiabierto.

—Estábamos enfrentados con otros en nuestro mundo. Decidimos no vender a nuestra gente como esclavos y por este motivo decidimos exiliarnos. Hemos pasado mucho tiempo tratando de encontrar un lugar adecuado para vivir, un lugar al que poder llamar nuestro hogar. Nos enamoramos de este sitio y lo llamamos Draenor.

Durotan asintió con la cabeza. Ya había escuchado ese nombre antes. Le había gustado cómo sonaba en su lengua cuando lo dijo, y los orcos no tenían otro nombre para este lugar más que «mundo».

—Ese es el nombre que nosotros utilizamos, no queremos ser tan arrogantes como para pensar que los orcos deban utilizarlo también. Pero así es como lo hemos apodado y amamos Draenor profundamente. Es un mundo precioso, y hemos visto muchos.

Orgrim se quedó sin aliento.

—¿Que han visto muchos?

—Sí, así es. Y hemos conocido a mucha gente.

—¿Gente como los orcos?

Velen sonrió amablemente.

—No hay nadie como los orcos —dijo, con una voz muy respetable—. Ustedes son un hallazgo único en nuestros viajes.

Durotan y Orgrim se miraron y se acomodaron un poco más rectos sobre sus sillas.

—Pero sí, hemos estado viajando durante bastante tiempo antes de llegar a esta tierra. Aquí estamos y aquí nos quedaremos.

Durotan ardía en deseos de hacer más preguntas, durante cuánto tiempo habían estado viajando, cómo era su mundo natal o por qué lo habían abandonado. Pero había algo en la expresión de Velen que le decía que, aunque habían sido invitados a preguntar, el líder de los draenei no les contaría esa historia en particular.

En su lugar, preguntó cómo habían aprendido a crear sus armas y a controlar su magia.

—Nuestra magia viene de la tierra —dijo Durotan—. Del chamán y de nuestros ancestros.

—Nuestra magia procede de una fuente diferente —dijo Velen—. No sé si serían capaces de entenderlo si se los explicara.

Entonces Orgrim dijo indignado:

—¡No somos estúpidos!

—Perdóñenme, no quería hacerles pensar eso —contestó Velen. Fue una disculpa sincera y agradecida y de nuevo Durotan se quedó impresionado—. Su gente es sabia y obviamente ustedes dos son brillantes. Pero... pero no estoy seguro de conocer las palabras en su lenguaje. No me cabe duda de que, si las conociera y tuviera el tiempo necesario, lo entenderían.

Incluso explicándose, Velen parecía escoger muy cuidadosamente las palabras. Durotan pensó en el tipo de magia capaz de esconder una ciudad entera, pensó en el suave y asombroso metal que estaba unido, no sabía de qué forma, a las gemas de la tierra y a la roca sólida, y se dio cuenta que Velen tenía razón. No conocía a ningún solo orco capaz de entender todo eso en una sola velada, aunque pensó que quizás Madre Kashur sería capaz de comprender mejor su esencia y volvió a preguntarse por qué ambas razas no interactuaban un poco más.

La conversación dio un giro hacia temas más mundanos. Los dos jóvenes aprendieron que en las profundidades del bosque de Terokkar había un lugar, sagrado para los draenei, llamado Auchindoun. Allí descansaban sus muertos, enterrados en el suelo, en lugar de incinerados en piras. Hacia sus adentros Durotan consideró esta práctica muy rara, pero se mordió la lengua. Telmor era la ciudad más cercana a esta «ciudad de los muertos», y Velen había llegado allí en una misión muy triste, para dar descanso a otros draenei que habían muerto luchando contra el mismo ogro que casi mata a Orgrim y a Durotan ese mismo día.

Velen les explicó que, normalmente, vivía en un lugar precioso llamado el Templo de Karabor. Existían otras ciudades de los draenei, pero la más grande de todas estaba hacia el norte, un lugar llamado Shattrath.

Al final, la comida se terminó. Velen suspiró, y sus ojos se centraron sobre el plato vacío, pero Durotan sintió que el Profeta no lo estaba mirando.

—Me tendrán que perdonar —dijo Velen levantándose—. Ha sido un día muy largo, y tengo que meditar antes de ir a dormir. Ha sido un honor conocerlos, Durotan del clan Lobo Gélido y Orgrim del clan Roca Negra. Espero que duerman bien y profundamente, seguros entre estos muros, donde ningún otro orco ha estado antes.

Durotan y Orgrim se levantaron al mismo tiempo que el resto y le hicieron una reverencia. Velen sonrió con, pensó Durotan, una pizca de esa pena que antes había vislumbrado en la cara del líder de los draenei.

—Nos volveremos a encontrar, jóvenes orcos. Buenas noches.

Los dos orcos se fueron poco después. Fueron escoltados hasta sus habitaciones y durmieron bien, aunque Durotan soñó con un viejo orco sentado tranquilamente a su lado, y se preguntó qué podría significar.

* * *

—Tráelo —dijo el viejo orco a Madre Kashur.

Madre Kashur, la mayor de los chamanes del clan Lobo Gélido, dormía profundamente. A causa de su elevada posición dentro del clan, su tienda era la segunda con más comodidades y lujos, solamente superada por la de Garad, el líder del clan. Gruesas alfombras de piel de uñagrieta mantenían sus huesos alejados del frío de la tierra, y una nieta leal y cariñosa atendía sus necesidades, cocinaba, limpiaba y mantenía el fuego vivo durante los días más fríos para la «madre» del clan. El deber de Madre Kashur era escuchar el viento, el agua, el fuego, la hierba, y beber el amargo brebaje de hierbas cada noche para abrir su mente a los ancestros. Reunía información para su clan de la misma forma que otros reunían frutas y leña, y este don los alimentaba de una forma muy provechosa.

El viejo orco no estaba presente, pero aun así sabía que era real. Estaba en su sueño, y eso era suficiente para ella. Durante este estado de ensoñación, Madre Kashur se mostraba joven y vibrante, su piel era todavía rojiza, brillaba intensamente con salud y se veía lustrosa sobre sus tersos músculos. El viejo orco tenía la edad con la que había muerto, la edad en la que su sabiduría estaba en apogeo. Su nombre en vida había sido Tal'kraa pero ahora, a pesar de las muchas generaciones que había entre ellos dos, lo llamaba Abuelo.

—Has recibido el mensaje —dijo el Abuelo a la joven y vibrante Kashur del sueño. Asintió, al tiempo que su negro cabello se balanceaba con el movimiento.

—Él y el niño de los Roca Negra están ahora con los draenei —dijo—. Estarán a salvo, lo siento.

El abuelo Tal'kraa asintió, agitando sus mejillas con el movimiento. Sus colmillos se habían amarilleado con la edad y uno de ellos estaba roto desde una batalla hacía mucho tiempo.

—Sí, están a salvo. Tráelo.

Era la segunda vez que había dicho eso, y Kashur no estaba segura de lo que quería decir.

—Irás a la montaña en pocos meses, cuando los árboles muden sus hojas para dormir —dijo—. Así que sí, lo llevaré.

Tal'kraa sacudió su cabeza ferozmente, sus ojos marrones se cerraron de enfado y Kashur esbozó una sonrisa; de todos los espíritus que la honraban con su presencia, el abuelo Tal'kraa era el menos paciente.

—No, no —gruñó Tal'kraa—. Tráelo ante nuestra presencia. Llévalo a las cavernas de Oshu'gun. Me gustaría ver qué hay en él.

Kashur inspiró rápidamente.

—¿Quieres... que lo lleve a conocer a los ancestros?

—¿No es eso justamente lo que acabo de decir? ¡Estúpida chica! ¿Qué está pasando con los chamanes estos días?

Era el sermón de siempre y ya no molestaba a Kashur en lo más mínimo. Estaba demasiado aturdida por la importancia de lo que le acababa de decir. Otras veces los ancestros habían querido ver a un niño antes y, aunque era poco frecuente, ya había pasado. Por lo general, significaba que el chico en cuestión estaba destinado al camino del chamanismo. No había pensado que los pies de Durotan fuesen a caminar por ese camino; era algo extraño que un chamán liderara a un clan. Habría demasiadas cosas presionándolo desde diferentes direcciones como para ser un líder eficaz. Escuchar y honrar a los espíritus, y guiar con acierto a su propia gente eran demasiadas cosas para la mayoría de los orcos. Aquel que fuera capaz de hacerlas, sería indudablemente un orco remarcable.

Ante la falta de respuesta por parte de Kashur, el Abuelo gruñó de nuevo y golpeó el suelo. Kashur saltó ligeramente.

—Lo traeré el día de su iniciación —aseguró Kashur a su antepasado.

—Por fin lo has entendido —dijo Tal'kraa, sacudiendo su vara ante ella—. Y, si me fallas, será tu cabeza lo que golpearé con mi vara en lugar de este inocente suelo.

No podía ocultar completamente una sonrisa mientras lo decía, y Kashur le sonrió también mientras su imagen en el sueño cerraba los ojos. A pesar de sus bravatas y mal genio, Tal'kraa era sabio y bondadoso y la quería profundamente. Lamentó no haberlo conocido en vida, aunque había muerto hacía ya casi cien años.

Los párpados de Kashur se abrieron y suspiró mientras su espíritu volvía a su cuerpo real... tan anciano como el de Tal'kraa cuando murió, con las manos y los pies doblados por el dolor en las articulaciones, con un cuerpo débil y un pelo completamente canoso.

Era consciente de que pronto le llegaría el momento de abandonar este cuerpo, este caparazón, para ir con los ancestros y morar en la montaña sagrada. Drek'Thar, su aprendiz, sería el asesor de Garad y del resto del clan Lobo Gélido. Confiaba completamente en él y, en realidad, esperaba con interés el día en que se convertiría en pura energía espiritual.

El ascenso de la Horda

Aunque, mientras la luz del sol entraba en su tienda y el canto de los pájaros acariciaba sus oídos, pensó que echaría de menos las bellas cosas que la vida nos concedía. Cosas simples como el canto de los pájaros, la comida caliente y el cariñoso contacto con su nieta.

Tráelo, había dicho el Abuelo.

Y así lo haría.



CAPÍTULO CUATRO

Ayer por la noche, con la luna llena sobre mi cabeza y la aprobación de las estrellas, un joven macho fue iniciado como adulto. Ha sido la primera vez que he tenido la oportunidad de participar en un ritual como este, el Om'rigger. Durante mi juventud, fui separado de los ritos y las tradiciones de mi pueblo; y la verdad sea dicha, todos los orcos fuimos separados de este tipo de ritos durante mucho tiempo. Y una vez que fui lo suficientemente adulto como para recorrer el camino del destino, me vi envuelto en el horror de la guerra. La guerra me consumió. Irónicamente, la necesidad de proteger a mi pueblo de la Legión Ardiente y ofrecerles un lugar donde nuestras tradiciones pudieran volver a florecer me alejó de ese tipo de cosas.

Pero ahora, Durotar y Orgrimmar están asentadas. Ahora estamos en paz, aunque sea una paz frágil. Ahora vuelve a haber chamanes que recuperan las antiguas costumbres, hombres y mujeres jóvenes que caminan hacia una era en la que, si los espíritus así lo quieren, no tendrán que conocer el sabor amargo de la guerra.

Ayer por la noche, fui partícipe de un ritual imperecedero que fue prohibido a toda una generación.

Ayer por la noche, mi corazón se llenó de alegría y de un sentimiento de conexión con aquello que siempre había deseado.

* * *

El corazón de Durotan palpitaba en su pecho mientras miraba fijamente el talbuk. Era una bestia espléndida, una presa digna, sus cuernos no eran un mero adorno sino fuertes y peligrosas armas. Durotan había visto, al menos, a un guerrero morir corneado, empalado con los doce picos de su cornamenta con la misma ferocidad que con una lanza.

Y él tendría que abatirlo con una sola arma y sin armadura.

Le habían llegado susurros, por supuesto. *Ningún talbuk adulto se dejará cazar para satisfacer las necesidades del ritual*, le había murmurado alguien al oído mientras

estaba sentado con los ojos vendados en la tienda de espera. *Todos son feroces luchadores pero, en esta temporada, los machos han perdido sus cuernos.*

Más susurros: solamente podrás llevar un arma, Durotan, hijo de Garad; pero podrás ocultar otras en el desierto, donde nadie pueda verlas.

Y el más vergonzoso de todos: el chamán determinará si lo has conseguido al probar la sangre de tu cara; pero recuerda que la sangre de un talbuk muerto hace mucho tiempo sabe exactamente igual que la de uno recién muerto.

Durotan hizo caso omiso a todas estas tentaciones. Quizás otros orcos habían sucumbido a ellas, pero él no sería uno de ellos. Durotan acecharía a una hembra, equipada con una buena cornamenta en esta época del año, utilizaría simplemente la única arma que estaba permitida y se unguiría las mejillas con la humeante sangre de la bestia que iba a matar ese día.

En ese momento, de pie ante la prematura e inesperada nevada, sosteniendo su cada vez más pesada hacha, Durotan se estremeció. Pero nunca titubeó.

Había estado tras la pista de la manada de talbucs durante dos días, sobreviviendo solo con aquello que podía recoger, encendiendo pequeñas hogueras durante el crepúsculo, que bañaban la nieve con un tono lavanda, y durmiendo en los refugios que encontraba a su paso. Orgrim ya había completado su rito de paso. Durotan envidiaba el hecho de que su amigo hubiera nacido en verano. Había pensado que no sería tan difícil a principios del otoño, pero ese año el invierno había decidido adelantarse y el clima era mucho más duro.

Parecía como si el rebaño talbuk también quisiera burlarse de él. Podía seguir fácilmente su rastro por la nieve, ver dónde habían escarbado para llegar hasta la hierba seca o dónde habían arrancado la corteza de los árboles. Pero parecían capaces de eludirlo siempre. Caía la tarde de su tercer día cuando los ancestros decidieron premiar su determinación. El crepúsculo estaba de camino, y Durotan comenzaba a pensar desesperado que tendría que buscar un nuevo refugio para pasar el final de una nueva jornada infructuosa. Entonces, se dio cuenta de que los pequeños excrementos de talbuk no estaban congelados, sino frescos.

Estaban cerca.

Empezó a correr, la nieve crujía bajo sus botas de piel, lo alentaba una nueva ilusión. Siguió las huellas tal y como lo habían enseñado, buscó una zona elevada...

Y contempló una manada de gloriosas criaturas.

Inmediatamente, se acuclilló tras una gran roca y se asomó para ver a los animales. Todavía se veían marrones sobre la nieve blanca, pues aún no habían mudado su pelaje invernal. Por lo menos había dos docenas, tal vez más, en su mayoría hembras. Era positivo que hubiese encontrado una manada, pero ahora tenía otro problema. ¿Cómo iba a

atacar simplemente a uno? Los talbuk, a diferencia de otras presas, solían proteger al resto de su rebaño. Si atacabas a uno, el resto acudía en su defensa.

Los chamanes acompañaban a los cazadores con el fin de distraer a los animales. Durotan estaba solo y de repente se sentía muy vulnerable.

Frunció el ceño y se quedó pensativo. Había estado buscando a estas criaturas durante cerca de tres días y ahora estaban allí. La noche contemplaría a un orco devorando la carne fresca de la pierna de un talbuk o a un orco muerto y entumecido sobre la nieve.

Los miró por un momento, consciente de que las sombras se volcaban sobre ellos, pero sin querer apresurarse ni cometer un error fatal. Los talbuk eran criaturas diurnas y estaban ocupadas cavando hoyos en la nieve para acurrucarse en ellos. Sabía que hacían ese tipo de cosas, pero ahora veía con espanto como se estaban situando los unos al lado de los otros. ¿Cómo sería capaz de separar a uno de ellos?

Un movimiento llamó su atención. Una de las hembras, joven y sana después de un generoso verano comiendo dulce hierba y bayas silvestres, parecía estar agitada. Chocó y sacudió su cabeza coronada con un conjunto majestuoso de cuernos, mientras parecía danzar alrededor del resto del grupo. No parecía dispuesta a unirse a ellos y, de igual forma que uno o dos más, optó por dormir fuera del rebaño de peludos cuerpos.

Durotan empezó a sonreír. ¡Qué gran regalo de los espíritus! Fue un buen presagio. La más animada y saludable hembra del rebaño, un ejemplar que no tenía necesidad alguna de seguir sin pensar al grupo, sino que elegía su propio camino. Una elección que muy probablemente significaría su muerte y que le daría la oportunidad a Durotan de ganarse el honor y el derecho de ser tratado como un adulto entre los suyos. Los espíritus entendían el equilibrio de ese tipo de cosas. Como mínimo, le habían dicho que así era.

Durotan esperó. El crepúsculo llegó y se fue, y el sol se hundió por debajo de las montañas. Con la puesta de sol, también se marchó el débil calor que había sentido hasta entonces. Durotan esperó con la paciencia de los depredadores. Finalmente, incluso los talbuk que estaban situados en la zona más exterior de la manada recogieron sus piernas y se acurrucaron con sus compañeros.

Fue entonces cuando Durotan se movió. Sus miembros estaban rígidos por el frío y por poco tropezó. Se arrastró lentamente desde su escondite tras la roca y bajó la pendiente, clavando sus ojos en la hembra que dormitaba. Tenía la cabeza inclinada sobre su largo cuello y respiraba con normalidad. Podía ver pequeñas bocanadas blancas de vapor que aparecían desde su hocico.

Lentamente, caminando con tanto cuidado como pudo, llegó hasta su presa. No sentía el frío; el calor de la anticipación y el poder de la concentración eliminaban cualquier sensación de incomodidad. Se acercó todo lo que pudo; aun así, la hembra talbuk seguía durmiendo.

Levantó su hacha. La balanceó hacia abajo.

La talbuk abrió los ojos en ese preciso momento.

Trató de levantarse, pero ya había recibido el golpe. Durotan tenía ganas de aullar el grito de guerra que había oído a su padre tantas veces, pero se contuvo. Con él no conseguiría matar al talbuk, sino a sí mismo, pues despertaría a una docena de sus compañeros de manada y sería sorprendido por sus enérgicas represalias. Había afilado el hacha con una agudeza sorprendente y cortó el grueso cuello y sus vertebras como si de queso se tratase. La sangre salió a borbotones, el cálido y pegajoso líquido salpicó a Durotan suavemente y él sonrió con ferocidad. Se ungió a sí mismo con la sangre de su primera presa en solitario; era una parte del ritual y la hembra talbuk lo había hecho por él. Otro buen presagio.

A pesar de intentar ser tan silencioso como pudo, oyó como la manada se despertaba tras él. Se dio media vuelta, respirando con dificultad, y descargó el escalofriante y sanguinario grito de batalla que su garganta había retenido un momento antes. Cogió su hacha, el brillo de su hoja de metal oscurecido ahora por la sangre carmesí, y gritó de nuevo.

Los talbuk vacilaron. Había oído decir que, si se trataba de una muerte limpia, los animales huían en vez de atacar, intuyendo que se trataba de algo primitivo y que ya no podían ayudar a su hermano caído. Esperaba que fuera cierto; quizás fuera capaz de abatir a uno o dos, pero caería bajo sus acolchadas pezuñas si decidían atacar.

Se movieron todos al unísono, comenzaron a retroceder y finalmente se dieron media vuelta y empezaron a correr. Los vio desaparecer al galope, las huellas de sus pezuñas sobre la nieve inmaculada serían la única evidencia de que habían estado allí.

Durotan bajó el hacha, jadeando por el esfuerzo. La subió otra vez y volvió a gritar como señal de triunfo. Ya llenaría su estómago vacío esa noche y el espíritu del talbuk entraría en sus sueños. Y, al día siguiente, regresaría con su gente convertido en un adulto, dispuesto a tomar su lugar al servicio del clan.

Listo para un día convertirse en su líder.

* * *

—¿Por qué tenemos que ir caminando? —preguntó Durotan con vanidad, furioso como un niño.

—Porque es la forma adecuada de hacerlo —contestó de manera cortante Madre Kashur. Irritada, le dio una palmada al chico. Durotan era joven y estaba en forma; la larga caminata hasta la montaña sagrada de los ancestros no significaba nada para él. Ella, en cambio, hubiese agradecido de buen grado ir sentada en la grupa de su gran lobo negro,

Caminasueños. Pero las tradiciones eran antiguas y específicas y, mientras fuera capaz de caminar, caminaría. Durotan bajó su cabeza en señal de arrepentimiento mientras continuaban.

A pesar de que cada nuevo viaje la agotaba más que el anterior, Madre Kashur sentía una excitación que la ayudó a mitigar el dolor y el cansancio. Había acompañado a muchos jóvenes, machos y hembras, pues eran igual de valiosos tanto unos como los otros, durante esta parte final de su rito de iniciación en la edad adulta. Pero nunca le habían pedido los ancestros que trajese a uno de ellos ante su presencia. No por ser tan anciana como era había dejado de ser curiosa.

Fueron menos de un par de horas de viaje para el joven, alrededor de un día para los viejos huesos de Madre Kashur. La noche estaba cayendo y casi habían llegado. Madre Kashur miró hacia la familiar forma de la montaña y sonrió. A diferencia de otras cadenas montañosas, cuyos ángulos parecían estar dispuestos al azar, el pico de Oshu'gun era un triángulo perfecto. Brillante como el cristal, reflejando la luz solar en sus diferentes caras, no se parecía a nada de los alrededores. Había llegado del cielo, hacía ya mucho tiempo, y los espíritus se habían visto atraídos hasta él. Fue por esa razón que los orcos se establecieron aquí, bajo su sombra sagrada. Cualquier riña o insignificante diferencia por la que pudieran estar enfrentados se desvanecía aquí, en el interior de esta montaña. Madre Kashur sabía que volvería a la montaña pronto, pero no cojeando, no como una anciana orco. Esa sería su última visita como el mueble roto que ahora parecía. La próxima vez que se aproximara a Oshu'gun lo haría como un espíritu, flotando en el aire como lo hacen los pájaros, con el corazón limpio, brillante y renovado.

—¿Pasa algo, Madre? —preguntó Durotan, mostrando preocupación en su tono de voz. Ella parpadeó, saliendo así de su estado de ensoñación, y le sonrió.

—Nada —le aseguró con sinceridad.

Las sombras habían ahuyentado la luz del sol cuando llegaron al pie de la montaña. Iban a dormir allí esa noche y empezarán la ascensión al amanecer. Durotan se durmió primero, arropado en la piel de la hembra talbuk que él mismo había matado no hacía mucho tiempo, y Madre Kashur lo miró cariñosamente mientras dormía profunda e inocentemente como la montaña. Esa noche no soñaría con nada, su mente tenía que estar clara para poder recibir las visiones al día siguiente.

* * *

La subida fue larga, agotadora, más difícil con diferencia que cualquier otra sencilla ascensión, y Kashur agradeció tanto la ayuda que le había ofrecido su vara como la fuerte mano de Durotan. Pero ese día los pies de Kashur parecían moverse con más

seguridad, sus pulmones funcionaban con más eficacia a medida que ella y el joven orco ascendían. Sintió como si los ancestros estuvieran empujándolos, ayudando a su cuerpo físico con el poder de sus espíritus.

Se detuvieron en la entrada de la cueva sagrada. Era un óvalo perfecto que se abría sobre la superficie lisa de la montaña y, como de costumbre, Kashur sentía estar entrando en el vientre de la tierra. Durotan intentó parecer valiente, pero solo consiguió parecer ligeramente nervioso. Madre Kashur no se rio esta vez. Sabía que él *estaba* nervioso. Estaba a punto de entrar en un lugar sagrado a petición expresa de uno de sus antepasados, muerto hacía mucho tiempo. Aun así, no se inmutó.

Encendió un manojito de hierbas secas que desprendían un olor dulce, acre, y sacudió el humo sobre él para purificarlo. A continuación, lo marcó con la sangre que su propio padre había derramado para el momento, guardada cuidadosamente en una bolsa de cuero. Kashur puso la mano sobre la frente lisa del joven orco, murmuró su bendición y asintió.

—Sabes bien que muy pocos son llamados por los ancestros si no es para caminar la senda del chamán —le dijo con solemnidad. Con sus ojos marrones bien abiertos, Durotan asintió con la cabeza—. No sé qué va a pasar. Quizás nada. Pero, si algo ocurriese, recuerda mostrar honor y respeto por nuestros queridos muertos.

Durotan tragó saliva y asintió de nuevo. Luego, respiró profundamente y se puso todo lo recto que podía; Kashur vio un atisbo de jefe de clan en su cuerpo de niño, aún sin moldear.

Entraron juntos, Madre Kashur iba en primer lugar encendiendo las antorchas que colgaban de las paredes. La iluminación naranja les mostró el camino descendente y serpenteante, desgastado ya por el caminar de los pies descalzos durante muchos años. Habían tallado escalones para facilitar el paso de los aventurados. Siempre hacía frío dentro del túnel, pero era más cálido que el frío invernal que hacía fuera. Kashur iba tocando las paredes del túnel, recordando la primera vez que había bajado, mucho tiempo atrás; la sangre de su madre húmeda sobre su cara, sus ojos bien abiertos y su corazón acelerado.

Finalmente, la larga y empinada pendiente se suavizó. Ya no había más antorchas en las paredes y Durotan la miró, perplejo.

—No necesitamos encender fuego para acudir a los ancestros —dijo Kashur. Continuaron sobre una superficie plana, en plena oscuridad. Durotan no estaba asustado, pero se le veía confundido al dejar atrás la comodidad del fuego y la luz.

En ese momento, estaban completamente a oscuras. Kashur tendió su mano y agarró a Durotan para guiarlo. Sus fuertes y grandes dedos agarraron amablemente los de la anciana. *Incluso ahora, cuando debería agarrar firmemente mi mano, recuerda lo*

mucho que me duele, pensó ella. El próximo jefe de clan de los Lobo Gélido tendría un corazón considerado.

Continuaron sin decir nada. Y después... sutilmente, como la llegada de la aurora después de una noche larga y oscura, la luz empezó a crecer alrededor de ellos. Fue entonces cuando Kashur pudo ver vagamente la silueta del joven que estaba a su lado, mucho más joven que ella, pero alzándose ya con el cuerpo de un adulto. Lo observó mientras avanzaban; el milagro de la cueva de los ancestros le era familiar, pero la reacción de Durotan, no.

Durotan abrió los ojos y respiró velozmente al tiempo que miraba a su alrededor. El agua de una piscina en el centro de la caverna emanaba un resplandor que iluminaba con una cálida luz blanca toda la sala. Todo era suave y liso y radiante; no había ángulos agudos o lugares escabrosos, y Kashur sintió una sensación familiar de purificación y paz profunda sobre ella. Dejó que Durotan lo comprendiera en silencio. La caverna era enorme, mayor que la sala de los tambores y los bailes del festival Kosh'harg, y se ramificaba en túneles que llevaban a lugares a los que Kashur nunca se había atrevido a ir. Tenía que ser así de grande, sino ¿cómo iba a ser capaz de albergar a los espíritus de todos los orcos que habían vivido y estaban ahora muertos? Se acercó al agua y él la siguió, observándola de cerca. Se quitó el paquete que llevaba y le indicó que hiciera lo mismo. Con cuidado, Kashur se descolgó varios odres de agua, los abrió y con una suave oración añadió su contenido al líquido incandescente de la piscina.

—Preguntaste por los odres de agua cuando salíamos —le dijo en voz baja a Durotan—. El agua que hay aquí no es nativa de este lugar. Hace mucho tiempo, comenzamos a ofrecer agua bendita a los espíritus. Cada vez que venimos, contribuimos con la piscina sagrada. Y, aun así, no sé cómo, el agua no se desvanece como lo haría en cualquier otro agujero. Así de intenso es el poder de la Montaña de los Espíritus.

Una vez vaciados los odres de agua, Madre Kashur se sentó emitiendo un gruñido suave y miró a través de las profundidades luminosas. Durotan hizo lo mismo. Ella conocía el ángulo en que podía ver su reflejo y se aseguró de que ambos estuvieran en la posición correcta. Al principio, simplemente veía su imagen y la de Durotan reflejadas sobre el agua. Sus rasgos parecían espectrales sobre la piscina blanca.

Entonces una tercera figura se unió a ellos; era como si el abuelo Tal'kraa estuviera de pie tras la espalda de Madre Kashur, su reflejo era tan claro como los suyos. Sus miradas se encontraron, y Kashur sonrió.

La chamán estiró su cuello para mirarlo, pero Durotan seguía mirando hacia el agua como si fuera a encontrar allí las repuestas que buscaba. El corazón de Kashur dio un pequeño vuelco, pero inmediatamente se reprimió. Si Durotan no iba a caminar el sendero

del chamanismo, era porque no debería hacerlo. Sin duda, su destino sería muy honorable, pues había nacido para liderar a su clan.

—Mi tátara tataranieta —dijo Tal'kraa más gentilmente de lo que Kashur había oído nunca—. Lo has traído, como te pedí.

Apoyándose pesadamente sobre un bastón tan insustancial como él mismo parecía, el espíritu del Abuelo se movió lentamente en círculos alrededor de Durotan, mientras el joven orco seguía mirando el agua. Kashur observó a los dos machos del clan Lobo Gélido de cerca. Durotan se estremeció y miró a su alrededor, preguntándose de dónde venía el frío que notaba. Kashur sonrió. No podía verlo, pero de alguna manera sabía que el espíritu de Tal'kraa estaba allí.

—No puedes verlo —dijo un poco triste.

Durotan levantó la cabeza y movió su nariz. Rápidamente se puso de pie. Bajo aquella inquietante luz, sus colmillos se veían azules y su piel se mostraba en un tono verdoso.

—No, Madre. No puedo. Pero... ¿está presente uno de los ancestros?

—Por supuesto que sí —dijo ella y volvió su atención hacia el fantasma—. Lo traje aquí, como me pediste. ¿Qué ves en él?

Durotan tragó saliva, pero se mantuvo derecho y recto mientras el espíritu lo rodeaba, pensativo...

—Sentí... algo —dijo Tal'kraa—. Pensé que podría ser un chamán pero, si no puede verme ahora, entonces nunca podrá. Pero, aunque no pueda ver a los espíritus o invocar a los elementos, ha nacido para llevar a cabo un gran destino. Jugará un papel muy importante en el clan Lobo Gélido... y para todo su pueblo.

—¿Va a ser... un héroe? —preguntó Kashur conteniendo el aliento. Todos los orcos se esforzaban por defender un código de coraje y honor, pero solo unos pocos eran lo suficientemente poderosos como para que sus nombres fueran grabados en la memoria de sus descendientes. Al oír estas palabras, Durotan inspiró profundamente, y Madre Kashur pudo ver como se le iluminaba el rostro.

—No lo puedo asegurar —dijo Tal'kraa frunciendo el ceño un poco—. Enseñale bien, Kashur, pues una cosa es cierta: la salvación llegará de su linaje.

Tal'kraa extendió su mano con un gesto de ternura como el que nunca había visto antes Kashur y rozó con un dedo la mejilla de Durotan. Los ojos del joven orco se abrieron y Kashur pudo ver como luchaba contra su instinto natural por retroceder, pero Durotan no tembló bajo la caricia espectral.

Entonces, como la bruma de un día caluroso, Tal'kraa desapareció. Kashur se quedó un poco aturdida, siempre olvidaba cómo la energía de los espíritus la alimentaba.

Durotan se movió rápidamente para agarrarla por el brazo, no podía estar más agradecida de su fuerza juvenil.

—Madre, ¿estás bien? —le preguntó. Ella lo agarró por el brazo y asintió. Su primera preocupación había sido por ella, no por lo que el ancestro había o no había dicho sobre él. A pesar de meditarlo un buen rato, decidió no contarle a Durotan lo que el ancestro había dicho. Aunque era sensato y tenía un gran corazón, una profecía como esa podría corromper hasta el más puro de todos los corazones de los orcos.

La salvación llegará de su linaje.

—Estoy bien —le aseguró—. Pero estos huesos ya no son jóvenes y la energía de los espíritus es muy poderosa.

—Me gustaría haber podido verlo —dijo Durotan un poco decepcionado—. Pero... sé que he sentido su presencia.

—La notaste, y eso es más de lo que muchos otros han podido hacer —dijo Kashur.

—Madre... ¿podrías decirme lo que te dijo? Sobre mí... ¿sobre ser un héroe?

Estaba tratando de actuar con calma y madurez, pero dejaba entrever una pizca de súplica. Todo el mundo quiere ser recordado de forma gloriosa, a través de relatos que expliquen sus aventuras. No sería un orco si no compartiese ese deseo.

—El abuelo Tal'kraa dijo que no estaba seguro —le dijo sin rodeos. Él asintió y escondió su decepción. Eso era todo lo que Kashur había planeado decirle, pero algo la impulsó a añadir—: Tienes un destino que cumplir, Durotan, hijo de Garad. No te comportes como un necio en la batalla y mueras ante de poder llevarlo a cabo.

Entonces se rio.

—Un necio no sirve bien a su clan, y eso es lo que yo quiero hacer.

—Entonces, futuro líder —dijo Kashur riéndose también—, será mejor que encuentres a tu pareja.

Y se echó a reír a carcajadas por primera vez desde que empezaron el viaje juntos; Durotan parecía estar completamente desconcertado.



CAPÍTULO CINCO

*P*ensándolo bien, tal y como Drek'Thar me cuenta, este momento de nuestra historia se desarrollaba como un perfecto día de verano. Nosotros, los orcos, teníamos todo aquello que podíamos necesitar: un mundo hospitalario, los ancestros para guiarnos y los elementos a nuestro lado para ayudarnos en lo que necesitábamos. La comida era abundante, nuestros enemigos eran fieros, pero no invencibles, y estábamos cubiertos de bendiciones. Si bien los draenei no eran necesariamente nuestros aliados, tampoco eran nuestros enemigos. Ellos compartieron sus conocimientos y su generosidad cuando fueron preguntados; fuimos nosotros los que, como siempre, no preguntamos. Y fuimos nosotros, los orcos, los que sin conocimiento fuimos corrompidos para servir a otro fin.

*El odio es poderoso. El odio puede ser eterno. El odio puede ser manipulado.
Y el odio puede ser creado.*

* * *

Kil'jaeden moraba visible en la oscuridad eterna e intemporal. A través de él, el poder aumentaba y vibraba, era más nutritivo que la carne o la bebida, embriagador y tranquilizante al mismo tiempo. No era omnipotente, no todavía, pero era capaz de aniquilar otros mundos sin tener que ensuciar sus manos en la batalla o en la destrucción y, por lo general, ese pensamiento lo hacía feliz.

Pero ellos aún seguían con vida, los exiliados. Kil'jaeden podía sentirlos, a pesar de que habían pasado cientos de años para aquellos a los que el tiempo todavía importaba. Estaban ocultos, Velen y el resto de los estúpidos. Eran demasiado cobardes para hacerles frente, a él y a Archimonde, su amigo y aliado durante los... cambios... y cuando eran simples seres vivos.

Él, Archimonde y los demás ya no se veían a sí mismos como simples «eredar». Velen los llamaría «man'ari», pero ellos se referían a sí mismos como la Legión Ardiente. El ejército de Sargeraz. Los escogidos.

Extendió una mano larga y elegante, de color escarlata y con las uñas curvas como las de una garra, sobre la nada que lo era todo. Se sentía tenso por su búsqueda. En el momento en el que el enemigo había escapado, se enviaron rastreadores tras él, pero hasta entonces no habían conseguido informar de nada útil. Archimonde quería matarlos por su fracaso, pero Kil'jaeden decidió lo contrario. Aquellos que lo temían huyeron, tenía buenas razones para saberlo. Los que ansiaban la recompensa y buscaban la aprobación de su señor se quedaron, cazando para conseguirlo. Así pues, mientras Kil'jaeden hacía público su descontento, aquellos que le habían fallado tuvieron una segunda oportunidad. O una tercera, si creía que habían hecho todo lo que podían y no simplemente a costa de su buena voluntad.

Archimonde no estaba de acuerdo con esa obsesión que ocupaba a Kil'jaeden.

—Hay mundos en abundancia para conquistar y para devorar al servicio de nuestro señor Sargeraz —dijo con estruendo Archimonde. La oscuridad brillaba a su alrededor mientras su voz lo atravesaba—. Olvídate de ese idiota. Si utilizara sus poderes a cualquier nivel que pudiera representar una amenaza, lo notaríamos. Deja que se pudra en un mundo cualquiera, privado de todo aquello que le importa.

Kil'jaeden giró lentamente su enorme cabeza hacia el otro señor de los demonios.

—No se trata de dejarlo sin poderes —dijo entre dientes Kil'jaeden—. Se trata de destruirlo, a él y a todos esos idiotas que lo han seguido. Se trata de aplastarlo por su falta de fe. Por su tenacidad. Por su negativa a entender lo que era mejor para todos.

La larga mano, como una garra, se cerró en un puño y las uñas se le clavaron en la palma de la mano. Empezó a brotar fuego líquido de las heridas, pero el flujo se detuvo al contacto con el aire, dejando un borde grueso como una cicatriz. El cuerpo de Kil'jaeden estaba cubierto de heridas y moretones, hecho por el que se sentía orgulloso.

Archimonde era poderoso, elegante, tranquilo e inteligente. Pero carecía del ardiente deseo por la aniquilación total que crecía sin parar en Kil'jaeden. Se lo había explicado una y otra vez, y entonces solo pudo suspirar y optar por no discutir más sobre el asunto. Durante siglos, habían debatido sobre esto y no dudaba de que continuarían así muchos otros más... o hasta que Kil'jaeden consiguiese destruir por completo al ser que una vez fue su mejor amigo.

Quizás fuera así, caviló Kil'jaeden con una repentina clarividencia. Archimonde nunca había experimentado ningún sentimiento en particular por Velen, más que por ser su compañero en el liderazgo de los eredar. Kil'jaeden quiso a Velen como a un hermano, incluso más que eso, sintiéndose prácticamente como si formara parte de él.

Y entonces...

Volvió a apretar la mano otra vez y de nuevo supuró fuego pecaminoso en lugar de sangre.

No.

No le satisfacía pensar que Velen estaría perdido en un mundo pantanoso y retrasado, alimentando su orgullo herido, viviendo de la tierra en alguna cueva. Kil'jaeden dijo una vez que quería sangre. Pero la sangre, poderosa como era, no sería suficiente para satisfacerlo ahora. Quería que experimentaran la esencia de la vergüenza, la humillación total y completa. Eso era incluso más dulce que ver morir a Velen y a todos sus estúpidos seguidores.

Archimonde inclinó la cabeza, un gesto que Kil'jaeden conocía. Uno de sus siervos le estaba hablando. Archimonde tenía sus propios planes y maquinaciones; como todos, al igual que Kil'jaeden, al servicio de su maestro oscuro y su conquista definitiva. Sin decir palabra alguna, Archimonde se levantó dejando ver su imponente talla y se marchó; sus movimientos eran ágiles y elegantes, al contrario de lo que su tamaño podría hacer pensar.

En ese preciso momento, Kil'jaeden sintió un leve chasquido en su cabeza. Lo reconoció al instante: era Talgath, su sempiterna mano derecha, intentando contactar con él. El simple hecho de que Talgath lo contactase le produjo una sensación de cautelosa esperanza.

¿Qué es lo que pasa, amigo mío? ¡Habla!, ordenó Kil'jaeden en su mente.

Mi gran señor, no querría sembrar falsas esperanzas, pero... puede que los haya encontrado.

Un templado placer se alzaba dentro de Kil'jaeden. De igual forma que aquel al que intentaba dar caza, Talgath siempre fue el más cuidadoso de sus subalternos. Solo un poco por debajo en rango que el mismo Kil'jaeden, había probado su lealtad durante siglos. Ni siquiera se hubiera atrevido a pronunciar esa cautelosa declaración sin una buena causa.

¿Dónde? ¿Y qué te ha hecho sentir eso?

En un mundo pequeño, primitivo e insignificante. He notado su particular estilo de magia contaminando la zona. Es posible que hayan llegado y se hayan ido, como por desgracia ya ha pasado antes.

Kil'jaeden asintió con la cabeza, a pesar de que Talgath no estaba presente para poder ver el gesto. Algunas cosas de su pasado todavía perduraban, pensó, mientras sonreía levemente y hacía un gesto antiguo que significaba satisfacción para casi todas las especies inteligentes que había conocido.

Tienes razón, reconoció. Muchas otras veces, las fuerzas de Kil'jaeden habían llegado a un mundo u otro, atraídas por la dulce esencia de la magia de los eredar, solo para descubrir que de alguna manera Velen y sus miserables seguidores habían descubierto que llegaban y habían huido. Pero siempre he mantenido la esperanza. Los encontraré y los transformaré para mis propósitos y tengo toda la eternidad para hacerlo.

Se le ocurrió una idea. En otras ocasiones, las fuerzas de Kil'jaeden habían descendido sobre un mundo en el que pensaban encontrar a Velen solo para ver cómo escapaba. Kil'jaeden respondía a tal ofensa y provocación destruyendo esos mundos, pero la masacre de razas primitivas, aunque era placentera, no saciaba completamente su demoniaca sed de venganza.

No actuarían de esa forma esta vez. No enviaría a Talgath a la cabeza de la Legión Ardiente. Velen había sido en el pasado el más fuerte y sabio de ellos, era el que demostraba mayor sintonía con la magia y la ciencia. Kil'jaeden sabía que su viejo amigo no habría bajado la guardia, no después de tan poco tiempo. Velen debía de estar completamente en alerta, listo para huir ante la más obvia amenaza.

Pero... ¿qué pasaría si la amenaza no fuera tan evidente?

Talgath... quiero que investigues ese mundo.

¿Mi señor? La voz mental de Talgath sonaba suave y equilibrada, pero desconcertada a la vez.

Hemos descendido por la fuerza sobre otros mundos antes sin ningún resultado. Esta vez, solo enviaré a uno. Solo a uno, pero uno en el que pueda confiar.

Kil'jaeden sintió inquietud y orgullo, al mismo tiempo, en los pensamientos de Talgath.

Hay más formas de destrozar a un enemigo que con un ejército. A veces, esas otras formas son mejores.

¿Quie... quieres que encuentre una forma mejor?

Precisamente. Visita ese lugar por tu cuenta. Estúdialo. Investiga todo lo que puedas. Dime si los exiliados están realmente allí y, en ese caso, cuál es su situación. Dime cómo viven, si están gordos y establecidos como el ganado domesticado o delgados y preparados como los depredadores. Dime cómo es su mundo, qué otros seres habitan en él, qué criaturas, qué estaciones. Investiga, Talgath. No hagas nada más sin antes recibir órdenes expresas de mí.

Por supuesto, mi señor. Lo dispondré todo como desea. Aunque todavía estaba perplejo, Talgath era obediente e inteligente. Siempre había servido eficazmente a su maestro man'ari. Ahora, lo volvería a hacer.

La cara de Kil'jaeden, aunque ahora se parecía poco a lo que había sido antes de entrar al servicio de su gran señor Sargerass, era todavía capaz de gesticular una especie de sonrisa.

Durotan, como todos los suyos, estuvo listo para empezar el entrenamiento en el uso de armas a la edad de seis años. Su cuerpo estaba ya lo suficientemente preparado y maduro, y el uso de las armas era algo natural entre los suyos. A los doce años, ya había participado en alguna partida de caza. Y en ese momento, después de superar el rito que lo había marcado como un adulto, estaba preparado para cazar ogros y a sus obscenos y retorcidos amos, los gronn.

Ese año, durante el Kosh'harg de otoño, se unió a los adultos en el círculo una vez que los niños habían sido enviados a la cama. Y, como él y Orgrim habían aprendido años antes, ser un adulto y asistir a las reuniones alrededor del fuego no era algo muy interesante.

Sin embargo, la única cosa que encontró realmente interesante mientras observaba atento con sus ojos marrones fue interactuar con aquellos cuyos nombres conocía desde hacía muchos años, pero con los que nunca había hablado a causa de su juventud. Madre Kashur, por supuesto, formaba parte de su mismo clan. Sabía que disponía de mucho prestigio entre los chamanes de otros clanes y se enorgullecía de que así fuera. Fue allí, durante su primera noche alrededor del fuego cuando, viéndola acurrucada en su manta, se dio cuenta de que ya no era más que un armazón de huesos y piel. Sentía, sin saber cómo, que sería probablemente su último Kosh'harg y el mero hecho de pensarlo lo entristecía.

A su lado, más joven que ella, pero incluso mayor que los padres de Durotan, se sentaba Drek'Thar, el aprendiz de Kashur. Durotan no había podido hablar mucho con él, pero la lengua mordaz y los sabios ojos del anciano orco merecían mucho respeto. Los ojos marrones de Durotan continuaban examinando a todos los allí presentes. Al día siguiente, el chamán partiría camino de su encuentro con los ancestros en la cueva de la montaña sagrada. Durotan sintió un escalofrío al recordar su visita y la fría y nada común brisa que sintió allí.

Por allí también se encontraba Grom Hellscream, el joven y algo lunático líder del clan Grito de Guerra. Era solo unos pocos años mayor que Durotan y Orgrim, y nuevo en su posición. Corrían muchos rumores acerca de las misteriosas circunstancias que rodearon la muerte del anterior líder, pero el clan Grito de Guerra no desafió el liderazgo de Grom. A Durotan no le extrañaba en absoluto; aunque joven, el aspecto de Grom era intimidador. La resplandeciente y ondulante luz de la hoguera lo mostraba todavía más amenazador. Un espeso y oscuro pelo negro le colgaba por la espalda. Su mandíbula inferior había sido completamente tatuada de color negro después de su promoción como líder del clan. Alrededor de su cuello colgaba un collar de huesos. Durotan conocía su significado: era

tradición entre el clan Grito de Guerra que los jóvenes guerreros llevaran los huesos de su primera presa, con sus runas personales grabadas en ellos.

Junto a Grom se encontraba el enorme e imponente Blackhand, del clan Roca Negra. Junto a él, mascando en silencio, el jefe del clan Mano Destrozada, Kargath Bladefist. En lugar de mano, tenía una guadaña incrustada en su muñeca e incluso ahora, adulto como era, Durotan se sintió inquieto ante el brillo de su hoja frente al fuego. A su lado estaba Kilrogg Deadeye, jefe del clan Foso Sangrante. El nombre no provenía de su línea familiar, pero él lo había tomado como tal. Mientras uno de sus ojos observaba a los allí reunidos, el otro permanecía quieto, mutilado y muerto en su cuenca ocular. Si Grom era demasiado joven para ser jefe, Kilrogg entonces era demasiado viejo, pero a Durotan no le cabía ninguna duda de que, a pesar de su edad y su aspecto canoso, Kilrogg todavía viviría muchos años como líder de clan.

Inquieto, Durotan volvió la atención hacia otra parte.

A la izquierda de Drek'Thar se sentaba el famoso Ner'zhul del clan Sombraluna. Desde antes de que Durotan pudiera recordar, Ner'zhul había guiado a los chamanes. Una vez, fue autorizado a asistir a una cacería en la que estaba presente Ner'zhul, y la maestría y el dominio sobre sus habilidades de chamán lo dejaron impresionado. Mientras otros resoplaban y tenían dificultades para contactar con los elementos, y los dirigían poderosamente pero sin gracia, Ner'zhul permanecía impasible. La tierra se estremeció bajo sus pies cuando él quiso; relámpagos cayeron del cielo para atacar allí donde él quería. Fuego, aire, agua, tierra y el escurridizo Espíritu de la Naturaleza, todos estaban a su servicio. No había visto cómo Ner'zhul interactuaba con los ancestros, pues solamente los chamanes podían ser testigos de ese tipo de cosas. Pero Durotan tenía claro que Ner'zhul no sería capaz de controlar tanto poder si los ancestros no estuvieran de su lado.

Sin embargo, a Durotan no le gustaba el aprendiz de Ner'zhul. Orgrim estaba sentado junto a su amigo de la infancia y, al ver dónde dirigía la mirada Durotan, se inclinó hacia él y le susurró:

—Creo que Gul'dan serviría mejor a su gente si lo usáramos como cebo en una cacería.

Durotan miró hacia otro lado para que nadie lo pudiera ver reír.

No sabía cuán experimentado era Gul'dan como chamán, seguramente debería poseer algún tipo de habilidad o de lo contrario Ner'zhul no lo habría elegido como su sucesor. De cualquier forma, no era un orco muy agradable. Más bajo que muchos, más blando que la mayoría, con una corta y poblada barba, no era el prototipo de orco guerrero. Pero Durotan suponía que no hacía falta ser un héroe para contribuir a la causa.

—Mira esa, *ella* es una guerrera nata.

Durotan miró en la dirección que Orgrim le había indicado y abrió los ojos como platos. Orgrim tenía razón. Alta y fuerte, sus músculos se tensaban bajo su suave piel de color marrón a la luz del fuego, mientras alcanzaba y partía un trozo de carne asada de talbuk. Aquella hembra era la personificación de todos los valores que Durotan admiraba en un orco. Se movía con la gracia salvaje de un lobo negro y sus colmillos eran pequeños, pero estaban mortalmente afilados. Su largo pelo negro estaba recogido en una eficiente, pero atractiva, trenza.

—¿Quién... quién es ella? —murmuró Durotan inquieto. Lo más probable era que esa magnífica hembra formase parte de otro clan. Se habría percatado si una orco tan bella, fuerte, ágil y grácil como ella formase parte de su clan.

Orgrim soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda. El sonido y el gesto provocaron que varias cabezas se giraran hacia ellos, incluida la de tan encantadora hembra. Orgrim se inclinó hacia él para susurrar las palabras que consiguieron levantar el ánimo de Durotan.

—¡Eres despistado! ¡Es una Lobo Gélido! La habría reclamado para mí mismo si fuera de mi clan.

¿Una Lobo Gélido? ¿Cómo no había descubierto Durotan un tesoro así en su propio clan? Volvió a apartar la mirada del rostro sonriente de Orgrim para mirarla una vez más. Ella lo estaba mirando directamente. Sus miradas se encontraron.

—¡Draka!

La hembra lo miró fijamente y luego apartó la vista. Durotan parpadeó, como volviendo en sí mismo.

—Draka —dijo en voz baja. No le extrañaba que no la hubiera reconocido—. No, Orgrim. No es una guerrera nata, es una guerrera hecha a sí misma.

Draka había nacido enferma, su piel era pálida y amarillenta, en lugar de ser marrón como la corteza de los árboles y la de la mayoría de los orcos. Durante buena parte de su infancia, Durotan recordaba cómo los adultos susurraban cosas sobre ella como si estuviera a punto de unirse a los ancestros. Una vez oyó cómo sus propios padres hablaban tristemente de ella, preguntándose qué había hecho su familia como para que los espíritus los maldijeran con una niña tan frágil.

Conectando recuerdos, Durotan se dio cuenta entonces que poco después de aquello la familia de Draka se mudó a las afueras del campamento. No volvió a saber mucho más de ella, ocupado como estaba con sus propias obligaciones.

Draka había cortado varios trozos de carne y se los llevó a su familia. Durotan se dio cuenta de que había dos crías sentadas junto a los orcos que supuestamente eran sus padres. Ambas aparentemente sanas y en buena forma. Al sentir su mirada sobre ella, Draka giró la cabeza y vio cómo la miraba fijamente. Hinchó sus fosas nasales y se sentó

más recta, como si sintiese que Durotan la miraba con lástima y compasión en lugar de con admiración y respeto.

No, no necesitaba ninguna piedad. Por la gracia de los espíritus, las curas del chamán y su fuerza de voluntad, sus ojos marrones ardían con energía. Se había deshecho de la fragilidad de su infancia para madurar en esta... visión de la hembra orco perfecta.

Se le escapó el aliento como un zumbido cuando Orgrim le pegó un codazo. Durotan miró a su amigo de la infancia.

—Deja de abrir la boca como un pasmado, me dan ganas de meterte algo dentro para que la cierres —se quejó Orgrim.

Durotan se dio cuenta de que realmente se había quedado pasmado y, como más de uno lo había visto, pensó que tendría que hacer frente a sus sonrisas burlonas.

Pero soñaba con ella. Y, cuando despertó, sabía que sería suya. Él era el heredero de uno de los clanes más orgullosos de los orcos.

¿Qué hembra podría rechazarlo?

—No —dijo Draka.

Durotan se quedó atónito. Se había acercado a Draka a la mañana siguiente y la invitó a salir de caza con él. Solos. Ambos sabían lo que eso significaba; macho y hembra cazando en pareja era un ritual de cortejo. Y ella lo había rechazado.

Fue tan inesperado que no supo cómo reaccionar. Ella lo miró casi con desprecio; sus labios se curvaban sobre sus colmillos en una sonrisa.

—¿Por qué no? —consiguió decir.

—Todavía no tengo la edad —dijo ella. La forma en que lo dijo sonó más a excusa que a otra cosa.

Pero Durotan no podía dejarse intimidar tan fácilmente.

—Tenía la intención de que esto fuera una caza de cortejo, eso es cierto —dijo sin rodeos—. Si no tienes la edad para ello, lo entenderé. Aun así, me gustaría contar con tu compañía. Que esta sea una cacería compartida por dos orgullosos guerreros, nada más.

Entonces fue cuando ella se quedó sorprendida. Durotan suponía que ella esperaba que insistiese o que se marchase airado.

—Yo...

Se detuvo, con los ojos bien abiertos. Entonces sonrió.

—Tomaré parte en una cacería como esa, Durotan, hijo de Garad, líder del clan Lobo Gélido.

Durotan pensó que nunca había sido tan feliz. Era algo completamente diferente a una caza habitual. Él y Draka trotaban con brío.

Todas las veces que se había retado con Orgrim le habían concedido resistencia y por un momento le preocupó ir demasiado rápido. Sin embargo, Draka, nacida frágil y ahora tan fuerte, mantenía su mismo ritmo. No hablaron demasiado; no había mucho que decir. Estaban en una cacería, encontrarían a la presa, la matarían y la traerían de vuelta a su clan. El silencio era sencillo y cómodo.

Redujo su paso a medida que entraron en territorio abierto y empezó a explorar el terreno. No había nieve en el suelo, por lo que rastrear no era tan fácil como durante los meses de invierno. Pero Durotan sabía qué estaba buscando: hierbas pisadas, ramitas de arbustos rotas y marcas, aunque ligeras, sobre la tierra.

—Uñagrietas —dijo. Se levantó y examinó el horizonte en la dirección en la que se habían ido. Draka seguía todavía agachada en el suelo; sus dedos movían delicadamente el follaje.

—Uno está herido —dijo.

Durotan se volvió hacia ella.

—No vi la sangre.

Sacudió la cabeza.

—No hay sangre, pero lo sé por la forma de las pisadas. —Señaló donde había estado mirando. Él no vio nada que lo alertara del estado de la bestia y movió su cabeza perplejo.

—No, no esa huella... la siguiente. Y la otra de más allá.

Draka se movió; colocaba sus pies con cuidado y de repente Durotan vio lo que decía: las marcas de una de las pezuñas eran menos profundas que las de las otras tres.

La bestia estaba cojeando.

Se volvió hacia ella con una mirada de admiración y ella se sonrojó ligeramente.

—Es fácil de leer —dijo—, lo habrías encontrado tú mismo.

—No —admitió él con sinceridad—. No lo hice. Vi las huellas, pero no me tomé el tiempo necesario para examinarlas con detalle. Tú lo hiciste. Un día, te convertirás en una excelente cazadora.

Ella se enderezó y lo miró con orgullo. Algo cálido, fortalecedor y debilitante al mismo tiempo le recorrió el cuerpo. Él no solía rezar, pero en ese momento, mirando a Draka de pie frente él le envió una breve oración a los espíritus: *Que esta hembra se sienta atraída por mí.*

Siguieron el rastro como los lobos siguen el olor. Durotan había dejado de liderar; esta hembra era igual de buena que él siguiendo rastros. Se compenetraban bien el uno al otro. Él tenía una vista aguda, pero ella observaba más profundamente lo que encontraban. Se preguntó cómo sería luchar a su lado. Sus ojos estaban concentrados en el suelo unos metros por delante de ellos cuando dieron un giro brusco. Se preguntaba cómo sería...

Un gran lobo negro, arrodillado y gruñendo sobre el mismo animal que habían estado siguiendo ellos, giró la cabeza. Por un instante eterno, tres depredadores se miraban los unos a los otros. Pero, incluso antes de que la poderosa bestia se hubiera decidido a atacar, Durotan cargó sobre ella.

Sentía el hacha ligera, como una prolongación de su brazo, mientras la levantaba y atacaba con ella. Se clavó profundamente en el torso de la criatura, pero Durotan sintió que la bestia descargaba su poderosa y amarillenta dentadura sobre su brazo a modo de represalia. Dolor, calor y miedo recorrían su cuerpo. Consiguió liberar su brazo del lobo. Esta vez fue más difícil subir el hacha con el brazo chorreando sangre, pero lo hizo. El lobo se quedó mirando a Durotan fijamente, sus ojos amarillos clavados en él, su boca abierta en un rugido. Su aliento apestaba a carne rancia.

En ese preciso momento, justo antes de que las grandes mandíbulas se cerraran sobre su rostro, Durotan oyó un grito infernal. Vio un movimiento fugaz por el rabillo del ojo. Draka se abalanzó sobre la bestia, su larga y ornamentada trenza se adelantaba a ella. Justo cuando su lanza lo atravesó por el abdomen, la cabeza del lobo se desplomó. En ese mismo instante, Durotan levantó el hacha de nuevo y la dejó caer tan fuerte como pudo sobre el lobo. Tan fuerte como para cortar por la mitad su cuerpo y atravesarlo, el hacha llegó hasta la tierra y se hundió tan profundamente que no fue capaz de sacarla de inmediato.

Dio un paso atrás, jadeando. Draka estaba a su lado.

Sentía su calor, su energía, su pasión por la caza, tan intensamente como la suya. Permanecieron juntos mirando a la poderosa criatura que habían matado. Habían sido cogidos por sorpresa por un animal que normalmente requiere a varios orcos experimentados, pero seguían vivos. Su enemigo yacía muerto sobre un charco de sangre, cortado en dos por el hacha de Durotan y con la lanza de Draka atravesando su corazón. Durotan era consciente de que nunca sería capaz de saber quién de los dos le había dado el golpe de gracia, y la idea lo hizo sentir ridículamente feliz.

Se sentó aturdido.

Draka, que se puso a limpiarle rápidamente la herida del brazo lastimado, refunfuñaba mientras no paraba de salir más sangre. Le aplicó ungüentos curativos y le protegió el brazo con vendajes. Añadió algunas hierbas de sabor amargo al agua y lo obligó a beberla. Un rato después, los mareos desaparecieron.

—Gracias —dijo en voz baja.

Ella asintió con la cabeza, sin mirarlo. Entonces una sonrisa se asomó por uno de los lados de su boca.

—¿Qué es tan gracioso? ¿Que no era capaz de mantenerme en pie?

Su voz sonó más dura de lo que hubiera querido y ella levantó la vista rápidamente sorprendida por el tono.

—No, en absoluto. Luchaste bien, Durotan. Muchos otros hubieran soltado su arma después de un mordisco así.

Durotan se sintió extrañamente complacido por el comentario, más una constatación de los hechos que un halago.

—Entonces... ¿qué te divierte?

Sonrió y lo miró directamente a los ojos.

—Hay algo que no te he dicho. Pero... después de esto... creo que debes saberlo.

Él también sonrió.

—Me siento honrado.

—Ayer te dije que no había cumplido la edad para hacer una caza de cortejo.

—Cierto.

—Bueno... cuando te dije eso, sabía que pronto cumpliría la edad.

—Ya veo —dijo él entre dientes—. Bueno... ¿cuándo tendrás la edad suficiente?

Su sonrisa se ensanchó.

—Hoy —dijo ella simplemente.

Durotan la miró durante un largo momento, entonces, sin mediar palabra, la agarró y la besó.

* * *

Talgath había estado observando a los orcos durante un tiempo. Ahora se separó de ellos; su naturaleza salvaje lo ofendía. Ser un man'ari era mejor. Aunque también existían criaturas femeninas con cola y alas curtidas, los man'ari aplacaban su deseo con violencia, no copulando con ellas. Lo prefería así. Podría, de hecho, haberlos matado a los dos en ese preciso momento, pero su maestro había sido muy claro sobre intervenir. Si estos dos no hubieran regresado a su clan, los orcos se hubieran empezado a hacer preguntas y pensó que eran menos importantes que dos moscas como para ser una molestia. Kil'jaeden simplemente quería que observara y que lo informara, nada más.

Y eso es lo que haría Talgath.

La venganza, pensó Kil'jaeden, como la fruta de un árbol, es más dulce cuando se deja madurar completamente. Había habido momentos a lo largo de los años en los que había albergado dudas sobre si sería capaz de localizar al eredar renegado. Cuanto más le contaba Talgath, más confiado y encantado se encontraba.

Talgath le había servido bien. Había visto las patéticas ciudades que Velen y los pocos eredar que quedaban a su lado habían creado.

Había observado cómo vivían, cazando como las criaturas que se hacían llamar a sí mismos «orcos» y plantando grano en el suelo con sus propias manos. Los había visto comerciar con esas corpulentas y apenas verbales criaturas, tratándolos con una cortesía bastante ridícula. Talgath vislumbraba algunos ecos de su antigua grandeza en sus edificios y en su limitada tecnología, pero en general Talgath sintió que Kil'jaeden estaba encantado al conocer lo bajo que su antiguo amigo había caído.

«Draenei», así se llamaban a sí mismos. Los exiliados. Y habían llamado a su mundo Draenor.

Kil'jaeden se dio cuenta de que Talgath estaba perplejo al ver que su maestro prefería conocer más sobre los orcos que sobre el propio Velen. ¿Cómo estaban organizados? ¿Cuáles eran sus costumbres? ¿Quiénes eran sus líderes y cómo los elegían? ¿Qué era importante para ellos como sociedad y como individuos?

Pero el trabajo de Talgath era informar, no evaluar, y respondió a su maestro de la mejor forma que supo. Cuando al final Kil'jaeden hubo aprendido todo lo que Talgath conocía, hasta los nombres de aquellas dos bestias en celo que habían cazado juntos, se mostró satisfecho. Por el momento, al menos.

Al final la venganza sería suya. Velen y sus advenedizos compañeros serían castigados. Pero no sería de una forma rápida, no sería con un ejército de eredar mejorados para desmenuzarlos y convertirlos en pulpa sanguinolenta. Eso sería demasiado misericordioso. Kil'jaeden los quería muertos, sí. Pero los quería destrozados. Humillar. Aplastar profunda y completamente como a una hormiga bajo sus botas.

Y ahora sabía exactamente cómo hacerlo.



CAPÍTULO SEIS

*L*as lecciones de esa época fueron amargas, llenas de sangre, muerte y tormento. Pero, irónicamente, lo que estuvo a punto de destruirnos fue lo que más tarde nos redimió: el sentido de unidad. Cada clan era leal a sí mismo, ferozmente dedicado a sus miembros, pero no a los otros. Lo que nos unió era terriblemente malo y por ese motivo seguimos todavía avergonzados. Otras generaciones después de la mía seguirán pagando por esos errores. Pero la unidad por sí sola fue gloriosa. Y esa es la lección que desearía recuperar de las cenizas. Esa es la lección que me hizo hablar con los líderes de tantos y aparentemente diferentes pueblos para trabajar juntos hacia metas de las que todos podamos estar orgullosos.

Unidad. Armonía. Esa es la buena lección del pasado. Lo he comprendido bien.

* * *

Ner'zhul miró contento hacia el cielo crepuscular. La puesta de sol era brillante esa noche. Los ancestros deben de estar contentos, pensó orgulloso de su reflexión.

Otro Kosh'harg había llegado y se había ido. Tenía la sensación de que año tras año eran más duros y pesados, y que siempre había algo con lo que alegrarse y algo de lo que lamentarse.

Su vieja amiga Kashur, a la que su clan, los Lobo Gélido, conocían y reverenciaban como «Madre», había pasado a mejor vida. Por lo que había oído, murió valientemente. Había insistido en unirse a una cacería, algo que no había hecho durante años. Los Lobo Gélido habían ido a cazar uñagrietas y la vieja Madre había estado en la vanguardia cargando con los guerreros. Fue pisoteada hasta la muerte antes de que nadie pudiera hacer nada para salvarla y Ner'zhul sabía que, aunque su clan lo lamentaba, también celebraba su vida y la forma que había escogido para partir de ella. Así lo hacían los orcos. Se preguntaba si podría verla y luego se reprendió a sí mismo por tal idea. La volvería a ver si ella decidía revelarse a él. Para un chamán, la muerte no era el vasto desierto de tristeza

que era para el resto de los orcos. Para ellos era un privilegio volver a estar en presencia de los queridos muertos, aprender de su sabiduría, sentir su afecto.

Los Lobo Gélido habían sufrido una doble tragedia; durante el tiempo transcurrido entre Kosh'harg habían perdido también a Garad, su líder. Los Lobo Gélido habían sufrido esta desgracia un día aparentemente soleado y bueno en el que se toparon con no menos de tres ogros y uno de sus monstruosos maestros. Las horribles criaturas eran estúpidas, pero fieras, y el gronn, un enemigo malicioso. Los orcos resultaron victoriosos, pero pagando un altísimo coste. A pesar de las curas que le pudieron practicar allí mismo, Garad y muchos otros murieron a raíz de las heridas de ese negro día.

Pero en el dolor de la pérdida de un líder, uno que Ner'zhul había conocido y respetaba, se fundamentaba la alegría por ver que llegaba sangre nueva entre los suyos. Kashur le había hablado muy bien del joven Durotan y, hasta donde Ner'zhul había visto, iba a ser un buen líder. Asistió a la confirmación de Durotan como jefe del clan y observó a la atractiva y fiera hembra que observaba con más que simple interés los actos. Ner'zhul estaba seguro de que para el próximo Kosh'harg la encantadora Draka sería la compañera del nuevo jefe del clan Lobo Gélido.

Suspiró y, mientras repasaba recuerdos en su mente, sus ojos se deleitaron ante una magnífica y gloriosa puesta de sol. Los años pasaban, otorgaban sus bendiciones y exigían sus sacrificios.

Se fue a su pequeña choza, la que una vez había compartido con una compañera que había muerto varios años atrás. Rulkan lo visitaba de tanto en tanto, sin intención alguna de transmitirle sabiduría, simplemente para llenar su corazón con ternura y recordarle las necesidades de su gente cada vez que su espíritu rozaba el suyo. Echaba de menos su risa áspera y el calor que le proporcionaba su presencia cada noche, pero estaba contento. Tal vez, pensó, esa noche Rulkan se le aparecería en sueños.

Preparó una poción mientras cantaba en voz baja y luego se la bebió lentamente. No tendría que causarle una visión a menos que los ancestros quisieran y en ocasiones recibía visiones cuando menos se lo esperaba. Pero, después de muchos años, el chamán había aprendido que algunas hierbas abrían su mente mientras dormía por lo que, si recibía el don de una visión, sería capaz de recordarla mejor a la mañana siguiente.

Ner'zhul cerró los ojos y los volvió a abrir casi de inmediato, aunque sabía que ya estaba profundamente dormido.

Estaban en la cima de una montaña su amada Rulkan y él. Al principio pensó que estaban observando la puesta de sol juntos; entonces se dio cuenta de que el sol estaba saliendo, no de camino a su sueño nocturno. El cielo se veía precioso pero, en lugar de calmarlo y reconfortarlo, su visión lo exaltaba y lo despertaba. Era de color escarlata,

violeta y naranja, parecía violento, motivo por el cual a Ner'zhul le dio un vuelco el corazón.

Rulkan se giró hacia él, sonriendo, y por primera vez desde que exhaló su último aliento como ser vivo le habló.

—Ner'zhul, mi compañero, esto es un nuevo comienzo.

Se quedó sin aliento, temblaba, preso de amor por ella, inundado de una ardiente excitación provocada por los vibrantes colores del amanecer. ¿Un nuevo comienzo?

—Has liderado bien a nuestra gente —le dijo ella—. Pero ha llegado el momento de profundizar en las antiguas formas, de llevarlas más allá, por el bien de todos.

Algo se alzó en su interior y golpeó su pensamiento consciente. Rulkan no había sido un chamán. No había sido un jefe de clan. Simplemente había sido un ser maravilloso, más que suficiente para Ner'zhul, pero sin haber llegado a ocupar ninguna posición en vida como para que ahora le hablase con tanta autoridad. Molesto consigo mismo por su falta de fe, Ner'zhul bajó el tono de voz. Él no era un espíritu, era simplemente carne y sangre y, aunque comprendía los caminos de los espíritus mucho más que la mayoría, también sabía que eran muchas las cosas que no podría comprender hasta que no se uniera a ellos. ¿Por qué razón Rulkan no podría hablar por los ancestros?

—Estoy escuchando —dijo.

Ella sonrió.

—Sabía que lo harías —dijo—. Se acercan tiempos oscuros y peligrosos para los orcos. Hasta la fecha, solo nos hemos reunido para los festivales Kosh'harg. Dicho aislamiento tiene que terminar si queremos sobrevivir como raza.

Rulkan miró hacia el amanecer con un rostro serio y sombrío. Ner'zhul ardía en deseos de abrazarla, de tomar sus preocupaciones como suyas, como siempre había hecho cuando ella vivía. Pero, en ese momento, sabía que no podía tocarla ni obligarla a hablar. Así que se sentó en silencio, absorto en su belleza, esforzándose por oír su voz.

—Una plaga se cierne sobre este mundo —dijo Rulkan en voz baja—. Debe ser eliminada.

—Dilo y así será hecho —juró fervientemente Ner'zhul—. Siempre honro los consejos de los ancestros.

Entonces se volvió hacia él, buscándolo con los ojos a medida que la luz se hacía más intensa.

—Cuando sea eliminada, nuestra gente se sentirá orgullosa y poderosa... más todavía de lo que ahora es. El poder y la fuerza serán nuestros. Este mundo será nuestro. Y tú... tú, Ner'zhul, serás el encargado de guiarlos.

Algo en la manera de pronunciar esas palabras hizo que Ner'zhul se sintiera agitado. Él ya era poderoso. Ya era honrado, tal vez incluso venerado, por su propio clan,

los Sombraluna. En realidad, ya era el líder de todos los orcos, aunque ningún título así lo dijera. Pero ahora el deseo de aumentar su poder se agitaba en su corazón. Y el miedo también, oscuro y desagradable, pero un miedo que debía enfrentar.

—¿Cuál es esa amenaza que debe ser eliminada antes de que los orcos puedan reclamar lo que verdaderamente les pertenece?

Rulkan se lo explicó.

* * *

—¿Qué significa esto? —preguntó Durotan.

Estaba desayunando con los dos orcos de su clan en los que más confiaba: Draka, su prometida, con quien se casaría con una ceremonia completa la próxima luna, y Drek'Thar, el nuevo chamán jefe de su clan.

Durotan, junto con todos los demás, había llorado la muerte de Madre Kashur. Durotan estaba seguro de que había sido su intención la de morir aquel día y deseaba una buena muerte. La echaba de menos, pero Drek'Thar había demostrado ser un más que digno sucesor. Haciendo frente a su propio dolor, se erigió como el sanador principal en aquella cacería y en los días posteriores. Kashur se hubiera sentido orgullosa de él. Los tres estaban sentados y desayunaban juntos en la tienda del jefe del clan, donde ahora moraba Durotan, líder desde que su padre murió luchando contra el gronn y los tres ogros.

Durotan se refería a la carta que acababa de llegar, a través de un alto y enjuto mensajero montado en un alto y enjuto lobo negro. Una vez más volvía a leer su contenido mientras comía gachas de sangre y cereales.

A Durotan, Jefe del clan Lobo Gélido, el chamán Ner'zhul le envía saludos. Los ancestros me han concedido unas visiones que nos afectan a todos los orcos, como raza y no como miembros de clanes individuales. Quiero hablar con los líderes de todos los clanes en el décimo segundo día de esta luna, así como con cada uno de sus chamanes. Los espero a los pies de la montaña sagrada. Comida y bebida serán servidas. Cualquier falta de asistencia será interpretada como una falta de preocupación por el futuro de nuestra gente y actuaré en consecuencia. Perdonen mi brusquedad, pero este asunto es de suma urgencia. Por favor, responda a través de mi mensajero.

Durotan había hecho esperar al mensajero mientras discutía el asunto. El mensajero parecía bastante molesto, pero accedió a esperar durante un breve tiempo. El aromático olor de las gachas que emanaba desde un gran caldero tal vez ayudó a convencerlo.

—No sé por qué motivo Ner'zhul siente que esto es de tan extrema importancia —admitió Drek'Thar—. Tal cosa nunca ha ocurrido más allá de las ceremonias Kosh'harg. Los chamanes siempre tienen una reunión entonces, en presencia de los ancestros que desean asistir. Pero nunca más allá de estas reuniones. Y nunca he oído de nadie que convocase a los jefes de clan. Pero conozco a Ner'zhul de toda la vida. Es un chamán sabio y grande. Si los espíritus tuvieran que hablar a uno de nosotros, el escogido sería él.

Draka gruñó.

—Los convoca como si estuviera llamando a sus mascotas —murmuró—. No me gusta, Durotan. Es una bofetada de arrogancia.

—No estoy en desacuerdo con ustedes —dijo Durotan. Se le habían erizado los pelos del cuello con el tono de la carta y en un primer momento estaba decidido a declinar la invitación. Pero, mientras la leía por segunda vez, vio más allá de las arrogantes palabras su intención. Sin duda, algo preocupaba al orco que todo el mundo respetaba y seguramente valdrían la pena unos cuantos días de viaje.

Draka lo observaba; sus ojos se estrechaban. Él la miró y sonrió.

—Entonces, iré. Y todos mis chamanes.

Draka frunció el ceño.

—Yo iré contigo.

—Creo que sería mejor si...

Draka gruñó.

—Soy Draka, hija de Kelkar, hijo de Rhakish. Soy tu prometida, pronto seré tu compañera de por vida. ¡No me prohibirás que te acompañe!

Durotan inclinó la cabeza hacia atrás y se rio, reconfortado ante el espíritu de Draka. Había escogido bien. Nacida débil, pero ahora todo fuego y fuerza. El clan Lobo Gélido florecería con ella a su lado.

—Entonces, llama al mensajero si es que ha terminado su comida —dijo Durotan todavía con un ligero tono socarrón—. Dile que asistiremos a esa extraña reunión de Ner'zhul, pero que será mejor que realmente sea necesario algo así cuando estemos allí.

* * *

El líder de los Lobo Gélido y su chamán fueron de los primeros en llegar. El mismo Ner'zhul los recibió y, justo en el momento en el que Durotan cruzó sus ojos con los de él, supo que habían hecho bien en ir. Aunque Ner'zhul todavía era un orco joven, Durotan pensó que había envejecido bastante en los últimos meses desde el último Kosh'harg. Estaba... más delgado, agotado, como si no hubiera comido desde hacía tiempo. Y sus ojos

parecían angustiados. Agarró los hombros de Durotan con unas manos temblorosas, y sus agradecimientos fueron sinceros.

No era un arrogante juego por el poder, sino un genuino sentimiento de amenaza. Durotan inclinó su cabeza, luego la giró para ver a su gente mientras se instalaban.

Durante las siguientes horas, mientras el sol se escondía por el horizonte, Durotan observó la llegada constante de orcos sobre las llanas praderas de la montaña sagrada, como si se estuvieran reuniendo para un festival Kosh'harg. Vio las brillantes banderas que anunciaban a cada clan revoloteando al viento, y una sonrisa se esbozó en su cara cuando vio la del clan Roca Negra, el clan de Orgrim. Desde que se habían convertido en adultos, los dos amigos de la infancia habían dispuesto de un tiempo limitado juntos y, aunque Orgrim había asistido a la ceremonia de investidura como jefe de clan de Durotan, no se habían visto desde entonces. Durotan estaba contento, aunque no del todo sorprendido de que Orgrim marchara solo un paso por detrás de Blackhand, el enorme e intimidador líder del clan Roca Negra. Su mejor amigo era ahora el segundo al mando.

Draka lo advirtió de igual forma que su futuro compañero y gruñó, contenta también. También ella tenía una muy buena relación con Orgrim, hecho por el cual Durotan se sentía muy afortunado. Era muy dichoso, porque las dos personas que más le importaban también eran amigos.

Mientras Blackhand hablaba con Ner'zhul, Orgrim miró a Durotan con un gesto de complicidad. Durotan hizo lo mismo con él. Estaba preocupado por la aparición de Ner'zhul pero, al menos, esta reunión les daba la oportunidad de reencontrarse. A pesar de que Durotan tuvo ese pensamiento, Blackhand se giró y mediante un resoplido y un gesto con la mano indicó a Orgrim que fuera con él. Durotan percibió una sonrisa en su cara cuando se iban; si Blackhand exigía que Orgrim asistiera con él a la reunión, el placer de estar con su amigo le sería denegado.

Draka, que lo conocía perfectamente, le cogió la mano y la apretó. No dijo nada, no tenía que hacerlo. Durotan la miró y sonrió.

* * *

La noticia llegó mediante el mismo alto y enjuto mensajero, la reunión de Ner'zhul no se celebraría hasta el día siguiente porque varios clanes todavía estaban de camino. El campamento de los Lobo Gélido era más pequeño, pero mucho más armonioso que los otros. Habían traído tiendas y pieles, y el mensajero se ocupó de que les enviaran suficiente carne, pescado y fruta. Una pierna de talbuk giraba lentamente sobre el fuego, su tentador aroma abría el apetito de los orcos, aunque ya habían comido pescado crudo en abundancia. Eran once en total: Durotan, Draka, Drek'Thar y ocho de sus chamanes.

Algunos de ellos le parecían muy jóvenes pero, como los chamanes aumentan sus habilidades a medida que los ancestros aparecen en sus sueños, todos ellos eran iguales en honor y respeto.

Una forma oscura apareció en la noche, más allá de la luz que producía el fuego. Durotan se puso en pie dejando en evidencia su imponente figura, solo por si el visitante hubiera bebido demasiado y estuviera allí con intenciones beligerantes. Entonces, el viento cambió y se rio al sentir el aroma de Orgrim.

—Bienvenido, mi viejo amigo —exclamó mientras se dirigía a abrazar al otro orco. Tan alto como Durotan, Orgrim era incluso más corpulento, como ya lo había sido durante su juventud. Mientras miraba al segundo en el mando de los Roca Negra, Durotan se preguntaba para sus adentros cómo había podido ser mejor que Orgrim en nada.

Orgrim gruñó y dio una palmada en el hombro de Durotan.

—Tu campamento es pequeño, pero huele mejor que el resto —dijo mirando la carne asada y olfateándola con aprecio.

—Entonces corta un trozo de talbuk y aparca tus deberes por un rato —dijo Draka.

—Ojalá pudiera —suspiró Orgrim—, pero no tengo mucho tiempo. Sería un honor si el jefe del clan Lobo Gélido quisiera caminar conmigo durante un rato.

—Caminemos, entonces —contestó Durotan.

Abandonaron el campamento y caminaron en silencio durante un tiempo, hasta que las hogueras se veían como pequeñas y brillantes luces a lo lejos, y se aseguraron de que no hubiera ojos entrometidos ni oídos curiosos. Ambos orcos olfatearon el viento. Orgrim se quedó en silencio durante un rato, y Durotan esperó con la paciencia de un cazador.

Al final, Orgrim habló.

—Blackhand no quería que viniéramos —dijo—. Pensó que era una humillación, que Ner'zhul nos estaba convocando aquí como a sus mascotas.

—Draka y yo mismo tuvimos esa misma reacción en un primer momento, pero me alegro de haber venido. Ya viste la cara de Ner'zhul. Mirarlo a los ojos era lo único que necesitaba para saber que habíamos hecho bien en venir.

Orgrim resopló con sorna.

—Yo pensé lo mismo pero, cuando dejé el campamento, Blackhand seguía arremetiéndome contra el chamán. No es capaz de entenderlo como tú y yo.

No era el lugar para que Durotan hablara mal de otro líder de clan, pero tampoco era ningún secreto lo que la mayoría de los orcos pensaban de Blackhand. Sin lugar a duda, era un orco poderoso, estaba en su mejor momento y era más grande y fuerte que cualquier otro. Y tampoco era idiota, pero había algo en su forma de ser que no le acababa de gustar. Durotan decidió frenar su lengua.

—Puedo ver lo que piensas, incluso en la oscuridad, mi viejo amigo —dijo en voz baja Orgrim—. No tienes que hablarme para saber qué es lo que piensas. Es mi jefe, le he jurado lealtad y no voy a romper ese juramento. Pero, aun así, tengo mis dudas.

Esa afirmación sorprendió a Durotan.

—¿En serio?

Orgrim asintió con la cabeza.

—Estoy confundido, Durotan, dividido entre mis lealtades y lo que mi cabeza y mi corazón me dicen. Espero que nunca te encuentres en una posición igual. Como segundo, puedo ayudarle a moderarse en según qué cosas, pero no en muchas. Él es el líder del clan y él tiene el poder. Solo puedo esperar que mañana escuche a los otros y no se enterque en su orgullo herido.

Durotan compartía fervientemente esa esperanza. Si las cosas eran en realidad tan malas como el anuncio de Ner'zhul parecía indicar, la última cosa que quería ver era al líder de uno de los clanes más poderosos comportándose como un niño mimado.

Se quedó mirando fijamente la espalda de Orgrim en la oscuridad. Sus palabras sonaron a la vez con orgullo y tristeza.

—Estás portando el Martillo Maldito. No me había enterado de la muerte de tu padre.

—Murió valientemente —dijo Orgrim. Vaciló y luego dijo: —¿Recuerdas aquel día hace mucho tiempo cuando huíamos del ogro y los draenei nos salvaron?

—Nunca podría olvidarlo —dijo Durotan.

—Su Profeta nos habló de cuando llegase el momento en que recibiría el Martillo Maldito —dijo Orgrim—. Estaba tan emocionado ante la idea de empuñarlo en las cacerías. Pero esa fue la primera vez que entendí de verdad que el día que se convirtiera en mi arma también me convertiría en huérfano.

Se desató el arma de la espalda y la levantó. Era como ver un bailarín, pensó Durotan, pues tenía el equilibrio perfecto entre poder y gracia. La luna brillaba tras el corpulento cuerpo de Orgrim mientras se movía, avanzaba, se agachaba, saltaba y giraba. Por último, respirando con dificultad y sudando, Orgrim guardó la legendaria arma.

—Es un arma gloriosa —dijo tranquilamente Orgrim—. Un arma de poder. Un arma profética. El orgullo de mi linaje. Pero la rompería en mil pedazos con mis propias manos si eso trajera de vuelta a mi padre.

Sin pronunciar más palabras, Orgrim se dirigió de vuelta hacia el pequeño grupo de centelleantes fuegos. Durotan no hizo ademán de seguirlo. Se sentó durante un largo rato, mirando a las estrellas, sintiendo muy dentro de sí mismo que el mundo que iba a contemplar al despertar mañana sería radicalmente distinto al que había conocido durante toda su vida.



CAPÍTULO SIETE

Soy consciente de que hemos perdido más de lo que hemos ganado, nosotros, los orcos. En ese momento, nuestra cultura estaba inmaculada, era inocente y pura. Éramos como niños que siempre habían estado a salvo, que habían sido amados y protegidos. Pero los niños tienen que madurar, y nosotros como pueblo éramos demasiado fáciles de manipular.

Hay un lugar para la confianza; nadie puede acusarme de no saberlo. Pero hay que ser cauteloso con la confianza. Aquellos que parecen inocentes pueden engañarnos, e incluso aquellos en los que creemos con toda nuestra alma pueden engatusarnos.

Es esa falta de inocencia lo que lamento cuando pienso en cómo deberían ser aquellos días pasados. Y fue nuestra inocencia la que nos guio hacia nuestra caída.

* * *

Toda una larga fila de solemnes rostros se giró para mirar a los líderes de los clanes de los orcos reunidos allí. Durotan estaba junto a Draka, con su brazo alrededor de su cintura en gesto de protección, aunque no sabía por qué pensaba que ella la necesitaba. Abrió los ojos sorprendido al cruzar su mirada con la de Drek'Thar y ver algo en la cara de su amigo y asesor que le heló los huesos.

Le hubiera gustado estar con Orgrim. Eran de diferentes clanes y tradiciones, pero no había otro orco en quien confiase más, salvo su prometida. Pero, por supuesto, Orgrim estaba al lado de su jefe de clan, Blackhand, que observaba a los chamanes allí reunidos con un ligero y oculto enojo.

—Ese lleva demasiado tiempo sin ir de caza —murmuró Draka moviendo la cabeza en dirección a Blackhand—. Está buscando pelea.

Durotan suspiró.

—Es muy probable. Solo hay que mirar su cara.

—Nunca había visto a Drek'Thar así, ni siquiera frente al cuerpo destrozado de Madre Kashur —dijo Draka.

Durotan no contestó, se limitó a asentir y siguió observando la escena.

Ner'zhul se dirigió al centro de la multitud que estaba allí reunida. Todo el mundo dio un paso atrás para hacerle lugar. Empezó a caminar en círculos, murmurando. Entonces se paró y levantó las manos. Se produjo una explosión frente a él que se elevó hacia el cielo de tal forma que levantó sonidos de admiración, incluso entre aquellos que habían visto cosas parecidas antes. Se mantuvo allí, sobre ellos, durante un tiempo y luego se fue haciendo más y más pequeña hasta convertirse en una hoguera mágica.

—Como cae la oscuridad, de diferentes y variadas formas, siéntense junto al fuego —ordenó Ner'zhul—. Que cada clan se sienta con los suyos, con sus propios chamanes, que serán llamados para hablar cuando sea el momento adecuado.

—Quizás también quieras que vayamos a matar una bestia para ti —dijo una voz fiera, enojada—. ¡Y que nos tumbemos obedientemente a tus pies por las noches!

Durotan conocía esa voz; la había oído varias veces, cuando era joven, durante los festivales Kosh'harg y gritando tan alto como para helar la sangre durante las cacerías. Era característica e inconfundible. Se volvió para mirar a Grom Hellscream, el joven líder del clan Grito de Guerra, y esperó que este arrebató no retrasara en exceso aquello que Ner'zhul tenía que decirles a todos.

Hellscream era el primero de su clan, más delgado que otros orcos, pero alto e imponente. Los colores de los Grito de Guerra eran el rojo y el negro y, aunque Hellscream no llevaba su armadura, las pieles teñidas en esos tonos enviaban un mensaje imponente, sin lugar a duda. Cruzó los brazos y miró a Ner'zhul.

Ner'zhul no mordió el anzuelo, solo suspiró profundamente.

—Muchos de ustedes sienten que su orgullo ha sido ofendido, lo sé. Déjenme hablar y se alegrarán de haber venido. Los hijos de sus hijos también se alegrarán de ello.

Hellscream gruñó y le brillaron los ojos, pero no dijo nada más. Siguió de pie durante un rato más, luego se encogió de hombros y, como indicando que lo hacía por propia voluntad, se sentó. Su clan hizo lo mismo.

Ner'zhul esperó hasta que se hizo el silencio y entonces empezó a hablar.

—He tenido una visión —dijo— de uno de los antepasados en quien más confío. Me ha revelado una amenaza que espera al acecho como un escorpión venenoso bajo un arbusto en flor. Todos los otros chamanes pueden dar fe de esto, y lo harán, una vez tengan oportunidad de hablar. Me aflige y me enfurece que hayamos sido tan ingenuos.

Durotan no podía sacarse de la cabeza las palabras del chamán, notaba su corazón acelerado. ¿Quién era ese misterioso enemigo? ¿Cómo un rival tan siniestro había escapado a su atención?

Ner'zhul suspiró, mirando hacia el suelo, luego sacudió la cabeza. Su voz era profunda y sonaba con confianza, con una mezcla de tristeza.

—El enemigo del que les hablo son —dijo en tono severo— los draenei.

El caos estalló.

Durotan lo contemplaba, incrédulo. Miró también a su alrededor, buscando la mirada de Orgrim hasta que la encontró. Estaba igual que él, con sus ojos grises abiertos como platos, mostrando la misma sorpresa que él. ¿Los draenei? Estaba seguro de que algo no iba bien. Los gronn, sí, quizás ellos habían descubierto algún conocimiento secreto que podía ser usado contra los odiados orcos... pero no; los draenei, no.

Ni siquiera eran tan combativos como los orcos. Cazaban, sí, eso era cierto, pero porque necesitaban carne de la misma forma que la necesitaban los orcos para sobrevivir. Podrían estar en contra de los gronn y alguna vez habían montado partidas de caza contra ellos. Durotan volvió a pensar en aquel día cuando un ogro, cuyos pasos hacían temblar la tierra, estaba persiguiendo a dos jóvenes orcos y aparecieron de la nada unas altas y azules figuras para salvarlos.

¿Por qué iban a arriesgar sus vidas para salvar a dos niños si fueran tan metódicamente malvados como Ner'zhul creía? No tenía sentido. Nada de esto tenía sentido.

Ner'zhul estaba pidiendo a gritos silencio y nadie le hacía caso. Blackhand estaba de pie, las venas de su grueso cuello estaban hinchadas, mientras Orgrim hacía todo lo que podía para aplacar a su líder. Entonces, un estruendo tan terrible como para hacer estallar los tímpanos y detener el corazón de un orco atravesó el aire. Grom Hellscream estaba también de pie, con la cabeza hacia atrás, el pecho hinchado hacia el frente y la boca tan abierta como la de una serpiente antes de atacar. Nada podía competir con el grito de guerra de Hellscream; entonces, todo el mundo calló.

—Dejen que el chamán continúe —dijo Hellscream. Tan profundo era el silencio después de su arrebató que todo el mundo pudo oír sus palabras, a pesar de hablar en un tono de conversación normal—. Quiero saber más de este nuevo, y viejo, enemigo.

Ner'zhul sonrió agradecido.

—Sé que esto les asusta. También me sorprendió a mí. Pero los ancestros no mienten. Estos seres, aparentemente benévolos, llevan esperando durante años el momento adecuado para atacarnos. Se sienten a salvo en sus extraños edificios hechos de materiales que no comprendemos y esconden secretos que, de conocerlos, nos podrían ser de gran ayuda.

* * *

—Pero ¿por qué? —Durotan habló incluso antes de que él mismo se diera cuenta de que lo estaba haciendo. Las cabezas se giraron para mirarlo, pero no dio marcha

atrás—. ¿Por qué quieren atacarnos? Si esconden tales y tan bastos secretos, ¿qué quieren de nosotros? ¿Y cómo vamos a derrotarlos si eso es cierto?

Ner'zhul parecía desconcertado.

—Eso no lo sé, pero sé que los ancestros están preocupados.

—Los superamos en número —gruñó Blackhand.

—No por mucho —contestó Durotan—. No contra sus conocimientos superiores. Vinieron aquí en un barco que navega entre mundos, Blackhand. ¿Crees que morirán ante flechas y hachas?

Las espesas cejas de Blackhand se juntaron formando una expresión de desconcierto. Abrió la boca para replicar.

—Esto ha estado cociéndose a fuego lento durante décadas —interrumpió Ner'zhul, anticipándose a la discusión—. La resolución y la victoria a este problema no llegarán en una sola noche. No les pido ir a la guerra ahora mismo, simplemente que estén listos para ella. Preparados. Que discutan con sus chamanes lo que tienen que hacer. Y que abran sus mentes y sus corazones ante una unión que nos asegurará el triunfo.

Abrió sus manos de una forma suplicante.

—Somos clanes separados, sí, cada uno con sus propias tradiciones y patrimonios. No les estoy pidiendo renunciar a esa orgullosa historia, simplemente que abran sus mentes a una unidad que haga evolucionar a los clanes, ya poderosos por separado, hacia una fuerza imparable. ¡Todos somos orcos! Roca Negra, Grito de Guerra, Señor del Trueno, Faucedraco... ¿no ven lo poco que significan esas distinciones? ¡Somos la misma gente! Al final, lo que buscamos es un hogar seguro para nuestros cachorros, tener buena suerte en la caza, compañeras a las que amar y honrar a nuestros ancestros. Somos más parecidos que diferentes.

Durotan sabía que eso era cierto y miró a su amigo. Orgrim estaba detrás de su jefe, alto, imponente y solemne. Cuando sintió que Durotan lo miraba, hizo lo mismo con él y asintió con la cabeza.

Hubo algunos orcos que protestaron ante la inusual amistad de dos aventureros y, Durotan lo tenía que admitir, problemáticos jóvenes. Pero Durotan no sería el que era por aquel entonces de no ser por la firme resistencia de Orgrim y sabía en lo más profundo de su ser que Orgrim sentía lo mismo de él.

Sin embargo, los draenei...

—¿Puedo hablar?

La voz pertenecía a Drek'Thar y Durotan se volvió hacia él, sorprendido. Su pregunta parecía estar dirigida no solo a su jefe de clan, sino al chamán que había sido mentor de todos ellos. Ner'zhul miró a Durotan, que asintió.

—Mi jefe —dijo Drek'Thar con una voz temblorosa, para sorpresa de Durotan—, mi jefe, lo que Ner'zhul ha dicho es verdad. Madre Kashur me lo ha confirmado.

Los otros chamanes del clan Lobo Gélido asintieron. Durotan los miró. ¿Madre Kashur? Si había alguien en quien Durotan confiaba era en aquella vieja y sabia orco. Entonces se acordó de aquel momento en la caverna, sintiendo el aire frío que no era aire en su cara, escuchando y observando con cada parte de su ser mientras Madre Kashur hablaba con alguien que él no podía ver, pero que sabía que estaba allí.

—¿Madre Kashur dijo que los draenei eran nuestros enemigos? —preguntó con un tono de incredulidad.

Drek'Thar asintió.

—Ahora es el momento para que los jefes de cada clan escuchen a sus propios chamanes, como Durotan ha hecho —dijo Ner'zhul—. Nos volveremos a encontrar al ocaso y los jefes me comentarán lo que piensan. Esas son las personas que conocen y en las que cuentan. Pregúntenles lo que han visto.

La multitud reunida empezó a dispersarse. Lentamente, mirándose los unos a los otros con cautela, el clan Lobo Gélido volvió a su campamento. Todos juntos se sentaron en círculo y prestaron atención a Drek'Thar, que empezó a hablar despacio y con cuidado.

—Los draenei no son nuestros amigos —les dijo—. Mi jefe... sé que tú y Doomhammer de los Roca Negra pasaron con ellos una noche. Sé que hablaron bien de ellos. Sé, según puede parecer, que les salvaron la vida. Pero deja que te pregunte... ¿no notaste algo que no encajaba?

Durotan volvió a recordar a aquel ogro corriendo tras ellos, rugiendo con furia, balanceando su garrote. Y, con una sensación muy incómoda, recordó cómo muy, muy rápidamente los draenei aparecieron para rescatarlos, tanto a él como a Orgrim. Cómo no pudieron regresar a casa al ser tan estratégicamente tarde, a punto de anochecer.

Frunció el ceño. Era una forma de ver las cosas un poco retorcida, sin embargo...

—Por su expresión, mi jefe, ¿entiendo entonces que la fe de su juventud está empezando a disminuir?

Durotan no respondió, ni siquiera miró al jefe de los chamanes de su clan. Bajó la mirada al suelo, sin querer sentirse así, pero incapaz de detener la duda que penetraba en su corazón, como el frío en los dedos en una mañana de invierno.

En su memoria volvía a hablar con Restalaan y le decía al alto y azul draenei:

—No éramos como somos ahora.

—No, no lo son —le había dicho Restalaan—. Hemos visto cómo los orcos crecen en fuerza, habilidad y talento. Nos tienen impresionados.

Sintió de nuevo una aguda punzada, como si aquel cumplido fuera un insulto cuidadosamente trabajado. Como si los draenei se supieran superiores... incluso con su

extraña y antinatural piel azul, sus piernas como las de los talbuk, sus largas colas de reptil y sus azules y brillantes pezuñas en lugar de pies decentes como los de los orcos...

—Habla, mi jefe. ¿Qué es lo que recuerda?

Durotan le habló con una dura y pesada voz sobre la fortuita aparición de los draenei y sobre la arrogancia de Restalaan.

—Y... y Velen, su profeta, nos hizo muchas preguntas sobre los orcos, sin dar la sensación de que preguntaba por preguntar. Realmente parecía muy interesado en saber sobre nosotros.

—Por supuesto que lo quería —dijo Drek'Thar—. ¡Tremenda oportunidad! Han estado conspirando contra nosotros desde el día en que llegaron. ¿Y encontrar a dos, con el debido respeto, jóvenes e ingenuos orcos para que les contasen todo lo que querían saber? Debió de ser todo un acontecimiento.

Los ancestros no les podían estar mintiendo, especialmente en algo tan importante. Durotan lo sabía. Y ahora que había repasado los sucesos de aquel día y aquella noche sabiendo lo que ahora sabía, era obvio lo sospechosas que habían sido las acciones de Velen. Sin embargo... ¿era Velen tan bueno con sus engaños como para que la sensación de confianza que les transmitió, a Orgrim y a Durotan, les hiciera pensar que todo aquello era una mentira?

Durotan inclinó la cabeza.

—Una parte de mí sigue poniéndolo en duda, sin embargo, amigos míos —dijo en un tono calmado—. Y, sin embargo, no puedo arriesgar el futuro de mi gente por mis dudas personales. Ner'zhul no ha propuesto atacar mañana. Nos ha pedido que nos entrenemos, que estemos alerta, que nos preparemos, y que nos unamos como pueblo. Eso es lo que haré, por el bien del clan Lobo Gélido y el bien de los orcos.

Miró, una por una, las caras preocupadas de los orcos allí presentes, algunos de sus amigos, como Drek'Thar y Draka, bien conocidos y amados.

—El clan Lobo Gélido se preparará para la guerra.



CAPÍTULO OCHO

¿Con qué facilidad puede la mente pasar del miedo al odio? Una respuesta instintiva, natural y de protección. En lugar de centrarnos en las cosas que nos unen, nos centramos en las que nos dividen. Mi piel es verde, la tuya es rosa. Yo tengo colmillos; tú, orejas alargadas. Mi cuerpo está desnudo; el tuyo, cubierto de pelo. Yo respiro aire; tú, no. Si nos hubiéramos aferrado a esas cosas, no hubiera sido posible derrotar a la Legión Ardiente, nunca hubiera querido aliarme con Jaina Proudmoore o luchar codo con codo con los elfos. Mi gente no hubiera sobrevivido para entablar amistad con los tauren o con los renegados.

Así fue con los draenei. Nuestra piel era marrón rojizo por entonces, la suya era azul. Nosotros teníamos pies; ellos, pezuñas y cola. Nosotros vivíamos mayoritariamente al aire libre; ellos, en lugares cerrados. Nosotros teníamos una vida bastante corta, nadie sabía cuánto podían llegar a vivir ellos.

No importaba que no nos hubieran enseñado más que cortesía y franqueza. Habían comerciado con nosotros, nos habían enseñado y compartido todo aquello que les habíamos pedido compartir. Eso no tenía nada que ver ahora. Habíamos recibido el mensaje de los ancestros y veíamos con nuestros propios ojos lo diferentes que eran.

Rezo, cada día, por tener la sabiduría suficiente para guiar a mi gente. Y en esa oración está incluida una súplica: no volver a ser cegados por tales y tribales diferencias.

* * *

El entrenamiento comenzó. Siempre había sido costumbre entre casi todos los clanes empezar a entrenar a sus crías a partir de los seis años, aunque antes los entrenamientos eran serios pero relajados al mismo tiempo. Las armas eran para cazar animales, no a seres inteligentes que tenían sus propias armas, habilidades y tecnología avanzada, y por aquel entonces ya había suficientes cazadores capaces de abatir con facilidad a sus presas. Los orcos jóvenes aprendían a su ritmo y tenían mucho tiempo para jugar y disfrutar, simplemente, del hecho de ser jóvenes.

Ya no.

La petición en favor de la unidad de los orcos fue vastamente secundada. Los mensajeros agotaron a sus bestias mientras cabalgaban de un clan a otro portando mensajes. En cierto momento, a algún brillante compañero se le ocurrió la idea de adiestrar halcones de sangre para llevar dichos mensajes. Tomó algo de trabajo y no sucedió durante una noche, fue gradualmente, y Durotan se acostumbró a ver a aquellas aves rojas aleteando hasta Drek'Thar y hasta otros en el clan. Aprobó la idea; todos los orcos iban a ser necesarios si querían tener éxito en la batalla.

Mientras que las lanzas, flechas, hachas y otras armas habían funcionado bien contra los animales de las praderas y los bosques, necesitarían equiparse con otros tipos de armas si querían usarlas contra los draenei. La protección iba a ser de vital importancia y, si antes los herreros y peleteros producían armaduras para detener ataques con garras y dientes, ahora tenían que crear cosas que salvaran a los orcos de morir frente a un ataque con lanza o espada. Aquellos que sabían trabajar la piel y los metales habían sido pocos antes, pero ahora los maestros herreros enseñaban su trabajo a docenas de orcos a la vez. Los martillazos y el sonido del agua hirviendo al contacto con los metales ardiendo resonaban día y noche en las fraguas. Muchos pasaron largos días balanceando sus picos, obligando a la tierra a producir los minerales necesarios para crear más armas y armaduras metálicas. Las cacerías, que hasta ahora habían sido llevadas a cabo por necesidad, se convirtieron en eventos diarios para secar y preservar la carne de sus presas y utilizar sus pieles para las armaduras.

Las crías que esperaban en fila para recibir la formación eran demasiado jóvenes para Durotan, uno de los muchos instructores. Se acordó de cómo su padre le enseñaba los secretos del hacha y la lanza. ¿Qué hubiera pensado él de estos pequeñajos, encorvados ahora por el peso de sus brillantes armaduras metálicas y blandiendo armas que ningún orco había visto antes?

Draka, con la que se había unido en una rápida y sencilla ceremonia para no perder tiempo o recursos de la formación guerrera, le tocó la espalda con suavidad. Sabía siempre en qué estaba pensando.

—Hubiera sido mejor nacer en tiempos de paz —le dijo—. Incluso los más sanguinarios saben que eso es verdad. Pero estamos donde estamos, mi compañero, y sé que tú no eludirás esa responsabilidad.

Le sonrió tristemente.

—No, no la eludiré. Somos guerreros. Prosperamos en la caza, en nuestros desafíos, en el derramamiento de sangre y en los gritos de victoria. Son pequeños, pero no son débiles. Aprenderán. Son Lobo Gélido. —Se detuvo un instante para añadir finalmente—: Son *orcos*.

—El tiempo está pasando —dijo Rulkan.

—Lo sé... pero no querrás que envíe a nuestra gente a la guerra sin preparación —replicó Ner'zhul—. Los draenei son ahora mismo muy superiores.

Rulkan gruñó insatisfecha, luego sonrió. Ner'zhul la miró. ¿Era su imaginación, o la sonrisa parecía forzada?

—Nos estamos entrenando lo más rápido que podemos —añadió Ner'zhul en seguida, sin querer ofender al espíritu que había sido su compañera.

Rulkan estaba callada. Estaba claro que no era lo suficientemente rápido.

—Quizás puedas ayudarnos —dijo él. Era consciente de que estaba balbuceando—. Quizás haya algún conocimiento que... que...

Rulkan frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—Ya te he dicho todo lo que sé —le dijo—, pero hay otros poderes... otros seres... que los vivos no conocen.

Ner'zhul no podía creer lo que había oído.

—Están los elementos, los espíritus de los ancestros —logró decir—. ¿Qué otros seres hay?

Ella le sonrió.

—Pronto lo sabrás, compañero mío. Todavía no estás preparado para tratar con ellos. Ellos son los que nos han estado ayudando para que podamos ayudarlos a ustedes, los seres queridos que dejamos atrás.

—¡No! —Ner'zhul se dio cuenta de que estaba suplicando, pero no podía evitarlo—. Por favor... necesitamos ayuda si tenemos que proteger a nuestras futuras generaciones de las insidiosas conspiraciones de los draenei.

No le dijo que estaba disfrutando al ser el centro de atención de todos y cada uno de los orcos de cada uno de los clanes. No le dijo que su original promesa de poder lo había hecho pensar en esas cosas y que ahora comenzaba a desearlas. Pero aún más que el terror hacia los monstruosos draenei que ella le había inculcado, lo ponía muy nervioso la forma repentina en que se había acostumbrado a estar a su lado.

Rulkan lo miró como evaluándolo.

—Tal vez tengas razón —dijo—. Voy a ver si quieren hablar contigo. Hay uno en el que confío mucho, cuya preocupación por nuestra gente es profunda y duradera. Le preguntaré.

Él asintió casi ridículamente ante sus palabras, y luego despertó. Una sonrisa se dibujaba en su boca.

Pronto. Se encontraría con ese misterioso espíritu, su benefactor, muy pronto.

Gul'dan le sonrió mientras le traía la fruta y el pescado del desayuno.

—¿Otra visión, maestro? —Hizo una reverencia al tiempo que le entregaba la comida y una taza de té de hierbas humeante. Por consejo de Rulkan, Ner'zhul había empezado a beber una infusión de ciertas hierbas elaborada de una forma muy precisa. Rulkan le había asegurado que así mantendría su espíritu y su mente abiertos a las visiones. En un primer momento, Ner'zhul encontró el brebaje poco placentero, pero no mostró ningún signo de desagrado. Ahora él disfrutaba de la pócima a primera hora de la mañana y hasta tres veces más durante el día. Aceptó la taza y sorbió su contenido mientras respondía con la cabeza a la pregunta de Gul'dan.

—Así es... y he aprendido algo importante. Gul'dan, desde que los orcos han existido, han existido también los chamanes, cuyo trabajo es estar en conexión con los elementos y los ancestros.

La cara de Gul'dan se mostraba perpleja.

—Sí... por supuesto...

Ner'zhul no pudo reprimir una sonrisa que se extendía a lo largo de sus labios, sobre sus colmillos.

—Y eso sigue siendo cierto. Pero hay más cosas de las que conocemos. Otras que los ancestros pueden ver pero nosotros, seres vivos, no. Rulkan me ha dicho que está en contacto con tales seres. Poseen una sabiduría y un conocimiento incluso mayor que el de los ancestros y vendrán a nosotros para ayudarnos. Rulkan me ha dicho que hay uno en particular que ha decidido poner bajo su tutela a los orcos. Y pronto... ¡pronto se manifestará ante mí!

Los ojos de Gul'dan brillaban.

—Y... a mí también, ¿verdad, maestro?

Ner'zhul sonrió.

—Eres poderoso, Gul'dan —le dijo—. No te hubiera escogido como mi aprendiz si no fuera ese el caso. Sí, creo que así lo haré, cuando te considere digno, como él me ha considerado a mí.

Gul'dan bajó la cabeza.

—Que así sea —dijo—. Me honra mucho servir a esta causa. Es un momento de gran gloria para todos los orcos. Tenemos la suerte de vivir para verlo.

* * *

El clan Roca Negra, con Blackhand a la cabeza, fueron los primeros en tener el honor de atacar. Se habían quejado y gruñido un poco, pero las habilidades de caza de los Roca Negra eran legendarias y eran la primera opción lógica debido a su relativa

proximidad con Telmor, una aislada y pequeña ciudad draenei. Habían sido los primeros en recibir las armaduras, espadas, flechas de punta metálica y otras armas de guerra con las que abatir a los draenei.

Orgrim, con el Martillo Maldito atado a la espalda y vestido de pies a cabeza con metal que le irritaba el cuerpo y le hacía sentirse enjaulado, cabalgaba junto a su jefe de clan. El lobo que montaba parecía estar más disgustado por la armadura de metal y una y otra vez giraba su gran cabeza para morder la pierna de Orgrim, como ahuyentando las pulgas. También parecía estar sufriendo mientras portaba a su jinete a través de la hierba del prado, jadeando más de lo habitual y enseñando su lengua rosada.

Orgrim murmuró en voz baja. Había parecido todo muy sencillo: ir a la guerra contra estos nuevos y malévolos enemigos. Pero cuando todos, incluido Orgrim, secundaron la decisión, nadie se paró a pensar lo difícil que sería simplemente prepararse. Necesitarían criar lobos aún mayores que los que entonces tenían si esos animales iban a llevar armaduras, así como los pesados cuerpos, con densos huesos y poderosos músculos, de los orcos.

Nadie había probado las armas. En varias ocasiones habían atacado a los ogros y, aunque sabían que eran torpes y estúpidos y los draenei rápidos e inteligentes, luchar contra ellos era más parecido que ir a matar talbuks. Las primeras veces, cayeron unos cuantos orcos y fueron incinerados en una pira ceremonial por su honorable sacrificio. Las armas parecían extrañas en sus manos, las armaduras los hacían ir más lentos, pero cada vez los ataques habían transcurrido mejor. La última vez, no solo se habían enfrentado a un par de ogros, sino también a su maestro, un gronn que tenía la ferocidad de los ogros que dominaba y una astucia vil que lo convertían en un enemigo mucho más difícil. Dos valientes soldados Roca Negra cayeron antes de que Orgrim le asestara el golpe de gracia, golpeando con su martillo legendario al gronn mientras este gritaba.

Blackhand estaba a su lado, jadeando y sudando; su propia sangre y la de la criatura que acababan de matar le chorreaban por la cara. Se la limpió con la mano y la lamió con la lengua mientras gruñía.

—Dos ogros y su maestro —murmuró, mientras le daba una palmada en la espalda a Orgrim—. ¡Los lastimosos draenei no tienen ninguna oportunidad ante nuestra fuerza!

De pie, sudando y mientras su armadura brillaba radiantemente bajo el sol y cegaba su visión, Orgrim estuvo de acuerdo con él. El ansia de sangre crecía en él. Confiaba en Ner'zhul y en los chamanes de su clan, había hablado con Durotan y ambos estaban de acuerdo en que, aunque habían sido tratados amablemente por los draenei aquella vez en el pasado, había algo que los hacía sospechar. Los espíritus nunca los habían guiado en falso. ¿Por qué lo iban a hacer ahora?

Pero, a medida que cabalgaba junto a su jefe hacia donde un pequeño grupo de cazadores había sido visto, la duda afloraba en Orgrim. ¿Qué había de malo en que los draenei fueran extraños? Seguramente los orcos les tendríamos que haber parecido extraños a ellos nada más llegar. ¿Era la muerte un castigo apropiado por ser diferentes? No habían sido atacados por los draenei ni una sola vez. Ni siquiera insultados u ofendidos. Y ahora, dieciocho guerreros Roca Negra armados hasta los dientes, cubiertos de armaduras de metal, estaban de camino a asesinar a un grupo de pieles azules que no hacían otra cosa más que intentar reunir comida para los suyos.

* * *

De forma inesperada e involuntaria, un recuerdo de la joven draenei que les sonrió aquel día a los dos apareció en la mente de Orgrim. ¿Iba a ser su padre o su madre uno de los que murieran en aquel glorioso y soleado día?

—Pareces perdido en tus pensamientos, Orgrim —dijo Blackhand con voz grave, mirando a Orgrim momentáneamente—. ¿Qué ocupa tu mente, mi segundo al mando?

La cara de un huérfano, pensó Orgrim, sin llegar a verbalizarlo. En cambio, dijo con brusquedad:

—Me estaba preguntando de qué color sería la sangre de los draenei.

Blackhand inclinó la cabeza hacia atrás y se rio efusivamente. Orgrim oyó un áspero graznido y el sonido de frenéticos aleteos cuando los cuervos se dieron a la fuga por la tremenda risotada del jefe Roca Negra.

—Me aseguraré de que te pinten la cara con ella —dijo Blackhand riéndose entre dientes.

Orgrim no dijo nada, simplemente apretó la mandíbula. *Los ancestros no mienten*, pensó lúgubrementes. *Un niño es inocente, siempre, pero si sus padres están conspirando contra nosotros como los espíritus nos han dicho merecen la muerte.*

Llegaron hasta ellos con una facilidad casi ridícula, sin molestarse en ocultar su avance. El explorador les había informado que era una partida de caza compuesta por once draenei, seis machos y cinco hembras, y que habían encontrado una manada de uñagrietas. Aunque eran grandes y peludas bestias fuertes y difíciles de abatir, no mostraban la agresividad de una manada de talbucs y la partida de caza de los draenei había conseguido aislar a un macho joven. Rugía, pateaba la tierra e inclinaba hacia abajo la cabeza mostrando su único cuerno a aquellos que lo pretendían atacar. Pero el resultado ya estaba asegurado.

O así hubiera sido de no ser por la llegada de los orcos.

Blackhand condujo a su compañía a lo alto de una colina. Orgrim podía oler la excitación en sus hombres. Sus cuerpos se estremecían dentro de sus nuevas armaduras deseando atacar, abriendo y cerrando las manos, esperando el momento de usar las armas con las que se empezaban a familiarizar. Blackhand levantó su puño; sus pequeños ojos estaban clavados en el grupo de draenei, esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre ellos como lo haría un halcón sobre un ratón de campo.

El jefe de los Roca Negra se giró hacia sus chamanes, que estaban en la retaguardia. Ellos también estaban armados, pero no portaban armas, pues no las necesitaban. Curarían a sus hermanos caídos y dirigirían el inmenso poder de los elementos sobre sus enemigos.

—¿Están listos? —preguntó.

El más anciano de ellos asintió. Sus ojos brillaban ferozmente y sus labios estaban curvados en una sonrisa. También quería presenciar cómo se derramaba la sangre draenei ese día.

Blackhand lanzó un gruñido y bajó su puño. Los guerreros Roca Negra cargaron.

Pronunciaban sus gritos de batalla mientras avanzaban y los pieles azules se giraron, sobresaltados. Al principio, sus caras solo mostraban sorpresa. No había duda de que se preguntaban por qué tal número de guerreros orcos montados estaban yendo hacia ellos en actitud agresiva. Fue solo cuando Blackhand, sobre su monstruoso lobo, blandiendo su espada con las dos manos, asestó un golpe que cortó al líder de los draenei por la mitad que se dieron cuenta de que los orcos no estaban allí por los uñagrietas, sino por ellos.

En su defensa, en lugar de mirar estupefactos, pasaron de inmediato a la acción. Voces que mostraban mínimos rastros de miedo pronunciaban palabras en una lengua alienígena que sonaba líquida. Aunque Orgrim no reconocía las palabras —era Durotan el que tenía el don de recordar tales cosas, no él— su sonido le era familiar. Sabía con qué se iban a encontrar desde aquel día, hace mucho tiempo, cuando los draenei los habían rescatado a Durotan y a él, y habían preparado para ello a sus hombres. Por eso, cuando el cielo crujió con un rayo azul y plata, los chamanes estaban listos. Contrarrestaron aquellos extraños rayos con los suyos propios. El brillo era prácticamente cegador, y Orgrim miró hacia abajo rápidamente, centrando su atención sobre el guerrero draenei que estaba frente a él blandiendo un bastón que brillaba y emitía chispas. Rugió y levantó el Martillo Maldito sobre su cabeza y lo derrumbó contra su enemigo. La armadura que el guerrero draenei llevaba no pudo soportar un golpe como aquel y se resquebrajó como un fino brazalete de hojalata. Su sangre y su cerebro salpicaron el suelo.

Orgrim miró hacia arriba, en busca de su nuevo objetivo. Muchos de los Roca Negra estaban atrapados en la red mágica creada por aquel extraño y artificial rayo de los

draenei. Eran orgullosos y fuertes guerreros, pero gritaban agónicamente mientras la red les quemaba la piel. El olor acre de la carne quemada se mezclaba con el hedor de la sangre y el miedo en las fosas nasales de Orgrim. Era un olor casi venenoso.

Sintió una brisa de aire en su cara, que se llevaba los olores de la batalla y le infundía nuevas energías en sus pulmones. Orgrim escogió al siguiente guerrero que atacaría y corrió hacia ella, una hembra que no llevaba arma alguna, pero que estaba envuelta de energía palpitante. Orgrim gruñó con sorpresa al ver que el Martillo Maldito golpeó su campo de fuerza y rebotó; el choque hizo temblar el arma entre sus brazos y le sacudió el cuerpo hasta los huesos. Uno de los chamanes intervino, su rayo chocó con estruendo contra la misteriosa y mágica energía de la draenei y Orgrim lo vitoreó cuando vio que su bondadoso y natural rayo podía con el campo de fuerza azul. Atacó de nuevo y esta vez el Martillo Maldito sí que fue capaz de destrozarse el cráneo de la piel azul de forma más satisfactoria.

Ya casi había terminado todo. Solo quedaban dos en pie y en unos pocos minutos yacían bajo una masa de cuerpos marrones y blindados. Unos cuantos gritos y gruñidos más, y el sonido inconfundible de las armas blancas hundiéndose en la carne; luego, todo se quedó en silencio.

El acorralado uñagrieta había escapado.

Orgrim contuvo la respiración; el sonido de sus latidos resonaba en sus oídos, excitado por la matanza. Siempre había disfrutado de la caza, pero esto... nunca había experimentado nada igual. Algunas veces, las bestias a las que había atacado habían tratado de defenderse, pero una presa como los draenei —inteligente, poderosa, capaz de luchar de la misma forma que ellos, no con uñas y dientes— era algo nuevo para él. Inclino su cabeza hacia atrás y rio, y se preguntó si de alguna manera estaban borrachos de esta sensación.

Los vítores y los ásperos y profundos bramidos que proferían los victoriosos orcos eran el único sonido que se oía en el claro del bosque. Blackhand se acercó a Orgrim y lo abrazó de la mejor forma que pudo con las armaduras que llevaban.

—Vi el Martillo Maldito, pero fue tan rápido que pasó como un borrón ante mis ojos —rugió el jefe del clan Roca Negra con una sonrisa—. Hoy has luchado bien, Orgrim. Tomé una sabia decisión al nombrarte mi segundo.

Se paró cerca del mago que Orgrim había matado en último lugar y se quitó los guantes. Su cráneo estaba completamente destrozado y la sangre azul salpicaba por todas partes. Blackhand metió los dedos en el fluido vital del draenei asesinado y con cuidado pintó la cara de Orgrim. En su interior, algo cambió en el orco. Se recordaba a sí mismo haciendo lo mismo después de su primera muerte en solitario, con la sangre roja y caliente; recordaba haberlo hecho e ir a la montaña sagrada como parte del ritual *Om'riggor*, con la

sangre de su padre sobre su cara. Y, ahora, su líder lo había ungido otra vez con la sangre de los seres que eran sus enemigos.

Un poco del líquido de color azul oscuro bajó por su mejilla hasta la comisura de su boca. Orgrim sacó su lengua, lo probó y lo encontró dulce.

* * *

El halcón de sangre se posó sobre el brazo de su amo, sus garras se clavaban profundamente sobre el cuero protector. Ner'zhul paseaba mientras que el maestro de halcones desenrollaba el mensaje y se lo entregaba. Leyó el pequeño pergamino, rápidamente.

Demasiado fácil, había sido demasiado fácil. No había sido casualidad, aunque algunos habían sido heridos, por supuesto. Era su primera incursión y los orcos habían salido completamente victoriosos. Blackhand hablaba despectivamente de lo rápido que habían descendido contra su partida de caza y machacado sus cráneos. Todo se estaba desarrollando tal y como Rulkan le había prometido. Probablemente ahora se le aparecería el ser con el que se había aliado Rulkan. Los orcos, dirigidos por Ner'zhul, habían demostrado su valía con este triunfo decisivo.

Volvió a leer una vez más el mensaje. Por descontado, Blackhand y los Roca Negra habían sido una excelente elección contra los draenei. Eran poderosos y violentos pero, a diferencia de otros clanes como los Grito de Guerra, estaban bajo el control de su jefe de clan por completo.

Esa noche Ner'zhul degustó un festín por la victoria, preparado por los Sombraluna, y bebieron, comieron, rieron y cantaron hasta que al final Ner'zhul cayó en su cama y se sumergió en un sueño profundo, muy profundo.

Y el ser se apareció.

Era glorioso, radiante, tan brillante que incluso su yo dentro del sueño no podía aguantar la mirada sobre él al principio. Cayó de rodillas, temblando de alegría y de asombro ante él.

—Ha venido —susurró, sintiendo cómo las lágrimas brotaban de sus ojos y se deslizaban sobre su rostro—. Sabía que, si le complacía, vendría.

—Así ha sido, Ner'zhul, el chamán, líder de los orcos. —La voz retumbó a través de sus huesos y Ner'zhul cerró los ojos, casi aturdido por la sensación—. He visto la forma magistral en que diriges a los tuyos, cómo has conseguido unir a los diferentes clanes en un solo propósito, una meta gloriosa.

—Aquella que tú me inspiraste, maestro —murmuró Ner'zhul. Pensó en Rulkan y por un instante se preguntó por qué ya no se le aparecía, luego esa idea lo abandonó. La

simple sombra de este magnífico ser era muy superior a su querida compañera. Ner'zhul anhelaba seguir conversando con este maravilloso ser.

—Has venido a nosotros y nos has revelado la verdad —continuó Ner'zhul—. Hicimos lo que era necesario.

—Así fue, y estoy muy contento con ustedes. La gloria, el honor y la dulce victoria continuarán siendo suya si hacen lo que les diga.

—Por supuesto que lo haremos, pero... maestro, este humilde siervo le suplica un favor.

Ner'zhul se arriesgó a mirarlo directamente. Era enorme, brillante y rojo, tenía un poderoso torso y sus piernas terminaban en pezuñas y estaban curvadas hacia atrás como las de los talbuk...

... o las de los draenei...

Ner'zhul parpadeó. Se hizo el silencio por un momento después de expresar su petición y sintió un repentino escalofrío. Entonces la voz volvió a hablar en su mente y oídos, y aún era suave y dulce como la miel.

—Pide, y decidiré si eres digno.

De repente la boca de Ner'zhul estaba seca y era incapaz de formular las palabras. Esforzándose, habló:

—Maestro... ¿hay algún nombre por el cual podamos llamarlo?

Una sensación de alegría recorrió la sangre de Ner'zhul.

—Un simple favor fácil de agradecer. Sí, tengo un nombre. Pueden llamarme... Kil'jaeden.



CAPÍTULO NUEVE

Es fácil comprender por qué tantos de mis contemporáneos prefieren dejar que esta historia muera. Dejar que se hunda en el olvido silenciosamente, deslizándose bajo las aguas del tiempo hasta que la superficie del lago esté más serena y nadie recuerde la vergüenza que se esconde en sus profundidades. Yo también siento esa vergüenza, aunque no estaba vivo cuando todo ocurrió. La veo en la cara de Drek'Thar mientras me cuenta su parte de la historia con una voz temblorosa. Veo el peso de esta sobre Orgrim Doomhammer. Grom Hellscream, amigo, traidor y amigo de nuevo, fue devastado por ella.

Pero pretender que no existió es olvidarse del terrible impacto que supuso. Es como hacernos las víctimas en lugar de admitir nuestra participación en nuestra propia destrucción. Elegimos ese camino nosotros, los orcos. Lo seguimos hasta que fue demasiado tarde para echamos atrás. Y, después de haber tomado esa decisión, podemos, conociendo como conocemos el oscuro y vergonzoso final de ese camino, no volver a tomarla.

Es por eso por lo que me gustaría oír el testimonio de aquellos que pusieron un pie tras otro en un camino que solo significó la aniquilación para nuestra especie. Me gustaría entender por qué decidieron dar cada paso, qué tuvo que pasar para que pareciera una decisión lógica, buena y correcta.

Me gustaría saberlo por si vuelve a pasar de nuevo, para reconocerlo.

Los humanos tienen dos refranes que son sabios más allá de lo imaginable.

El primero es:

«Aquellos que no aprenden de la historia están condenados a repetirla».

Y el segundo es...

«Conoce a tu enemigo».

Velen estaba meditando profundamente cuando Restalaan, de mala gana, se le acercó. Se sentó en el patio central del Templo de Karabor, no en los cómodos bancos que flanqueaban la piscina rectangular, sino en la dura piedra. El aire transportaba el olor de los arbustos en flor que brotaban en el exuberante jardín, y el agua sonaba suavemente mientras corría. Las hojas de los árboles se movían con el viento y añadían sus propios sonidos a la escena, pero Velen estaba centrado hacia sus adentros.

Hacía mucho, mucho tiempo que los draenei y los naaru se depositaban mutua confianza. Los luminosos seres que rara vez optaban por adoptar forma sólida fueron los primeros en encargarse de los eredar exiliados; luego les enseñaron todo lo que sabían y finalmente se convirtieron en sus amigos. Habían viajado juntos y visto muchos mundos. Siempre que los man'ari habían descubierto el lugar donde se escondían, los naaru, y en particular aquel que se hacía llamar K'ure, habían sido decisivos ayudando a los draenei en su huida. De igual forma, Kil'jaeden y sus monstruosas criaturas, eredar una vez, seguían intentando capturarlos. Velen sufría cada vez que él y su pueblo tenían que partir a otro mundo para salvarse, sabiendo que cada uno de los seres que dejaban tras de sí podrían ser transformados de la misma forma que lo fueron los eredar. Kil'jaeden, siempre deseoso de acumular más fuerzas a la Legión que estaba creando para su siniestro señor Sargerass, no dejaría pasar la oportunidad de atraer a nuevos reclutas.

K'ure, tan triste como Velen, sufría con él. Pero habló en la mente de Velen con una lógica irrevocable de que Kil'jaeden, Archimonde y Sargerass hubieran destruido otro mundo en la misma cantidad de tiempo. Todos los mundos, todos los seres y todas las razas eran horriblemente iguales a los ojos de Sargerass. Todos ellos necesitaban ser eliminados en un espantoso festival de carnicería y fuego. La muerte de Velen a manos de los seres que una vez habían sido sus amigos más queridos no salvaría a ninguno de esos inocentes sin suerte, mientras que su supervivencia, posiblemente, sí que lo haría.

—¿Cómo? —se preguntó colérico una vez—. ¿Cómo puede mi vida ser más importante, más valiosa que la suya?

La reunión es lenta, tuvo que admitir K'ure. Pero está en marcha. Hay otros naaru como yo dirigiéndose a las razas más jóvenes. Cuando estén listos, todos serán reunidos. Sargerass tarde o temprano caerá gracias a la voluntad de aquellos que todavía creen en lo que es bueno, verdadero y armonioso, en lo que trae el equilibrio a este universo atemporal.

Velen no tenía más remedio que creer en este ser que había llegado a ser su amigo o dar la espalda a todos los que habían confiado en él y convertirse en man'ari. Y escogió creer.

Ahora, sin embargo, estaba confundido. Los orcos habían empezado a atacar partidas de caza. No parecía haber razón alguna que explicara estas agresiones; ninguno de los conmocionados guardias con quien Velen había podido hablar le había contado nada de especial. Aun así, tres partidas de caza habían sido atacadas hasta matar al último de sus integrantes. Restalaan, que investigaba estas muertes, le dijo que los cuerpos no fueron simplemente asesinados... sino masacrados.

Por ese motivo, Velen se había desplazado al templo, creado en los primeros años de estancia de los draenei en este mundo. Allí, rodeado por cuatro de los siete cristales ata'mal que habían vuelto a la vida hacía mucho tiempo, pudo oír la débil voz de su amigo en su mente pero, hasta el momento, K'ure no tenía respuestas para él.

No habría posibilidad de volar si esta vez las cosas funcionaban mal. K'ure se estaba muriendo, atrapado en la misma nave que los había llevado antes de estrellarse en ese mundo hacía ya doscientos años.

—Gran Profeta —dijo Restalaan con voz suave y cansada—. Hemos sufrido otro ataque.

Despacio, Velen abrió los ojos y miró a su antiguo amigo con tristeza.

—Lo sé —dijo—. Lo he sentido.

Restalaan se pasó la mano de gordos dedos por su pelo negro.

—¿Qué hacemos? Cada nuevo ataque parece más agresivo que el anterior. El examen de los daños causados a los cuerpos parece indicar que están mejorando sus armas.

Velen suspiró profundamente y sacudió la cabeza. Sus trenzas blancas giraron suavemente con el movimiento.

—No puedo oír a K'ure —dijo en voz baja—. Por lo menos, no tan bien como solía hacerlo. Me temo que no le queda mucho tiempo de vida.

Restalaan bajó la mirada; el dolor era evidente en su expresión. El naaru se había sacrificado por ellos; todos los draenei lo sabían y lo comprendían. Aun siendo extraño y misterioso como era, los draenei habían llegado a cuidar de él. Había quedado atrapado y se estaba muriendo lentamente durante dos siglos. De alguna manera, Velen pensaba que no sería cuestión de mucho tiempo hasta que el ser muriera... si es que no había muerto ya, tal como él entendía la muerte.

Se levantó con determinación; su ligera túnica de color canela se movía tras él.

—Todavía tiene sabiduría que transmitirme, pero yo ya no tengo la habilidad para oírlo. Debo ir allí. Quizás la proximidad nos ayude a mejorar la comunicación.

—¿Te... te refieres a ir a la nave? —preguntó Restalaan.

Velen asintió.

—Debo hacerlo.

—Gran Profeta... no querría poner en cuestión tu sabiduría, pero...

—Pero lo harás de todos modos —dijo Velen, riendo y arrugando sus sorprendentes ojos azules, muestra de un humor único y genuino—. Continúa, mi viejo amigo. Tu capacidad para cuestionarme siempre me es de gran ayuda.

Restalaan suspiró.

—Los orcos han escogido la nave como su montaña sagrada.

—Lo sé —replicó Velen.

—Entonces, ¿por qué enfrentarse a ellos aventurándose a ir allí? —preguntó Restalaan—. Seguramente lo interpretarían en cualquier momento como un acto de agresión, y particularmente ahora. Les darás una razón para continuar sus ataques contra nosotros.

Velen asintió.

—He pensado en esto durante mucho tiempo, y quizás ahora sea el momento de revelarles lo que somos y lo que realmente es su montaña sagrada, en la que creen que moran sus antepasados; cosa que podría ser cierta. Si a K'ure no le queda mucho tiempo, ¿no deberíamos utilizar su sabiduría y sus poderes mientras podamos? Si hay alguien capaz de traer la paz entre los orcos y nosotros, es este ser y su habilidad, más grande que la de ninguno de nosotros. Puede que sea nuestra única oportunidad. K'ure habló de encontrar otras razas, otros seres, para que se unieran en nuestra búsqueda del equilibrio y la armonía. Para enfrentarnos a Sargeraz y a ese vasto e impío ejército que ha creado.

Velen colocó una blanca mano en el hombro blindado de su amigo.

—Hay algo muy cierto que me ha sido revelado durante mi meditación. Y es que las cosas no pueden seguir como antes. Los orcos y los draenei no pueden continuar viviendo en esta forma tan distante los unos con los otros. Hay una vuelta de hoja para eso, mi viejo amigo. O hay guerra o hay paz. Se convertirán en nuestros aliados o en nuestros enemigos. Y nunca podré perdonarme a mí mismo si no exploro todas y cada una de las posibilidades de paz que existen. ¿Me entiendes ahora?

Restalaan buscó tristemente, con la mirada, la cara de Velen y luego asintió.

—Sí. Sí, supongo que sí. Pero no me gusta. Por lo menos deja que te acompañe una guardia armada, por lo que sé atacan antes de escuchar.

Velen negó con la cabeza.

—No, sin armas. Nada que pueda provocarlos. En sus corazones son seres honorables. Fui capaz de vislumbrar las almas de los dos jóvenes orcos que estuvieron con nosotros hace unos años. No hay nada cobarde o maligno en ellas, solo precaución y ahora, por alguna razón, miedo. Han atacado partidas de caza, no a civiles.

—Sí —contestó Restalaan—. Grupos que eran mucho más numerosos.

—Hemos encontrado sangre que no era nuestra derramada en esos sitios —le recordó Velen—. Se llevaron los cuerpos de vuelta para hacer una incineración ritual, pero

sabemos que había bastante sangre orca derramada. Con nuestros conocimientos, un puñado de draenei puede hacer frente fácilmente a varios orcos. No. Lo arriesgaré todo en esto. No me matarán si les muestro mis intenciones honorablemente y llego sin evidente capacidad de defensa.

—Me gustaría poder confiar en eso, mi Profeta —dijo Restalaan resignado, haciendo una profunda reverencia—. Voy a reunir una pequeña escolta, entonces. Y no irán armados.

* * *

El Más Grande, Kil'jaeden, empezó a visitar a Ner'zhul con más frecuencia. Primero, simplemente durante sus sueños, de igual forma que hacían los ancestros. Llegaba durante la noche, mientras Ner'zhul dormía profundamente con el cuerpo pesado producto de la droga que abría su mente a la voz de Kil'jaeden y le susurraba elogios y felicitaciones, y los planes de la futura victoria de los orcos.

Ner'zhul estaba en éxtasis. Leía con entusiasmo y deleite cada carta que llegaba por halcón de sangre desde los diferentes clanes.

Nos encontramos con dos exploradores sin refuerzos, le escribió el jefe del clan Mano Destrozada. Fue fácil acabar con ellos, superados en número como estaban.

El clan Foso Sangrante se enorgullece de informar al gran Ner'zhul de que lo hemos obedecido en todo, decía otra carta. Nos hemos unido al clan Riecráneos, doblando así el número de guerreros armados que enviar contra nuestro taimado enemigo. Tenemos entendido que el clan Señor del Trueno busca aliados. Les enviaremos un mensajero mañana.

—Sí —dijo sonriendo Kil'jaeden—. ¿Te das cuenta de cómo se unen contra una causa justa? Antes, de haber cruzado sus caminos, esos clanes hubieran estado desafiándose los unos a los otros. Ahora están compartiendo conocimientos, recursos y trabajando en equipo para superar a un enemigo que quiere verlos a todos muertos.

Ner'zhul asintió, pero sintió una punzada repentina. Había sido glorioso contemplar, finalmente, esta hermosa y poderosa unidad, a pesar del hecho de que Kil'jaeden se parecía demasiado a los odiados draenei, pero... había dejado de ver a Rulkan. Sentía que la echaba de menos. Se preguntaba por qué ella ya no se le aparecía más.

Vacilante, habló.

—Rulkan...

—Rulkan cumplió su parte del trabajo trayéndote a mí, Ner'zhul —exclamó Kil'jaeden—. Sabes que está bien y que es feliz, ya la has visto. Ya no la necesitamos más

como intermediario. No ahora que me has convencido de que eres digno de transmitir mi voz sobre tu gente.

Y, como ya había pasado antes, el corazón de Ner'zhul se hinchó de alegría. Pero esta vez, a pesar de las consoladoras y emocionantes palabras de Kil'jaeden, sintió una triste y pequeña sacudida en su pecho, pues deseaba poder seguir hablando con ella.

* * *

Ner'zhul estaba absorto en sus pensamientos cuando Gul'dan le llevó un mensaje. El aprendiz le hizo una reverencia y le entregó a su maestro un trozo de pergamino, teñido de líquido azul.

—¿Qué es esto? —le preguntó Ner'zhul, cogiendo el pergamino.

—Se lo quitaron a un draenei que se aproximaba por el sur —respondió Gul'dan.

—¿Un grupo?

—Un único mensajero. Sin armas, ni siquiera montura. El muy necio iba caminando. —Los labios de Gul'dan se torcieron en una sonrisa maliciosa.

Ner'zhul miró el pergamino y se dio cuenta entonces de que las manchas azules eran la sangre del mensajero muerto. ¿Qué habría impulsado a ese idiota a caminar solo y desarmado hacia el corazón del territorio del clan Sombraluna?

Lo desenrolló con cuidado, tratando de no romperlo, y empezó a leerlo rápidamente. Mientras sus ojos marrones se precipitaban sobre las palabras, un resplandor se generó en la sala y ambos chamanes se postraron en el suelo.

—Léelo en voz alta, gran Ner'zhul —dijo la calmada voz de Kil'jaeden—. Compártelo conmigo y con tu leal aprendiz.

—Sí, por favor, mi maestro —le dijo Gul'dan con entusiasmo. Mientras lo leía, por primera vez desde que había hablado con su querida Rulkan, Ner'zhul saboreó una sensación de duda.

A Ner'zhul, Chamán del clan Sombraluna, el profeta Velen de los draenei le envía saludos.

Recientemente, muchos de los nuestros han sido atacados por los orcos. No entiendo el motivo de estos ataques. Durante generaciones, su gente y la mía han vivido en paz y tolerancia, estado que nos ha beneficiado mutuamente. Nunca hemos levantado un arma contra ningún orco y, de hecho, una vez jugamos un papel decisivo para salvar las vidas de dos jóvenes orcos que inconscientemente pusieron sus vidas en peligro.

—Ah —interrumpió Gul'dan—. Lo recuerdo... Durotan, el actual jefe del clan Lobo Gélido, y Orgrim Doomhammer.

Ner'zhul asintió ausente, pensando en otra cosa durante un momento, luego siguió leyendo.

Solo podemos suponer que ha habido un terrible malentendido y desearía hablar contigo para que ninguna otra vida —orco o draenei— se perdiera de forma tan trágica.

Tengo entendido que la montaña que llaman Oshu'gun es sagrada para tu gente, que es el lugar donde moran los espíritus de sus sabios ancestros. Como este lugar también tiene un profundo significado para los draenei, siempre hemos respetado su decisión de reclamarlo como lugar sagrado. Sin embargo, ha llegado el momento de reconocer que hay más cosas que compartimos que cosas que nos dividen. Me llaman el Profeta entre mi gente porque a veces se me concede la sabiduría y el entendimiento. Intento liderarlos bien y de forma pacífica, tal y como estoy seguro de que haces tú y el resto de los líderes de clanes con su gente.

Reunámonos pacíficamente, en el lugar que tanto significado tiene para ambas razas. En el tercer día del quinto mes, yo y un pequeño grupo iremos en peregrinación hacia el corazón de la montaña. Nadie en el grupo portará armas.

Te invito a ti y a cualquier otro orco que quiera acompañarme a entrar en ese profundo lugar mágico y sagrado y pedir consejo a los sabios seres que moran allí para ver cómo podemos salvar la división que nos separa.

Con luz y bendiciones, les ofrezco la paz.

Gul'dan fue el primero en hablar. O, más exactamente, en reír.

—¡Tremenda arrogancia! Mi señor, gran Kil'jaeden, no podemos desperdiciar esta oportunidad. Su líder acude como un pequeño ñagrieta al matadero, desarmado y pensando estúpidamente que no sabemos nada de sus malvadas intenciones. ¡Y piensa violar Oshu'gun! ¡Morirá antes de que ponga una vil pezuña azul sobre la raíz de nuestra montaña sagrada!

—Lo que dices me alegra, Gul'dan —dijo Kil'jaeden con una voz calmada como el agua y a la vez retumbante—. Ner'zhul, tu aprendiz habla con sabiduría.

Pero las palabras de Ner'zhul estaban atrapadas en su garganta. Abrió su boca dos veces para intentar hablar y finalmente, al tercer intento, pronunció unas palabras ásperas.

—No estoy en desacuerdo en que los draenei sean peligrosos —dijo con la voz entrecortada—. Pero... pero no somos gronn como para matar a enemigos desarmados.

—El mensajero fue asesinado —señaló Gul'dan—. Estaba desarmado e incluso sin montura.

—¡Y me arrepiento de eso! —contestó bruscamente Ner'zhul—. ¡Debería de haber sido tomado en custodia y traído ante mí, no asesinado!

Kil'jaeden no decía nada. Su resplandor escarlata bañaba a Ner'zhul mientras continuaba, tanteando el mejor camino hacia una solución.

—No les permitiremos profanar nuestro lugar sagrado —continuó el chamán—. No te preocupes por eso, Gul'dan. Pero no voy a matarlo sin tener la oportunidad de hablar con él. Quién sabe, quizás tengamos la oportunidad de aprender algo.

—Sí —dijo Kil'jaeden con una voz rica y cálida—. Cuando uno está sufriendo, revela todo lo que sabe.

Esas palabras sorprendieron a Ner'zhul, pero no mostró sorpresa. ¿Este magnífico ser quería que torturase a Velen? Algo dentro de él estaba excitado ante la perspectiva, pero algo más profundo se retorció. Todavía no. Todavía no haría tal cosa.

—Lo estaremos esperando —le aseguraron él y su aprendiz a su gran señor—. No se nos escapará.

—Señor... —dijo Gul'dan despacio—, ¿se me permite una sugerencia?

—¿Cuál?

—El clan más cercano a la montaña es el de los Lobo Gélido —señaló Gul'dan—. Dejemos que sean ellos quienes atrapen a Velen y a su grupo y nos los traigan. Su líder probó una vez la hospitalidad de los draenei. Y, aunque no ha obstaculizado nuestros esfuerzos, no recuerdo oír que haya liderado ningún ataque contra ellos. Mataremos dos pájaros de un tiro: conseguiremos capturar al líder de los draenei y haremos que Durotan de los Lobo Gélido pruebe su lealtad a la causa.

Ner'zhul sintió cómo dos pares de ojos se clavaban en los suyos, los pequeños y oscuros de su aprendiz y las brillantes órbitas de su señor Kil'jaeden. Lo que Gul'dan había sugerido parecía muy sabio. Entonces, ¿por qué era tan reacio a secundarlo?

Los latidos de su corazón se aceleraron y el sudor empezó a brotar de la frente de Ner'zhul. Finalmente, habló y se sintió aliviado al oír su voz segura y fuerte.

—De acuerdo. Es un buen plan. Tráeme mi pluma y pergamino, y notificaré a Durotan su cometido.



CAPÍTULO DIEZ

Nunca había estado tan orgulloso de mi padre hasta que Drek'Thar me contó este incidente. Soy muy consciente de lo difícil que es tomar la decisión correcta en todas las ocasiones. Él tenía mucho que perder y nada que ganar tomando las decisiones que tomó.

No, eso no es cierto.

Mi padre conservó su honor. Y no hay recompensa lo suficientemente alta como para sacrificar eso.

* * *

La carta no admitía dudas. Durotan la miró y luego, con un profundo suspiro, se la pasó a su compañera. Draka la leyó rápidamente; sus ojos revoloteaban por las palabras y su garganta emitía suaves gruñidos.

—Ner'zhul es un cobarde, encargándote a ti hacer esto —dijo en voz baja para que el mensajero que esperaba fuera no lo escuchara—. Debería ser él, y no tú.

—He prometido obedecer —dijo Durotan en voz baja también—. Ner'zhul habla por los ancestros.

Draka ladeó la cabeza, pensativa. Un rayo perdido de luz solar que penetraba en la tienda por una brecha en las costuras le iluminaba la cara y acentuaba el relieve de su fuerte mandíbula y sus agudos pómulos. Durotan se había quedado sin aliento mientras miraba a su amada. Aun con todo el caos, incluso locura, que parecía haber descendido repentinamente sobre él y su gente, se sentía a gusto con ella. Tocó con delicadeza su rostro marrón con una de sus afiladas uñas, y ella sonrió brevemente.

—Mi compañero... no sé si confío en Ner'zhul —dijo ella con una voz que era apenas un suspiro.

Él asintió.

—Pero ambos confiamos en Drek'Thar y él ha confirmado lo que Ner'zhul ha dicho. Los draenei han estado conspirando en nuestra contra. Ner'zhul dice que incluso Velen ha insistido en entrar a Oshu'gun.

El jefe del clan Lobo Gélido volvió a mirar la carta una vez más.

—Me alegro de que Ner'zhul no me haya pedido matar a Velen. Quizás, una vez lo tengamos en nuestro poder, podamos convencerlo para que cambie de opinión, que nos explique por qué están tan empeñados en hacernos daño. Tal vez podamos negociar la paz.

Esa idea se apoderó de su corazón y apretó la carta con fuerza. Su vida con Draka era tan gloriosa y estaba tan orgulloso de su clan que se preguntaba cuánto más feliz podría llegar a ser si viviera como lo había hecho su padre: cazando las bestias de los bosques y de los campos, bailando en el claro de la luna en los festivales Kosh'harg, escuchando los viejos cuentos y deleitándose con el calor de los ancestros. No le había dicho nada a Draka pero, en secreto, se alegraba de que no hubieran concebido todavía un niño. No eran tiempos fáciles para los jóvenes orcos. Les habían robado su infancia al imponerles tareas y responsabilidades de adultos sobre sus poco desarrollados hombros. Si Draka quisiera criar un hijo, Durotan no dudaría en entrenar al pequeño o pequeña como hacían con el resto. Nunca obligaría a los otros padres a hacer nada que él no fuera a hacer, pero estaba contento de no tener que afrontar esa decisión todavía.

Draka lo miró con intensidad, estrechando los ojos. Era como si pudiera leer sus pensamientos.

—Tú ya te has reunido con Velen antes —dijo—. Observé cómo trataste de conciliar tus recuerdos de aquel encuentro con las noticias de que estaban intentando destruirnos a todos. No fue fácil para ti.

—Tampoco lo es ahora —respondió—. Quizás sea positivo que haya sido asignado a esta tarea. Velen recordará esa noche, de eso estoy seguro. Puede que esté dispuesto a tratar conmigo, mientras que quizás no esté tan dispuesto a tratar con Ner'zhul. Desearía haber leído la carta que le ha enviado.

Draka suspiró y se puso de pie.

—Creo que eso sería más esclarecedor —dijo.

Durotan hizo lo mismo.

—Le diré al mensajero que su señor puede estar contento. No voy a eludir mi deber.

Sintió una mirada de preocupación sobre sus espaldas mientras salía.

Velen llevaba el cristal violeta cerca de su corazón. El rojo y el amarillo estaban a su lado; mientras se sentaba para meditar, emanaban un resplandor suave sobre su piel alabastro. Los otros cuatro se encontraban en otros lugares del territorio draenei, sirviendo con sus grandes poderes a las necesidades de su gente. Pero él nunca se apartaba del violeta.

Su poder le abría la mente y el espíritu de tal forma que era como estar en comunicación directa con los naaru. Cuando meditaba con este cristal, Velen se sentía más fuerte y limpio y su alma, aguda como un canto afilado. Aunque cada uno de los siete cristales era precioso y poderoso, este era el que apreciaba más.

Se esforzó para escuchar los susurros de K'ure, pero no pudo. Velen estaba apenado. Inclino la cabeza.

Oyó voces y abrió los ojos. Restalaan estaba hablando con uno de sus acólitos, y Velen le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Cuáles son las noticias, mi viejo amigo? —le preguntó Velen, mientras le señalaba una taza de té.

Restalaan hizo un gesto con la mano declinando la oferta.

—Buenas y malas, mi Profeta —dijo—. Lamento profundamente informarle de que el mensajero que envió al chamán líder Ner'zhul ha sido asesinado por un grupo de orcos.

Velen cerró los ojos. El cristal violeta se volvió más cálido por un momento, como intentando reconfortarlo.

—Sentí su muerte —dijo Velen con pesar—. Pero pensé que había sido un accidente. ¿Estás seguro de que ha sido asesinado?

—Ner'zhul así lo dice, y pide perdón. —La voz de Restalaan expresaba enojo y afrenta ante el incidente. Estaba arrodillado junto a Velen, cerca del cristal rojo. Los ojos azul oscuro del Profeta se dirigieron hacia el cristal que latía, suavemente, respondiendo a las emociones de Restalaan.

—Esto arruina tu teoría de que no atacarían a un hombre desarmado —dijo con amargura Restalaan.

—Tenía la esperanza de que iría mejor —dijo Velen en voz baja—. ¿Pero dijiste que había buenas noticias para mitigar estos tristes hechos?

Restalaan hizo una mueca.

—Si se pueden llamar así. Ner'zhul dice que una contingencia de orcos se reunirá con nosotros en la base de la montaña.

—¿Él... no irá?

Restalaan bajó la mirada y movió la cabeza.

—No, mi Profeta —dijo suavemente.

—¿A quién enviará en su lugar?

—La carta no lo especifica.

—Dámela. —Velen extendió su blanca mano y Restalaan colocó el pergamino sobre su palma. Velen estiró el pergamino y leyó la carta deprisa.

Su mensajero está muerto. Es una suerte que aquellos que lo mataron buscaran entre sus cosas su carta. La he leído y estoy de acuerdo en enviar una contingencia de orcos a hablar contigo. No puedo garantizar nada, ni tu seguridad ni una tregua, nada. Pero vamos a escuchar lo que tienes que decimos.

Velen suspiró profundamente. Esta no era la respuesta que su alma anhelaba. ¿Qué les había pasado a los orcos? ¿Cuál era la razón, si es que la había, por la que de repente se habían empeñado en atacar a los draenei si nunca se habían opuesto a ellos de ninguna forma?

No puedo garantizar nada, había dicho Ner'zhul, escrito con una letra fuerte y agresiva.

—Muy bien —dijo tranquilamente Velen—. Entonces, nada está garantizado. —Sonrió a Restalaan—. De igual forma que en la vida.

* * *

Durotan pensó que era un día inoportunamente luminoso y alegre, mientras entornaba los ojos por la deslumbrante luz del verano. Sin lugar a duda, en un día en que su alma se sentía tan infeliz e inhóspita, el tiempo debería reflejarlo. Nubes, como mínimo. Una fría llovizna sería más apropiada. Pero al sol no le importaba el corazón de un orco, ni siquiera el destino de toda una raza. Brillaba tan alegremente como si todo fuera a ir bien allí donde sus rayos llegaban. La superficie multifacética y cristalina de Oshu'gun reflejaba tanta luz que parecía estar ardiendo.

Durotan había elegido una posición de fuerza. Desde los lugares donde había posicionado a sus guerreros, sería capaz de ver llegar a la partida de Velen antes de que ellos divisasen a los orcos. Había decidido esperar y dejar que el profeta de los draenei fuera directamente hacia él, aunque había posicionado de forma estratégica a sus guerreros por si los draenei intentaban huir, cerrando todas las posibles vías de escape. Todos los orcos, que esperaban con paciencia este día glorioso, estaban armados hasta los dientes y sus chamanes listos para cualquier contingencia.

Por su aguda vista y sus excelentes habilidades de combate, Draka era su exploradora más útil. La había posicionado como uno de los vigías del primer grupo de guerreros. En el momento en que Velen apareciera, le enviaría una señal a su compañero gracias a un hechizo invocado por Drek'Thar.

Drek'Thar estaba de pie junto a Durotan. Como el chamán más poderoso de su clan, su misión era proteger a su líder. Los dos esperaban en una roca que afloraba justo por encima de la entrada a la montaña sagrada. Docenas de guerreros aguardaban con flechas, hachas de mano y jabalinas. Otros habían pasado días moviendo grandes rocas y poniéndolas en posición. Una simple orden de Durotan, un simple movimiento, enviaría la muerte en forma de piedras enormes sobre los draenei.

La amenaza de muerte, de hecho, estaba presente en todas las partes de esta hermosa montaña en este hermoso y soleado día.

Una brisa agitaba el pelo negro de Durotan y un pájaro piaba alegremente. Drek'Thar miraba a su jefe de clan con preocupación.

—Mi líder, estás haciendo lo que tienes que hacer —le dijo Drek'Thar con seriedad—. Estos seres son nuestros enemigos.

Durotan asintió y deseó poder creerlo con tanta facilidad como los otros orcos parecían hacerlo.

La brisa rozó su mejilla otra vez, con más insistencia, y esta vez oyó voces en el viento. Era el mensaje de Draka, que había llegado hasta sus oídos gracias al vínculo de Drek'Thar con los elementos. *Ya vienen. Cinco de ellos. Ninguno lleva armadura o porta arma alguna. Caminan con serenidad.*

El viento se llevó sus palabras; sabía que llegarían a oídos de todos los orcos allí reunidos. Cuando fuera el momento adecuado, aprovecharía el mismo viento para dar órdenes a las tropas. Durotan se puso derecho y notó cómo su corazón latía más rápidamente. Agarró su hacha de batalla con fuerza.

—Ahí están —dijo Drek'Thar sombrío. Durotan siguió su mirada.

El informe de Draka había sido preciso, incluso al interpretar la forma en que se acercaban los draenei. Ninguno de los cinco draenei llevaba la extraña armadura azul plateada que Durotan recordaba de su único encuentro con ellos. En su lugar, llevaban vestidos de bellos colores que se movían y ondulaban al son de la brisa tras ellos, los mismos que se pusieron durante aquella cena con ellos. Caminando al frente de ellos iba el propio profeta Velen. Era inconfundible; sus simples túnicas color canela contrastaban con las de los otros draenei alrededor suyo, así como su pálida, extraña y única piel. Durotan sonrió un poco a pesar de la gravedad de la situación. Los draenei iban vestidos de forma tan extravagante que solo un orco ciego no hubiera sido capaz de avistarlos desde la lejanía.

La sonrisa se desvaneció de su cara al pensar en lo que representaba. Querían ser vistos de inmediato. Querían que los orcos se dieran cuenta de que iban desarmados en lo que Madre Kashur hubiera llamado peregrinación.

¿O era simplemente un truco elaborado? Los chamanes no necesitaban lanzas para destruir. Tampoco los draenei. Durotan recordó las redes mágicas que quemaban y ennegrecían la carne al contacto con ellas; redes de energía, extrañas para los orcos, que habían aparecido de la nada.

No, incluso desarmados, los draenei estaban lejos de ser inofensivos.

Había informado a sus guerreros y sabía que iban a obedecerlo. Habían comprendido que no debían lanzar ningún tiro de advertencia, ni siquiera proferir insultos, sin la orden expresa de Durotan. Pero todos sabían cómo se las gastaban los draenei y no los pillarían desprevenidos. Durotan podía oler la tensión emanando de los cuerpos de los guerreros más próximos a él; se preguntó si los draenei también.

Durotan observó cómo los grupos que se habían situado más lejos salían de sus escondites para cerrar filas tras los draenei. Estaban lo suficientemente lejos de ellos, por lo que Durotan esperó que los draenei no los advirtieran. Si lo habían hecho, no hacían ninguna señal de ello, sino que continuaban con confianza su constante y... sereno... paso.

Durotan y Drek'Thar no hicieron ningún intento de esconderse. Después de varios e interminables minutos, Velen levantó la cabeza y miró hacia arriba, directamente a los ojos de Durotan. Durotan no apartó la mirada, sino que continuó esperando que sus enemigos se acercaran. Alcanzaron la base de la montaña pero, antes de que pudieran continuar más lejos, docenas de orcos salieron de sus escondites para rodearlos.

Velen no se veía sorprendido en absoluto. Miró a su alrededor y esbozó una sonrisa; entonces volvió su mirada sobre Durotan. Lentamente, Durotan descendió hasta quedar cara a cara con el profeta de los draenei.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvimos así, Velen —dijo Durotan en un tono tranquilo. No usó el título que ostentaba entre los draenei de forma deliberada.

—Mucho tiempo, Durotan, hijo de Garad, jefe del clan Lobo Gélido —dijo Velen con esa rica y suave voz que Durotan recordaba—. ¿Sigues siendo amigo de Orgrim todavía?

—Así es —replicó Durotan—. Ahora lleva el Martillo Maldito y es el segundo de su clan.

El dolor cruzó su pálido rostro, un dolor que era profundo y verdadero, sin duda. Una vez más, Durotan recordó esa noche hacía ya tanto tiempo, cuando ese mismo ser se había sentado con ellos y habían hablado sobre los orcos, sobre el Martillo Maldito y sobre el coste que Orgrim iba a pagar por él.

—Espero que su padre y el tuyo murieran con gran honor —dijo Velen.

—No estamos aquí para hablar del pasado —dijo Durotan, con más energía de lo que pretendía. No le gustaba recordar esa noche—. Estamos aquí porque hemos sido informados de tu intención de entrar ilegalmente en nuestro lugar más sagrado.

Ahí está, entonces, pensó. Sin andarse con rodeos.

Velen mantuvo la mirada de Durotan y asintió.

—Le envié un mensaje a Ner'zhul, no a ti, Durotan. Él ha declinado verse conmigo. Me preguntaba... ¿ha compartido ese mensaje contigo?

—No hay necesidad alguna de que lo leyera —contestó Durotan—. Me pidieron que asistiera en su lugar. Y es lo que he hecho.

Durotan observó cómo sus hombros se desplomaban un poco. Velen suspiró profundamente.

—Ya veo —dijo—. No te han dicho por qué quería venir hoy aquí.

—No necesito saberlo, draenei —dijo Durotan.

—Pero lo sabrás, o de lo contrario esta conversación será en vano. —Su voz era clara y nítida y no había nada de viejo o débil en ella, a pesar de la edad de Velen. Durotan levantó una ceja. Que Velen era un ser sabio y antiguo fue algo evidente de inmediato. Pero ahora, por primera vez, Durotan alcanzó a ver la pura fuerza de voluntad que lo había mantenido a flote durante incontables años.

—Esta... esta montaña es sagrada para tu gente. Somos conscientes de eso y lo respetamos. Pero también es sagrada para nosotros. —Velen dio un paso atrás; su mirada seguía fija en Durotan. Los guerreros orcos de su alrededor se movieron, murmuraron, pero no perdieron su posición.

—En lo más profundo de la montaña habita un ser que desde hace mucho tiempo ha cuidado al pueblo draenei —continuó Velen—. Es mucho más anciano que cualquier otra cosa que nuestras mentes puedan imaginar. Y más poderoso. Pero incluso las cosas antiguas y poderosas pueden morir, y él se está muriendo ahora. Hay sabiduría, gracia y reconciliación que podemos aprender de él, tu gente y la mía. Nosotros...

—*¡Blasfemo!*

Durotan se quedó sorprendido. El amargo grito no había surgido de la garganta de un guerrero malhumorado cualquiera, sino de la del orco que estaba tras él. Los ojos de Drek'Thar estaban abiertos y su cuerpo temblaba con indignación. Tenía las venas del cuello hinchadas y amenazaba con el puño a Velen. Durotan estaba tan sorprendido por su arrebató que no le dio tiempo a silenciarlo tan rápido como debería de haberlo hecho y Drek'Thar continuó.

—¡Oshu'gun nos pertenece! ¡Es la casa de nuestros queridos muertos, la cuna de sus espíritus, y sus horrorosas pezuñas no van a dar ni un solo paso dentro de sus salas sagradas!

Velen también parecía sorprendido ante el arrebato. Giró su atención hacia el chamán y extendió una mano suplicante.

—La casa de sus espíritus se encuentra entre estas paredes, es cierto, y yo nunca diría lo contrario —gritó Velen—. Pero han sido atraídos aquí por este ser. Su objetivo es...

Eso era exactamente lo que no debería haber dicho. Drek'Thar gritó encolerizado. Otros orcos también empezaron a gritar y, antes de que Durotan se diera cuenta de qué estaba pasando, sus guerreros estaban saltando hacia delante. Draka se movió hacia ellos, intentando detener el ataque, pero era como intentar detener una marea. Durotan se giró y golpeó a Drek'Thar en la cara. El chamán se giró, gruñendo.

—¡Protégelos! —gritó Durotan—. Obedece mis órdenes, los tomaremos con vida. Protégelos, ¡maldita sea!

Los ojos de Drek'Thar ardieron de furia, pero solo durante un instante. Levantó las manos, cerró los ojos y de repente un gran círculo de fuego se creó alrededor de los cinco draenei. El viento se levantó, avivando las llamas todavía más y embistiendo físicamente a los orcos. Los guerreros dieron un paso atrás y para sorpresa de Durotan algunos de los arqueros empezaron a lanzar flechas con sus arcos.

—¡Alto! —gritó Durotan; el viento transportaba sus órdenes hasta los oídos de sus guerreros—. ¡Mataré a cualquiera que lance una sola flecha!

Entre sus órdenes y las poderosas habilidades que, a regañadientes, usó Drek'Thar, los draenei resultaron ilesos. Durotan corrió ladera abajo hasta sus prisioneros. Drek'Thar bajó junto a él.

—Retira el fuego —le dijo Durotan a Drek'Thar. Al momento, las llamas de fuego que casi quemaban las cejas de Durotan se disiparon. Se situó cara a cara con Velen, y una especie de emoción que no sabría describir correctamente se alzó en su interior al ver que el anciano draenei seguía igual de tranquilo y sereno que cuando estaban simplemente hablando.

—Velen, tú y tu gente son ahora prisioneros del clan Lobo Gélido —dijo Durotan con una voz suave y a la vez peligrosa.

Velen sonrió dulce y tristemente.

—No esperaba menos —dijo.

De alguna forma, él y los otros cuatro mantuvieron la compostura mientras Durotan ordenaba que los desvistiesen y registrasen. Les quitaron sus gloriosas ropas y se las dieron a los mejores guerreros de Durotan, y vistieron a los draenei con sudorientas

túnicas. Se le revolvió el estómago ante las burlas, insultos y escupitajos que les llovieron como humillación, pero no frenó tales actos. Mientras no fueran agredidos físicamente, límite que Durotan se aseguró de que no traspasaran, dejó a sus guerreros seguir adelante con su entretenimiento. A su lado, Draka miraba disgustada el comportamiento de sus compañeros del clan Lobo Gélido y le susurró al oído:

—Mi compañero, ¿no puedes silenciarlos?

Sacudió su cabeza.

—Quiero ver cómo reaccionan los draenei. Además... los guerreros han bajado sus armas cuando podrían haberlos matado. No voy a detener sus lenguas también.

Draka lo miró inquisitivamente, luego asintió con la cabeza y se retiró. Sabía que no estaba de acuerdo y a él tampoco le gustaba lo que estaba viendo. Pero la situación era muy delicada, y él lo sabía.

—¡Mi jefe! —gritó Rokkar, el segundo al mando de Durotan—. ¡Ven a ver lo que nos han traído!

Durotan se acercó hasta donde estaba Rokkar y miró detenidamente dentro del saco que había abierto. Abrió los ojos como platos. En su interior, envueltas entre suaves telas, había dos piedras exquisitamente bellas. Una era roja, la otra era amarilla. Durotan ansiaba tocarlas, pero no lo hizo. Levantó la vista y se encontró con la mirada de Velen.

—Hace tiempo, Restalaan nos enseñó un cristal parecido a este —dijo—. Aquel protegía una ciudad. ¿Qué hacen estos?

—Cada uno tiene su propio poder. Son parte de nuestro legado. Nos los entregó el ser que habita en la montaña sagrada.

Durotan gruñó suavemente y le dijo:

—Será mejor que no menciones eso otra vez. —Se giró hacia Rokkar y le dijo—: Denles de comer, atenles las manos y móntenlos sobre lobos con un chamán como custodia. Nos los llevaremos de vuelta y se los entregaremos a Ner'zhul. Él debería haber estado hoy aquí en mi lugar.

Se giró y se marchó, sin querer mirar a los extraños y brillantes ojos azules de Velen y sin querer ver la mirada de desaprobación de Draka.

* * *

Durante el largo viaje de vuelta, Durotan luchaba contra sus emociones. Por un lado, se sentía igual de ofendido que Drek'Thar. Oshu'gun era sagrada para los orcos. La idea de que algo más que los ancestros morase en su interior y que, como afirmaba Velen, era tan poderoso que *atraía* a los ancestros hacia él le llegó hasta la médula. Solo podía imaginar cómo se sentiría el chamán por tal declaración. Todo parecía indicar que

Ner'zhul estaba en lo cierto, que los draenei eran una plaga en el mundo y que debían ser eliminados.

Lo que le fastidiaba era por qué era así. Conseguiría una respuesta a esta pregunta esa misma noche.

Aun con todo el mundo, incluidos los cinco prisioneros montados, recorrieron el camino en un buen tiempo. El sol estaba empezando a ponerse cuando llegaron de regreso. Durotan había enviado a dos de sus orcos con las buenas noticias, y el clan estaba esperando con ilusión su llegada. A su derecha iban Drek'Thar y Rokkar, que compartían los sentimientos de los Lobo Gélido. A su izquierda iba Draka, que había estado inusualmente callada durante toda la expedición. Durotan sabía que no quería oír lo que ella iba a decirle; estaba siendo presionado en demasiadas direcciones al mismo tiempo.

Metieron a los prisioneros de malas maneras dentro de dos tiendas y formaron una guardia alrededor suyo para vigilarlos. Cuatro experimentados guerreros y el chamán de más confianza de Drek'Thar se quedaron orgullosos y agradecidos con el deber que les habían confiado. Durotan había ordenado que Velen estuviera aislado; quería hablar con el profeta de los draenei a solas.

Cuando la emoción se había aplacado un poco, Durotan respiró hondo. No tenía ganas de llevar a cabo esta conversación, pero tenía que hacerlo. Hizo un gesto con la cabeza a los guardas y entró en la pequeña tienda que hospedaba al profeta Velen.

Durotan esperaba ver a Velen con las manos atadas, pues así lo había ordenado, pero aquel que había llevado a cabo sus órdenes lo había hecho con demasiado entusiasmo.

La tienda se erigía alrededor de un árbol robusto, y Velen se encontraba atado a su tronco. Sus brazos estaban inmovilizados hacia atrás en un ángulo incómodo; las cuerdas estaban tan apretadas alrededor de su blanca carne que, incluso bajo la tenue luz del crepúsculo, Durotan podía ver cómo se estaban volviendo azules. Tenía una cuerda atada alrededor de su cuello y, aunque gracias a los ancestros no estaba muy fuerte, le obligaba a mantenerlo recto a riesgo de morir ahogado. También tenía un trapo sucio metido en su boca. Se encontraba arrodillado y sus pezuñas también estaban atadas.

Durotan perjuró profundamente y sacó una daga. Velen lo miró sin ningún signo de miedo con sus profundos ojos azules, pero Durotan se dio cuenta de que el draenei se mostró sorprendido cuando el orco usó su arma para cortar las cuerdas en lugar de su garganta. Velen no emitió sonido alguno, pero un destello de dolor cruzó su fantasmal rostro cuando la sangre volvió a correr por sus miembros.

—Les dije que te atasen, no que te amarraran patas arriba como a un talbuk—murmuró Durotan.

—Tu gente es muy entusiasta, o así lo parece.

Durotan pasó al anciano una bota de agua y lo observó de cerca mientras bebía. Sentado allí frente a él con ropas sucias, tragando agua tibia, con su piel blanca herida por las ataduras, Velen no parecía una gran amenaza. ¿Cómo se sentiría él, se preguntó, si los draenei hubieran tratado así a Madre Kashur? Sentía que todo aquello estaba mal. Sin embargo, la mismísima Madre Kashur había asegurado a Drek'Thar que los draenei suponían una amenaza prácticamente inimaginable.

Había un cuenco con gachas de sangre frías en el suelo. Durotan se lo acercó al prisionero con el pie derecho. Velen lo miró, pero no comió nada.

—No es como el festín que nos serviste a Orgrim y a mí cuando cenamos en Telmor —dijo Durotan—. Pero alimenta.

Los labios de Velen se curvaron formando una sonrisa.

—Esa fue una noche memorable.

—¿Conseguiste lo que querías de nosotros esa noche? —le preguntó Durotan. Estaba enfadado, pero no con Velen. Estaba enfadado por haber llegado a esa situación, que alguien que no le había mostrado más que cortesía fuera ahora su prisionero. Era por eso por lo que la había tomado con el Profeta.

—No te entiendo. Solo deseábamos ser buenos anfitriones con dos pequeños aventureros.

Durotan se puso en pie y chutó el cuenco. Las gachas coaguladas se esparcieron por el suelo.

—¿Esperas que me crea eso?

Velen no mordió el anzuelo. Respondió con calma:

—Esa es la verdad. Es tu opción si quieres creerla o no.

Durotan se dejó caer de rodillas y se puso cara a cara con Velen.

—¿Por qué están intentando destruirnos? ¿Qué les hemos hecho?

—Yo podría hacerte la misma pregunta —dijo Velen. Su blanca cara se mostraba ahora un poco rojiza—. Nunca hemos levantado ni un dedo para dañarlos, ¡y más de dos docenas de draenei han muerto ya a causa de sus ataques!

El hecho de que su afirmación fuera totalmente cierta enojó todavía más a Durotan.

—Los ancestros no nos mienten —gruñó—. Nos han advertido de que no son lo que parecen, que son nuestros enemigos. ¿Por qué traerían esos cristales sino para atacarnos?

—Pensábamos que quizás nos ayudarían a comunicarnos mejor con el ser que habita en la montaña. —Velen hablaba rápido, como tratándose de explicar antes de que Durotan lo mandara callar—. No es un enemigo de los orcos, ni nosotros tampoco. Durotan, tú eres inteligente y sabio. Lo supe aquella noche hace tanto tiempo. No eres de los que siguen a ciegas como un animal a su presa. Siempre hemos intentado interactuar

con ustedes de forma pacífica. Tú eres mejor que esto, hijo de Garad. ¡No eres como los otros!

Los ojos marrones de Durotan se cerraron.

—Estás equivocado, draenei —escupió—. Estoy orgulloso de ser un orco, así como de mi herencia.

Velen lo miró exasperado.

—No lo entiendes. No quiero ofender a tu gente. Simplemente...

—Simplemente, ¿qué? ¿Simplemente decirnos que la única razón por la que vemos a nuestros queridos muertos es su... su dios atrapado en la montaña?

—No es un dios, es un aliado, y puede ser un aliado de su gente también si así se lo permiten.

Durotan maldijo y se levantó; caminaba nervioso por la tienda, abriendo y cerrando las manos. Entonces, lleno de ira, suspiró larga y profundamente.

—Velen, tus palabras no son más que leña sobre el fuego de nuestra ira —dijo tranquilamente—. Tu demanda es arrogante y ofensiva. No haría más que apoyar a aquellos que están preparados para asesinar a tu gente en nombre de nuestros ancestros. Si no lo entiendo mal, me estás pidiendo que elija entre la gente en la que confío y las tradiciones con las que he crecido, y tu palabra.

Se giró y miró al draenei.

—Voy a elegir a mi gente. Tienes que saber esto. Si nos volvemos a ver cara a cara en el campo de batalla, no detendré mi mano.

Velen lo miró curioso:

—Entonces... ¿no vas a entregarme a Ner'zhul?

Durotan negó con la cabeza.

—No. Si tanto te quería, hubiera venido él mismo a por ti. Me designó para tratar contigo y ya he llevado a cabo todos mis deberes como él quería.

—Se suponía que tenías que entregarle un prisionero —dijo Velen.

—Tenía que encontrarme contigo y escuchar lo que tenías que decirnos —dijo Durotan—. Si te hubiera capturado en batalla, después de arrancarte el arma de tus manos y luchar contigo en la tierra, entonces sí que te hubiera hecho mi prisionero. Pero no hay ningún honor en amordazar a un enemigo que extiende sus manos para que lo aten voluntariamente. Estamos en un callejón sin salida, los dos. Tú insistes en que no tienen ninguna mala voluntad contra los orcos. Mis líderes y los fantasmas de mis ancestros me dicen lo contrario.

De nuevo, Durotan se arrodilló frente al draenei.

—Te llaman Profeta, si es así, ¿conoces el futuro? En ese caso, dime lo que podemos hacer para evitar lo que me temo que va a pasar. No quiero derramar la sangre de

los inocentes, Velen. ¡Dame algo, cualquier cosa, con la que pueda ir a Ner'zhul y probar que lo que dices es cierto!

Se dio cuenta de que estaba suplicando, pero eso no consiguió perturbarlo. Amaba a su esposa, a su clan y a su gente. Odiaba lo que estaba viendo: una generación entera que se precipitaba hacia su edad adulta simplemente con odio ciego en sus corazones. Si suplicar a este extraño ser podía cambiar eso, entonces lo haría.

Sus extraños ojos azules mostraban una empatía indescriptible

Velen extendió una mano pálida y la colocó sobre el hombro de Durotan.

—El futuro no es como un libro abierto que se pueda leer —dijo en voz baja—. Es algo en cambio constante, como un torrente de agua o un remolino de arena. Se me conceden ciertas imágenes, pero nada más. Estaba convencido de que tenía que venir desarmado, y he aquí, no he sido recibido por el mayor chamán de los orcos, sino por aquel que durmió a salvo una vez bajo mi techo. No creo que esto sea una casualidad, Durotan. Y, si hay algo que se pueda hacer para evitar esto, está en el lado de los orcos, no en el de los draenei. Todo lo que puedo hacer es decirte lo que ya te he dicho. El curso del río puede ser cambiado. Pero ustedes son los que tienen que hacerlo. Eso es todo lo que sé y rezo porque sea suficiente para salvar a mi gente.

La expresión de su vieja y extrañamente agrietada cara y el tono de su voz le decían a Durotan lo que sus palabras no hicieron: que Velen sabía que eso no sería suficiente para salvar a su gente.

Durotan cerró sus ojos por un momento, luego dio un paso atrás.

—Nos quedaremos las piedras —dijo—. Los chamanes aprenderán a aprovechar el poder que tengan.

Velen asintió con tristeza.

—No esperaba otra cosa —dijo—. Pero tenía que traerlas. Tenía que confiar en que encontraríamos una forma de superar todo esto.

¿Por qué sería, se preguntó Durotan, que en aquel momento se sentía más cercano a aquel que había sido nombrado su enemigo que al líder espiritual de su propia gente? Draka quizá lo sabía. Ella lo había sabido todo el tiempo, pero no había dicho nada, entendiendo con sabiduría que él no podría comprender lo que iba a pasar en ese momento. Pero hablaría con ella esa noche, a solas, en su tienda.

—Levántate —le dijo de forma brusca para ocultar sus emociones—. Tú y tus compañeros pueden irse seguros, sin temor a nada. —Sonrió de repente—. Tan seguros como puedan yendo desarmados en la oscuridad. Si los asaltan y matan esta noche más allá de nuestro territorio, sus muertes no recaerán sobre mis hombros.

—Eso te iría bien —estuvo de acuerdo Velen, poniéndose de pie—. Pero no sé por qué pienso que no es lo que quieres.

Durotan no respondió. Salió de la tienda y le dijo a los guardas que esperaban:

—Escolten hasta los límites de nuestras tierras a Velen y a sus cuatro compañeros. Libérenlos allí para que puedan volver a su ciudad. No quiero que sean agredidos, ¿de acuerdo?

Uno de los guardas lo miró como si fuera a protestar, pero otro, un guerrero más experimentado, le lanzó una mirada feroz.

—Entendido, mi jefe —murmuró el primer guarda. Mientras iban a buscarlos, Drek'Thar fue corriendo hasta Durotan.

—¡Durotan! ¿Qué estás haciendo? ¡Ner'zhul los quiere como prisioneros!

—Que Ner'zhul haga él mismo sus prisioneros —dijo gruñendo—. Yo estoy al mando, y esta es mi decisión. ¿Tienes algo que objetar?

Drek'Thar miró a su alrededor y se fue con Durotan lejos de los oídos curiosos.

—Sí —le dijo siseando—. ¡Ya oíste lo que dijo! ¡Que los ancestros son como polillas revoloteando alrededor de una antorcha, ese dios suyo! ¡Cuánta arrogancia! Ner'zhul está en lo cierto. Tienen que ser eliminados. ¡Así se nos ha ordenado!

—Si así tiene que ser, así será —dijo Durotan—. Pero no será esta noche, Drek'Thar. No esta noche.

* * *

El corazón de Velen latía apesadumbrado mientras él y sus compañeros caminaban lentamente sobre los prados empapados de rocío, más allá de las negras siluetas de los árboles del bosque de Terokkar, camino de la ciudad más cercana.

Dos de los cristales ata'mal estaban ahora en posesión de los orcos. No le cabía duda, Durotan estaba en lo cierto, sus chamanes descubrirían en poco tiempo sus secretos. Sin embargo, no habían encontrado uno.

No lo habían encontrado porque no quería ser descubierto y, cuando un cristal lo quiere así, la luz obedece a sus deseos y se altera de tal forma que el cristal violeta se mantuvo oculto a los ojos de los orcos que lo buscaban. Velen lo llevaba muy cerca de su corazón ahora, sintiendo como su calor se filtraba en su anciana carne.

Había apostado, y fracasado. Pero no del todo, pues él y sus amigos estaban con vida y el hecho de que caminaran hacia un lugar seguro era prueba de ello. Esperaba que los orcos lo hubieran escuchado, que lo hubieran acompañado, como mínimo, al corazón de su montaña sagrada para contemplar algo que no hubiera negado su fe, en lo más mínimo, sino que la hubiera hecho renacer.

La perspectiva era desalentadora. Mientras entraba en el campamento, pudo observar lo que estaba ocurriendo. Los más jóvenes estaban siendo entrenados tan duro

que caían de agotamiento. El trabajo en las fraguas no terminaba hasta bien entrada la noche. A pesar de que ahora caminaba libre, Velen sabía que los incidentes de ese día no habían hecho más que advertirlo de lo que llegaría a suceder. Los orcos, incluso aquellos liderados por el intuitivo y poco airado Durotan, no estaban solamente preparándose para la posibilidad de la guerra. Estaban convencidos de que habría una guerra. Y, cuando el sol mostrara su amarilla cabeza a la siguiente mañana, la guerra sería considerada inevitable.

El cristal que llevaba cerca de su corazón palpitaba, percibiendo sus pensamientos. Velen se volvió hacia sus compañeros y los miró con tristeza.

—Los orcos no serán disuadidos de su camino —dijo—. Por lo tanto, si queremos sobrevivir... tendremos que cruzar también el camino de la guerra.

A lo lejos, roto, moribundo, descansando lo más tranquilamente que podía bajo las aguas de la piscina sagrada, el ser conocido como K'ure lanzó un grito profundo y agónico.

Al reconocer su voz, Velen inclinó la cabeza.

* * *

Los orcos del clan Lobo Gélido se quedaron sin aliento al oír el sonido y se giraron para mirar el triángulo perfecto de Oshu'gun.

—¡Los ancestros están enfadados con nosotros! —gritó un joven chamán—. ¡Enfadados por dejar marchar a Velen!

Durotan negó con la cabeza. Tenía que reprender al joven y, si al día siguiente tales palabras eran repetidas, así lo haría. Pero ahora, su corazón estaba inundado de pena. No había sido un grito de enfado lo que provenía de la montaña sagrada. Había sido un desgarrador grito de pena, y él se estremecía por dentro mientras se preguntaba por qué los ancestros estaban de duelo tan, tan profundamente.



CAPÍTULO ONCE

Ner'zhul... Gul'dan. Dos de los nombres más siniestros que han mancillado la historia de mi pueblo. Y, sin embargo, Drek'Thar me cuenta que una vez Ner'zhul fue admirado, incluso amado, y que realmente se preocupaba por aquella gente para la que era un líder espiritual. Es difícil reconciliar estas palabras con lo que Ner'zhul se convirtió, pero lo intentó. Lo intentó porque quiero comprender.

Y, sin embargo, aun intentándolo... no lo consigo.

* * *

—¿Qué?

El grito de indignación de Ner'zhul hizo que Gul'dan, su aprendiz, se estremeciera. Durotan no se inmutó.

—He liberado al profeta Velen —dijo el líder del clan Lobo Gélido tranquilamente.

—¡Las órdenes eran hacerlo prisionero, a él y al resto! —La voz de Ner'zhul sonaba más fuerte con cada palabra. Había sido tan sencillo, tan fácil. ¿En qué estaba pensando Durotan? ¿Había desechado esta oportunidad como se hace con los huesos una vez devorada toda su carne! ¿Cuánta información podrían haber conseguido de Velen? ¿Qué tipo de poder de negociación sobre los draenei habría comprado?

Pero este pensamiento fue rápidamente eclipsado por el abrumador horror con el que Kil'jaeden iba a reaccionar. ¿Qué haría cuando supiera que Velen no había sido capturado? El bello ser se había quedado, aparentemente, complacido ante la perspectiva cuando Ner'zhul le explicó el plan. Enardecido por el orgullo de su ingenio, pensando que la victoria estaba asegurada, Ner'zhul se había atrevido a ofrecerle a Velen como regalo a Kil'jaeden. Ahora, ¿qué iba a suceder? El chamán no pasó por alto el hecho de sentir miedo en lugar de disgusto al llevarle noticias decepcionantes.

—Me pusiste a cargo de la captura y los capturé —contestó Durotan—. Pero no hay ningún honor al capturar a un prisionero que se entrega por voluntad propia. Querías

que fuéramos fuertes como pueblo, y no como clanes individuales, pero no podemos serlo sin un código de honor que sea inviolable, es decir...

Durotan continuó hablando con su ronca y profunda voz, pero Ner'zhul ya no lo escuchaba. En ese instante, en ese momento congelado en el tiempo, Ner'zhul se dio cuenta, de repente, de que Kil'jaeden no sería el benévolo espíritu que parecía ser. Durotan, perdido en sus propias palabras mientras explicaba la naturaleza de su decisión, no advirtió la falta de atención del chamán. Pero Ner'zhul sintió la mirada de Gul'dan sobre él y otro miedo brotó en su interior, el de que Gul'dan fuera testigo de sus primeros indicios de duda.

¿Qué es lo que debería hacer? ¿Cómo puedo servir mejor?

¿Por qué Rulkan no se me aparece más?

Parpadeó y volvió en sí mismo cuando se dio cuenta de que Durotan había dejado de hablar. El gran líder del clan estaba mirando atentamente a Ner'zhul, esperando que el chamán hablara.

¿Cuál es la mejor forma de manejar esto? Durotan estaba bien considerado entre los clanes. Si Ner'zhul castigaba a Durotan por su decisión, serían muchos los que responderían con simpatía por el clan Lobo Gélido. Podría abrirse una pequeña brecha en la nación orco unida que había intentado hacer... la Horda. Por otro lado, si tolerase los actos de Durotan, sería un duro golpe y un insulto a los que habían apoyado fervientemente su posición de que los draenei debían morir.

No podía decidirse. Miró fijamente a Durotan, que comenzó a fruncir el ceño ligeramente.

—Mi maestro está tan dominado por la ira que no puede hablar, —dijo Gul'dan con su suave voz. Tanto Durotan como Ner'zhul se volvieron para mirar al joven chamán—. Has desobedecido una orden directa de tu líder espiritual. Vuelve a tu campamento, Durotan, hijo de Garad. Mi maestro te enviará pronto una carta para transmitirte su decisión.

Durotan miró a Ner'zhul; su cara mostraba claramente su antipatía por Gul'dan. Ner'zhul se recompuso, tomó coraje y esta vez, cuando buscó las palabras, las encontró.

—Vete, Durotan. Me has disgustado y, aún peor, has disgustado al ser que tanto nos ha ayudado. Tendrás noticias mías muy pronto.

Durotan hizo una reverencia, pero no se marchó inmediatamente.

—Hay una cosa que te traigo —dijo. Le ofreció un pequeño bulto a Ner'zhul. El chamán lo aceptó con manos temblorosas y esperó desesperadamente que ambos, Durotan y Gul'dan, interpretaran el temblor como un síntoma de furia en lugar de miedo.

—Se lo quitamos a los prisioneros —continuó Durotan—. Nuestro chamán cree que deben de tener algún poder que podríamos usar en contra de los draenei.

Vaciló un momento más, como esperando alguna palabra más de Ner'zhul. Cuando el silencio se prolongó por mucho tiempo y se hizo incómodo para todos, volvió a hacer una reverencia y se marchó. Por un largo momento, ni el maestro ni el aprendiz hablaron.

—Maestro, por favor, perdone mi interrupción. Vi que estaba tan abrumado que no podía hablar y temí que el niño Lobo Gélido malinterpretase su ira por indecisión.

Ner'zhul le lanzó una mirada inquisitiva. Las palabras sonaban sinceras. El rostro de Gul'dan también parecía sincero. Aun así...

Hubo un tiempo en el que Ner'zhul hubiera confesado sus dudas a su aprendiz. Había confiado en él y lo había instruido durante años.

Pero en aquel momento, atormentado por la incertidumbre, como intentando avanzar con el viento en contra, Ner'zhul tenía una cosa muy clara. No quería que Gul'dan viera ningún rastro de debilidad en él.

—De hecho, estaba abrumado de rabia —mintió Ner'zhul—. El honor no sirve de nada si hiere a tu gente.

Se dio cuenta de que estaba agarrando fuertemente el fardo que le había dado Durotan. Gul'dan estaba mirándolo con ansia.

—¿Qué le ha traído Durotan para tratar de calmar su enfado? —preguntó Gul'dan.

Ner'zhul lo miró con aire de superioridad.

—Lo examinaré yo primero y se lo mostraré a Kil'jaeden, aprendiz —dijo con frialdad. Estaba esperando una reacción y temía verla.

Por un breve instante, un sentimiento de odio se dibujó en el rostro de Gul'dan. Entonces el joven orco hizo una reverencia y dijo compungido:

—Sin lugar a duda, maestro. Ha sido muy arrogante por mi parte esperar algo así; no siento más que curiosidad, y nada más, por saber si el jefe de los Lobo Gélido ha traído algo de valor.

Ner'zhul se mostró menos intransigente. Gul'dan lo había servido bien y lealmente durante muchos años y, de hecho, sería su sucesor cuando llegase el momento. Estaba sobresaltado.

—Por supuesto —dijo Ner'zhul más cortésmente—. Ya te explicaré si aprendo algo. Después de todo, tú eres mi aprendiz, ¿no es así?

Gul'dan recuperó la compostura.

—Lo serviría en lo que hiciera falta, maestro. —Más contento, volvió a inclinarse y dejó a Ner'zhul solo.

Ner'zhul se sentó pesadamente sobre las pieles que le servían de cama. Acomodó el fardo sobre su regazo y rezó una oración a los ancestros para agradecer el hecho de que, aunque Durotan no había entregado al líder de los draenei, quizás había conseguido obtener algo de valor.

Respiró hondo, desenrolló el paquete y se quedó boquiabierto. Eran dos gemas envueltas entre suaves pieles. Con cautela, Ner'zhul tocó la de color rojo y volvió a inspirar profundamente.

Energía, excitación y una sensación de poder corrieron a través de él. Sus manos ardían en deseos de agarrar un arma y, aunque no había tenido la necesidad de hacerlo durante años, anhelaba golpear algo. De alguna manera sabía que, llevando este cristal consigo, su propósito sería verdadero. ¡Tremendo regalo para los orcos! Tendría que ver cómo podría utilizar esta caliente y roja pasión para luchar, que se escondía en el interior de la piedra, para sus propósitos.

Le supuso un gran esfuerzo de voluntad poder separarse del cristal rojo. Respiró profundamente, tratando de calmarse a sí mismo mientras su mente se aclaraba.

La amarilla sería la siguiente.

Ner'zhul la agarró. Entonces, tenía una ligera idea de lo que podía suceder. De nuevo, sintió cómo emanaba calor y una sensación de poder. Pero, esta vez, no hubo excitación ni urgencia. Mientras sostenía el cristal amarillo, su mente se aclaró y comprendió que hasta ahora había visto las cosas como desde un valle lleno de niebla. No pudo encontrar las palabras para describirlo, pero sintió una pureza, una claridad, una precisión para con todo. De hecho, fue tan vivo, tan claro, que Ner'zhul empezó a percibir esa apertura de su mente de una forma dolorosa.

Dejó caer el cristal sobre su regazo. Su brillante y afilada claridad se desvaneció un poco.

Ner'zhul sonrió. Si no tenía al mismísimo Velen como regalo para Kil'jaeden, como mínimo podía ofrecerle esos preciosos objetos para calmar la ira del magnífico ser.

* * *

Kil'jaeden estaba furioso.

Ner'zhul temblaba ante esa ira y se postró sobre la tierra.

—Perdóneme... —murmuró mientras Kil'jaeden ardía en cólera. Cerró los ojos, anticipando un dolor como el que nunca había experimentado, cuando la rabia cesó de repente.

Con cautela, Ner'zhul se arriesgó a mirar a su benefactor. Kil'jaeden se mostraba, una vez más, sereno, equilibrado y tranquilo, y como bañado en un resplandor.

—Estoy... decepcionado —murmuró el Más Bello. Cambió el peso de su cuerpo de una de sus enormes pezuñas a la otra—. Pero sé dos cosas. El líder del clan Lobo Gélido es el responsable. Y tú nunca, nunca más, volverás a confiarle una tarea importante como esta.

Una sensación de alivio recorrió el cuerpo de Ner'zhul y, de lo poderosa que fue, casi se desmaya.

—Por supuesto que no, mi señor. Nunca más. Y... encontramos estos cristales para usted.

—Son de poca utilidad para mí —dijo Kil'jaeden. Ner'zhul se estremeció—. Pero creo que tu gente los encontrará muy útiles en su lucha contra los draenei. Porque esa es su lucha, ¿no es así?

El miedo volvió a golpear fuertemente el corazón de Ner'zhul.

—¡Sin lugar a dudas, señor! Es la voluntad de los ancestros.

Kil'jaeden lo miró por un momento, sus brillantes ojos emanaban llamas.

—Esa es mi voluntad —dijo simplemente, y Ner'zhul asintió frenéticamente.

—Por supuesto, por supuesto, esa es su voluntad, y lo obedeceré en todas las cosas.

Kil'jaeden parecía satisfecho por la respuesta y asintió con la cabeza. Entonces se marchó y fue cuando Ner'zhul se hundió, limpiándose la cara húmeda con el sudor del terror.

Por el rabillo del ojo vio cómo se movía algo blanco. Gul'dan lo había visto todo.

Hemos estado planeando un ataque desde hace algún tiempo y anoche, cuando la Dama Pálida no brillaba, descendimos con determinación sobre la pequeña y dormida ciudad. No dejamos a nadie con vida, ni siquiera a los pocos niños que encontramos. Sus suministros, comida, armaduras, armas y algunos objetos extraños de los que no sabíamos nada, son ahora un botín compartido por dos clanes unificados. Su sangre, azul y espesa, se seca ahora sobre nuestros rostros y bailamos para celebrarlo.

El mensaje decía más cosas, pero Ner'zhul no las leyó. No tenía por qué hacerlo. Aunque los detalles fueran diferentes, la esencia de las cartas era siempre la misma. Un ataque con éxito, la gloria de la muerte, el éxtasis por la sangre derramada. Ner'zhul le echó un vistazo a la pila de cartas que había recibido esa misma mañana: siete en total.

Cada mes que pasaba, incluso a través de los largos y duros meses del frío invierno, los orcos se volvían más diestros matando draenei. Habían aprendido mucho de sus enemigos con cada una de sus victorias. Las piedras que Durotan había entregado a Ner'zhul probaron su valor también. Ner'zhul trabajaba con ellas, al principio solo y luego en compañía de otros chamanes. Llamaron a la piedra de color rojo Corazón de Furia y descubrieron que, cuando el líder de un grupo de ataque la llevaba consigo, no solamente él combatía con más energía y destreza, sino que todos los orcos bajo su mando lo hacían también. Se pasaban la piedra de clan a clan cada luna nueva y era un instrumento muy codiciado. Sin embargo, Ner'zhul sabía que nadie se atrevería a robarla para sí mismo.

Llamó a la segunda piedra Estrella Brillante y descubrió que, cuando un chamán llevaba este cristal, él o ella experimentaban un profundo estado de claridad y determinación. Mientras que Corazón de Furia aumentaba las emociones, Estrella Brillante las calmaba. El proceso intelectual se volvía más rápido y preciso, y la concentración se volvía difícil de romper. El resultado era una magia más poderosa, un control más exacto... una clave más para la victoria de los orcos. La deliciosa ironía de estar usando la magia draenei en su contra aumentó la moral de los orcos rápidamente.

Pero todas estas cosas no animaban a Ner'zhul. El repentino destello de duda que lo había estremecido mientras hablaba con Durotan lo había sacudido hasta la médula. Se defendió ante las sospechas, aterrizado por el hecho de que alguien como Kil'jaeden pudiera leer sus pensamientos. Pero las dudas llegaron, como gusanos retorciéndose en un cadáver, y lo perseguían en sus sueños y pensamientos más débiles. Kil'jaeden se parecía mucho, mucho a los draenei. ¿Sería posible que fueran, de alguna manera, lo mismo? ¿Y que él, Ner'zhul, estuviera siendo usado en una especie de guerra civil?

Una noche, se dio cuenta de que no podía soportarlo más. En silencio, se vistió y despertó a su lobo, Cazacielos, que se estiró y parpadeó adormilado.

—Ven, amigo mío —dijo cariñosamente Ner'zhul mientras se sentaba sobre el lomo de la gran criatura. Nunca había ido a lomos de su lobo a la montaña sagrada. Siempre había ido caminando, como era tradición. Pero necesitaba estar de vuelta antes de que nadie se diera cuenta y estaba seguro de que la urgencia de su misión mitigaría la ofensa con los ancestros.

Era ya casi primavera, la hora del festival Kosh'harg estaba cerca, pero la primavera parecía lejos todavía mientras el frío viento mordía la nariz y las orejas de Ner'zhul. Se acurrucó, aprovechando el calor del enorme lobo, escondiéndose lo mejor que podía del viento y la nieve.

El lobo continuó avanzando a través de montones de nieve rápida y constantemente. Por fin, Ner'zhul se asomó y consiguió ver el triángulo perfecto de la Montaña de los Espíritus; entonces sintió que su corazón se libraba de un gran pesar. Por primera vez en meses, sentía de verdad que estaba haciendo lo correcto.

* * *

Pensó que Cazacielos tendría alguna dificultad para subir, por lo que le ordenó que parase y permaneciera allí; el lobo se hizo un ovillo y se acurrucó con fuerza. Ner'zhul no pensaba quedarse allí más de un par de horas y se apresuró a subir la montaña con más soltura de lo que había hecho en mucho tiempo; su bolsa, cargada de odres de agua, pesaba en su espalda y su corazón estaba lleno de expectación.

Debería de haber hecho esto hacía mucho tiempo. Debería de haber ido directo a la fuente de sabiduría, como los chamanes antes que él habían hecho. No tenía ni idea de por qué no había pensado en hacerlo antes.

Al fin llegó a la entrada y se detuvo antes de cruzar su óvalo perfecto. Aunque estaba ansioso por llegar hasta los ancestros, sabía que debía honrar el ritual. Encendió el manojo de hierbas secas que llevaba y dejó que su suave aroma purificara sus pensamientos. Luego dio un paso hacia delante, murmurando un hechizo para encender las antorchas que se alineaban en el pasillo. Ner'zhul había caminado ese pasillo más veces de las que podía recordar y sus pies se movían constantemente, como por su propia voluntad. Bajando el retorcido y alisado camino, el corazón del Ner'zhul latía con esperanza a medida que avanzaba dentro de la oscuridad.

Pareció tomarle más tiempo de lo habitual advertir el aumento de luz. Ner'zhul entró en la caverna y pensó que, de alguna manera, la luz que emanaba la piscina sagrada parecía más débil de lo que había sido en el pasado. Ese pensamiento lo inquietaba.

Respiró hondo y se reprochó a sí mismo. Estaba trayendo sus propios y externos temores a ese lugar sagrado, nada más. Se acercó a la piscina, sacó los odres de agua de su bolsa y vació su contenido. El suave chapoteo del agua era el único sonido que se escuchaba y parecía un eco.

Su ofrenda había sido completada, Ner'zhul se sentó en la orilla del agua y esperó con la mirada perdida en sus profundidades radiantes.

No pasó nada.

No se asustó. A veces los ancestros se tomaban su tiempo para responder.

Pero, a medida que pasaba más tiempo, la inquietud empezaba a revolver el corazón de Ner'zhul. Emocionado, habló en voz alta.

—Ancestros... queridos difuntos... yo, Ner'zhul, chamán del clan Sombraluna, líder de sus hijos, he venido para hablar... no, para suplicar su consejo. He... he perdido la senda de su luz. Los tiempos son oscuros y temerosos, incluso aunque seamos cada vez más fuertes y estemos más unidos como pueblo. Dudo del camino que he tomado y exhorto su orientación. Por favor, si alguna vez han amado y cuidado a aquellos que han seguido sus pasos, vengan aquí, ahora y ¡aconséjenme para poder guiar bien a los orcos!

Su voz temblaba. Sabía que sonaba perdido y patético, y por un momento un orgullo testarudo lo hizo ruborizar y sentir vergüenza. Pero entonces, esa sensación se esfumó por el conocimiento de que se estaba preocupado por su pueblo, quería hacer lo que fuera correcto para ellos y en ese momento no tenía ni idea de qué podría ser.

La piscina empezó a brillar. Ner'zhul se inclinó hacia adelante con entusiasmo, sus ojos examinaban la superficie y, en el agua, vio un rostro que lo miraba fijamente.

—Rulkan —suspiró. Por un instante su imagen se volvió borrosa por las lágrimas que inundaron sus ojos. Parpadeó y su corazón se sacudió de dolor al ver la mirada en sus ojos fantasmales.

Era odio.

Ner'zhul retrocedió como si hubiera sido golpeado. Otros rostros empezaron a aparecer en el agua, docenas de ellos. Y todos ellos tenían la misma expresión. Sintió náuseas y gritó:

—¡Ayúdenme, por favor! ¡Denme su sabiduría para poder ganarme de nuevo el favor de sus ojos!

Las facciones severas de Rulkan se suavizaron un poco y fue con un ligero tono de compasión con el que le habló.

—No hay nada que puedas hacer, no ahora, ni en cien años, para ganar el favor en nuestros ojos. Ya no eres el salvador de tu pueblo, sino el traidor.

—¡No! —gritó—. No, dime qué tengo que hacer y lo haré. No es demasiado tarde, no puede ser demasiado tarde...

—No eres lo suficientemente fuerte —dijo otra voz masculina, retumbando—. Si lo fueras, nunca habrías llegado tan lejos por este camino. No habrías sido tan fácilmente manipulable por aquel que no ama a nuestra gente.

—Pero... no lo entiendo —murmuró Ner'zhul—. Rulkan, ¡tú viniste a mí! ¡Te hice caso! Tú, Grekshar... ¡me aconsejaste! ¡Kil'jaeden era aquel al que querías que siguiera! ¡El Gran Amigo de todos los orcos!

Rulkan no respondió a eso, no tenía que hacerlo. A pesar de que las palabras brotaban de sus labios, comprendió hasta dónde había sido engañado.

Los ancestros nunca se le habían aparecido. Todo había sido una artimaña inventada por Kil'jaeden, fuera quien o lo que fuera. Tenían razón al no confiar en Ner'zhul ahora. No se podía confiar en ningún chamán al que fuera tan fácil engañar para arreglar las cosas. Todo había sido una elaborada red de mentiras y engaños y manipulación. Y él, Ner'zhul, había sido el primer estúpido insecto en quedar inextricablemente atrapado en ella.

Cerca de un centenar de draenei habían muerto ya. No había vuelta atrás sin la ayuda que solicitaba a los ancestros. No podría confiar en ninguna de sus visiones otra vez, más allá de entender que fueran simples mentiras. Lo peor de todo es que había entregado a su gente en las manos de alguien que, a pesar de su justa apariencia y sus palabras melosas, no tenía buenas intenciones en aquello que le pasaba por el corazón.

Incluso mientras miraba fijamente a los ojos fantasmales de su amada, ella se apartó de él. Uno por uno, los miles de rostros que se reflejaban en el agua siguieron su ejemplo.

El ascenso de la Horda

Ner'zhul se estremeció de horror al pensar lo que había hecho. No podía hacer nada para arreglarlo. Nada que pudiera hacer, salvo continuar por el camino que Kil'jaeden tenía tan cuidadosamente ideado para él y rezar a los ancestros que ya no lo escuchaban para que de alguna manera, de alguna manera, la cosas salieran bien. Hundió la cara entre sus manos y se lamentó.

* * *

Agazapado en la oscuridad de un recodo del túnel, Gul'dan escuchaba los sollozos de su maestro y sonrió para sus adentros.

Kil'jaeden agradecería la información.



CAPÍTULO DOCE

Todos somos débiles, de una manera o de otra. No importa la especie. Algunas veces esta debilidad es fortaleza disfrazada. Algunas otras es nuestra más profunda perdición. Otras, las dos cosas. El hombre sabio entiende su debilidad e intenta extraer una lección de ella. El tonto deja que la debilidad lo controle y lo destruya. Otras veces, el hombre sabio es un tonto.

* * *

Mientras cabalgaba de vuelta sobre Cazacielos, con las manos tan frías que se preguntaba si sería capaz de soltarlas del grueso y oscuro pelaje de su lobo, Ner'zhul deseaba que la oscura noche se lo tragara. ¿Cómo podía volver con su gente sabiendo lo que les había hecho? Y, por otro lado, ¿cómo podría huir y adónde podría ir para que Kil'jaeden no lo encontrara? Anhelaba amargamente tener el coraje suficiente como para coger el cuchillo ritual que llevaba siempre consigo y dirigir su punta hacia su corazón, pero sabía que no sería capaz. El suicidio no era considerado honorable entre su gente, era una respuesta cobarde ante los problemas. No se le permitiría vivir como un espíritu si tomara esa seductora vía de escape ante los horrores que se le enfrentaban.

Podría seguir fingiendo que no sospechaba nada, e incluso así minar los planes de Kil'jaeden. A pesar de sus enormes poderes, no había percibido ningún indicio de que el llamado «Más Bello» tuviera la habilidad de leer los pensamientos. Esta idea alegró a Ner'zhul un poco. Sí... podría mitigar el daño que este intruso estaba tratando de hacer a su pueblo. Así es como podría seguir sirviéndolo.

Exhausto, tanto física como mentalmente, Ner'zhul entró en su tienda unos instantes antes del amanecer, esperando simplemente dejarse caer sobre las pieles y dormir para olvidar, como mínimo durante un momento, la agonía que él mismo había provocado.

En su lugar, apareció una luz brillante que casi lo ciega y cayó de rodillas.

—¿Entonces me vas a traicionar? —dijo el Más Bello.

Ner'zhul levantó las manos, intentando en vano proteger sus ojos de la asombrosa luz. Su estómago se encogió, temía enfermar de tanto terror. La intensidad de la luz se redujo y bajó las manos. De pie junto a Kil'jaeden estaba el aprendiz de Ner'zhul, sonriendo malévolamente.

—Gul'dan —susurró Ner'zhul en un tono enfermizo—. ¿Qué has hecho?

—He informado a Kil'jaeden de la presencia de una rata —le dijo Gul'dan tranquilamente. Esa sonrisa espantosa no se borró nunca de su cara—. Y ahora él decidirá qué hacer con las alimañas que se vuelven en su contra.

Gul'dan todavía tenía nieve sobre sus hombros, motivo por el que Ner'zhul se dio cuenta de lo que había pasado. Su aprendiz, hambriento de poder, lo había seguido, pero ¿cómo podía Ner'zhul no haber visto algo tan obvio durante tanto tiempo? Había oído las palabras de los ancestros. ¿Y aun así seguía fiel a Kil'jaeden, después de oír las mismas cosas que Ner'zhul había oído? Por un momento, los miedos y preocupaciones por sí mismo desaparecieron y Ner'zhul solo sintió una oleada de compasión por un orco capaz de caer tan bajo.

—Me hieres —dijo Kil'jaeden. Ner'zhul lo miró, sorprendido—. Yo te escogí, Ner'zhul. Te entregué mis poderes. Te enseñé qué tenías que hacer para mejorar a tu pueblo y para asegurarte de que nunca más fueran menospreciados en este mundo.

Ner'zhul habló sin pensar.

—Me has engañado. Me has enviado falsas visiones. Has maldecido a los ancestros y todo lo que representaban. No sé por qué motivo haces todo esto, pero sé que no es por amor a mi pueblo.

—Sin embargo, están floreciendo. Ahora están unidos, por primera vez en muchos siglos.

—Unidos bajo una mentira —dijo Ner'zhul. Estaba aturdido por su rebelión. Se sentía bien. Quizás, si continuaba, Kil'jaeden perdería la paciencia y lo mataría, con lo que el problema de Ner'zhul quedaría resuelto.

Pero Kil'jaeden no respondió con la rabia asesina que Ner'zhul esperaba. En cambio, el ser suspiró profundamente y sacudió su cabeza, como un padre decepcionado con su hijo desobediente.

—Todavía puedes recuperar mi confianza, Ner'zhul —dijo Kil'jaeden—. Tengo una tarea para ti. Si la completas, pasaré por alto tu falta de fe.

Los labios de Ner'zhul se movían. Quería gritar su rebelión, pero esta vez las palabras no le salían. Se dio cuenta de que el momento había pasado. No quería morir, no más que cualquier otro ser vivo sano, por lo que decidió permanecer callado.

—¿Qué pasa con los problemas que me genera el jefe del clan Lobo Gélido? —continuó Kil'jaeden—. No solo él, porque hay otros que murmuran en contra de lo que está sucediendo, como aquel que empuña el Martillo Maldito y también algunos orcos de los clanes Vientoafilado y Caminante Rojo. No sería un problema si esas opiniones contrarias pertenecieran a orcos inofensivos, pero muchos de ellos no lo son. El éxito de mi plan no debe correr ningún riesgo. Por lo que garantizaré su obediencia.

»No es suficiente con que juren lealtad —prosiguió Kil'jaeden. Se tocó la mejilla con un dedo largo y rojo, pensativo—. Son demasiados los que se sienten atraídos por la idea de cambiar el significado de honor y juramento.

»Debemos... asegurarnos su cooperación, por ahora, y para siempre.

Los pequeños ojos de Gul'dan brillaban.

—¿Qué es lo que usted sugiere, el Más Grande?

Kil'jaeden sonrió a Gul'dan. Ahora Ner'zhul ya podía ver el vínculo que se había creado entre ellos, que la estima que sentía Kil'jaeden por Gul'dan era de una manera que nunca había sido por Ner'zhul. Kil'jaeden había tenido que utilizar mentiras y engaños para seducir y atraer a Ner'zhul hacia su causa; con Gul'dan simplemente tenía que hablar abiertamente.

—Hay una manera —les dijo Kil'jaeden a ambos chamanes—. Una manera de hacer que estén ligados a nosotros para siempre. Que nos sean siempre leales.

Ner'zhul pensaba que se había acostumbrado al horror después de lo que los ancestros le habían revelado, pero ahora se dio cuenta de que era capaz de experimentar un nuevo nivel de conmoción mientras escuchaba a Kil'jaeden trazar su plan. *Siempre ligados. Siempre leales.*

Siempre esclavizados.

Miró a los ojos encendidos de Kil'jaeden y no le vinieron las palabras. Un movimiento hubiera sido suficiente, lo sabía, pero no fue capaz ni siquiera de hacer eso. En su lugar, se limitó a mirar, paralizado, como un pájaro frente a una serpiente.

Kil'jaeden suspiró profundamente.

—¿Entonces rechazas tu oportunidad de redención ante mis ojos?

Al oír las palabras de Kil'jaeden, fue como si le retirasen un hechizo. Las palabras que se habían quedado atoradas en su garganta salieron rápidamente fuera y, aunque sabía que significaban su perdición, Ner'zhul no hizo nada por detenerlas.

—Rechazo por completo condenar a mi pueblo a la esclavitud eterna —gritó.

Kil'jaeden lo escuchó, entonces asintió con su enorme cabeza.

—Esa es tu elección. También has escogido las consecuencias. Eres consciente de ello, chamán. Tu elección no evita nada. Mis deseos se llevarán a cabo. Tu pueblo seguirá

siendo esclavo. Pero, en lugar de liderarlos y convencerlos para que estén a mi lado, serás obligado a ser un simple e inútil observador. Creo que eso será más dulce que matarte.

Ner'zhul abrió la boca para hablar, pero no pudo. Kil'jaeden entrecerró sus grandes ojos y Ner'zhul no pudo ni siquiera moverse. Sabía que incluso su corazón, que golpeaba violentamente su pecho, latía simplemente por la voluntad de su señor Kil'jaeden.

¿Cómo había llegado a ser tan tonto y crédulo? ¿Cómo no había podido ver a través de las mentiras?

¿Cómo podía haber confundido una ilusión creada por este monstruo con el espíritu de su querida compañera? Las lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas solo, también consciente, porque Kil'jaeden se lo permitía.

Kil'jaeden le sonrió; entonces, lenta y deliberadamente, dirigió su atención a Gul'dan. Incluso en su miserable estado, Ner'zhul se sintió levemente reconfortado de no haber seguido nunca a Kil'jaeden con la expresión que Gul'dan ahora mostraba, la de un cachorro famélico y ávido de elogios.

—No tengo por qué seducirte con bonitas mentiras, ¿verdad, mi nuevo siervo? —dijo Kil'jaeden, hablando casi con cariño a Gul'dan—. No te arrugas ante la verdad.

—No, mi señor. Vivo para cumplir su voluntad.

Kil'jaeden se rio entre dientes.

—Si te tuviera que seducir con mis mentiras, así lo haría. Pero tú vives por el poder. Por el hambre de poder. Por la sed de poder. Y, durante los últimos meses, tus habilidades han crecido tanto que puedo hacer buen uso de ellas. La nuestra no es una asociación basada en la adoración o el respeto, sino en la conveniencia y el beneficio egoísta. Lo que quiere decir que seguramente será duradera.

Diversas emociones se dibujaron en la cara de Gul'dan. Parecía no saber cómo reaccionar ante las palabras de Kil'jaeden, y Ner'zhul se alegró de la confusión que mostró su antiguo aprendiz.

—Como... como quiera —balbuceó Gul'dan finalmente; luego con más determinación dijo—: Dígame lo que quiera que haga, y juro que lo haré.

—No tengas ninguna duda de que mi deseo es exterminar a los draenei. Por qué lo quiero hacer no es asunto tuyo. Solo necesitas saber que ese es mi deseo. Los orcos lo están haciendo moderadamente bien, pero pueden hacerlo mejor. *Van* a hacerlo mejor. Un guerrero es tan bueno como sus armas y, Gul'dan, tengo la intención de darte a ti y a tu gente armas como las que nunca habían visto. Quizás pase algo de tiempo; serás educado primero, antes de estar en condiciones de enseñar a los demás. ¿Estás listo y preparado?

Los ojos de Gul'dan brillaban.

—Listo para empezar las lecciones, el Más Glorioso, y verás lo buen discípulo que soy.

Kil'jaeden se echó a reír.

* * *

Durotan estaba cubierto de sangre, en gran parte suya. ¿Qué había pasado?

Todo había progresado de forma normal. Habían encontrado la partida de caza, descendieron sobre ellos, iniciaron su ataque y esperaron a que el chamán usara su magia para luchar contra los draenei.

Pero no fue así. En su lugar un orco Lobo Gélido tras otro fueron cayendo bajo las brillantes espadas y la magia azul y blanca de los draenei. En un momento, Durotan vio cómo Drek'Thar estaba luchando desesperadamente, usando nada más que su vara.

¿Qué pasaba? ¿Por qué el chamán no venía en su ayuda? ¿En qué pensaba Drek'Thar? Él solo manejaba su vara un poco mejor que un joven orco, ¿por qué no usaba su magia?

Los draenei lucharon con rabia, aprovechando las oportunidades que la inexplicable inanición de los chamanes les otorgaba. Atacaron con más fuerza que nunca; sus ojos brillaban pensando, quizás, en su primera victoria. La hierba resbalaba con la sangre derramada, y los pies de Durotan perdieron el equilibrio. Se cayó y su oponente alzó la espada.

Aquel era el momento. Moriría en una batalla gloriosa. El problema es que no consideraba que *aquella* batalla lo fuera. Por simple instinto, levantó su hacha para parar el golpe que se le venía encima; le temblaba el brazo, pues había recibido un profundo corte en la junta de la armadura. Miró a los ojos de aquel que se disponía a matarlo.

Y reconoció a Restalaan.

En ese momento, los ojos brillantes del capitán de la guardia de los draenei lo reconocieron y detuvo su golpe. Durotan jadeaba tratando de recuperar el aliento y la energía para levantarse y continuar la lucha. Restalaan dijo algo en su ululante lengua y todos y cada uno de los draenei se detuvieron casi a medio golpe.

Cuando Durotan se puso en pie, vio que solo había un puñado de sus guerreros con vida. Un par de minutos más de batalla y los draenei hubieran asesinado a toda la partida, mientras que solo se contaban dos o tres bajas en su propio bando.

Restalaan se giró hacia Durotan. En su desagradable rostro se podían ver varios sentimientos: compasión, asco, arrepentimiento, determinación.

—Por el acto de compasión y honor que mostraste con nuestro Profeta, Durotan, hijo de Garad, tú y aquellos de tu clan que aún están con vida no serán maltratados. Traten a sus heridos y vuelvan a sus casas. Pero no esperen recibir este acto de misericordia otra vez. El honor ha sido ya restablecido.

Durotan movió el brazo como si tuviera mucho que beber mientras le supuraba sangre de las heridas profundas. Se obligó a sí mismo a permanecer de pie por pura voluntad hasta que los draenei dieron media vuelta y desaparecieron en el horizonte. Una vez fuera del alcance de su vista, no fue capaz de obligar a sus piernas a aguantarlo durante más tiempo y se desplomó sobre sus rodillas. Tenía varias costillas magulladas o rotas y cada vez que respiraba un dolor punzante lo atravesaba.

—¡Durotan!

Era Draka. Ella también había sido gravemente herida, pero su voz era fuerte. Una sensación de desahogo se apoderó de Durotan. Gracias a los ancestros ella estaba todavía viva.

Drek'Thar se apresuró hacia él y puso sus manos sobre el corazón de Durotan, murmurando en voz baja. El calor inundó a Durotan y el dolor se mitigó. Respiró de forma profunda y revitalizante.

—Por lo menos me han dejado sanar —dijo Drek'Thar tan suavemente que Durotan no estaba del todo seguro de haber oído esas palabras.

—Atiende a los demás y luego hablaremos —le dijo Durotan. Drek'Thar asintió, sin mirar a su líder a los ojos. Junto con los otros chamanes se apresuraron a curar con su magia a tantos heridos como pudieron, y tratar con pomadas y vendajes a aquellos que no podían ser tratados con hechizos. Durotan todavía estaba herido pero, como no era nada que amenazase su vida, ayudó al chamán.

Cuando Durotan hubo hecho todo lo que podía, se levantó y miró a su alrededor. No menos de quince cuerpos estaban tendidos sobre la hierba verde, incluido Rokkar, su segundo. Durotan agitó su cabeza con incredulidad.

Tendrían que volver con literas para poder transportar a los caídos hasta su tierra. Tendrían que quemarlos en una pira, entregar sus cuerpos al fuego, sus cenizas al aire, para ser consumidos por el agua y la tierra. Sus espíritus irían a Oshu'gun, y los chamanes conversarían con ellos sobre asuntos de profunda importancia.

¿Lo harían? Algo terrible había sucedido y ya era hora de saber qué pasaba.

Una repentina sensación de ira lo inundó hasta sus adentros. A pesar de lo que los ancestros le habían dicho, algo dentro de él continuaba pensando que este ataque contra los draenei había sido un grave error. Se volvió hacia Drek'Thar, que estaba sentado tragando agua, lo agarró y con un profundo gruñido lo hizo ponerse en pie.

—¡Ha sido una masacre! —gritó Durotan, sacudiéndolo con furia—. ¡Quince de los nuestros yacen muertos frente a nuestros ojos! La tierra está profundamente empapada con su sangre, ¡y no he visto a ningún chamán utilizar sus habilidades para ayudarnos en la batalla!

Por un momento Drek'Thar no podía ni hablar. El campo de batalla estaba mortalmente silencioso mientras todos los Lobo Gélido observaban el resultado. Un instante después, con voz resquebrajada, Drek'Thar respondió:

—Los elementos... no quisieron estar de nuestro lado esta vez.

Durotan entrecerró los ojos. Todavía agarrando a Drek'Thar por la parte delantera de su jubón de cuero, le preguntó al chamán, que tenía los ojos completamente abiertos y esperaba en silencio:

—¿Eso es verdad? ¿No han querido prestarnos su ayuda en la batalla?

Con la mirada aturdida y enfermiza, el chamán asintió con la cabeza. Uno de ellos dijo con la voz temblorosa:

—Así es, gran líder. Se lo he pedido a cada uno de ellos, uno a uno. Me dijeron que... que no era equilibrado, justo, y que no nos permitían utilizar más sus poderes.

Un silbido de ira rompió el estado de perplejidad de Durotan. Se giró para ver la cara enfurecida de Draka.

—¡Esto es más que una señal! ¡Es un chillido, un grito infernal, que nos advierte de que lo que estamos haciendo está mal!

Lentamente, tratando de comprender la magnitud de lo que había pasado, Durotan asintió con la cabeza. Si no fuera por la misericordia que Restalaan había mostrado al verlo, él y todos los miembros de la partida de guerra yacerían ahora en el suelo, enfriándose poco a poco. Los elementos les habían negado la ayuda. Habían condenado las acciones por las que el chamán los invocaba.

Durotan respiró hondo y sacudió la cabeza, como si quisiera sacar de ella los pensamientos oscuros.

—Vamos a llevar a los heridos a sus hogares tan rápido como podamos. Y luego... luego enviaré varias cartas. Si lo que me temo es cierto, que no solo los elementos han abandonado a los chamanes de clan Lobo Gélido por lo que estamos haciendo a los draenei, entonces deberemos enfrentarnos a Ner'zhul.



CAPÍTULO TRECE

¿Cómo es posible que no lo viéramos? Es fácil echar la culpa de nuestra caída al carismático Kil'jaeden, al débil Ner'zhul o al ambicioso Gul'dan. Convencieron a todos los orcos de que lo frío era caliente y lo dulce, salado e, incluso cuando todas las señales nos decían que lo que estábamos haciendo estaba mal, seguimos adelante. Yo no estaba allí, no puedo decir por qué lo hicimos. Tal vez, yo también hubiera obedecido como un perro apaleado.

Tal vez.

O tal vez, como mi padre y otros hicieron, hubiera empezado a ver los errores. Me gustaría pensar así.

* * *

Blackhand lo miró por debajo de sus espesas cejas, frunciendo el ceño. Parecía estar siempre enfadado, quizás era porque siempre lo estaba.

—Yo no sé nada de esto, Gul'dan —dijo con voz grave. Dirigió su enorme mano hacia la empuñadura de su espada y comenzó a tocarla con un gesto preocupado.

Quince días antes, cuando Gul'dan le había pedido a Blackhand que se reunieran, que trajese con él a su más prometedor chamán y que no dijera a nadie lo que iban a hacer, este había aceptado sin vacilación. A Blackhand siempre le había gustado más Gul'dan que Ner'zhul, aunque no sabría explicar por qué. Cuando Gul'dan se sentó con él frente a una succulenta comida y le explicó la situación actual, Blackhand estaba muy contento de haber acudido. Ahora sabía por qué le gustaba más Gul'dan, el antiguo aprendiz, ahora maestro: porque era igual que Blackhand. No era amigo de los ideales, sino de las cosas prácticas. Y el poder, la buena comida, las armaduras de lujo y el derramamiento de sangre eran cosas que ambos orcos anhelaban por igual.

Blackhand era el líder del clan Roca Negra. Ya no podía ascender más. Por lo menos... hasta ese momento. Cuando los clanes eran independientes, la mayor de las glorias era comandar a uno de estos. Pero ahora... ahora estaban trabajando juntos. Ahora

Blackhand era capaz de ver la codicia de Gul'dan como un destello en sus ojos. Podía oler su hambre de poder flotando en el aire, un hambre que ambos compartían.

—Ner'zhul es un honrado y valioso asesor —dijo Gul'dan mientras mordía fruta seca e intentaba sacarse con la uña un trozo que se le había quedado entre los dientes—. Posee una gran sabiduría. Pero... se ha decidido que a partir de este momento lo mejor para todos es que yo lidere a los orcos.

Blackhand sonrió salvajemente. Ner'zhul no estaba en ningún lugar a la vista.

—Y un líder sabio se rodea de aliados en los que pueda confiar —continuó Gul'dan—. Aquellos que son obedientes y poderosos. Que cumplen con sus obligaciones. Y que, por su confianza, se les tendrá en gran estima y se les recompensará con creces.

Blackhand se empezó a sentir molesto al oír la palabra «obedientes» pero se tranquilizó cuando Gul'dan mencionó «gran estima» y «recompensará con creces». Miró a los ocho chamanes que había traído consigo. Estaban sentados, todos juntos, alrededor de una segunda hoguera a unos metros de distancia de ellos. Los sirvientes de Gul'dan los atendían amablemente. Se veían desdichados e infelices, y estaban convenientemente apartados de su conversación.

Blackhand dijo:

—Pediste que trajera a los chamanes. Es de suponer, entonces, que sabes qué les está pasando.

Gul'dan suspiró y cogió una pierna de talbuk. Le dio un buen mordisco; los jugos de la carne caían por sus mejillas. Se limpió la mandíbula, masticó, tragó y luego respondió.

—Sí, lo he oído. Los elementos ya no están bajo sus órdenes.

Blackhand lo miraba atentamente.

—Algunos de ellos empiezan a murmurar que es porque lo que estamos haciendo está mal.

—¿Tú lo crees así?

Blackhand encogió sus enormes hombros.

—No sé qué pensar. Todo esto es nuevo. Los ancestros dicen una cosa, pero los elementos no acuden a nosotros.

Empezaba a sospechar sobre los ancestros también, pero se mordió la lengua. Blackhand sabía que muchos pensaban que era un idiota; él prefería dejarles creer que no era más que un brazo fuerte y una espada poderosa. Eso le otorgaba claras ventajas.

Gul'dan lo empezó a examinar, y Blackhand se preguntó si el nuevo líder espiritual de los orcos había descubierto que él era más de lo que el ojo podía adivinar.

—Somos una raza orgullosa —dijo Gul'dan—. Algunas veces es doloroso admitir que no lo sabemos todo. Kil'jaeden y los seres que dirige... ah, Blackhand, ¡los misterios

que ellos albergan! El poder que ostentan, ¡poder que están dispuestos a compartir con nosotros!

Los ojos de Gul'dan chispeaban ahora con entusiasmo. El corazón de Blackhand se aceleró. Gul'dan se inclinó y continuó hablando de tales maravillas en voz baja.

—Éramos como niños ignorantes antes de que ellos llegaran. Incluso tú... incluso. Pero nos quieren enseñar. Quieren compartir con nosotros parte de su poder. Un poder que no depende del capricho de los espíritus del aire, la tierra, el fuego y el agua. —Gul'dan hizo un gesto arrogante—. Un poder así es débil. No es de confianza. Puede abandonarte en medio de una batalla y dejarte desamparado.

La cara de Blackhand se endureció. Había sido testigo de eso mismo, una situación que se había llevado toda la fuerza de sus guerreros y le había arrebatado la victoria cuando los chamanes empezaron a gritar despavoridos que los elementos ya no estaban trabajando a su lado.

—Soy todo oídos —gruñó en voz baja.

—Imagina de lo que serías capaz si lideraras a un grupo de chamanes capaces de controlar la fuente de sus poderes, en lugar de mendigar y suplicar por ellos —continuó Gul'dan—. Imagina que estos chamanes tuvieran siervos que pudieran luchar a tu lado. Siervos que, por ejemplo, hicieran huir aterrorizados a sus enemigos. Chupar su magia y dejarlos secos como los mosquitos chupan nuestra sangre en verano. Distraer su atención de la batalla.

Blackhand levantó una de sus espesas cejas.

—Puedo vislumbrar el éxito en esas condiciones. Éxito casi todo el tiempo.

Gul'dan asintió, sonriendo.

—Exacto.

—Pero, ¿cómo sabes que eso es verdad y no una falsa promesa susurrada en tus oídos?

La sonrisa de Gul'dan se ensanchó.

—Porque, amigo mío... yo mismo lo he experimentado. Y seré yo el que enseñe a tus chamanes todo lo que he aprendido.

—Impresionante —dijo Blackhand con voz ronca.

—Pero eso no es todo lo que puedo ofrecerte. Los guerreros... conozco una forma para hacerte a ti y a todos los que luchan a tu lado mucho más poderos, fieros y mortales. Todo esto puede ser nuestro si lo pedimos.

—¿Nuestro?

—No puedo seguir malgastando mi tiempo hablando con cada uno de los líderes y cada uno de los clanes cada vez que tengan una queja —dijo Gul'dan, mientras movía la

mano impetuosamente—. Por un lado, están aquellos que están de acuerdo con lo que tú y yo pensamos que es lo mejor y, por otro, los que no.

—Continúa —dijo Blackhand.

Pero Gul'dan no lo hizo, al menos no de inmediato. Se quedó en silencio, reuniendo sus pensamientos. Blackhand agarró un palo y atizó el fuego. Era consciente de que la mayoría de los orcos, incluso los de su propio clan, pensaban que era impulsivo e impetuoso, pero él conocía el valor de la paciencia.

—Puedo ver dos grupos de líderes de los orcos. Uno, un simple consejo de gobierno que tome las decisiones por todos, con un líder electo, sus asuntos abiertos y a la vista de todo el mundo. Y un segundo grupo... la sombra de este primero. Escondido. Secreto. Poderoso —le explicó Gul'dan en voz baja—. Este... este Consejo de la Sombra estará compuesto por los orcos que compartan nuestra visión y aquellos que estén dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para compartirla.

Blackhand asintió con la cabeza.

—Sí... sí, lo secundo. Un liderazgo público... y uno privado.

La boca de Gul'dan se estrechó lentamente en una sonrisa. Blackhand lo miró por un momento, entonces le preguntó:

—¿Y a cuál de los dos perteneceré yo?

—A los dos, amigo mío —respondió Gul'dan sin problemas—. Eres un líder nato. Tienes carisma, fuerza, e incluso tus enemigos saben que eres un maestro de la estrategia. Será realmente fácil conseguir que seas elegido como líder de los orcos.

Los ojos de Blackhand brillaban.

—No soy ninguna marioneta —gruñó en voz baja.

—Por supuesto que no —dijo Gul'dan—. Es por eso por lo que he dicho que pertenecerás a los dos. Serás el líder de esta nueva clase de orcos, esta... esta Horda, si así lo quieres. Y formarás parte del Consejo de la Sombra también. No podemos trabajar juntos si no confiamos el uno en el otro, ¿no es así?

* * *

Blackhand miró a los centelleantes e inteligentes ojos de Gul'dan y sonrió. No confiaba en el chamán lo más mínimo y sentía que Gul'dan sospechaba lo mismo de él. Pero no importaba. Ambos querían poder. Blackhand sabía que no poseía los talentos y las habilidades necesarias para manejar el tipo de poder que Gul'dan codiciaba. Y Gul'dan no deseaba el tipo de poder que Blackhand anhelaba. No eran competidores, sino aliados; lo que beneficiaría a uno, beneficiaría al otro, y no al contrario. Blackhand pensó en su familia, en su pareja, Urkal, en sus dos hijos, Rend y Maim, y en su hija, Griselda. Por

supuesto que no los adoraba de la misma forma que el débil Durotan adoraba a su compañera, Draka, pero se preocupaba por ellos. Le gustaría ver a su compañera engalanada con joyas y cómo sus hijos eran venerados por ser de la estirpe de los Blackhand.

Por el rabillo del ojo captó un movimiento. Se giró y vio a Ner'zhul, una vez poderoso, ahora descartado, escabulléndose por la puerta de la tienda.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó Blackhand.

Gul'dan se encogió de hombros.

—¿Qué pasa con él? Ahora él no significa nada. El Más Bello desea mantenerlo con vida de momento. Parece tener algo... especial en mente para Ner'zhul. Seguirá siendo una marioneta, pues los orcos todavía sienten una gran devoción por Ner'zhul. Pero no te preocupes, no es una amenaza para nosotros.

—Los chamanes de Roca Negra... ¿dices que los entrenarás en estas nuevas artes mágicas? ¿Las mismas que tú mismo has estudiado? ¿Que serán invencibles?

—Los entrenaré yo mismo y, si se adaptan bien a estas nuevas artes, los situaré en los primeros lugares entre mis nuevos brujos.

Brujos. Así que este era el nuevo nombre para este tipo de magia. Sonaba de una forma interesante. *Brujos.* Y los brujos del clan Roca Negra serían los primeros escogidos.

—Blackhand, líder del clan Roca Negra, ¿qué respondes ante mi propuesta?

Blackhand se giró lentamente hacia Gul'dan.

—Pues que le doy la bienvenida a la Horda y al Consejo de la Sombra.

* * *

Había una muchedumbre enardecida a los pies de la montaña sagrada. Durotan había enviado mensajes a aquellos en los que más confiaba y había recibido la confirmación de que los elementos también habían abandonado a sus chamanes. Una respuesta particularmente dolorosa llegó desde el clan Mascahuesos. Toda su partida de guerra había caído contra los draenei; su completa aniquilación fue un misterio hasta que, unos días más tarde, un chamán que se quedó en el campamento intentó curar a un niño enfermo.

Estaban allí, los líderes de clan y sus chamanes para reunirse con Ner'zhul y pedirle una explicación.

—Conozco la razón por la que están aquí hoy —dijo. Durotan frunció el ceño. Ner'zhul estaba tan lejos que parecía una simple mancha, sin embargo podía oírlo perfectamente. Durotan sabía que normalmente Ner'zhul conseguía ese efecto pidiéndole al viento que transmitiese sus palabras para que todo el mundo pudiera oírlos, pero ¿cómo

era eso posible? Intercambió miradas de sorpresa con Draka, pero ambos permanecieron en silencio.

—Es cierto que los elementos ya no responden a las llamadas de ayuda de los chamanes. —Ner'zhul continuó hablando, pero sus palabras fueron ahogadas por los gritos de cólera. Miró hacia abajo un momento y Durotan lo miró con más detenimiento. El líder espiritual de los orcos parecía más frágil y oprimido de lo que nunca le había parecido. *Por supuesto*, pensó Durotan.

Unos momentos después, el griterío se calmó. Los orcos allí reunidos estaban enfadados, pero estaban allí en busca de respuestas, no para dar rienda suelta a su rabia.

—Muchos de ustedes, al descubrir lo que está pasando, han llegado a la conclusión de que lo que estamos haciendo está mal. Pero eso no es así. Lo que estamos haciendo es alcanzar poderes de la talla de los que nunca hemos visto. Mi aprendiz, Gul'dan, ha estudiado esos poderes y ahora responderá a todas las preguntas que tengan.

Ner'zhul se volvió e, inclinándose pesadamente sobre su vara, se hizo a un lado. Gul'dan hizo una profunda reverencia a su maestro. Ner'zhul parecía no percibirlo; se quedó allí de pie, con los ojos cerrados, viejo y frágil.

Por el contrario, Durotan nunca había visto a Gul'dan en tan buena forma. Parecía estar envuelto por una nueva energía, mostrando una mayor confianza, que se reflejaba tanto en su apariencia como en su voz.

—Lo que estoy a punto de decirles puede que sea difícil de aceptar, pero tengo la confianza de que mi gente no se cerrará en banda ante nuevas vías para mejorarnos a nosotros mismos —dijo. Su voz era clara y potente—. De la misma forma que fuimos sorprendidos y turbados ante la existencia de otros seres tan poderosos como los ancestros y los elementos, hemos descubierto que hay otras formas de aprovechar la magia que cooperando con los elementos. Un poder que no se basa en pedir, mendigar o suplicar por él... un poder que viene a nosotros porque somos fuertes y *exigimos* que venga. Para controlarlo cuando sea necesario. Para obligarlo a *obedecernos*, a respetar *nuestra* voluntad, en lugar de al revés.

Gul'dan hizo una pausa para dejar que esta idea calase entre los orcos allí reunidos. Durotan miró a Drek'Thar.

—¿Es eso posible? —le preguntó a su amigo.

Drek'Thar se encogió de hombros. Parecía completamente sorprendido por las palabras de Gul'dan.

—No tengo ni idea —dijo—. Pero, después de la última batalla, ya te lo dije... Durotan, ¡los chamanes han hecho lo que nos dijeron los ancestros! ¿Cómo podrían los elementos abandonarnos en estas circunstancias? ¿Y cómo podrían los ancestros permitir tal cosa?

* * *

Su voz se volvía más agria a media que hablaba. Seguía estando indignado y sorprendido. Entonces, Durotan entendió que el chamán se sentía como un guerrero que, confiando por completo en su hacha, veía cómo esta se desvanecía entre sus manos. Un hacha que le había regalado su amigo de más confianza, un hacha que le habían pedido utilizar por una buena causa.

—¡Sí! Sí, veo que pueden entender el valor de aquello que yo... que el Más Bello nos ofrece como ayuda —dijo Gul'dan, asintiendo con la cabeza—. He estudiado a esta gran entidad, al igual que estos pocos y nobles chamanes.

Dio un paso hacia atrás y varios chamanes, vestidos con las más bellas armaduras de cuero que Durotan jamás había visto, avanzaron.

—Todos son orcos del clan Roca Negra —murmuró Draka, mientras juntaba sus cejas. Durotan también se había dado cuenta de esto.

—Lo que han aprendido —continuó Gul'dan— será transmitido a todo aquel chamán que desee ser instruido. Eso se lo puedo jurar. Síganme ahora a los campos donde hemos celebrado los festivales Kosh'harg durante más años de los que podamos recordar. Les demostrarán sus formidables habilidades.

Por alguna razón que no podía comprender, Durotan se sintió mal; al ver cómo empalidecía, Draka le apretó el brazo tratando de tranquilizarlo.

—Mi compañero, ¿qué pasa? —le preguntó en voz baja mientras, junto con el resto de los orcos allí reunidos, se desplazaban hacia las tierras del festival Kosh'harg.

Sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo en el mismo tono de voz—. Es solo que... siento que algo terrible está a punto de suceder.

Draka gruñó.

—Yo llevo sintiendo lo mismo desde hace ya bastante tiempo.

Durotan hizo un esfuerzo para mantener una expresión neutral en su rostro. Era el responsable del bienestar de su gente, y su relación con Ner'zhul y ahora con Gul'dan era bastante precaria. Durotan era consciente de que, si ambos chamanes quisieran desacreditarlo a él o a su clan, lo tendrían ahora más fácil de lo que había sido en el pasado. El exilio o el aislamiento dentro de la unión en la que hoy se encontraban los orcos supondría para su clan la extinción. A Durotan no le gustaba la dirección que estaban tomando las cosas, pero no podría protestar mucho. No se preocupaba por sí mismo, sin embargo no podía ver sufrir a su clan.

Y, sin embargo, le hervía la sangre, su corazón palpitaba y su cuerpo se estremecía con aprensión. Pronunció una oración rápida a los ancestros para que continuaran guiando a su gente con sabiduría.

Llegaron hasta el llano valle del río que durante generaciones había sido el escenario del festival Kosh'harg. Cuando sus pies tocaron el suelo sagrado, Durotan sintió cómo su cuerpo se relajaba. Recordaba momentos del pasado y sonrió mientras los repasaba en su cabeza. Recordó esa noche profética, cuando Orgrim y él decidieron ir en contra de la tradición y se atrevieron a espiar las conversaciones de los adultos, y lo desilusionados que se sintieron al descubrir lo normales que eran. Siendo más sensato ahora como era, estaba seguro de que Orgrim y él, que se sintieron tan osados entonces por hacer lo que estaban haciendo, no habrían sido los primeros y seguro que tampoco serían los últimos.

Recordó, también, la primera vez que vio a la mujer que se convertiría en su compañera para toda la vida cazando en estos exuberantes campos, bailando alrededor del fuego mientras el sonido de los tambores retumbaba en su pecho y aullando a la luna. Pensó que, durante todo el tiempo que su gente había disfrutado de esto, todo había ido bien entre ellos. Un poco alentado, miró al lugar donde se solía celebrar el baile. Una tienda pequeña había sido erigida allí y se preguntó cuál iba a ser su función.

Draka y él se detuvieron a pocos metros de la tienda, entendiendo que formaría parte de la demostración. Los otros siguieron su ejemplo. El sol brillaba intensamente mientras más y más orcos se reunían allí. Durotan vio que la mayoría de los que habían ido allí ese día eran jefes de clan o chamanes, por lo que no había tanta gente como solía haber durante las fechas del festival.

Gul'dan esperó hasta que todo el mundo se hubiera congregado allí antes de andar con determinación en dirección a la tienda. Los chamanes que habían sido entrenados en aquella misteriosa nueva magia lo siguieron. Todos ellos mostraban seguridad y orgullo. Se detuvieron frente a la tienda, Gul'dan hizo una señal a algunos de los guerreros Roca Negra para que se acercaran y estos dieron un paso adelante y permanecieron firmes.

Entonces el viento cambió. Durotan abrió los ojos mientras notaba un olor que le resultaba familiar.

Draenei...

Suaves murmullos a su alrededor le decían que no era el único que había captado el olor. En ese momento, Gul'dan hizo una señal con la cabeza a los guerreros. Desaparecieron dentro de la tienda por un momento.

Desde el interior de la tienda, aparecieron ocho draenei con las manos fuertemente atadas.

Sus rostros estaban hinchados por los golpes. Los habían amordazado con trapos. La sangre estaba endurecida y seca sobre su piel azul, y sus ropas, rotas y ajadas. Durotan los miraba fijamente.

—Cuando el clan Roca Negra luchó con la magia que hoy voy a compartir con ustedes, su victoria fue tan absoluta que fueron capaces de tomar varios prisioneros —dijo Gul'dan con orgullo—. Estos prisioneros me ayudarán a enseñarles lo que pueden llegar a hacer estas nuevas habilidades mágicas.

Un sentimiento de indignación inundó a Durotan. Matar a un enemigo armado en el campo de batalla era una cosa, pero matar a un prisionero indefenso era otra. Abrió su boca, pero una mano en su brazo detuvo sus palabras. Miró con rabia hacia los ojos grises y fríos de Orgrim Doomhammer.

—Tú sabías todo esto —le dijo Durotan entre dientes a su viejo amigo para que nadie más pudiera escucharlo.

—Baja la voz —siseó Orgrim, mirando a su alrededor para ver si alguien más les estaba prestando atención. Nadie lo hacía; todo el mundo prestaba atención a Gul'dan y a los prisioneros draenei—. Sí, lo sabía. Estaba allí cuando los capturamos. Es así como son las cosas, Durotan.

—Esa no solía ser la forma de actuar de los orcos —le contestó Durotan.

—Lo es ahora —dijo Orgrim—. Es una triste necesidad. Merece la pena y no creo que se convierta en la práctica común. El objetivo es matar a los draenei, no torturarlos.

Durotan miró a su viejo amigo. Orgrim le mantuvo la mirada por un momento, luego la apartó y miró hacia otro sitio. Durotan sintió cómo su indignación se calmaba un poco. Como mínimo, Orgrim había entendido que esto no era lo correcto, aunque lo secundaba. Pero ¿qué más podría haber hecho Orgrim? Era el segundo al mando del clan Roca Negra. Había jurado apoyar a su jefe de clan. Tenía responsabilidades hacia otros que, como Durotan, no podía eludir. Por primera vez en su vida, Durotan deseó que fuera un miembro de pleno derecho de su clan.

Volvió la mirada hacia los ojos de su compañera. Ella los miró horrorizada, primero a él y luego a Orgrim. Y entonces vio cómo sus rasgos mostraban tristeza y resignación mientras bajaba la cabeza.

—Ahora, estos seres nos son muy valiosos —estaba diciendo Gul'dan. Sintiendo el cuerpo tan pesado como el plomo, Durotan miró hacia el chamán—. Los usaremos para mostraros nuestros nuevos poderes.

Gul'dan le hizo un gesto con la cabeza al primer chamán del clan Roca Negra, que le hizo una reverencia. Un poco nerviosa, la hembra cerró los ojos y se concentró. Un sonido parecido al silbido que hace el viento llegó hasta los oídos de Durotan. Una extraña aura de luz púrpura apareció bajo sus pies, rodeándola. Un cubo púrpura giraba sobre su

cabeza. Luego, de repente, una pequeña y chillona criatura apareció a sus pies. Brincaba y saltaba, tenía los ojos rojos y brillantes y esbozaba una sonrisa con sus pequeños pero afilados dientes. Durotan escuchó murmullos y algunos comentarios de miedo en voz baja.

Acto seguido, la siguieron los otros chamanes, creando más inquietantes círculos y cubos como los de la hembra, que parecían invocar de la nada a aquellas criaturas. Algunas eran grandes, cosas informes de tonos azules y morados que se sostenían inquietantemente en el aire. Otros seres tenían un aspecto más normal, salvo por las pezuñas y las alas de murciélago. Algunas eran grandes, otras pequeñas, y todas se sentaban o permanecían de pie al lado de aquellos que las habían invocado.

—Unas mascotitas muy bonitas —dijo con su inconfundible voz Grom Hellscream en tono sarcástico—. Pero ¿qué pueden hacer?

Gul'dan sonrió con indulgencia.

—Paciencia, Hellscream —le dijo casi condescendentemente—. Representan una fortaleza, no una debilidad.

Las cejas de Hellscream se unieron en señal de perplejidad, pero permaneció en silencio. Sentía tanta curiosidad como cualquier otro, pensó Durotan. Blackhand seguía en su lugar, esbozando una sonrisa, observando la escena como un padre orgulloso. No parecía sorprendido por lo que estaba pasando, y Durotan se dio cuenta de que debía de haber presenciado ya los poderes de los recién entrenados chamanes. Presenciado y aprobado.

Uno de los draenei fue separado del resto y empujado hacia el frente. Sus manos seguían aún atadas, dio unos cuantos pasos hacia delante y se paró. Su expresión era impasible. Solo el lento movimiento de su cola indicaba una pequeña sensación de tensión.

* * *

El primer chamán dio un paso hacia delante, moviendo sus manos y murmurando levemente. La pequeña criatura que estaba a su lado chilló y saltó y, de repente, de sus garras brotó un fuego mágico que impactó contra el desafortunado draenei. Al mismo tiempo, una bola de... oscuridad... formada en las manos del chamán, se abalanzó contra el prisionero. Este gritó de dolor mientras su carne azul se ennegrecía y se quemaba fruto del ataque de la criatura y cayó de rodillas en evidente agonía cuando la bola sombría lo golpeó.

El chamán volvió a murmurar algo y el cuerpo del draenei torturado se envolvió en llamas. Aunque hasta entonces había permanecido en silencio y con una actitud estoica, ahora gritaba de tormento; sus gritos fueron amortiguados un poco por la mordaza que llevaba, pero no del todo. Se sacudió y se movió espasmódicamente en el suelo, agitándose

con los ojos en blanco, como lo hace un pez recién pescado fuera del agua. Luego se quedó inmóvil. La peste a carne quemada se extendió por todo el lugar.

Se hizo el silencio por un momento. Entonces, se oyó un sonido que Durotan no pensó nunca que pudiera oír: gritos de aprobación y satisfacción ante la imagen de un enemigo indefenso retorciéndose de dolor.

Durotan estaba aterrorizado. Otro prisionero fue asesinado con la intención de demostrar estos nuevos poderes. Este fue golpeado por el látigo de uno de los siervos mágicos de los chamanes, permaneció de pie y paralizado mientras el fuego y la oscuridad se cernían sobre él. Un tercero fue escogido; en esta ocasión una criatura monstruosa que parecía un lobo deforme con tentáculos en el lomo le succionó toda su esencia mágica.

A Durotan le subió la bilis a la garganta mientras veía cómo sangre azul y cenizas cubrían lo que una vez había sido tierra sagrada, una tierra que había sido y era exuberante y fértil, cuyo profundo sentido de tranquilidad había sido, ahora, violado. Allí, él había bailado, había cantado a la luna, había cortejado a su amada.

Allí, generaciones de orcos habían celebrado su unidad en una paz tan sagrada que cualquier disputa que se podía desatar era rápidamente aplacada y sus implicados, obligados a hacer las paces o a abandonar el lugar. Durotan no era un chamán. No podía sentir la tierra o los espíritus, pero no necesitaba serlo para sentir ese dolor como suyo propio.

Con toda, toda seguridad esto no es lo que Madre Kashur hubiera querido, pensó Durotan. Los vítores llegaron hasta sus oídos y el hedor a sangre y carne chamuscada, hasta sus fosas nasales. Lo peor de todo fue la imagen que ofrecían sus hermanos, pues incluso algunos orcos de su propio clan habían sido cautivados por el frenesí de dolor y tormento hacia unos seres incapaces ni siquiera de escupir contra sus oponentes.

No era del todo consciente de lo mucho que le dolía la mano; bajó la mirada, un poco aturdido, y vio cómo Draka la agarraba tan fuertemente como para poder romperle los huesos.

—¡Por los chamanes! —gritó alguien.

—¡No! —la voz de Gul'dan se levantó por encima del ruido de la multitud que lo vitoreaba—. Ya no son chamanes. Los elementos los han abandonado y ya no tendrán que invocarlos y suplicarles nunca más su ayuda. Contemplad a aquellos que tienen el poder y no tienen miedo a utilizarlo. Contemplen a los... ¡brujos!

Durotan apartó la mirada de sus dedos, entrelazados con los de su compañera, para mirar hacia la montaña sagrada. Se proyectaba hacia el cielo de forma serena, como siempre había sido, capturando y reflejando la luz durante un largo momento en cada uno de sus lados. Durotan se preguntaba por qué no se resquebrajaba y rompía, de igual forma

que el corazón de un ser inteligente, sobrepasado por el horror al que ahora estaba prestando su reconfortante sombra.

Durante esa noche se llevaron a cabo celebraciones salvajes. Durotan no tomó partido en ninguna de ellas y prohibió que los miembros de su clan participasen en ellas. Los chamanes estaban sentados frente a su pequeño fuego, comían tranquilos y en silencio. Drek'Thar no se atrevía a preguntar aquello que Durotan sabía que se escondía en sus corazones.

—Mi jefe de clan —dijo Drek'Thar con calma—, ¿nos permitirás aprender la senda de los brujos?

Se hizo un largo silencio, solamente roto por el crepitar de fuego. Finalmente, Durotan habló.

—Primero tengo una pregunta que hacerte —dijo—. ¿Apruebas lo que se ha hecho a los prisioneros hoy?

Drek'Thar parecía incómodo.

—Hu... hubiese sido mejor que los hubieran atacado en un combate justo —admitió—. Pero son nuestros enemigos. Así lo han demostrado.

—Han probado que se defienden cuando son atacados —le replicó Durotan—. Eso es todo lo que ha sido probado. —Drek'Thar comenzó a protestar, pero Durotan le indicó que guardara silencio—. Lo sé, es la voluntad de los ancestros, pero hoy he contemplado algo que nunca pensé que podría secundar. He visto las tierras sagradas donde por incontables años nuestra gente se ha reunido en paz profanadas por la sangre de aquellos que ni siquiera pudieron levantar una mano para defenderse.

Durotan atisbó cómo algo se movía más allá del círculo de luz y percibió el olor de Orgrim. Continuó:

—Al amparo de la sombra de Oshu'gun. Aquellos que han asesinado a los draenei hoy no lo han hecho para proteger nuestras tierras de una amenaza inminente. Han masacrado prisioneros simplemente para mostrar sus nuevos... talentos.

Orgrim tosió discretamente y Durotan le hizo una señal. Orgrim era bien conocido por todos los presentes y se sentó junto al fuego con la familiaridad de alguien conocido y bienvenido.

—Orgrim —dijo Draka, tocando gentilmente el brazo de su amigo—. Los primeros... brujos... son de tu clan. ¿Qué piensas de ellos?

Orgrim miraba las luces del fuego, sus espesas cejas estaban juntas, lo que indicaba que intentaba ordenar mentalmente sus pensamientos.

—Si vamos a luchar contra los draenei, e incluso ustedes, los Lobo Gélido, tendrán que resignarse a la necesidad de hacerlo, entonces tenemos que luchar para ser los ganadores. Los elementos han abandonado a los chamanes. En sus mejores momentos,

eran inconstantes e impredecibles y nunca fueron nuestros aliados de mayor confianza. No como verdaderos amigos.

Miró a Durotan y sonrió ligeramente. Aunque sentía un profundo pesar en su pecho, le devolvió la sonrisa.

—Estas nuevas criaturas, estos extraños poderes... parecen ser más dignos de confianza. Y destructivos.

—Hay algo en ellos que... —la voz de Draka se estaba apagando cuando Drek'Thar la irrumpió rápidamente.

—Draka, entiendo tus preocupaciones. Definitivamente no son poderes naturales, como mínimo no en la misma dimensión que nosotros, los chamanes, los hemos conocido siempre. Pero ¿quiénes somos para decir que son malos? Si existen es porque deben de tener un lugar en el orden de las cosas. El fuego es fuego, da igual que provenga de los dedos de unas pequeñas y bailarinas criaturas o con la bendición del espíritu del fuego. Quema la carne de igual manera. Estoy de acuerdo con nuestro estimado invitado. Nos hemos comprometido con la batalla. Con toda seguridad, ¡no luchar significa perderla!

Draka volvió a sacudir la cabeza, sus hermosos ojos estaban tristes. Movía las manos como tratando de alcanzar las palabras.

—Es algo más que el fuego invocado o que las extrañas bolas de oscuridad —dijo—. He luchado contra los draenei. He matado draenei. Y nunca los había visto retorcerse de dolor como hoy, nunca los había oído emitir un solo sonido de sufrimiento. Los seres que están al servicio de los brujos parecen... *disfrutar* con este sufrimiento.

—Nosotros, los orcos, disfrutamos de la caza —indicó Durotan. No le gustaba discutir con su compañera pero, como siempre, necesitaba ver todos los puntos de vista de un problema antes de decidir qué era lo mejor para su clan—. Los lobos disfrutaban con un festín de carne humeante.

—¿Acaso está mal desear la victoria? —preguntó Orgrim en un tono desafiante mientras entrecerraba sus ojos grises—. ¿Acaso está mal sentirse alegre por la victoria?

—No es sobre la caza ni sobre la victoria, es sobre el sufrimiento de lo que estoy hablando.

Drek'Thar se encogió de hombros.

—Quizás los seres invocados están acostumbrados a alimentarse de eso. Quizás es algo necesario para su existencia.

—Pero ¿es necesario para la *nuestra*? —Los ojos de Draka brillaban a la luz del fuego y, sintiéndolo como una punzada de dolor, Durotan supo que no era por ira, sino por las lágrimas de frustración que brotaban por ellos.

—Los draenei siempre han tenido una magia superior a la nuestra, incluso con la ayuda de los elementos —dijo Drek'Thar—. Yo siempre he sido un chamán. Nací chamán.

Y ahora les digo que abrazaría el camino de la brujería si mi líder así me lo permitiera. Porque, después de tantos años trabajando con los elementos, comprendo lo que esos poderes pueden hacer por nosotros. Me sabe mal, Draka, pero sí, sí son necesarios para nuestra existencia. Si no podemos invocar los poderes de los elementos, los draenei nos eliminarán de la faz de este planeta.

Draka suspiró y hundió la cara entre sus manos. El pequeño grupo estaba en silencio, lo único que se oía era el crepitar del fuego. Durotan pensó que echaba de menos algo y ahora lo sabía: ya no se oían los sonidos de las criaturas de la noche, los insectos y los pájaros y otros seres que antiguamente inundaban el aire nocturno con sus suaves sonidos. Habían sido expulsados de aquel lugar por lo que allí había ocurrido. Trató de no pensar en ello, como si pudiera ser una especie de augurio.

—Permitiré que el clan Lobo Gélido aprenda esas artes —dijo con un tono de voz severo.

Drek'Thar inclinó la cabeza.

—Te lo agradezco, Durotan. No te arrepentirás de esto.

Durotan no contestó.



CAPÍTULO CATORCE

Drek'Thar llora cuando me cuenta estas cosas; las lágrimas brotan de unos ojos que ya no pueden ver el presente, pero que continúan viendo muy vivamente el pasado. No puedo consolarlo de ninguna forma. Que los elementos hayan vuelto a contestar su llamada, la mía, no es más que un ejemplo de su compasión y su capacidad de perdón, su deseo por ver restaurado el equilibrio.

La Cumbre que todavía alberga esa oscuridad ya no está en este continente. Estamos físicamente lejos de su maldad, pero todavía no estamos fuera de su sombra. La sombra que nos cubre desde hace tanto tiempo, desde el día en que fue profanado nuestro lugar más sagrado.

La sombra de una mano negra.

* * *

Durotan no se quedó dormido fácilmente. Tampoco Draka, a decir por los suspiros y las vueltas que dio en la cama. Al final se rindió y decidió permanecer despierto, repasando los acontecimientos del día. Todo en su interior le decía que había sido un error abrazar el camino de una magia que tan descaradamente se alimentaba del sufrimiento de otro ser vivo. Sin embargo, ¿qué otra cosa se podía hacer? Los elementos habían abandonado a los chamanes, incluso cuando los ancestros habían asignado esta tarea a los orcos. Sin poder usar ninguna magia como arma adicional, la superior tecnología y conocimientos de los draenei eliminarían a los orcos.

Se levantó y salió de la tienda dormitorio. Encendió un fuego para quitarse el fresco de las horas previas al amanecer y, en silencio, comió carne cruda y fría. Mientras desayunaba y observaba las luces del cielo, vio como un mensajero se aproximaba. Sin parar, el jinete arrojó un pergamino a Durotan y siguió adelante. Durotan lo desenrolló y cerró los ojos después de leer su contenido.

Dentro de dos días se celebraría una nueva reunión. Ese día, los jefes de clan deberían elegir un líder que hablara por todos ellos. Que tomara decisiones por todos ellos. Deberían seleccionar uno al que llamarían Jefe de Guerra.

Una mano suave le acarició el cabello. Levantó la mirada y vio cómo Draka leía por encima de su hombro.

—Será lo mismo si nos quedamos en casa —dijo con brusquedad—. De todas formas, el resultado está ya decidido.

Durotan le sonrió con tristeza.

—No solías ser tan cínica, querida.

—No solía vivir en tiempos como estos —fue todo lo que dijo. En su corazón, sabía que estaba en lo cierto. Solo había un orco que era lo suficientemente conocido por todos y tan carismático como para ser elegido Jefe de Guerra. Grom Hellscream podría ponerle las cosas un poco difíciles a Blackhand, pero Hellscream era demasiado impulsivo para inspirar confianza en el resto de los orcos. Blackhand había sido una figura visible desde el primer momento, al principio oponiéndose a Ner'zhul y luego apoyándolo. Fueron sus chamanes los primeros que se convirtieron en brujos. Él había cosechado más victorias en sus ataques contra los draenei que nadie más.

Draka, como de costumbre, también tenía razón en esto. Y, dos días más tarde, Durotan contempló con tristeza cómo se contaban los votos de los jefes de clan y Blackhand, del clan Roca Negra, era elegido por la mayoría. Sintió que varios orcos lo observaban mientras Gul'dan anunciaba su nombre y el gran orco se levantaba y, con falsa modestia, aceptaba el cargo. Durotan no se molestó, ni siquiera, en objetar. ¿Cuál sería el argumento? Él ya estaba siendo observado de cerca por sospecha de deslealtad. Ninguna palabra que él pudiera pronunciar podría cambiar nada.

En un momento, dirigió su mirada hacia Orgrim. Para el resto de los asistentes, el segundo en comando del clan Roca Negra parecía un firme apoyo a su líder. Pero Durotan conocía a Orgrim mejor que nadie y se percató de cómo fruncía levemente las cejas en su frente y apretaba los labios, símbolo inequívoco de que tal vez Orgrim estaba tan descontento con la decisión como Durotan. Pero él tampoco dijo o hizo nada en contra de este resultado. Durotan pensó que quizás la posición de Orgrim, tan cerca de Blackhand, podría ayudar a mitigar de alguna manera el daño que estaba seguro de que Blackhand podría llegar a hacer.

Blackhand estaba ahora saludando y sonriendo a la multitud que lo aclamaba. Durotan no podía objetar, pero tampoco era capaz de vitorear a un orco que representaba todo lo que él detestaba.

Orgrim permanecía tras su líder a la derecha de Blackhand. Gul'dan, del que Durotan estaba seguro de que manipulaba las cosas, aunque sin saber exactamente cómo, estaba también por detrás de él y miraba a Blackhand con respeto.

—¡Mis hermanos y hermanas orcos! —gritó Blackhand—. Es un gran honor para mí. Les demostraré lo mucho que merezco ser el Jefe de Guerra de este vasto mar de nobles guerreros. Mejoraremos, día tras día, nuestras armas y armaduras. Y ahora rechazamos a los impredecibles elementos para dar la bienvenida al verdadero poder, un poder que nuestros brujos controlan y manejan sin arrastrarse ni suplicar a nadie ni a nada. ¡Esta es la liberación! ¡Esta es la fuerza! Solo tenemos un propósito, un objetivo claro. Vamos a eliminar a los draenei de nuestras tierras. Serán incapaces de resistir esta nueva marea de guerreros y brujos, esta Horda revolucionaria. Somos su peor pesadilla. ¡A la batalla!

Levantó su brazo y gritó:

—¡Por la Horda!

Y miles de voces apasionadas gritaron:

—¡Por la Horda! ¡Por la Horda! ¡*Por la Horda!*

Durotan y Draka regresaron a casa poco tiempo después de la elección de Blackhand, disgustados por haber tenido que permanecer allí más tiempo del deseado. Los chamanes se quedaron allí para iniciar su entrenamiento. Cuando varios días después volvieron, Durotan se percató de que volvían a parecer altos y orgullosos otra vez. Esta nueva magia les había devuelto la confianza en sí mismos, algo que se había evaporado como la niebla matutina cuando los elementos los habían abandonado. En ese sentido, Durotan estaba agradecido. Amaba a su clan y sabía que eran buena gente. No le gustaba verlos rotos y desanimados.

Al principio practicaban sus nuevas habilidades con bestias, uniéndose a las partidas de caza y enviando a sus extrañas criaturas tras uñagrietas y talbucs. Durotan todavía estaba preocupado por la agonía que sufrían las criaturas atacadas. Con el paso del tiempo, sus presas empezaron a sufrir menos, pero no porque se redujera su dolor, sino porque los brujos aprendieron a matar más rápido y con más eficiencia. El soporte que les prestaban los extraños «ayudantes» o «mascotas», como algunos brujos llamaban cariñosamente a los seres que firmemente tenían bajo su control, parecía marcar la diferencia.

Blackhand parecía disfrutar de su nueva posición. Casi todos los días llegaban mensajeros con pergaminos, cuyas armaduras y lobos parecían cada vez más ornamentados. Durotan tuvo que admitir que conocer lo que estaban haciendo los otros clanes era una información útil para todos.

Pero, un día, alguien que no era un mensajero entró en el campamento. Durotan reconoció sus ropajes; el orco que se aproximaba, montado en un lobo con un pelaje particularmente negro y brillante, era uno de los brujos personales de Blackhand, Kur'kul. Detuvo a su lobo, desmontó y se inclinó delante de Durotan.

—Jefe de los Lobo Gélido, traigo unas palabras para usted del Jefe de Guerra —dijo sorprendentemente con un tono de voz agradable. Durotan asintió al brujo y le indicó que caminara con él. Se alejaron hasta que Durotan se sintió seguro de que nadie podía escucharlos—. ¿Qué es lo que pasa para que Blackhand me envíe a uno de sus más importantes orcos? —preguntó.

Una sonrisa se escapó entre los colmillos de Kur'kul.

—Estoy visitando a todos los clanes —dijo con la clara intención de poner a Durotan en su lugar. Los Lobo Gélido no habían sido particularmente honrados, al parecer. Durotan gruñó y cruzó los brazos sobre su pecho.

—El factor más importante para nuestra vitoria final y gloriosa sobre los draenei es nuestro número —continuó Kur'kul—. Ellos son pocos, nosotros somos muchos. Pero necesitamos ser más.

—Entonces, ¿cuál es el deseo de Blackhand? —gruñó Durotan—. ¿Tenemos que abandonar la guerra para dedicarnos al apareamiento?

Kur'kul ni siquiera parpadeó.

—No hay que abandonar la guerra, pero sí... puedes animar a tus guerreros para que procreen. Recibirás honores por cada cría de orco que nazca en tu clan. Eso nos ayudará. Pero, desafortunadamente, lo que necesitamos ahora son más guerreros, no esperar seis años más.

Durotan lo miró sorprendido. Había entendido el comentario como un chiste sin gracia. Pero ¿qué era lo que pasaba?

—Hay que entrenar a los niños a partir de los seis años —continuó Kur'kul—. Son suficientemente fuertes como para combatir a los doce años. Reúne a todas las crías de tu clan.

—No lo entiendo —dijo Durotan—. ¿Reunirlas para qué?

Kur'kul suspiró como si Durotan fuera un niño estúpido.

—Tengo la habilidad de acentuar su crecimiento —dijo—. Les... daremos un pequeño empujón. Si cogemos a todos los niños que tengan entre seis y doce años y los hacemos crecer hasta los doce, incrementaremos el número de nuestros guerreros en el campo de batalla hasta en un cincuenta por ciento.

Durotan no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Me niego absolutamente!

—Me temo que no tienes elección. Es una orden. Cualquier clan que la rechace será tachado como traidor de la Horda. El clan tendrá que exiliarse y su líder y su compañera serán... ejecutados.

Durotan lo miró, sorprendido. Kur'kul le entregó un pergamino. Lo leyó, temblando de ira, y comprendió que lo que el brujo había dicho era verdad. Él y Draka serían condenados a muerte y su clan, al exilio.

—Pero entonces, los privarás de su infancia —dijo fríamente.

—¿A cambio de su futuro? Sí. Drenaré un poco sus vidas... seis años valen la pena. No sufrirán ningún daño. Los niños del clan Roca Negra no lo sufrieron. Blackhand insistió en que sus tres hijos fueran los primeros en disfrutar de tal honor. Y, a cambio, ahora pueden luchar por la gloria de la Horda, marcando la diferencia.

Durotan no estaba en absoluto sorprendido de que Blackhand hubiera permitido hacer semejante cosa con sus hijos. Por primera vez, Durotan se sintió feliz de que hubiera tan pocos niños en su clan. Solo había cinco orcos que tuvieran más de seis y menos de doce años. Leyó una vez más la misiva y sintió furia y malestar al mismo tiempo. Estos niños deberían poder *ser* simplemente niños.

El brujo esperó con tranquilidad. Finalmente, Durotan dijo con un tono de voz deliberadamente duro para mostrar su dolor:

—Haz lo que tengas que hacer.

—¡Por la Horda! —dijo Kur'kul.

Durotan no contestó.

Lo que sucedió a continuación fue brutal.

Durotan se obligó a sí mismo a permanecer impasible mientras Kur'kul lanzaba un hechizo sobre los cinco niños Lobo Gélido. Se retorcieron de dolor, gritando y sacudiéndose sobre la tierra mientras sus huesos se estiraban y su piel y sus músculos se rompían por el crecimiento antinatural. Una horrible línea verde unía a los niños con el brujo, como si este les estuviera succionando su verdadera vida. El rostro de Kur'kul mostraba una expresión de éxtasis. Si los niños estaban sufriendo, él definitivamente no lo hacía. Por un momento horrible, Durotan temió que el brujo no se detuviera en los doce años, sino que continuara succionándoles la vida hasta que los niños se convirtieran en ancianos.

Pero, afortunadamente, Kur'kul se detuvo. Los jóvenes orcos, ya nunca más niños, yacían en el mismo lugar donde habían caído justo cuando el proceso había comenzado. Durante un largo rato, no se despertaron y, cuando lo hicieron, rompieron a llorar suavemente, buscando el aliento que no encontraban, como si no les quedara fuerza para nada más.

Durotan se volvió hacia el brujo.

—Ya has hecho lo que habías venido a hacer. Vete.

Kur'kul lo miró ofendido.

—Jefe de clan Durotan, no...

Durotan lo agarró por su túnica escarlata. Una sensación de miedo cruzó el rostro del otro orco.

—Vete. Ahora.

Durotan lo empujó con fuerza y Kur'kul trastabilló hacia atrás, casi se cae al suelo. Miró iracundamente a Durotan.

—Blackhand no estará contento al escuchar esto —gruñó Kur'kul. Durotan no se atrevió a hablar; sabía que, si pronunciaba alguna otra palabra, su clan sería condenado. En su lugar, se dio media vuelta, temblando de rabia, y se dirigió hacia los niños, que ya no lo serían más.

Durante algún tiempo después, el clan Lobo Gélido no fue requerido para nada en concreto más que reportar sobre su entrenamiento e intensificarlo, razón por la que Durotan estaba aliviado y preocupado al mismo tiempo. De alguna manera sabía que, cuando Blackhand y Gul'dan decidieran encomendarle algo, la tarea sería difícil de verdad. No estaría decepcionado.

Durotan estaba mirando un nuevo modelo de armadura que el herrero acababa de crear cuando un jinete a lomos de un lobo entró en el campamento. Sin bajar de su montura, el jinete le arrojó a Durotan un pergamino, dio media vuelta a su lobo y partió. Durotan lo desenrolló y empezó a leerlo, abriendo de par en par los ojos. Miró rápidamente en busca de la figura que se acababa de marchar, no era un correo oficial.

Viejo amigo,

Estoy seguro de que no es ninguna sorpresa para ti saber que estás siendo observado. Te van a asignar una tarea, una que saben que eres capaz de completar. Así debes hacerlo. No sé cuáles podrían ser las consecuencias si no lo haces, pero me temo lo peor.

La misiva no estaba firmada, pues no había necesidad. Durotan conocía la caligrafía de Orgrim. Arrugó el pergamino y lo arrojó al fuego, y observó cómo se retorció y doblaba sobre sí mismo mientras las llamas lo consumían.

Orgrim había enviado el aviso justo a tiempo. Esa misma tarde, un jinete vestido con el tabardo oficial se aproximó al campamento y le entregó al líder del clan Lobo Gélido un pergamino. Durotan asintió con la cabeza en señal de aceptación y lo dejó a un lado. No quería leerlo en ese momento.

Pero la mensajera parecía inquieta. No desmontó, pero tampoco ordenó girar a su lobo ni inició el camino de vuelta por las tierras de los Lobo Gélido.

—Me han ordenado que espere a conocer su respuesta —dijo después de una incómoda pausa.

Durotan asintió de nuevo y desenrolló el pergamino. La escritura era exquisita, por lo que intuía que Blackhand había dictado el mensaje, ya que el Jefe de Guerra, aunque inteligente y astuto, era prácticamente analfabeto.

Era peor de lo que se imaginaba. Durotan mantuvo una expresión neutral en su rostro, aunque con el rabillo del ojo vio que Draka lo observaba atentamente.

A la atención de Durotan, hijo de Garad, jefe del clan Lobo Gélido, Blackhand, Jefe de Guerra de la Horda, le envía saludos.

Ya habrás tenido tiempo de ver en acción las habilidades de nuestros recién entrenados brujos. Ahora es el momento de atacar a nuestros enemigos. La ciudad draenei de Telmor está muy cerca de las fronteras de su territorio.

Te ordeno que formes una partida de guerra y que la ataques. Orgrim me ha dicho que los dos entraron en la ciudad cuando eran niños. Que presenciaste el secreto por el que los draenei permanecen invisibles. Orgrim me ha dicho también que tienes una excelente memoria y que recordarás cómo exponer la ciudad a nuestros guerreros para iniciar el asalto.

Estoy seguro de que no tengo que explicarte lo que significa para la Horda destruir esta ciudad. Y para el clan Lobo Gélido. Responde a esta carta de inmediato y empezaremos los preparativos para el asalto.

¡Por la horda!

La firma era una marca de la mano derecha de Blackhand, estampada con tinta.

Durotan estaba furioso. ¿Cómo podía Orgrim haber revelado esa información? ¿Estaría del lado de Blackhand, después de todo, y por eso le habría explicado ese incidente y lo habría puesto a él al descubierto? La ira de Durotan se aplacó cuando llegó a la conclusión de que la información a la que se refería Blackhand —la de su visita a Telmor cuando eran niños, la forma en que la ciudad permanecía escondida y la extraordinaria memoria de Durotan para estas cosas— podría haber salido a colación en cualquier otra conversación, en cualquier otro momento durante los últimos años. Blackhand era lo suficientemente inteligente como para recoger cualquier migaja de información y guardarla hasta el momento más oportuno.

Durotan pensó en mentirles, en afirmar que no era capaz de recordar las palabras con las que Restalaan había hecho desaparecer la ilusión que mantenía la ciudad draenei a

salvo y escondida a los ojos de los ogros... y, ahora, de los orcos. Había pasado mucho tiempo y solo había oído pronunciar aquella frase una vez. Cualquiera otra persona la habría olvidado. Pero la amenaza presente en la carta estaba tan finamente velada que parecía incluso ridículo. Si Durotan aceptaba ayudarlos con el ataque, probaría su lealtad ante la Horda, Blackhand y Gul'dan, por lo menos durante un tiempo. Si se negaba, incluso argumentando que no se acordaba de las palabras que Blackhand quería que pronunciase... bueno, como Orgrim, Durotan se esperaba la peor de las represalias.

La mensajera estaba esperando.

Durotan tomó la única decisión que podía tomar.

Miró la cara impasible de la mensajera.

—Haré lo que el Jefe de Guerra desea que haga, por supuesto. ¡Por la Horda!

La mensajera lo miró aliviada y sorprendida a la vez.

—El Jefe de Guerra se alegrará al oír tu respuesta. Me han ordenado que le entregue esto. —Metió la mano en una bolsa de cuero y sacó otra más pequeña, que entregó a Durotan—. Tus guerreros y tus brujos tendrán que entrenarse con esto.

Durotan asintió. Sabía lo que eran: las piedras que él mismo había ordenado quitar a Velen, Corazón de Furia y Estrella Brillante.

Quizás esas piedras fueron las únicas cosas capaces de aplacar la ira y las represalias de Ner'zhul. Ahora, las usaría contra las mismas personas a las que se las había quitado.

—El Jefe de Guerra se pondrá en contacto contigo pronto —le dijo la mensajera, inclinó su cabeza y dio media vuelta a su lobo. Durotan observó cómo se marchaba. Draka permanecía sin decir nada a su lado. Le pasó la carta y se metió dentro de la tienda.

Unos minutos después, ella entró también y lo abrazó cariñosamente por la espalda mientras él hundía su cara entre sus manos y lloraba por los acontecimientos que habían provocado la terrible decisión que se había visto obligado a tomar.

Unos días más tarde, la partida de guerra se reunía en el campamento de los Lobo Gélido. La mayoría de los guerreros y brujos formaban parte del clan Roca Negra, pero había bastantes orcos que tenían las caras pintadas con los colores de los Grito de Guerra, y varios Mano Destrozada también. Incluso los más obtusos entre los Lobo Gélido podían sentir la desconfianza y el desprecio que sentían por ellos los visitantes. Durotan era consciente de que no era una casualidad que la mayoría de los otros orcos proviniesen de los clanes más guerreros. Estaban allí para asegurarse de que los Lobo Gélido no desfallecerían en ningún momento crítico. Durotan se preguntó ociosamente quién entre todos ellos había recibido la orden de rebanar su garganta al más pequeño signo de vacilación. Tenía la esperanza de que no fuera Orgrim. Los dos viejos amigos

intercambiaron muy pocas palabras y Durotan percibió pesar en el rostro de Orgrim. Eso, como mínimo, lo hizo sentirse mejor.

Un mensajero había sido enviado con antelación a su llegada, por lo que los Lobo Gélido habían preparado muchas hogueras y comida y bebida para sus hambrientos invitados. Muchos orcos Lobo Gélido cedieron sus propios alojamientos a los visitantes para que aquellos que iban a entrar en acción a la mañana siguiente descansaran de la mejor forma posible. Durotan se reunió con Orgrim y con los otros orcos que iban a liderar el asalto para esbozar un plano de la ciudad a partir de los recuerdos de ambos.

Sería al amanecer, cuando la partida —un pequeño ejército de orcos— se pondría en marcha. Pasarían por los prados que rodeaban el bosque de Terokkar, el lugar donde hacía tanto tiempo que Orgrim y Durotan se desafiaban y donde fueron sorprendidos por la aparición de un ogro.

Esa mañana, ningún gigante torpe sería una preocupación para la inmensa ola de orcos que se desplazaba sin parar hacia su destino. Durotan iba en la vanguardia, cabalgando junto con Orgrim sobre Acechador Nocturno. No comentaron nada, pero Durotan se dio cuenta de cómo los grises ojos de Orgrim se habían detenido un momento en el lugar donde años atrás dos niños fueron rescatados por los guerreros draenei.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvimos aquí —dijo Durotan.

Orgrim asintió.

—Ni siquiera estoy seguro de que vayamos en la dirección correcta. Por aquel entonces ya era difícil guiarse por esta zona y, por si fuera poco, el bosque y los campos han crecido y cambiado.

Durotan dijo con pesar.

—Yo recuerdo el camino —aunque deseaba lo contrario. Unas cuantas piedras amontonadas por aquí y un saliente de una roca con forma extraña por allá eran suficientes para guiar su paso. Para otros no hubieran significado nada. Blackhand había dicho a sus tropas que los draenei eran capaces de ocultar su ciudad por completo. Aun así, los afilados oídos de Durotan captaron leves murmullos de preocupación entre los guerreros. Frunció el ceño.

—Nos estamos acercando —dijo—. Tenemos que permanecer en silencio. Posiblemente no hayamos sido avistados, ni nuestra presencia reportada todavía.

La partida se quedó en silencio. Mediante unos cuantos gestos, Orgrim envió a algunos de sus escoltas a explorar la zona. La mente de Durotan regresó de nuevo hasta aquel atardecer, cuando él también estaba preocupado por lo que los draenei tenían planeado hacer con ellos.

Ordenó detenerse a su lobo y desmontó. Acechador Nocturno sacudió la cabeza y se rascó las orejas. Fue aquí... o cerca de aquí... Durotan esperó desesperadamente que los draenei hubieran recordado que habían descubierto su secreto y hubieran cambiado el escondite de la piedra mágica de la que dependía su protección.

No había ninguna otra roca que les indicase donde estaba escondida la gema verde. La memoria de Durotan no dispondría de su ayuda para encontrarla. Se concentró, caminando lentamente, oyendo el tintineo de las tachuelas y el suave repiqueteo de la armadura mientras los demás lo observaban y esperaban. Cerró los ojos para poder concentrarse mejor, volvió a ver cómo Restalaan se arrodillaba en el suelo, movía a un lado la hojarasca para descubrir...

Durotan abrió sus ojos y se desplazó unos cuantos pasos a su izquierda. Pronunció una oración rápida a los ancestros; ya fuese para que lo ayudasen a no encontrarla como a encontrarla, no estaba muy seguro. Empezó a buscar con sus propias manos bajo las capas de detritus y hojas secas y entonces tocó algo frío y duro.

Ahora ya no había vuelta atrás.

Durotan cerró su mano alrededor de la gema y la cogió.

Fue capaz de notar la energía reconfortante que emanaba, aun estando tan perturbado como estaba. Su energía era tan agradable que parecía pertenecer a la palma de su mano. Durotan pasó el dedo índice de su mano izquierda sobre la piedra, tratando de alargar ese momento al máximo antes de que todo cambiase irrevocablemente.

—La encontraste —dijo Orgrim, que se había acercado en silencio hasta donde estaba su amigo. Durotan estaba borracho de la emoción y en ese momento no podía hablar. Se limitó a asentir y luego desvió la mirada de la piedra preciosa y palpitante para observar las caras asombradas que miraban el tesoro que sostenía entre sus manos.

Orgrim asintió bruscamente.

—Todo el mundo en posición —dijo—. Estamos de enhorabuena al no haber habido ninguna señal de aviso.

Sostener la piedra era algo tan relajante que Durotan solo quería permanecer allí de pie y pensar hacia sus adentros, aunque sabía que ya había tomado una decisión. Inspiró profundamente y pronunció las palabras que Restalaan había dicho tanto tiempo atrás en ese mismo lugar.

—Kehla men samir, solay lamaa kahl.

Quiso creer que con su acento de orco no sería capaz de activar la piedra. Que era capaz de cumplir sus obligaciones con su pueblo sin tener que asaltar una pequeña ciudad llena de civiles. Pero aparentemente las palabras que pronunció fueron entendidas por la fuerza que controlaba la gema verde. La ilusión se estaba disipando, los árboles y las rocas

brillaban en la insustancialidad y, ante la partida de guerra orca, se abrió un camino ancho y pavimentado que parecía invitarlos a pasar.

No necesitaron rogar. La gloriosa ciudad de los draenei se encontraba frente a ellos y, con los gritos que expelían cientos de gargantas, los orcos descendieron sobre ella.



CAPÍTULO QUINCE

*D*rek'Thar habla con la voz rota de la gloria truncada, de la belleza destrozada, de la masacre de niños. A través de su historia flota una excusa que no hace falta expresarla: parecía lo correcto en aquel momento. Imagino que parecía serlo. Que parecía justo. Solo puedo rezar a los ancestros para no encontrarme nunca en la misma situación que mi padre, dividido entre lo que te dice el corazón y lo que es correcto para defender a tu pueblo. Esta es la razón por la que continúo esforzándome para mantener la frágil paz entre nosotros y la Alianza.

Porque unas pocas ofensas e insultos en este o cualquier otro mundo son suficientes para provocar la matanza de niños.

* * *

Más tarde, Durotan se preguntaría por qué la ciudad de Telmor no había recibido ninguna noticia de la llegada de un mar de orcos montados. Nunca podría hablar con ningún draenei para averiguarlo. Solo podría asumir que los draenei estaban tan seguros tras su camuflaje mágico que nunca se les ocurrió la idea de poder ser localizados.

Los gritos de guerra y los aullidos de los lobos mientras sus jinetes irrumpían en las calles de la ciudad rompieron la quietud que allí se respiraba. Varios draenei desarmados fueron rebanados durante los primeros segundos del asalto. Las salpicaduras de sangre tiñeron de azul el pavimento blanco de las calles, pero los guardias de la ciudad no tardaron en contraatacar.

Durotan guardó la piedra en su mochila justo después de usarla; se uniría a las piedras roja y amarilla que le había quitado a Velen. Montó rápidamente y cabalgó con una determinación sombría impropia de él; su hacha estaba lista para el asalto. Aunque había prometido no matar a ningún niño o a ningún enemigo desarmado, también había escogido estar allí, por lo que estaba preparado para matar o morir en la batalla.

Una primera oleada de orcos inundó la ciudad. Un río de guerreros se bifurcó como los arroyos por las diferentes calles, asaltando grandes y esféricos edificios públicos que se

repartían a ambos lados de la calle principal y subiendo a través de sus anchas escaleras de piedra. Los brujos estaban en la retaguardia. Sus criaturas permanecían en silencio y obedientes, salvo las más pequeñas que murmuraban bajo sus alientos constantemente. Estaban esperando el momento adecuado para desencadenar su lluvia de fuego, sus rayos de las sombras, sus diferentes maldiciones de tormento. Los guerreros emergieron cubiertos de sangre, sus botas bajaban las anchas escaleras mientras continuaban su camino hacia el siguiente edificio y después el siguiente.

Los guardas draenei habían salido a la calle por entonces y cargaban haciendo uso de su propia magia. Durotan se dio la vuelta sobre la silla de su montura justo a tiempo para desviar el golpe de una espada resplandeciente con energía azul. La espada repicó contra la cabeza de su hacha y la fuerza del golpe le sacudió el brazo hasta los huesos. Pero eso no fue nada comparado con el impacto que sintió al reconocer a su atacante.

Por segunda vez, Restalaan y él se encontraban en batalla. Durotan había perdonado a Velen y, en agradecimiento, Restalaan lo había indultado a él cuando ya no podía hacer nada contra el guerrero draenei. Durotan entendió a través de su mirada que lo había reconocido, luego cerró los ojos.

Todas las deudas entre ellos estaban saldadas. Esta vez, no habría cuartel por ninguno de los dos lados.

Restalaan gritó algo en su musical idioma. En lugar de atacar de nuevo, tiró a Durotan de su montura. Esto cogió al orco por sorpresa y, antes de saber lo que estaba pasando, yacía en el suelo a expensas de su enemigo. Buscó su hacha mientras Restalaan elevaba su espada, pensaba que no sería lo suficientemente rápido mientras sus dedos agarraban la empuñadura de su arma.

Sin embargo, Acechador Nocturno había sido entrenado casi tan bien como el orco que lo montaba. En cuanto el lobo sintió que su jinete había abandonado su lomo, se giró hacia Restalaan. Sus enormes dientes se cerraron violentamente alrededor del brazo del draenei. Si no hubiera sido por la armadura protectora que Restalaan llevaba, hubiera perdido el brazo en aquel preciso momento. Aun así, la presión fue suficiente como para paralizarlo y hacerlo soltar la espada. Con un gruñido, Durotan lanzó un hachazo tan fuerte como pudo contra su enemigo. Se estrelló contra la sección media de Restalaan, y su agudo filo atravesó la armadura del draenei hasta hundirse profundamente en su carne.

Restalaan se desplomó sobre sus rodillas, mientras Acechador Nocturno seguía reteniendo su brazo con su dentadura. El lobo blanco mordía con fuerza, gruñendo y controlando inquietamente el brazo del draenei como si se tratase de un animal pequeño. No haría falta mucho tiempo para que el lobo consiguiera arrancárselo. La sangre salía a borbotones por la herida lateral de Restalaan. No emitió ningún sonido a pesar de la agonía que debía de estar soportando.

Durotan se puso en pie y le asestó un nuevo golpe, esta vez definitivo, un golpe de gracia. Restalaan restó aliviado y Acechador Nocturno inmediatamente soltó su brazo. El capitán de la guardia de Telmor estaba muerto.

Durotan no se dejó llevar por el arrepentimiento. Se subió a Acechador Nocturno rápidamente y buscó a su siguiente objetivo. No era difícil dar con uno. La ciudad no era tan grande como Shattrath, su capital, pero sí lo suficiente. Había muchos draenei para asesinar.

El aire se llenó de gritos sedientos de sangre, de dolor y miedo, del estruendo que producían las espadas contra los escudos y del crepitar que hacían los hechizos al ser lanzados. Los olores inundaron sus fosas nasales: la sangre, los excrementos y el inequívoco y único hedor del terror.

La rabia que hervía en su interior lo hizo sentirse bien. Sus sentidos nunca habían estado tan alterados y le parecía que se movía sin pensar. A lo lejos, otro de los guardias luchaba contra Orgrim. Durotan se puso nervioso, pensó en correr a ayudar a su amigo, pero entonces vio que levantaba el Martillo Maldito y le asestaba un brutal golpe aplastando el cráneo a su atacante, incluso a través de su casco. Durotan sonrió con ferocidad. Orgrim no necesitaba ninguna ayuda.

Sintió una presencia a su lado antes de poder oírla u olería y se giró, exclamando el grito de guerra de su clan. Levantó su hacha manchada de sangre y se preparó para asestar un nuevo golpe.

Era una niña, que apenas había superado la pubertad, pero gritaba con furia mientras se agarraba con sus manos desnudas a las piernas de Durotan cubiertas por su armadura. Las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas azules y sus dientes quedaron al descubierto. Su vestido estaba empapado de sangre azul, se le pegaba al cuerpo y había tanta como para saber que no podía ser suya. Lo golpeó inútilmente, sus ojos estaban inundados de lágrimas y ardían con dolor y furia.

Durante un horrible momento le pareció que era la misma chica que Durotan y Orgrim se habían cruzado años atrás. No podía ser, con toda seguridad aquella chica era una mujer adulta ahora. ¿O era ella? No importaba. Era una niña que, con valentía y estupidez, estaba intentando atacar con las manos desnudas a un guerrero orco montado.

Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para detener su hacha a medio golpe. No atacaría a ningún niño, ese no era el código, no era el estilo de los orcos.

De repente, la niña se quedó helada. Sus ojos se abrieron como platos. Abrió la boca y la sangre le salió a borbotones; la mirada de Durotan se dirigió desde su rostro hacia su pecho, donde pudo ver la lanza que atravesaba su ropa ahora empapada con su sangre. Antes de que pudiera reaccionar, el orco del clan Mano Destrozada que había matado a la

niña movió la lanza hacia un lado e hizo caer su cuerpo inerte contra el suelo. Puso una bota sobre su espalda y, mientras gruñía, consiguió soltar su lanza y sonrió a Durotan.

—Me debes una, Lobo Gélido —le dijo el orco antes de desaparecer entre la muchedumbre de asesinos y víctimas.

Durotan echó la cabeza hacia atrás y gritó de dolor a los ancestros.

Los orcos avanzaban dejando cadáveres a su paso. La mayor parte de los muertos eran draenei, pero aquí y allá se podían ver cuerpos marrones de orcos caídos. Algunos de esos orcos todavía estaban con vida y gritaban pidiendo ayuda, pero sus súplicas no recibían respuesta. Los chamanes los podrían haber curado con sus hechizos pero, al parecer, los brujos no tenían el poder de curar a los caídos. Por lo tanto, ahora yacían en el lugar donde habían caído, algunos jadeando sus últimos alientos al lado del draenei que habían asesinado, mientras la imparable marea de orcos seguía adelante.

Siguieron el camino a través de las faldas de la montaña, entrando en todos y cada uno de los edificios y asesinando a todo el mundo que encontraban. No dudaba de que algunos draenei estaban escondidos y Durotan rezaba para que no fueran encontrados. No pensó que esta oración pudiera ser contestada. Y, una vez que la primera ronda de asesinatos fue completada, empezaron los saqueos y la búsqueda de aquellos que habían conseguido escapar del primer asalto. Lo sabía. Había sido planeado de aquella manera.

Todavía no habían llegado al edificio más grande, al que se levantaba en la parte más elevada de la montaña, pero Durotan lo reconoció de inmediato. Eran los aposentos del magistrado, donde Orgrim y él habían cenado con el Profeta. Pensó, con amargura, que Velen no era un profeta tan grande si no había sido capaz de prever ese negro momento. Acechador Nocturno corría por las escaleras y Durotan no podía evitarlo. Estiró el cuello y miró sobre su hombro, vio la ciudad allí abajo como lo había hecho por primera vez cuando subió aquellas escaleras con sus propios pies.

Estoy orgulloso de mi gente y de nuestra ciudad, le había dicho Restalaan a Durotan. Restalaan, que yacía ahora muerto y rígido en la calle blanca junto con innumerables draenei. *Hemos trabajado duro aquí. Amamos Draenor. Y nunca pensé que tendría la oportunidad de compartirlo con un orco. Los caminos del destino son realmente extraños.*

Tan extraños como cualquier joven orco o guarda draenei podría haber imaginado.

Las estancias que años atrás habían hecho sentirse un poco acorralados a los dos jóvenes orcos, ahora parecían completamente claustrofóbicas atiborradas por docenas de guerreros orcos. La mayoría estaban vacías, habían tenido tiempo de evacuar a todo el mundo, y solo permanecieron los que habían jurado morir al servicio de su ciudad. Y así lo hicieron los guardias que los atacaban entonces. Los orcos usaron el bello y ornamentado mobiliario como armas arrojadas contra ellos, lanzándolo contra sus cabezas. Un

sentimiento de destrucción se apoderó de ellos fruto de la emoción de la batalla, abrieron agujeros a puñetazos en las suaves y curvas paredes solo por el placer de hacerlo, destrozaron las camas con sus espadas y golpearon con sus hachas y martillos delicadas estatuas y cuencos repletos de fruta.

Era más que suficiente para Durotan.

—¡Alto! —gritó, pero nadie lo escuchó. Las criaturas que estaban bajo el control de los brujos parecían satisfechas, como disfrutando de esta conducta. Pero el tiempo de la destrucción ya había pasado y el salvajismo despiadado no servía de nada a los orcos, ahora que todos los habitantes de Telmor habían sido asesinados o habían huido.

—¡Alto! —volvió a gritar Durotan. Esta vez Orgrim oyó su grito y le hizo caso. El representante del clan Grito de Guerra también sacudió su cabeza, como para aclarar sus pensamientos de la confusión y oscuridad que los dominaba; entonces, también trató de calmar a sus guerreros. Drek'Thar, en la retaguardia con los otros brujos, no se había perdido en la sed de sangre tan profundamente como el resto y fue capaz de parar a los otros.

—¡Escuchadme! —rugió Durotan. La mayoría de ellos había llegado a la habitación donde Velen los había invitado a compartir su mesa. La habitación estaba vacía, las sillas y las mesas volcadas, los adornos que colgaban de las paredes destrozados y por el suelo.

—¡Hemos tomado la ciudad, ahora es el momento de coger lo que necesitamos de ella!

Ahora lo escuchaban, intentaban recuperar el aliento jadeando sin parar, pero habían dejado de golpear con sus armas todo aquello que se movía... o lo que no.

—¡Primero atenderemos a los heridos! —ordenó Durotan—. No dejaremos que nuestros hermanos sufran tirados en las calles.

Algunos de ellos comenzaron a sentirse culpables por esto. Durotan se dio cuenta, con disgusto, de que muchos de esos guerreros se habían olvidado completamente de que algunos de ellos seguían retorciéndose de dolor mientras ellos disfrutaban destrozando sin sentido las pertenencias del magistrado. Aplacó sus sentimientos y asintió a Drek'Thar. Los brujos ya no tenían hechizos curativos, pero todos habían sido una vez chamanes y sabían cómo tratar las heridas de guerra de una forma más mundana. Drek'Thar señaló a varios brujos y se apresuraron a regresar por donde habían venido.

—A continuación, esta ciudad cuenta con tantos suministros como nunca hemos visto. Hay alimentos en abundancia, armas y armaduras, y otras cosas que no sabemos ni siquiera lo que son. Cosas que servirán a la Horda en su afán por...

No era capaz de pronunciar las palabras que había planeado decir: *en su afán por eliminar a los draenei*. En su lugar, añadió algo torpemente.

—En su afán. Somos un ejército. El avance de un ejército depende de su estómago. Necesitamos estar bien alimentados, bien hidratados, bien curados, descansados y protegidos. Orgrim, reúne un grupo y empieza por aquí. Guthor, coge a otro y baja hasta las puertas de la ciudad. Empiecen a subir por la calle principal hasta que se encuentren con el grupo de Orgrim. Cualquier orco que tenga conocimientos médicos, que informe a Drek'Thar y haga exactamente lo que él le diga que tiene que hacer.

—¿Y qué hacemos con los draenei que encontremos vivos? —preguntó alguien.

¿Qué podían hacer con ellos? No tenían ninguna infraestructura para tomar prisioneros y, de hecho, el único propósito para el que servían los prisioneros era para negociar con ellos. Desde el momento en que quedó claro que el único propósito de la Horda era la aniquilación de los draenei, no había ninguna razón para hacer prisioneros.

—Mátenlos —dijo Durotan con la voz quebrada. Esperaba que el tono de su voz fuera interpretado como furia salvaje en lugar del dolor agonizante que transmitía—. Mátenlos a todos.

Mientras los orcos a su mando se apresuraron a obedecer sus órdenes, Durotan empezó a pensar que Acechador Nocturno podría no haber sido tan rápido al protegerlo. Hubiese sido mucho más fácil morir ese día a manos de Restalaan que decir las palabras que justo ahora había pronunciado.

Con un poco de suerte, durante esta horrorosa campaña para exterminar a la especie que nunca había alzado una mano en su contra, encontraría la muerte más pronto que tarde.



CAPÍTULO DIECISÉIS

*E*l Consejo de la Sombra.

Incluso ahora, tantos años después, sabemos tan poco sobre quiénes eran y qué hacían. Gul'dan se llevó muchos, muchos secretos a la tumba. Que se pudra allí, atormentado. Me cuesta bastante entender cómo alguien se puede llegar a corromper tanto por el poder como para condenar a todos sus descendientes de por vida; pero fueron tantos —el número real se desconoce— que está fuera del alcance de mi imaginación.

Sin embargo, estos números no tendrían ninguna importancia de no haber sido por los demonios que sostenían su conspiración. Su dolor me alegra; lo que fueron capaces de hacer a tantos otros que simplemente confiaban en ellos lo condeno con cada una de las fibras de mi ser.

* * *

—Ha sido una prueba excelente —dijo Kil'jaeden con aprobación, mientras sonreía a sus súbditos. Gul'dan se inclinó, sus ojos brillaban con la aprobación de su maestro. Ner'zhul hincó las rodillas, su mirada estaba perdida en el suelo. Aun así, estaba escuchando.

—Le he de confesar que me ha sorprendido que Durotan acatase las órdenes —dijo Gul'dan—. Esperaba que se resistiera o, como mínimo, que pusiera trabas en lo que sus orcos pudieran o no hacer. Pero la ciudad yace destrozada a nuestros pies, maestro. Todos los draenei que vivieron allí una vez han desaparecido... la mayoría están muertos.

—La mayoría no es suficiente, Gul'dan. Lo sabes.

Gul'dan se estremeció ligeramente ante la crítica. Se preguntó, no por primera vez, qué tipo de relación existía entre los draenei y Kil'jaeden y por qué el Más Bello los despreciaba de aquella manera.

—Ha sido nuestra primera toma de contacto en batalla contra ellos, si no tenemos en cuenta los ataques aislados sobre las partidas de caza, el Más Grande —contestó el

brujo, un poco sorprendido por su propia osadía. Kil'jaeden ladeó su cabeza roja y cornuda considerando lo que le había dicho; entonces, asintió.

—Cierto. Y aún hay tiempo.

Habían pasado varios días desde la caída de Telmor. Gul'dan, impresionado por el trabajo que Durotan había hecho, le ofreció la ciudad al clan Lobo Gélido como recompensa, pero este declinó la oferta. Los Lobo Gélido, dijo, continuarían viviendo en las tierras de sus antepasados.

Los Roca Negra, en cambio, no fueron tan estúpidos. Blackhand dormía ahora junto con su familia en las camas que una vez pertenecieron al magistrado de la ciudad. Al principio, los orcos no sabían qué hacer con todas las cosas de los draenei pero, poco a poco, empezaron a incorporar el estilo de vida de sus víctimas al suyo propio. Se sentaron en sus sillas, comieron en sus mesas, aprendieron a usar y adoptaron las armas de los draenei y adaptaron sus armaduras a los voluminosos cuerpos de los orcos. Algunas de las hembras y otros tantos machos del clan Roca Negra empezaron a combinar las ropas de los draenei con sus túnicas tradicionales, vestidos y bombachos.

Gul'dan sabía que muchos de ellos se estarían preguntando por qué Ner'zhul o él no habían tomado la ciudad para sí mismos. Era tentador, pero Gul'dan había sido bien advertido por su maestro. Las comodidades reconfortan a cualquiera, pero el poder es más dulce y, cuanto menos reclamase Gul'dan para sí mismo de forma pública, más rico se convertiría en secreto. Kil'jaeden no lo abandonaría siempre y cuando Gul'dan cumpliera con el trabajo de su maestro. Solo ordenó llevar unos cuantos objetos a este nuevo sitio que llamaba casa, una enorme mesa circular tallada en madera con incrustaciones de conchas brillantes y piedras, y varias sillas a juego.

Gul'dan rodeó la mesa pasando sus manos sobre la superficie pulida, mientras sonreía para sus adentros. Todo lo que tenía que hacer era convocar a aquellos en los que confiaba que le responderían. Algunos eran muy obvios. Barajaba una lista de nombres que era lo suficientemente larga como para ser completa y lo suficientemente corta como para ser... manipulable.

Pronto, mucho más pronto de lo que había esperado, el Consejo de la Sombra estaría formado. Mientras, de puertas para afuera, Gul'dan estaba haciendo evolucionar a los orcos como una raza, dándoles poder y eliminando al «enemigo», que eran los draenei; solo un puñado de orcos tan corruptos y ansiosos de poder como él manejaría los hilos.

No se trataba de conseguir que los orcos fueran una única raza.

Nunca se había tratado de conseguir que los orcos fueran una única raza.

Era simplemente por poder, conseguirlo, ejercerlo y mantenerlo. Ner'zhul nunca entendió esto. A él le gustaba el poder, pero no estaba dispuesto a alimentarlo con la carne que tanto ansiaba. El fin que Kil'jaeden exigía.

Engaños, mentiras, manipulaciones; incluso Blackhand, que pensaba formar parte de los planes de Gul'dan, no era capaz de vislumbrar hasta dónde llegaba la ambición del brujo. Era tan grande como el deseo de Kil'jaeden por eliminar a los draenei. Era tan enorme como el cielo, tan profundo como los océanos y tan peligroso como el hambre.

Gul'dan miró con desprecio a Ner'zhul, el viejo orco que una vez había sido su mentor; estaba acurrucado en una esquina. Su mirada se dirigió hacia los ardientes ojos de Kil'jaeden, y el ser supremo asintió con la cabeza.

—Convócalos —dijo Kil'jaeden. Sus labios dibujaron una sonrisa en su cara, enseñando sus dientes blancos afilados—. Acudirán cuando los llames. Y bailarán al son de tu melodía. Yo me ocuparé de eso.

Aliados.

Necesitaban aliados.

Gul'dan se preguntaba cómo podía ser que Kil'jaeden no lo hubiera previsto. Los orcos eran poderosos, desde luego, especialmente cuando los controlaban y dirigían correctamente. Durante los largos meses, casi un año desde entonces, en que esta guerra se extendía, no habían hecho más que acentuar su poder. Sus más brillantes cerebros habían estado trabajando para entender la tecnología de los draenei lo mejor posible. La construcción de una fortaleza central había comenzado, Gul'dan la llamaba la Ciudadela, donde un ejército permanente podía ser convenientemente acuartelado, entrenado y equipado. Nunca los orcos habían intentado hacer algo como esto y Gul'dan estaba orgulloso de haber sugerido esta idea. Había guerreros, chamanes —ahora brujos, por supuesto—, curanderos y artesanos. Los tres primeros grupos tenía roles muy claros y no les faltaba oportunidad para poner en práctica sus deberes. Los artesanos contribuían de formas muy dispares, fabricando nuevas armaduras y armas que ayudasen a aquellos que tenían la gloria de asesinar a los draenei hasta que sus cuerpos quedaban salpicados y pegajosos de sangre.

Algunos se referirían a ellos como una clase inferior de orcos. En privado, Gul'dan pensaba de igual forma. Pero era lo suficientemente listo como para saber que su trabajo, nada atractivo y difícilmente reconocible por el resto, era tan necesario como la capacidad de matar de un guerrero o la maestría con los hechizos de un brujo.

Ningún guerrero o brujo hubiera llegado tan lejos sin aquellos que les suministraban comida, refugios y armas. Por esa razón, Gul'dan había interpretado el papel agradeciendo en público el trabajo de los artesanos y, como resultado, estos trabajaban mucho más duro que antes y mejoraban continuamente.

Pero, aunque todos los miembros de cada clan trabajaban tan duro como podían —y Gul'dan tenía espías en cada uno de los clanes para estar seguro de eso— no iba a ser suficiente. La toma de Telmor había sido sorprendentemente fácil y el empuje de moral

que les proporcionó fue enorme. Pero Gul'dan era consciente de que la victoria de la Horda se debía en buena medida a la suerte. Nadie en la ciudad escondida creyó por ningún momento que fueran a ser encontrados e invadidos en cuestión de horas. Se creían completamente a salvo, protegidos por la magia de la piedra verde — apodada ahora por Gul'dan como Sombra de Hoja— que los había mantenido ocultos a los ojos de los ogros, primero, y a los de los orcos después. Una victoria tan sencilla no volvería a repetirse. ¿Cómo podría...?

—Ogros —dijo en voz alta meditabundo. Se tocó la barbilla con uno de sus afilados dedos—. Ogros...

* * *

—¡Me niego rotundamente! —gritó Blackhand. Recorrió la distancia que había entre él y Gul'dan con solo dos zancadas. Tan cerca, la diferencia de estatura entre los dos era escandalosa. Gul'dan tuvo que sacar a relucir toda su bravura para no dar un paso atrás asustado ante la terrible cara de Blackhand, ahora a unos pocos centímetros de la suya.

—No te alteres, Blackhand —le dijo Gul'dan con un tono de voz tranquilizador—. Cálmate y escucha lo que voy a decirte. Tú serás el que más beneficiado salga de esto, después de todo.

Ya lo tenía. Blackhand gruñó, resopló y dio un paso hacia atrás. Gul'dan hizo todo lo que pudo para no parecer aliviado.

—Son roña —dijo gruñendo Blackhand—. Han sido enemigos de los orcos desde hace mucho tiempo. Mucho más que los draenei, y con una razón mejor. ¿Cómo voy a sacar beneficio de esto?

Directo al grano, pensó Gul'dan con satisfacción. Había juzgado a Blackhand correctamente.

—Todavía hay algunos que murmuran que no fuiste elegido justamente —le dijo Gul'dan—. Si consigues hacer esto, no hará más que aportar más gloria a tu nombre.

Blackhand entrecerró los ojos en señal de desconfianza.

—Tal vez —admitió—. Pero ¿tolerarán esto los orcos?

Gul'dan se permitió una sonrisa.

—Lo tolerarán si les decimos que lo toleren —le contestó.

Blackhand inclinó la cabeza hacia atrás y profirió una sonora carcajada.

Orgrim se movía inquieto en su asiento mientras miraba a su líder. Había estallado en protestas cuando Blackhand le explicó lo que quería hacer. Durante muchos años, habían colaborado en incontables partidas de caza para acabar con la amenaza que suponían los ogros. Nunca había dejado de detestar el hecho de que, años atrás, había tenido que huir de una de estas gigantescas, torpes y tontorronas criaturas. Y ahora Blackhand le proponía esto.

Pero Orgrim sabía que entre las muchas habilidades que su líder tenía —y había muchas de ellas que no le gustaban nada en absoluto— la estrategia era su fuerte. El plan había sido aprobado y tendría que conseguir dejar a un lado su opinión personal sobre los ogros, pues su deber era el de apoyar a su líder.

Obtener la información necesaria había sido un trabajo complicado. Los Roca Negra habían conseguido capturar a tres ogros y habían pasado largas y largas noches hablando con ellos en su escueto y reducido lenguaje para hacerse entender, antes de que esos seres aparentemente obesos comprendieran lo que querían y empezaran a colaborar. Entonces, cada guerrero, brujo y curandero de su enorme clan estaba preparado para la batalla.

Los ogros les habían explicado por dónde merodeaban sus maestros y los dirigieron hasta ese lugar, un claro en los pies de la cadena montañosa Filoespada. No hicieron nada por esconderse. Basura cubría la parte exterior de la zona, y había enormes pisadas de pies de ogro desnudos que entraban y salían de allí. Como pudo observar Orgrim, había un pequeño grupo de ogros avanzando lentamente bajo la luz del día. No tenía ninguna duda, se creían a salvo, protegidos, igual que los draenei se creían a salvo en Telmor; y, sin duda, hace un año, hubieran estado en lo cierto. Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Los orcos ya no eran clanes dispersos, sino una fuerza de combate unida y dispuesta a dejar de lado las viejas rencillas por un nuevo odio común.

Blackhand iba delante, flanqueado por los tres ogros. Detrás de él, sus hijos, Rend y Maim, que hablaban entre ellos en voz baja menos cuando se reían. Orgrim se había opuesto en un primer momento a que los dos chicos lucharan, pero habían probado ser fuertes y mejores de lo que uno podía imaginar. Les faltaba la astucia de su padre pero, sin lugar a dudas, habían adoptado su sed de sangre. Griselda también había sido instruida para la lucha, pero no le salía de una forma tan natural como a los chicos. Sus nombres eran muy apropiados. Su padre les lanzó una mirada de enfado y se callaron al instante.

Orgrim se preguntaba si Blackhand iba a hacer un discurso. Esperaba que no. Blackhand era el mejor en la acción, no con las palabras, y su clan estaba listo para

seguirlo allá donde fuera. Para su alivio, Blackhand miró por encima del mar de guerreros, asintió y luego dio la orden de atacar.

La primera oleada cargó, gritando como locos y descendiendo rápidamente las laderas de las colinas donde estaban escondidos. Al principio los ogros estaban tan confundidos ante la imagen de tres de los suyos en alianza con los orcos que se quedaron quietos y se dejaron matar. Luego, cuando sus lentos cerebros comprendieron que estaban bajo ataque, se recuperaron. Todavía no se atrevían a atacar a sus compañeros ogros, que avanzaron pesadamente para hablar con el jefe de los guardas que se encontraba en algún lugar dentro de la caverna.

Orgrim estaba decidido a disfrutar la última matanza de ogros autorizada y se le veía contento mientras balanceaba el Martillo Maldito para iniciar sus ataques. Su lobo era rápido y revoloteaba fácilmente entre las grandes y lentas piernas de los ogros, que gritaban de impotencia y movían sus garrotes tan ferozmente como podían. Recordó los grandes que le parecían cuando era un niño. Seguían siendo grandes, pero ahora él también lo era y además empuñaba un arma legendaria con control y maestría. Fracturó la tibia de un orco, que empezó a dar gritos de agonía. El lobo de Orgrim se apartó grácilmente del lugar donde la gigantesca figura iba a caer desplomada, haciendo temblar la tierra con el impacto. Trató de levantarse, empujando su cuerpo hacia arriba con sus grandes y gordas manos, pero para entonces otros Roca Negra ya se habían abalanzado sobre él. El ogro estaba muerto y sangrando por docenas de heridas más rápido de lo que Orgrim podía haber imaginado.

Orgrim se giró justo a tiempo para ver cómo uno de los guerreros orcos salía despedido por los aires de un golpe mortal del garrote de un ogro. Con un grito de rabia, Orgrim se convenció a sí mismo para cargar contra la mortífera criatura, cuando un grito de «¡alto, alto!» hizo que abortara su cometido.

Era una prueba más del poder que ejercía la personalidad de Blackhand pues, incluso cuando la mayoría de los orcos de su clan estaban inmersos en la sanguinaria batalla matando al enemigo, bajaron sus manos al oír su orden. Los ogros no lo hicieron así, como mínimo no a la primera, y Orgrim tuvo que apartarse de la zona de batalla hasta que los lentos cerebros de los ogros entendieron lo que estaba pasando. Solo de pensarlo se enojaba. *Es por el bien de todos nosotros, Orgrim*, se dijo a sí mismo.

Echó un vistazo sobre los ogros con los que los Roca Negra habían conseguido aliarse hablando. O, mejor dicho, gritando y golpeándolos ocasionalmente. Pero, como mínimo, los ogros habían dejado de perseguir a los orcos que corrían en retirada y parecían escuchar. Uno de ellos era enorme y portaba una especie de banda oficial o algo similar, parecía tener cerebro. Orgrim no podía entender lo que pasaba, por lo que aprovechó la pausa para recobrar el aliento y beber un poco de agua.

—No puedo esperar a que llegue el momento en que podamos matarlos otra vez — dijo Rend. Orgrim miró al hijo mayor de su jefe.

—Si tenemos éxito, lucharán a nuestro lado —le contestó Orgrim—. O podrás volver a matarlos.

Maim escupió.

—Je. Cierto. Los tendremos que matar a hurtadillas.

Orgrim sonrió. Aquello era lo que más le hubiera gustado hacer, pero...

—Muchos han muerto intentando llevar a cabo este plan de tu padre. No creo que le gustase que arruinaras sus esfuerzos.

Rend adoptó un aire de desprecio:

—¿Y quién se lo iba a decir?

—Yo mismo. Si esto funciona, los ogros nos escuchan y alguno de ellos aparece muerto, sus nombres serán los primeros que mencionaré.

Rend lo miró con odio, era tan joven que podía entenderse como arrogancia infantil; aun así, Orgrim estaba preocupado por lo que había sucedido. Nunca había sentido una especial predilección por Blackhand, igual que por su prole, a excepción de Griselda. No sabía si era fruto de su linaje o por el crecimiento acelerado, pero había algo siniestro en ellos que le generaba desconfianza. Algún día, si Rend y Maim sobrevivían y empezaban a usar sus cerebros al mismo tiempo que sus músculos, podrían llegar a ser incluso más peligrosos que su mortífero padre.

—Ya te dije que no nos escucharía, Rend —le dijo Maim arrogantemente—. El viejo ha olvidado lo que es la sed de sangre corriendo por sus venas. Vámonos.

Con una burla final, Rend siguió a su hermano. Orgrim suspiró. En ese momento, tenía problemas mayores que esos dos presuntuosos chiquillos. Volvió a prestar atención a las negociaciones, a pesar de que dudaba de que los ogros hubieran entendido ni una sola palabra. Los ataques parecían haber cesado. Blackhand, que había abandonado el campo de batalla de la misma forma que se lo había ordenado a sus hombres, se dirigía ahora hacia el lugar donde el grupo de ogros estaba reunido. Orgrim cabalgó hasta ponerse al lado de su jefe de clan, llegando justo a tiempo para oír al líder de la guardia anunciar:

—Nosotros no gustar gronn. Gronn hacer daño.

Este le hizo una señal a otro ogro que se giró y le mostró la espalda a Orgrim y Blackhand. Orgrim vio heridas de latigazos que cruzaban la espalda del ogro. No sintió ni pena ni compasión por la criatura; habían hecho cosas peores a los orcos durante décadas. Sin embargo, era una información útil. Los ogros que capturaron también les habían contado este tipo de cosas y ahora asentían como sintiéndose terriblemente listos.

—¿Qué dar a nosotros si unir a ustedes? —preguntó el guardia.

Blackhand alzó su mirada y le sonrió.

—Bueno, para empezar, no les pegaremos. —Orgrim pensó en los hijos de Blackhand, pero no dijo nada—. Los alimentaremos bien y les proporcionaremos buenas armas.

Orgrim se sintió aliviado al ver que Blackhand no les prometía armaduras; podían hacer tres armaduras para orco con los materiales que necesitarían para hacer una sola armadura de ogro. Y, afortunadamente, el guardia —sin lugar a duda uno de los ogros más inteligentes— tampoco era tan listo como para pensar en las armaduras por sí mismo.

—Tendrán comida y refugio, y la satisfacción de aplastar draenei hasta convertirlos en pequeñas manchas azules sobre la hierba.

Los otros ogros estaban escuchando atentamente y, entonces, uno de ellos se puso a saltar arriba y abajo, como un niño, de la emoción.

—¡Yo aplastar! —exclamó con alegría, y muchos otros repitieron la simple pero aparentemente divertida frase. Blackhand esperó a que el entusiasmo se hubiera calmado antes de continuar.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

El capitán ogro asintió con la cabeza.

—No más daño a ogros —gruñó, y se volvió para mirar a aquellos que lideraba. Sus pequeños ojos brillaban por las lágrimas y, esta vez, mientras Orgrim miraba las espaldas de los ogros repletas de cicatrices, sintió un poco de pena por ellos. Solo un poco.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Orgrim al capitán. El ogro bajó la mirada.

—Krol —dijo.

—Bien, Krol —dijo Blackhand rápidamente antes de que su segundo pudiera decir nada—. ¿Cuándo crees que podríamos llevar a cabo nuestro primer asalto combinado?

—Ahora —dijo Krol, y antes de que Orgrim o Blackhand pudieran protestar gritó algo en su horrible lengua nativa. Los otros ogros saltaban de alegría otra vez, y la tierra se estremecía bajo sus pies. Luego se giraron y entraron en la cueva con determinación. Blackhand le echó una mirada a Orgrim, que se encogió de hombros. Sospechaba que sería más fácil detener la marea que a una manada de esos estúpidos e inconscientes gigantes.

—Llámalos —dijo Blackhand. Orgrim hizo sonar una vez su cuerno de uñagrieta. Los orcos gritaron de satisfacción y empezaron a descender de vuelta.

No había tiempo para recordar el plan al resto del clan. Orgrim esperaba que lo recordasen, especialmente los entusiastas Maim y Rend. Muchas matanzas de ogros les esperaban, pero más les valdría escoger bien a los *adecuados*.

Porque si no lo hacían, si les daban a los ogros una sola razón para poner en cuestión tan peculiar alianza, entonces los bebés y ancianos que esperaban en el campamento serían los últimos orcos Roca Negra que quedarían con vida.

Orgrim no era muy optimista. El clan Roca Negra siempre se había mostrado fiero en la caza. Blackhand era algo más que un salvaje astuto, y a Orgrim no se le había escapado que últimamente una especie de furia maníaca se había empezado a apoderar de todos los clanes. Mientras daba media vuelta con su lobo para entrar en la cueva con sus compañeros de clan, se preguntó si sus ojos le estaban jugando una mala pasada.

Sin duda, el tono verdoso que parecían tener las pieles de los orcos que estaban cerca de él no era más que un efecto de la luz.



CAPÍTULO DIECISIETE

Hogar.
Sea tu raza la que sea, esta es una palabra, un concepto, que hace que tu corazón se hinche de nostalgia. Hogar pueden ser las antiguas y ancestrales tierras o un nuevo lugar que uno ha construido por su cuenta. El hogar se puede encontrar también en los ojos de aquellos que son amados. Pero todos necesitamos un hogar, anhelamos uno, somos conscientes de que sin un hogar o algo parecido nos sentimos incompletos.

Durante muchos años, cada clan había tenido su propio hogar. Sus propias tierras sagradas, sus propios espíritus de la tierra, aire, agua, fuego y su propio espíritu de la naturaleza. El proceso de desarraigo empezó y continuó, de forma más terrible día a día, hasta que llegamos a Kalimdor. Aquí, encontré un hogar para un pueblo nómada. Un lugar en el que descansar y un santuario donde podríamos reagruparnos y reformarnos.

Ahora, mi hogar se llama en honor a mi padre: la tierra de Durotar.

* * *

Durotan levantó su cabeza y olió el viento. El hedor que llegaba hasta sus fosas nasales era una mezcla de polvo y desecación, una especie de olor acre. No era el olor de algo ardiendo, pero se parecía. Hubo un tiempo en el que Drek'Thar podría haber captado el hedor incluso mejor que él, pero esos días ya habían pasado. Ahora ya no era un chamán, sino un brujo. El aire ya no le enviaba una bocanada cuando así lo pedía, con una información tan precisa como si estuviera escrita en un pergamino. Y lo peor de todo es que Drek'Thar y el resto de los brujos del clan no estaban preocupados por no ser capaces de volver a hacerlo.

No llovía desde hacía bastante tiempo, y el verano parecía más cálido de lo habitual. Era el segundo verano seguido en que las lluvias eran escasas, si es que llovía. Durotan se arrodilló y hundió sus dedos en la tierra. Antes, estos eran terrenos fértiles, de color marrón oscuro, y emitían un rico olor a tierra. Ahora, sus dedos perforaban fácilmente el suelo, rompiendo su endurecida corteza y dejando al descubierto la arena que

yacía por debajo. Una arena incapaz de hacer crecer ninguna hierba ni cosecha, nada podía agarrarse a ella. Se filtró a través de sus dedos como agua.

Durotan sintió como Draka se acercaba, pero no se giró hacia ella. Desde su espalda, deslizó sus brazos alrededor de su cintura y lo apretó fuerte. Se quedaron así por un largo rato; luego, con un apretón final, lo liberó y se puso en frente de él. Durotan se sacudió el polvo de las manos.

—Nunca confiamos demasiado en lo que seríamos capaces de cultivar —dijo tranquilamente.

Draka lo miró con sus ojos negros y astutos. Sintió un agudo dolor en el pecho al mirarla. Había tantas cosas en las que ella era mejor que él. Pero era la compañera del jefe de clan, no la jefa de clan, por lo que no tenía que tomar las decisiones que tenía que tomar él.

Las decisiones que había tomado.

—Principalmente, hemos dependido siempre de lo que podemos cazar —dijo Draka—. Pero los animales que cazamos sobreviven con aquellos alimentos que la tierra les ofrece. Todos estamos conectados. Los chamanes eran conscientes de esto.

Se calló cuando uno de los jóvenes brujos pasó corriendo con una pequeña criatura brincando a sus pies. La pequeña criatura se giró para mirar a Draka y sonreír enseñando una boca repleta de dientes afilados. Draka no pudo evitar sentir un escalofrío.

Durotan suspiró y le pasó un pergamino.

—Acabo de recibirlo. Nos tenemos que preparar para una larga marcha. Tenemos que abandonar nuestras tierras.

—¿Qué?

—Ordenes de Blackhand. Como él se ha mudado a su nueva Ciudadela, hecha expresamente para él, quiere que todo su ejército se reúna allí con él. No tiene suficiente con que nos unamos en la batalla, quiere que vivamos todos juntos y estemos dispuestos a seguirlo allá donde nos conduzca.

Draka lo miró con incredulidad, luego posó sus ojos sobre el pergamino. Lo leyó rápidamente, luego lo volvió a enrollar y se lo devolvió.

—Será mejor que nos preparemos —dijo en voz baja, se giró y se dirigió hacia su tienda. Durotan la vio alejarse y se preguntó qué habría sido, exactamente, lo que le había roto el corazón.

* * *

La Ciudadela estaba incompleta, pero justo en el momento en el que Durotan la vio, se quedó sin palabras. A sus espaldas oía varios murmullos de sorpresa.

—¡Qué poderío!

—¡Qué grande!

—¡Digno de un Jefe de Guerra!

De haber hablado, Durotan hubiera dicho: *blasfemia. Un cáncer sobre la tierra. Sin armonía respecto a todo lo que somos.*

El clan Lobo Gélido todavía se encontraba a varios kilómetros de distancia, pero la Ciudadela se vislumbraba en el horizonte como una ratonera. No había nada en su diseño que la identificase como una construcción de los orcos. Esa estructura, esa pesadilla arquitectónica, esa ofensa a los ojos y al espíritu era incluso más grande que los edificios de los draenei. Por supuesto, Durotan sabía cuál era su propósito y tenía que ser enorme si quería albergar constantemente a una fuerza de élite de guerreros orcos en sus adentros. Aun así, esperaba algo diferente.

En lugar de las suaves y pulidas líneas que caracterizaban las estructuras de los draenei, esta fortaleza era afilada y picuda. En lugar de convivir con el paisaje, lo dominaba. Estaba construida en roca negra, madera tallada y metal, y se alzaba muy alto, hasta el cielo. Durotan sabía que, desde donde estaba, solo podía ver la torre principal, pero tenía suficiente. Se quedó clavado en su lugar, incapaz de dar ni un solo paso más hacia tal monstruosidad.

Cruzó una simple mirada, sin palabras, con Draka. ¿Podía ser que fueran los únicos capaces de verlo?

El resto de los Lobo Gélido siguieron caminando, adelantando a su jefe de clan. De mala gana, apretó a su montura y siguió adelante.

La proximidad con la fortaleza no hizo que pareciera más atractiva. Ahora Durotan era capaz de ver otros edificios, barracas, silos de almacenamiento y una enorme y llana área de entrenamiento, en la que se amontonaban grandes armas que jamás había visto. Estas armas también parecían siniestras, peligrosas y mortales.

Algunos oficiales del clan Roca Negra y otros orcos saludaron a Durotan superficialmente y enviaron al clan Lobo Gélido a una zona llana en la parte oeste del complejo, lugar donde establecerían su campamento. Estaba cayendo ya la tarde cuando Durotan recibió la notificación de formar en el patio de la Ciudadela, junto con otros tantos de su clan. Un grupo de unos veinte orcos se dirigió hacia allí y esperó.

Primero oyó los tambores a lo lejos. Durotan se tensó. Habían recibido órdenes especiales de no llevar ningún arma y, simplemente, esperar a... nada en concreto. Draka lo miró con inquietud. No tenía ninguna seguridad que ofrecerle; tenía tan poca idea como ella de lo que les iba a suceder.

Los tambores se acercaron. La tierra empezó a vibrar bajo los pies de Durotan, cosa no tan inusual cuando un grupo de tambores sonaba alrededor suyo, pero ¿estando tan

lejos? Escuchó otros murmullos de preocupación y se dio cuenta de que no era el único que había sentido una punzada de aprensión.

La tierra seguía sacudiéndose, las vibraciones se volvieron más violentas. Dos jinetes Roca Negra se aproximaron con un porte triunfal.

—¡No teman nada, orgullosos miembros de la Horda! —dijo uno de ellos—. ¡Nuestros nuevos aliados, sumados a nuestras filas por el gran Blackhand, se acercan! ¡Denles la bienvenida!

Había algo familiar en la forma en que la tierra se tambaleaba bajo sus pies. La única vez que Durotan había experimentado algo parecido fue luchando contra...

—¡Ogros! —gritó alguien. Y, entonces, Durotan pudo verlos. Docenas de ellos, enormes y poderosos, caminaban tras un grupo selecto de orcos. Más jinetes Roca Negra, con sus lobos, se acercaban al trote, gritando y haciendo sonar sus cuernos triunfalmente. La multitud se estaba volviendo loca de felicidad, gritando y bailando y chillando como lunáticos.

¿Estos eran nuestros nuevos aliados? Durotan apenas podía creerlo. Mientras miraba fijamente, incapaz de encontrar las palabras, apareció el mayor ogro que jamás había visto. El mismísimo Blackhand caminaba a su lado, se movía con agilidad y orgullo, como si la diferencia de tamaño no lo hiciera parecer un muñeco a su lado.

—¡Vamos a aplastar a los draenei! —gritó Blackhand y, como si hubieran estado esperando justamente ese momento, los ogros que marchaban con él gritaron:

—¡Aplastar, aplastar, aplastar!

Durante un horrible y vertiginoso momento, Durotan se sintió otra vez como un niño tratando de huir de aquellos terribles monstruos. Parpadeó y recordó la imagen del poderoso cuerpo de su padre aplastado y roto, chorreando sangre y con el cráneo chafado como una nuez por un único golpe de garrote de un ogro.

Los orcos se disponían a luchar al lado de esas monstruosas y estúpidas criaturas para intentar destruir a una inteligente y pacífica raza.

El mundo se había vuelto loco.

* * *

Velen sintió un escalofrío. Su asistente se encontraba a su lado, ofreciéndole una calmante y refrescante bebida, pero el Profeta hizo un gesto para apartarla de él. Ninguna bebida podía darle consuelo en esos momentos. No volvería a haber consuelo otra vez.

Había sentido una profunda pena cuando le comunicaron la caída de Telmor y que con la ciudad había caído también su querido amigo Restalaan. Había sido incluso más terrible oír cómo había sucedido el ataque. Velen había visto algo especial en el joven

Durotan, y la forma en que lo había tratado no había hecho más que confirmar la fe que sentía por el jefe del clan Lobo Gélido. Pero ahora esto. Durotan y Orgrim habían sido los únicos orcos en presenciar cómo la piedra verde protegía la ciudad. Uno de ellos había memorizado el hechizo que desactivaba el camuflaje de protección de la piedra. Un puñado de draenei había logrado escapar de allí, del Templo de Karabor. Sus heridas habían sido curadas, pero no había nada que Velen, ni nadie, pudiera hacer para curar sus espíritus destrozados.

Pero noticias peores estaban por llegar. Los refugiados no le hablaron simplemente de arcos y flechas, hachas, lanzas o martillos como únicas armas de destrucción. Hablaban con voz triste y apagada sobre rayos verdes y negros, terriblemente dolorosos, de un tormento mucho mayor a nada parecido a lo que ningún chamán había podido infligir en sus enemigos. Le hablaron de criaturas farfullando y brincando a los pies de aquellos que ejercían su magia basada en el sufrimiento y la agonía.

Le hablaron de los man'ari.

De inmediato, con una lógica aplastante, muchas cosas se volvieron completamente claras. Los repentinos e irracionales ataques de los orcos. Sus rápidos avances en tecnología y capacidad de batalla. El hecho de que hubieran dado la espalda al chamanismo, una religión que, según entendía Velen, dependía de una relación recíproca de intercambio, dar para recibir, entre los poderes elementales y aquellos sujetos que los utilizaban. Aquellos que estaban del lado de los man'ari no buscaban el equilibrio ni la armonía con sus poderes, simplemente el dominio.

Justo como Kil'jaeden y Archimonde hacían.

Los orcos no eran más que títeres en las manos de los eredar. Velen sabía que él y el resto de los draenei, los «exiliados», eran sus verdaderos objetivos. La Horda de los orcos, mejorada ahora con criaturas inmensamente poderosas, era la manera en que Kil'jaeden buscaba destruirlos. Por un instante, Velen se preguntó si habría alguna forma de que el nuevo líder de la Horda entrara en razón, si habría alguna manera de convencerlo para combatir y eliminar juntos a Kil'jaeden una vez supiera cómo habían sido utilizados. Descartó esta idea prácticamente de inmediato. Era posible que aquellos que estaban siendo usados por Kil'jaeden fueran conscientes ya de las verdaderas intenciones y propósitos de los eredar, pues la sed de poder era tan posible como seductora. Los orcos podían sucumbir ante ella de la misma forma que Archimonde y Kil'jaeden, mucho más sabios y fuertes, habían hecho una vez.

Y ahora esta visión ponía más sal en la herida. La visión de enormes ogros en alianza con los orcos, una idea que un tiempo atrás habría creído imposible de materializar. Sabía que era verdad. Algo había cambiado en la naturaleza inherente de los orcos tan drástica e irrevocablemente como para aliarse con las criaturas que habían odiado durante

generaciones con el objetivo de eliminar a los draenei, un pueblo con el que habían mantenido una relación de amistad durante mucho tiempo.

Si esta situación se hubiera producido en otro momento, la respuesta hubiera sido sencilla. Velen hubiera reunido a su gente y hubieran escapado juntos, protegidos por el naaru. Pero ahora la nave estaba estrellada, K'ure se estaba muriendo y no había otra escapatoria que luchar contra esta Horda y rezar para que de alguna manera pudieran sobrevivir.

Ah, K'ure, mi viejo amigo. No puedes entender cómo echo de menos tus sabios consejos ahora y lo amargo que es saber que yaces a manos de nuestros enemigos, sin que ellos entiendan, ni siquiera, que existes.

Agarró la piedra que él llamaba Canción de Espíritu, la apretó hacia su corazón y sintió unos débiles destellos del moribundo naaru. Velen cerró los ojos e inclinó la cabeza.

* * *

Gul'dan miró a su alrededor con profunda satisfacción. Todo estaba yendo según lo planeado. El Consejo de la Sombra se había estado reuniendo desde hacía ya un tiempo y, hasta ahora, Gul'dan sentía que había escogido bien a sus componentes. Todos estaban dispuestos, más bien ansiosos, a dar la espalda a su propia gente solo para avanzar en sus aspiraciones personales de poder. Ya habían logrado mucho actuando a través de su marioneta, que era lo suficientemente estúpido como para creerse una parte verdadera del Consejo más que el simple monigote que realmente era. Había sido muy fácil conseguir que fuera elegido Jefe de Guerra y, tan pronto como el Consejo le sonrió y asintió sus decisiones un par de veces durante las reuniones, no volvió a cuestionar su posición. Pero Blackhand siempre se iba antes de que las verdaderas reuniones empezaran, enviado a una misión u otra con el simple objetivo de hinchar todavía más su pecho de orgullo.

—Saludos —dijo Gul'dan mientras se deslizaba en su silla encabezando la mesa. Como siempre, Ner'zhul se escondía en un rincón; nunca fue invitado a sentarse con el resto, pero se le permitía escuchar las conversaciones. Kil'jaeden lo había ordenado así y, aunque Gul'dan no tenía claro cuáles eran los motivos de su benefactor, no los ponía en duda por el simple hecho de no perder la gracia que Kil'jaeden sentía por él.

El Consejo respondió con un saludo más bien mecánico, y Gul'dan se puso manos a la obra.

—¿Cómo han reaccionado los diferentes clanes ante la idea de trabajar con los ogros como aliados? Kargath, empecemos contigo.

El jefe del clan Mano Destrozada sonrió y gruñó.

—Están preparados para un nuevo baño de sangre y no les importa quién los ayude a rajar las gargantas de los draenei.

Unas risas socarronas retumbaron en la caverna mientras la mayoría del Consejo asentía de acuerdo. Bajo la tenue luz que producían las antorchas, Gul'dan creyó ver cómo los ojos de sus compañeros brillaban de color naranja. Unos pocos, sin embargo, fruncieron el ceño y no compartieron sus celebraciones.

—He oído algunas protestas entre los orcos del clan Garra Blanca —dijo uno—. Y Durotan de los Lobo Gélido todavía sigue desconfiando después de todo lo que vio mientras lideraba el asalto de Telmor.

Gul'dan levantó una mano.

—No teman, he estado pensando recientemente en Durotan.

—¿Por qué no ha sido eliminado todavía? —gruñó con furia Kargath—. Hubiese sido más fácil reemplazarlo con otro más en la línea de nuestros planes. Durotan se está volviendo famoso por su descontento con la posición de Blackhand, y también con la tuya.

—Por eso precisamente necesitamos que siga vivo —dijo Gul'dan, mientras miraba alrededor para ver quién entendía su argumento sin necesidad de una explicación. Observó comprensión en solo unas pocas caras, mientras otros lo seguían mirando perplejos y furiosos.

»Porque todo el mundo sabe que él adopta una posición más moderada —continuó Gul'dan, lamentando tener que explicarle esto a alguien del Consejo—. Si lo eliminamos, todo aquel que hubiese tenido dudas se pondría de su lado. Durotan representa a muchos otros que no se atreven a hablar por sí mismos. Si él está de acuerdo con nosotros, y esta es su lógica, todo irá bien también con ellos. Pero, como Kargath ha mencionado, el clan Lobo Gélido no es el único que parece mostrar reservas.

—Ya, pero... ¿qué pasará si llega el momento en que no está de acuerdo? ¿Si hay algún límite que decide no cruzar?

Gul'dan esbozó una fría sonrisa.

—Entonces nos enfrentaremos a él de forma que nuestro poder superior se imponga sobre el suyo, sin ponerlo en riesgo. Como siempre hacemos. —Gul'dan decidió que era el momento de cambiar de asunto. Se inclinó hacia delante, colocando sus manos sobre la mesa—. Hablando de aquellos que muestran reservas, he oído que todavía hay algunos que continúan intentando contactar con los elementos y los ancestros.

Uno de los miembros del Consejo lo miró incómodamente.

—He intentado disuadirlos, pero no sé cómo puedo castigarlos por hacerlo. Después de todo, fue la voluntad de los ancestros de que atacáramos a los draenei la que hizo posible todo esto.

Sus palabras sonaron un poco desafiantes. Gul'dan sonrió de un modo tranquilizador.

—Sí, por supuesto. Ese fue el cebo que los hizo picar tan profundamente. —Miró hacia Ner'zhul. Sus miradas coincidieron y entonces el anciano chamán bajó la cabeza rápidamente. Tal había sido el cebo que había conseguido engañar a Ner'zhul también, un cebo que no parecía ser necesario para Gul'dan.

—Pero eso ya no es necesario —continuó Gul'dan—. Tenemos que asegurarnos de que no hay vuelta atrás al pasado. Hemos sido afortunados en nuestra campaña y, con el éxito que hemos cosechado con los ogros, posiblemente continúe así. Pero, si nos encontramos con contratiempos, si alguna batalla resulta mal, entonces aquellos que todavía abrazan el chamanismo cerca de sus corazones encontrarán una excusa para volver a él. Esto no tiene que pasar en absoluto. —Se tocó la barbilla pensativamente—. Tenemos que hacer algo más que fomentar las prácticas de brujería. Tenemos que desalentar activamente el chamanismo. Sería lamentable si por alguna razón los ancestros fueran capaces de comunicarse con nuestros descendientes.

De nuevo, volvió a mirar a Ner'zhul. Su antiguo maestro solo había sido capaz de hablar con los ancestros y descubrir lo que realmente estaba pasando cuando había viajado a la montaña sagrada. Hasta este momento, aun siendo un poderoso chamán como era, Ner'zhul había sido engañado con ilusiones. La respuesta, por lo tanto, parecía sencilla.

* * *

En las profundidades de un sueño incorpóreo flotan los seres que están hechos de luz. Solo ellos recuerdan qué ha pasado antes y tienen destellos de lo que ocurrirá en el futuro. Durante mucho tiempo han morado aquí, alimentados por el Otro, que era igual que ellos, pero diferente, y del que percibían que estaba tranquilo ante una lenta desaparición. Hasta hacía poco tiempo, habían morado en este estado de ser-no-ser en paz y tranquilidad. Pero, ahora, la deshonra, el odio y el peligro han llegado. Ya no son capaces de encontrar al durmiente y tan estimado ser. Y él tampoco se les aparece como cuando solían rellenar la piscina sagrada y, sin querer, mantener al Otro con vida. Solo el Muy Engañado había venido, llorando y suplicando, demasiado perdido en las mentiras como para ser ayudado.

De repente, su profundo sueño fue interrumpido. Un temblor sacudió sus cuerpos. Un dolor los atacó salvajemente y pidieron a gritos la ayuda del Otro, que no podía ayudarlos, que no podía ayudarse ni a sí mismo. Las oscuras e impuras cosas que un día fueron bellos seres estaban llegando. Los ancestros sintieron cómo se aproximaban. Su llegada era inexorable, uniendo sus poderes, creando un anillo de oscuridad y separación

alrededor de la montaña. La oscuridad era visible alrededor de las retorcidas criaturas que habían seguido a Sarger, atraídas por la promesa de poder, alimentadas ahora con la promesa de eliminación total. Los ancestros sintieron cómo el ardiente y concentrado odio se fusionaba en una manifestación de energía verde y negra, moviéndose de forma violenta, en busca de una unión espantosa. Lenta e inexorablemente, su dominio se incrementó hasta que una especie de soga formada con ese siniestro poder ahogó la montaña, sellándola para que ningún orco perdido pudiese volver a entrar ni ningún alma desesperada pudiera volver a salir.

Entonces, el Otro gritó también, gritó de pena al sentir que el círculo del sello se había cerrado. Sin el agua que los chamanes le traían no podía seguir curando sus heridas. Y, sin el Otro, también desaparecerían los ancestros.

Muy lejos, sumidos en sus sueños, los pocos orcos que secretamente todavía abrazaban el chamanismo temblaron y lloraron; sus sueños se habían convertido en pesadillas de tormento infinito e inexorable perdición.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Soy un chamán de segunda generación, así como el líder de la segunda Horda, por la que rezo a diario para que sea mejor y más sabia. He hablado con los elementos y los espíritus y he sentido que trabajaban en armonía conmigo muchas veces y que se negaban a ayudarme otras. Pero nunca he visto a los espíritus de los ancestros, ni siquiera en mis sueños; mi alma anhela una conexión como esa. Hasta hace bien poco, aquellos que una vez caminaron la senda del chamanismo no podían ni imaginar en sueños volver a hacerlo y sin embargo lo han hecho.

Tal vez un día las barreras que existen entre nosotros y nuestros queridos muertos también sean derribadas.

Tal vez.

Pero me pregunto si eran realmente conscientes de hasta dónde nos alejamos de sus valiosísimas enseñanzas, si vieron lo que hicimos en Draenor, lo que le hicimos a Draenor... tal vez incluso ahora prefieran darnos la espalda y abandonarnos a la suerte de nuestro destino. Y, si eso es lo que han escogido, no soy quién para echarles nada en cara.

* * *

—No lo entiendo —dijo Ghun. Era el brujo más joven del clan, aun así, pensó Durotan con amargura, uno de los más idealistas. Había visto cómo Ghun arrugaba la nariz en un gesto triste al ser obligado a utilizar a aquellas extrañas criaturas en la batalla contra los draenei. Había visto cómo la pena se apoderaba de su joven rostro cuando sus enemigos se retorcían agonizando delante de él. Drek'Thar había llevado ante Durotan al joven justo después de la declaración de Gul'dan—. ¿Qué hay de malo en esperar que los elementos vuelvan a trabajar para nosotros alguna vez? ¿Y por qué no puedo ir a Oshu'gun?

Durotan no tenía respuestas de verdad para sus preguntas; el decreto de que nadie debía practicar las artes chamánicas nunca más bajo pena de castigo severo o exilio o

incluso muerte por reincidencia había aparecido aparentemente de la nada, sin más explicaciones. Era cierto que la mayoría de aquellos que habían practicado el chamanismo lo habían abandonado cuando los elementos dejaron de colaborar con ellos. Pero ¿qué pasaba con los ancestros? ¿Por qué motivo, en estos tiempos de crisis y necesidad, Gul'dan había prohibido a los orcos acudir a su lugar más sagrado?

Y, como él no tenía respuestas para un joven que se las merecía, Durotan se enojó. Su voz era ronca y profunda.

—Para asegurar la victoria sobre los draenei, nuestro Jefe de Guerra ha hecho ciertos aliados. Estos aliados nos han proporcionado los poderes de brujería que controlas. No me mientas, sé que estás satisfecho con sus resultados.

Los afilados dedos de Ghun habían estado removiendo la tierra seca y muerta hasta sacar una piedra. La lanzaba arriba y abajo sobre la palma de su mano. Durotan frunció el ceño, mirando la piel del joven orco. La aridez de ese lugar y las duras condiciones bajo las que habían estado trabajando durante los últimos dos años les estaban pasando factura. Su habitual piel morena, suave y tensa, se extendía seca y escamosa ahora sobre sus músculos. Inconscientemente, Ghun se arrancó una piel seca que estaba a punto de caer. Durotan observó la nueva capa de piel que había crecido por debajo de esta.

Tenía un tono verdoso.

Por un momento, un absurdo pánico animal se apoderó de Durotan. Se obligó a calmarse y a mirar otra vez. No había duda de que la piel era, de hecho, un poco verde. No tenía ni idea de lo que esto podía significar, pero era algo nuevo y era algo extraño, e instintivamente no le gustó nada. Ghun parecía no haberse dado cuenta. Lanzó la piedra con un gruñido mientras observaba cómo se perdía en la distancia.

Si hubiera sido más adulto, Ghun se habría dado cuenta del tono de advertencia que su jefe de clan había utilizado. Pero era joven y, como prestaba más atención a sus propias preocupaciones, no le hizo caso.

—Los hechizos... las criaturas que me obedecen... estoy satisfecho con su eficacia. Pero no con *cómo* llevan a cabo esta eficacia. Me hacen sentir... me hacen sentir *mal*, mi jefe de clan. Matar es matar, y los elementos que usábamos me otorgaban poderes con los que mataba a mis enemigos, pero nunca sentí esta sensación con su poder. Estamos en esta guerra porque los ancestros nos han dicho que teníamos que matar a los draenei — continuó Ghun—. Entonces, ¿por qué Gul'dan nos dice ahora que no podemos ir a hablar con ellos?

Algo dentro de Durotan chasqueó. Dejó escapar un bramido furioso y levantó al joven orco hasta ponerlo en pie. Lo agarró por sus ropas a la altura del pecho y acercó su cara a menos de un centímetro del estupefacto rostro del brujo.

—*¡Eso no tiene importancia!* —gritó—. Haré todo lo que sea mejor para el clan Lobo Gélido y ahora eso significa hacer lo que Gul'dan y Blackhand nos digan que hay que hacer. ¡Obedece esta nueva orden y punto!

Ghun lo miraba sorprendido. Tan rápida como había aparecido la ardiente ira de su líder desapareció, dejando una estela de pena. Durotan añadió susurrando solo para los oídos del joven brujo:

—No seré capaz de protegerte si tú no te proteges a ti mismo.

Ghun lo miró a los ojos, parecían tener un extraño brillo naranja; luego bajó la mirada y suspiró.

—Lo entiendo, mi líder. No traeré la deshonra sobre el clan Lobo Gélido.

Durotan lo dejó marchar. Ghun dio un paso atrás, se colocó bien sus ropas, hizo una reverencia y se fue. Durotan lo observó mientras se marchaba, contrariado. Ghun también era consciente de que la forma en que se estaban desarrollando las cosas estaba mal. Pero que un solo y joven orco intentara contactar con los elementos no podía hacer nada para detenerlas.

Tampoco, pensó Durotan, podía hacerlo un solo jefe de clan.

* * *

El siguiente objetivo que caería bajo el poder de la Horda sería un sitio sagrado.

Justo después de que se proclamase la prohibición del chamanismo, se ordenó iniciar la marcha hacia un lugar que los draenei llamaban el Templo de Karabor. Aunque se encontraba cerca del Valle Sombraluna, las tierras ancestrales del clan de Ner'zhul, que habían tomado el nombre del mismo valle, ningún orco lo había visto antes. Era un lugar sagrado y como tal había sido respetado por los orcos. O, al menos, fue respetado hasta el momento en que Blackhand, frente a su ejército, empezó a despotricar contra la llamada espiritualidad de los draenei.

—Las ciudades que hemos tomado hasta ahora no han sido más que meros ejercicios prácticos —declaró Blackhand—. Pronto llegará el día en que su capital sea destruida. Pero antes de que arrasemos su ciudad más importante, tenemos que arrasarlos como pueblo. ¡Aplastaremos este lugar! Destrozaremos sus estatuas. Acabaremos con todo lo que significa algo para ellos. Asesinaremos a sus líderes espirituales. Perderán sus corazones y entonces... la toma de su ciudad será tan fácil como matar al cachorro de un lobo ciego.

Durotan, que estaba con los otros guerreros armados y montados, le lanzó una mirada a Orgrim. Como casi siempre, su viejo amigo estaba al lado de Blackhand. Orgrim se había convertido en un maestro manteniendo una sensación de impasividad en su rostro,

pero no podía esconder completamente sus sentimientos a Durotan. Él también sabía qué significaba lo que estaban oyendo. Ese templo era el hogar de Velen. El Profeta solo estaba de visita aquel día en Telmor, pero su verdadero lugar era el templo, donde rezaba, meditaba y servía a su gente como profeta y guía. Si ese día Velen estaba allí, en el templo, probablemente sería asesinado. Ya había sido suficientemente duro matar a Restalaan, por lo que Durotan había rezado para no tener que asesinar también a Velen. Si es que había alguien a quién rezar, claro...

* * *

Seis horas más tarde, desde la parte más elevada de las escaleras de la gran sede del templo de los draenei, Durotan casi se ahoga con los olores que asaltaban su nariz. El ya familiar hedor de la sangre draenei. La peste a orina y heces, y el intenso olor a miedo. El dulce y empalagoso olor a incienso. La sangre cubría las suelas de sus botas; mientras crujían sobre los juncos esparcidos, desprendían una limpia fragancia que de alguna manera empeoraba los otros olores mucho más...

Durotan se dobló y vomitó, tenía un sabor amargo en su boca. Arrojó todo lo que tenía dentro hasta que su estómago se quedó vacío; luego, con las manos temblorosas se enjuagó la boca con agua y escupió.

Una risa áspera llegó hasta sus oídos y se sonrojó. Se dio media vuelta y vio a los dos mocosos de Blackhand, Rend y Maim, riéndose de él.

—Ese es el espíritu —dijo Rend, todavía riendo—. Eso es todo lo que se merecen, nuestro vómito y saliva.

—Así es —dijo Maim repitiendo las palabras de su hermano—. Nuestro vómito y saliva.

Maim le dio una patada al cadáver de un sacerdote que yacía cerca de él vestido con una túnica púrpura y le escupió. Durotan se giró ante la repugnancia y horror de que era testigo, pero no sirvió de nada. Allá donde miraba otros orcos hacían lo mismo sobre los cuerpos inertes de sus enemigos: los profanaban, saqueaban y se vestían con sus ropas empapadas en sangre mientras se burlaban de sus maneras. Otros llenaban metódicamente sus sacos con candelabros, cuencos y platos bellamente tallados, mientras se comían las sabrosas frutas que habían sido dejadas como ofrendas a deidades que los orcos no llegaban ni a comprender, ni querían hacerlo. Blackhand, que había sumado una victoria más a su crédito, devoraba tan rápidamente una bebida alcohólica que había encontrado que su líquido verde le caía por las mejillas y se le colaba por la armadura.

¿Es esto en lo que nos hemos convertido? ¿Asesinos de sacerdotes desarmados, saqueadores de sus objetos sagrados y profanadores de sus cuerpos inertes? Madre

Kashur... en cierta forma me alegro de que nos hayan prohibido contactar con ustedes... pues no quiero que vean esto.

* * *

—Han tomado el templo —dijo Kil'jaeden—, pero no han encontrado mi premio.

La voz de Kil'jaeden era tan suave y acaramelada como siempre, pero ahora movía la cola de forma nerviosa. El estómago de Gul'dan se encogió del miedo.

—Velen, el Traidor, lo debe de haber intuido de alguna forma —dijo Gul'dan—. No en vano es conocido como el Profeta.

La enorme cabeza de Kil'jaeden se giró hacia Gul'dan y este tuvo que hacer un gran esfuerzo para no temblar de miedo. Entonces, Kil'jaeden asintió lentamente.

—Tienes razón —dijo—. Si fuera un enemigo fácil y estúpido, ya habría dado con él.

Gul'dan empezó a respirar de nuevo. Una parte de él ardía en deseos de preguntar qué había hecho Velen para ganarse un odio tan irracional de su maestro. Estaba bastante seguro de que ambos pertenecían a la misma raza. Pero Gul'dan era lo suficientemente listo como para permanecer callado. Podía vivir con su curiosidad insatisfecha sobre este peculiar asunto.

—Con la toma de su templo para nuestros propósitos, maestro, no me cabe ninguna duda de que aquellos que hayan sobrevivido habrán huido hacia la ciudad. Allí se sentirán a salvo, seguros, pero en cambio serán atrapados.

Kil'jaeden movió sus dedos de color escarlata y sonrió.

—Sí —dijo—. Sí. El templo será tuyo. Blackhand parece muy cómodo instalado en la Ciudadela. Pero, antes de que ordenes a tus pequeñas marionetas que asalten la fortaleza draenei, tengo un... regalito para ellos.

* * *

Ner'zhul esperó hasta que Gul'dan hubiera acabado. Observó desde atrás cómo escribía una carta tras otra, manchando de tinta sus fofos dedos, los mismos con los que cogía una pieza de fruta o un trozo de carne y lo metía en su boca. Eran cartas importantes, pues normalmente Gul'dan utilizaba a uno de sus empalagosos escribas para enviar los mensajes.

El templo había sido... purgado, esa era la palabra que Gul'dan había utilizado. Los sacerdotes que estúpidamente decidieron permanecer y enfrentarse a la oleada de orcos habían sido eliminados rápida y eficazmente. Ner'zhul había oído que sus cuerpos

habían sido violados, de igual forma que sus objetos sagrados. La mayor parte del templo había sido clausurada, pues el Consejo y sus siervos no necesitaban demasiadas habitaciones. Habían tomado algunos de sus muebles para cubrir las necesidades del Consejo, el resto había sido substituido por la decoración oscura y puntiaguda inextricablemente asociada ahora con la Horda. Renombraron el complejo como el Templo Oscuro y, en lugar de albergar sacerdotes y profetas, mentirosos y traidores se reunían ahora dentro de sus muros. Ner'zhul reflexionaba con amargura, pues seguramente él se encontraría dentro de ese grupo.

Finalmente, Gul'dan terminó. Se quitó la tinta de los dedos para evitar futuras manchas y reposó la espalda contra el respaldo de la silla. Levantó la mirada hacia su antiguo maestro con un disgusto apenas disimulado.

—Escribe los destinatarios y dáselas a los mensajeros. Hazlo rápido.

Ner'zhul inclinó su cabeza. No era capaz de hacer una reverencia completa ante su antiguo aprendiz y Gul'dan, consciente de su patético estado, no lo obligaba. Se sentó en la silla que Gul'dan había dejado libre y, en el momento en que dejó de oír sus ruidosos pasos, empezó a leer.

Gul'dan ya esperaba que leyese las cartas, por supuesto. De hecho, no había nada en ellas que Ner'zhul no supiera ya. Había asistido a todas las reuniones del Consejo de la Sombra, pero había sido obligado a sentarse en el frío suelo de piedra del Templo Oscuro en lugar de compartir la enorme mesa de madera donde se sentaban los integrantes que tenían verdadero poder. No estaba seguro de por qué le permitían asistir a ellas, solo sabía que por alguna razón Kil'jaeden quería que así fuera. De otra forma, no tenía ninguna duda de que Gul'dan lo habría excluido ya.

A medida que leía el contenido de las cartas, sus ojos se abrían más y más y se ponía enfermo. Se sintió profundamente impotente, como una mosca atrapada en la pegajosa savia que chorrea por las cortezas de los árboles de olemba. O quizás ese era su objetivo. Por lo que había oído, los árboles que proporcionaban tan dulce néctar habían sido talados con la finalidad de utilizar su madera para fabricar armas, o bien estaban muriendo. Ner'zhul sacudió la cabeza para sacarse esa imagen y empezó a envolver los mensajes, tenía la mirada perdida en las piezas de pergamino no usadas y en el tintero y la pluma.

La idea era tan audaz que se le paró el corazón por un instante.

Rápidamente miró alrededor. Estaba completamente solo y no había ninguna razón para esperar que Gul'dan volviera. Gul'dan, Kil'jaeden y el Consejo pensaban que estaba acabado, inofensivo como un viejo lobo sin dientes que calentaba sus huesos con el fuego esperando el momento del sueño eterno. Y prácticamente estaban en lo cierto.

Prácticamente.

Ner'zhul se había resignado a pensar que le habían robado todo su poder. Su poder, pero no su voluntad. Si se la hubieran quitado, no habría sido capaz de resistirse a Kil'jaeden en absoluto. Ner'zhul no podía actuar directamente, pero podía ponerse en contacto con alguien capaz de hacerlo.

Le temblaban los dedos mientras cogía otro pedazo de pergamino. Se detuvo por un momento para conseguir calmarse y poder escribir así algo legible. Finalmente, escribió un mensaje corto, secó la tinta y lo enrolló.

Tal vez el lobo ya no tenía dientes, pero todavía no había olvidado cómo se luchaba.

* * *

Más órdenes de ataque. Durotan empezaba a estar harto de ellas. Ya nunca había una tregua, simplemente luchaban, reparaban sus armaduras, comían carne cada vez más dura y fibrosa, dormían sobre la misma tierra y volvían a luchar. Lejos quedaban los días de tocar los tambores, festejar, reír y celebrar rituales. Habían sustituido el triángulo perfecto de la Montaña Sagrada por una oscura y lúgubre aguja que en ocasiones emitía humo negro. Algunos decían que una criatura dormía dentro de la montaña y que un día despertaría. Durotan ya no sabía qué creer.

Cuando el mensajero se acercó sobre su montura, Durotan tomó el mensaje y empezó a leerlo sin ganas. Abría los ojos más y más a medida que avanzaba la lectura; cuando terminó de leer el pergamino, estaba sudando y temblando. Levantó la mirada y se preguntó estúpidamente si alguien habría sido capaz de entrever el contenido de la misiva solo viendo cómo la leía. Otros orcos pasaban a su lado y el polvo se enganchaba sobre su piel áspera y escamosa y su maltratada armadura. Nadie lo miraba con particular interés.

Se apresuró a buscar a Draka, la única persona en el mundo con la que se atrevía a compartir esa información. Sus ojos también se abrieron de la sorpresa al leer la carta.

—¿Quién más conoce esto? —dijo en voz baja, mientras luchaba por mantener el rostro sereno.

—Solo tú —contestó Durotan también en voz baja.

—¿Se lo dirás a Orgrim?

Durotan sacudió la cabeza. El dolor le apretaba el corazón.

—No me atrevo. Está al servicio de Blackhand bajo juramento, se lo dirá.

—¿Crees que Blackhand sabe algo de esto?

Durotan se encogió de hombros.

—No tengo ninguna idea de quién sabe qué. Solo sé que debo proteger a mi pueblo. Y eso es lo que haré.

Draka lo miró fijamente durante un buen rato.

—Si no hacemos esto como un clan unido... atraeremos la atención. Nos arriesgaremos a ser castigados. O incluso exiliados o exterminados.

Durotan apuntó con un dedo a la carta.

—Ninguna de esas cosas es mejor que lo que nos pasará si no obedecemos. No. He jurado proteger a mi clan. No voy a abandonarlos ante...

Se dio cuenta, un poco tarde, de que había alzado el tono de la voz y varias cabezas empezaban a girarse hacia ellos.

—No voy a abandonarlos ante esto.

Los ojos de Draka se llenaron de lágrimas y se agarró fuertemente a su brazo. Le clavó las uñas en la carne.

—Por eso —dijo ferozmente— es por lo que me convertí en tu compañera. Estoy muy orgullosa de ti.



CAPÍTULO DIECINUEVE

*E*stoy orgulloso de mi herencia. Estoy orgulloso de poder decir que Draka y Durotan son mis padres. Estoy orgulloso de que Orgrim Doomhammer me considerase su amigo y me confiase el liderazgo de la gente que tanto quería.

Estoy orgulloso del coraje de mis padres... y, al mismo tiempo, desearía que hubieran podido hacer algo más. Pero no estoy en su lugar. Es fácil recordar, desde la seguridad de mi posición y las comodidades de mi vida, las cosas que sucedieron hace décadas y decir «deberías haber hecho esto» o «deberías haber hecho aquello».

No quiero juzgar a nadie salvo a un pequeño grupo de individuos que sabían muy bien lo que estaban haciendo, sabían que estaban negociando con las vidas y el destino de su pueblo por simples recompensas del momento y lo hicieron alegremente.

En cuanto a los demás... solo puedo sacudir mi cabeza y contentarme de no haber sido obligado a tomar las decisiones que ellos tomaron.

* * *

Gul'dan estaba tan emocionado que apenas podía contenerse a sí mismo. No había hecho más que esperar este momento desde que Kil'jaeden le había hablado de él. Había querido, incluso, hacerlo antes de lo que quería su maestro, pero Kil'jaeden, riendo entre dientes, le aconsejó tener paciencia.

—Los he visto y todavía no están del todo listos. El tiempo lo es todo, Gul'dan. El mismo golpe, lanzado demasiado antes o después, no mata, solo hiere.

Gul'dan pensó que se trataba de una metáfora un poco extraña, pero entendió lo que Kil'jaeden quería decirle. Pero ahora, por fin, Kil'jaeden pensaba que los orcos estaban listos para el paso final.

El Templo Oscuro tenía un patio central abierto al cielo nocturno. Cuando el templo pertenecía a los draenei, esa área había sido un exuberante jardín con una piscina rectangular en el centro. Los conquistadores se habían bebido hasta la última gota de su dulce y pura agua, sin preocuparse de rellenarla, por lo que ahora no era más que un

espacio vacío de piedra y azulejos. Los árboles y plantas florales que antes rodeaban la piscina habían muerto poco después, con una velocidad asombrosa. Ner'zhul y Gul'dan esperaban al pie de la piscina vacía a petición de Kil'jaeden. Ninguno de ellos sabía qué les esperaba.

Durante varias horas se quedaron allí en silencio. Gul'dan pensaba si de alguna manera había disgustado a su maestro. Solo de pensarlo empezó a sentir un sudor frío y miró de forma nerviosa a Ner'zhul. Se preguntó si esa noche el chamán desafiante sería asesinado por su desobediencia, una idea que lo animó un poco.

Su mente empezó a imaginar los diferentes castigos que podrían ser impuestos a Ner'zhul cuando un repentino y ruidoso trueno los hizo gritar de la sorpresa. Gul'dan levantó la mirada hacia el cielo. Donde antes se podían observar miles de estrellas, ahora solo había oscuridad. Tragó saliva, con los ojos clavados en el negro cielo.

De repente, la oscuridad se empezó a agitar. Parecía una enorme nube de tormenta, negra y palpitante. A continuación, todo empezó a girar en espiral y a tomar más y más velocidad. El viento agitó el pelo de Gul'dan y revolvió sus ropas, suavemente al principio, luego con más fuerza, hasta que finalmente sintió cómo el viento recorría su piel. La tierra retumbó bajo sus pies. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo se movían los labios de Ner'zhul, aunque no pudo escuchar lo que decía. El viento era demasiado fuerte, la forma en que temblaba la tierra bajo sus pies cada vez más intensa.

El cielo se resquebrajó.

Algo brillante y resplandeciente retumbó con gran estruendo contra la tierra justo enfrente de Gul'dan y Ner'zhul. Golpeó el suelo con tanta fuerza que hizo caer de espaldas a Gul'dan. Durante un largo y terrorífico minuto, no fue capaz de respirar; solo podía permanecer tendido, jadeando como un pez, hasta que sus pulmones recordaron cómo hacerlo e inspiró profundamente.

Se puso de pie; temblaba de una forma incontrolable y, cuando vio aquello, volvió a perder el aliento.

Se alzaba como una torre delante de él. Trozos de tierra salían volando mientras sacudía sus cuatro patas, que acababan en pezuñas, y agitaba sus grandes alas de piel. Su cabellera, algo más que una melena, flotaba con extraños mechones verdes sobre su espalda. Sus ojos, también verdes, brillaban como estrellas de fuego y sus colmillos rasgaban la tenue luz que salía por su boca abierta. Parecía tener innumerables filas de dientes afilados, una tras otra, y Gul'dan quería tirarse al suelo y llorar de absoluta desesperación ante tan espeluznante visión. De alguna forma permaneció de pie y en silencio delante de tal monstruosidad, que levantó sus puños cerrados y los sacudió con fuerza, luego bajó la cabeza y miró hacia los temblorosos y acurrucados orcos.

¿Qué es esta cosa?, gritó para sus adentros Gul'dan.

A continuación, apareció Kil'jaeden, mirando a Gul'dan y sonriendo maléficamente.

—Este es mi teniente, Mannoroth. Siempre me ha servido bien y así continuará haciéndolo. En otros mundos, lo llaman el Destructor. Pero aquí es el Salvador, Gul'dan — le susurró Kil'jaeden. De inmediato Gul'dan se volvió a sentir débil y enfermo—. Ya sabes lo que le estoy ofreciendo a tu gente.

Gul'dan tragó saliva. No se atrevía a mirar a Ner'zhul, cuya mirada sentía fija sobre su espalda.

* * *

Sí, sabía perfectamente lo que les estaba ofreciendo Kil'jaeden. Un poder más allá de lo imaginable... y la esclavitud eterna. Kil'jaeden ya le había ofrecido ese poder a Ner'zhul a cambio de lo segundo, pero Ner'zhul, cobarde como era, había frustrado el trato.

No quiso condenar a su pueblo.

Gul'dan no tenía problemas ante tales escrúpulos. Todo en lo que podía pensar era en la recompensa que le ofrecía Kil'jaeden.

—Lo sé, el Más Grande —dijo Gul'dan, sorprendiéndose a sí mismo por la fuerza y convicción de su tono de voz—. Lo sé y acepto gustosamente la más generosa oferta de mi maestro.

Kil'jaeden sonrió.

—Excelente —dijo—. Eres mucho más listo que tu predecesor.

Seguro de sí mismo y eufórico, Gul'dan se giró para regodearse de Ner'zhul. El viejo chamán miraba a su aprendiz implorando. No se atrevió a hablar, por supuesto, pero no necesitaba hacerlo. Incluso bajo la tenue luz de las estrellas, su semblante era muy fácil de interpretar.

Los labios de Gul'dan se curvaron alrededor de sus colmillos y giró la cabeza para mirar a Mannoroth. Aunque seguía teniendo la misma apariencia aterradora, el miedo de Gul'dan había desaparecido aplacado ahora por sus ansias de poder. Miró hacia el ser a sabiendas de que, como él mismo, estaba muy bien considerado por aquel al que ambos servían. Eran como compañeros de armas.

—Solo una hoja especial puede hacer lo que te pido que hagas, Gul'dan —dijo con una voz retumbante Kil'jaeden. Le tendió la mano. La daga parecía minúscula en comparación con la enorme palma de la mano en la que descansaba, pero se volvió bastante grande cuando Gul'dan la agarró con sus propios dedos.

—Esta hoja ha sido forjada en los fuegos de aquella montaña que se ve a lo lejos —dijo Kil'jaeden, apuntando con la mano hacia una montaña humeante—. Mis siervos han trabajado muy duro y durante mucho tiempo en su elaboración. Ya sabes lo que tienes que hacer, Mannoroth.

La criatura asintió con su enorme cabeza. Balanceaba su cola para equilibrar su peso, se puso de rodillas frente a ellos y extendió un brazo. Giró la mano hacia arriba, de tal forma que dejaba al descubierto la suave carne de su muñeca.

Durante un instante, Gul'dan vaciló. ¿Qué pasaría si todo esto se trataba de una especie de trampa, o de una prueba? ¿Y si Kil'jaeden *no quería* realmente que hiciera esto? ¿Y si fallaba?

¿Y si Ner'zhul estaba en lo cierto?

—Gul'dan —interrumpió Kil'jaeden—. Todo el mundo sabe que Mannoroth tiene muchas habilidades, pero también que la paciencia no es una de ellas.

Mannoroth soltó un suave gruñido mientras sus ojos se teñían con un brillo de color verde.

—Estoy impaciente por ver qué va a suceder. A toda tu gente... ¡Hazlo!

Gul'dan tragó saliva, levantó la hoja encarando su brillante filo hacia la muñeca expuesta de Mannoroth y a continuación bajó el cuchillo tan fuerte como pudo.

Y salió volando hacia atrás repelido por la fuerza del golpe de Mannoroth cuando la criatura gritó de dolor. Aturdido, levantó la cabeza y parpadeó, tratando de aclarar su visión.

De la herida emanaba una especie de fuego líquido pegajoso que brillaba en un tono verde amarillento y llenaba poco a poco la piscina de los sacerdotes draenei. La herida era muy pequeña en comparación con la inmensidad del cuerpo de Mannoroth, pero la sangre fluía sin parar como si fuera una cascada. Gul'dan se dio cuenta de que Ner'zhul, el débil, estaba llorando de pena. Gul'dan no podía apartar los ojos de la sangre que seguía saliendo sin cesar de la criatura, que ahora estaba rugiendo y moviendo las piernas sin parar. Se puso en pie y caminó hasta el borde del estanque, cuidando de no entrar en contacto con el líquido que salía a borbotones de la brecha que él mismo había provocado.

—He aquí la sangre del Destructor —se regodeaba Kil'jaeden—. Quemará todo aquello que no esté de tu lado, Gul'dan. Limpiará todo rastro de vacilación, confusión o incertidumbre. Creará un hambre que puede ser dirigida a tu conveniencia. Tu pequeña marioneta cree que lidera la Horda, pero se equivoca. El Consejo de la Sombra cree que lidera la Horda, pero también se equivoca.

Gul'dan levantó la mirada desde la piscina llena del líquido verde brillante que seguía emanando del brazo de Mannoroth hasta los ojos de Kil'jaeden.

—Gul'dan... pronto serás tú el que lidere la Horda. Están listos. Están sedientos por aquello que tú vas a darles.

Gul'dan volvió a mirar el líquido brillante.

—Llámalos. Sacia su sed y... estimula su apetito.

* * *

El ya familiar cuerno que despertaba a la Horda y los convocaba en el patio sonó antes del amanecer. Durotan no había estado durmiendo; ya no dormía mucho. Draka y él se habían levantado sin mediar palabra y empezaron a vestirse.

De repente sintió que la respiración de su compañera se aceleraba. Se giró para ver qué estaba mirando con los ojos tan abiertos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Tu... tu piel —dijo en voz baja. Bajó la mirada hacia su pecho desnudo. Su piel estaba seca y escamosa y, al rascársela, la piel que crecía por debajo era... verde. Recordó haber visto el mismo color en la piel del joven Ghun hacía poco tiempo.

—Es solo un efecto de la luz —dijo, tratando de calmar la situación. Pero Draka no iba a ser fácil de tranquilizar. Levantó su propio brazo y se rascó. Su piel también era verde. Levantó la mirada hacia él. Ambos lo sabían, no había ningún efecto de luz.

—¿Qué nos está pasando? —se preguntó Draka.

Durotan no sabía qué contestar. Continuaron vistiéndose en silencio y, mientras iba hacia el patio para formar, Durotan continuó mirándose el tono verdoso que la piel de su brazo, bajo el metal de su armadura, había empezado a tomar.

Ayer por la tarde, durante una sesión de entrenamiento con jóvenes orcos, les habían anunciado la asamblea de hoy. Durotan todavía no se acostumbraba a ver a los niños, que meses atrás no eran capaces casi ni de caminar, portando ahora espadas y hachas de forma poderosa. Parecían contentos con su nuevo estado, incluso agradecidos, pero Durotan tenía que luchar contra el impulso de sacudir la cabeza cada vez que los veía.

Durotan no sentía ni curiosidad por saber cuál sería su nuevo objetivo. Sería lo mismo que hasta ahora, masacres, rabia y profanación de cadáveres. Recientemente, hasta los cuerpos muertos de sus compañeros de la Horda habían sido abandonados en el campo de batalla, no así sus armas y armaduras, que serían usadas por un nuevo guerrero. A veces, algún amigo o familiar se inclinaba sobre el cadáver durante un momento, pero incluso esto se estaba dejando de hacer. Formaban parte del pasado los días en que se traían de vuelta y se honraban los cuerpos de los caídos en batalla con un ritual y una pira funeraria, cuyo fuego enviaba sus espíritus junto con los de los ancestros. Ahora, no había tiempo para rituales o piras funerarias o ancestros. No había tiempo para los muertos. No

había tiempo para nada, según parecía, más que para asesinar draenei y reparar armas y armaduras para que la Horda pudiera continuar con su tarea.

Estaba de pie en el patio, apático, esperando órdenes. Blackhand se acercó hasta las puertas de la Ciudadela, donde podían verlo con claridad. Corría el viento. Como no había nada que lo frenase en aquel lugar, doblaba ferozmente los estandartes de varios clanes.

—Tenemos un largo camino que hacer por delante —gritó Blackhand—. Se les ordenó empacar provisiones y así espero que lo hayan hecho. Guerreros, tengan listas sus armas y armaduras. Curanderos, tengan sus unguentos, pócimas y vendajes a mano. Pero, antes de ponernos en marcha hacia la guerra, marcharemos hacia la gloria.

Levantó una mano y señaló hacia lo lejos, donde la inhóspita montaña sobresalía sobre el cielo y emitía humo negro.

—Ese es nuestro primer destino. Nos dirigiremos hacia la montaña y... lo que pase allí será recordado durante toda la eternidad. Va a empezar una época en que los orcos descubrirán un poder como el que nunca han conocido antes.

Hizo una pausa para que todo el mundo reflexionara sobre lo que había dicho y asintió, visiblemente complacido ante el murmullo que empezó a crearse entre la multitud allí congregada.

Durotan se puso tenso. *Entonces... hoy es el día...*

Como de costumbre, sin explicar más de lo que necesitaba explicar, Blackhand acabó su discurso con un:

—¡Vámonos!

La Horda se puso en marcha con entusiasmo y curiosidad y excitada por las palabras de Blackhand. Durotan miró rápidamente a Draka, que se limitó a asentir apoyando su plan. Luego, haciendo un gran esfuerzo por mover sus pesados pies, siguió al resto, sumergido en la marea.

* * *

Era un camino estrecho y empinado que conducía parcialmente y a través de la meseta hasta la montaña humeante. A Durotan le pareció como si un pedazo de montaña hubiera sido cortado con un golpe de espada, de una forma tan perfecta que no podía ser natural. Sus pensamientos se desviaron hacia esa idea. Muy pocas cosas de las que le habían pasado recientemente le parecían naturales, pensó. Había tres grandes losas negras de piedra pulida incrustadas en el suelo. Eran hermosas, pero siniestras al mismo tiempo. Los orcos estaban cansados después de una larga subida bajo el asfixiante calor que producían el sol y el peso de las armaduras, armas y provisiones sobre sus cuerpos.

Durotan se preguntaba cuál sería la lógica de esta caminata, pues no parecía tener mucho sentido agotar los cuerpos de los guerreros de tal forma antes de una batalla. Tal vez el ataque sería más tarde, al día siguiente, cuando ya estuvieran más descansados.

Para sorpresa de Durotan, una vez que todos estaban allí, reunidos y en silencio, no fue Blackhand el que se dirigió a ellos, sino Gul'dan.

—No fue hace mucho tiempo —dijo Gul'dan— que éramos un pueblo disperso. Nos reuníamos dos veces al año y solo para cantar, bailar, tocar los tambores e ir de caza.

Pronunció aquellas palabras con un tono de voz despectivo. Durotan bajó la cabeza. Durante siglos, los clanes habían asistido juntos al festival Kosh'harg. No era algo estúpido, tal y como el tono de voz de Gul'dan había sugerido, sino algo sagrado y muy poderoso. Era lo que mantenía la armonía entre los clanes para que no se atacaran entre ellos. Pero, por la forma en que los orcos alrededor suyo reaccionaron, podría haber sido hace toda una vida. Ellos también gruñeron en señal de desaprobación, sacudieron sus armas ferozmente y parecían avergonzados. Incluso aquellos que habían sido chamanes.

—Ahora, ¡miren lo que somos! Estamos hombro con hombro, clan con clan, Riecráneos al lado de Faucedraco, Señor del Trueno al lado de Grito de Guerra, todos fuertes y seguros bajo el liderazgo de aquel que escogieron ustedes mismos, Blackhand. ¡Por Blackhand!

Todos lo aclamaron, pero Draka y Durotan no participaron en la exaltación general.

—Bajo su astuta dirección y con las bendiciones del ser que ha decidido ser nuestro aliado, hemos crecido con fuerza y orgullo. Nuestras habilidades y tecnología han avanzado más en los últimos dos años que en los últimos dos siglos. La amenaza que se cernía sobre nosotros está a punto de ser exterminada, a falta de un último esfuerzo para ser aplastada definitivamente. Pero antes... antes, por el compromiso que hemos demostrado con esta causa, recibiremos a cambio nuestras bendiciones.

Se giró y levantó un cáliz extraño. Parecía haber sido tallado con el cuerno de una criatura, pero Durotan no recordaba haber visto nunca a ningún uñagrieta ostentando una cornamenta tan grande. Además, era amarillento y curvado. Símbolos extraños habían sido tallados en él y, cuando la noche se cernió sobre ellos, parecían brillar tenuemente. Cualquiera que fuera el contenido de la copa, también brillaba. Como Gul'dan lo sostenía frente a él, su espeluznante luz amarilla y verdosa iluminaba su rostro y creaba grotescas sombras.

—Esta es la Copa de la Unidad —dijo Gul'dan en un tono solemne—. Es el Cáliz de la Resurrección. Se lo ofrezco al líder de cada uno de los clanes y él se lo podrá ofrecer también a aquellos de su clan que deseen ser bendecidos por los seres que tan, tan buenos han sido con nosotros. ¿Quién quiere venir en primer lugar, prometer su lealtad y recibir sus bendiciones?

Gul'dan se giró un poco hacia la derecha, hacia Blackhand. Este sonrió y abrió la boca para hablar cuando una voz salvaje y familiar rompió la tranquilidad de la noche.

No, pensó Durotan. *No... él no...*

Draka apretó con fuerza el brazo de Durotan. No podía hablar.

—¿No vas a advertirlo?

Durotan tragó saliva. No era capaz de hablar. Sacudió la cabeza: *No*. Hubo un tiempo durante el que Durotan contaba al valiente y esbelto orco que ahora se levantaba valientemente entre sus amigos. Pero no se podía arriesgar a revelar lo que él sabía que iba a pasar.

Ni siquiera a Grom Hellscream.

El jefe del clan Grito de Guerra había avanzado entre la multitud hasta el lugar donde estaba Gul'dan. Blackhand parecía un poco molesto con Hellscream. Evidentemente, Gul'dan y Blackhand habían planeado que el Jefe de Guerra bebiera primero.

La boca de Gul'dan dibujó una sonrisa.

—Alguien tiene que aprovechar el momento, querido Grom —le dijo mientras se inclinaba un poco y le ofrecía la copa llena del turbulento líquido de color verde. El cáliz emanaba luz y calor y la cara de Grom, maquillada para inspirar pavor entre sus enemigos y respeto entre sus aliados, parecía incluso más aterradora.

Grom no vaciló ni un instante. Acercó la copa hasta sus labios y bebió profundamente. Durotan lo observaba, tratando de ver cuál era su reacción. Tal vez, la carta no había sido enviada por un aliado; tal vez se trataba de una trampa...

Gul'dan apenas tuvo tiempo de recoger el cáliz de sus manos antes de que Grom se pusiera tenso y se estremeciera. Se dobló sobre sí mismo por un momento y la multitud empezó a murmurar de preocupación. Durotan contempló, horrorizado, cómo el cuerpo encorvado de Grom palpitaba y se estremecía. Los hombros de Grom, estrechos para un orco normal, se ensancharon frente a sus ojos. Su armadura se resquebrajó ante su nuevo e imponente cuerpo. Lentamente, Grom se reincorporó y miró a la multitud, tan alto como siempre había sido, pero ahora mucho más musculado y fuerte por el líquido verde.

Grom se veía tranquilo, saludable y, salvo por el tatuaje negro bajo su mandíbula inferior... completamente verde.

Grom inclinó su cabeza hacia atrás y gritó otra vez. El grito fue el más fuerte que Durotan jamás había oído. Era como una puñalada de sonido, que te destrozaba el cuerpo y te dejaba sangrando por los suelos. Durotan se cubrió los oídos, como casi todos los demás, pero no podía apartar la mirada de la cara de Grom.

Los ojos de Grom ahora brillaban en un tono rojo.

—¿Cómo te sientes, Grom Hellscream, del clan Grito de Guerra? —le preguntó Gul'dan con una particular delicadeza.

La expresión de éxtasis de Grom era tan fuerte que incluso parecía de dolor, mientras buscaba las palabras para contestar.

—Me siento... ¡magnífico! Me siento... —se interrumpió y volvió a gritar por tercera vez, como si solo fuera capaz de emitir ese grito primitivo—. ¡Denme carne draenei para desgarrar y arrancar! Quiero sangre draenei sobre mi cara... ¡voy a bebérmela hasta que no pueda más! ¡Denme su sangre!

Hinchaba el pecho al ritmo de sus emociones y abría y cerraba sus puños con fuerza. Parecía listo para atacar una ciudad entera con nada más que sus manos desnudas... y Durotan pensó que sería capaz de hacerlo. Hellscream le hizo un gesto a su clan.

—¡Orcos del clan Grito de Guerra! ¡Vengan aquí! ¡A ninguno de ustedes se le negará tal éxtasis!

Los guerreros del clan Grito de Guerra se precipitaron hacia delante, ansiosos todos por sentir lo que estaba experimentando su líder. La copa pasó de uno a otro, mientras todos bebían. Todos se doblaban de dolor sobre sí mismos durante unos momentos, todos pasaron por ese dolor para aparentemente conseguir una fortaleza y deleite mayores. Los ojos de todos los que bebían se volvían rojos.

Mientras Blackhand los observaba, su rostro se volvía más y más siniestro. Cuando el último de los orcos del clan Grito de Guerra terminó de beber de la copa, gritó.

—¡Ahora me toca a mí! —demandó mientras tomaba la copa y bebía un gran trago de ella.

Blackhand se agarró la garganta por un momento, pero se quedó completamente callado mientras lo que fuera que había dentro de la copa hacía su siniestro efecto. Se había quitado la armadura y se podía ver claramente cómo los músculos se ondulaban y crecían bajo su piel verde. Le brillaban los ojos en color rojo cuando, finalmente, levantó la vista. Hizo una señal a sus hijos y Maim y Rend quitaron del medio a otros orcos que estaban en su camino. Durotan observó a Griselda, la única hija de Blackhand, vacilar antes de empezar a beber. Blackhand se burló de ella.

—Tú no —dijo gruñendo. Griselda retrocedió como si la hubieran golpeado. Durotan, que siempre había sentido algo de cariño por la chica, dio un suspiro de alivio. Blackhand intentó, en cambio, avergonzarla, pero sin quererlo le estaba dando un regalo enorme. Blackhand señaló a Orgrim.

—¡Ven aquí, amigo Orgrim! ¡Bebe conmigo!

Incluso entonces, cuando su mejor y más antiguo amigo era convocado para beber aquel oscuro líquido, Durotan no podía hablar. Pero por suerte no lo necesitó. Orgrim inclinó su cabeza.

—Mi líder, yo no soy nadie como para quitarte esta gloria. Soy tu segundo, no jefe de clan, y nunca perseguiré esa posición.

Durotan suspiró aliviado. Orgrim vio lo que Durotan ya había visto, aunque no estaba al tanto de la información que había recibido él. No era ningún idiota. Era dueño de su propia alma y no la vendería por una clase de poder que destrozaba el cuerpo y hacía brillar los ojos de aquella manera tan siniestra.

Entonces los otros jefes de clan esperaron en fila, ansiosos por recibir una bendición que había excitado tanto a dos de los más famosos y respetados jefes de clan. Durotan no se movió de donde estaba. Drek'Thar se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Mi líder, ¿no desea recibir la bendición?

Durotan sacudió la cabeza.

—No, y tampoco permitiré a nadie de mi clan que beba.

Drek'Thar parpadeó sorprendido.

—Pero... Durotan, ¡es obvio que esa bebida otorga gran poder y pasión! ¡Serás un idiota si no la bebes!

Durotan sacudió la cabeza otra vez, mientras recordaba el contenido de la carta. Había sido escéptico al principio, pero ahora estaba muy seguro.

—Sería un idiota si lo hiciera —dijo en voz baja. Entonces Drek'Thar trató de protestar, pero silenció al antiguo chamán con una mirada.

De forma inesperada las palabras del profeta de los draenei, Velen, se le cruzaron por la mente: *Decidimos no vender a nuestra gente como esclavos y por eso nos tuvimos que exiliar*. Durotan sabía con toda seguridad que una vez que los *orcos* bebieran de ese cáliz, su voluntad no les pertenecería nunca más. Gul'dan estaba haciendo lo mismo que los líderes de los draenei, en su lugar de origen, habían hecho una vez. Había vendido a su pueblo como esclavos. La historia se repetía y esta vez era Durotan el que desafiaba a sus líderes por el bien de su gente. Tal vez su clan y él, como los draenei, se convertirían pronto en los exiliados. Eso no importaba. Lo que estaba haciendo era lo correcto. Entonces se dio cuenta de que todos los jefes de clan restantes habían bebido ya y que el tan temido momento había llegado ya.

Gul'dan hizo un gesto hacia él.

—¡El asombroso Durotan! ¡El héroe de Telmor! —Durotan se obligó a permanecer impasible—. Ven y únete al resto de jefes de clan. ¡Bebe el líquido del cáliz!

—No, Gul'dan, no voy a hacerlo.

Bajo la luz de las antorchas, Durotan pudo ver cómo Gul'dan guiñaba el ojo derecho de sorpresa.

—¿Te niegas? ¿Piensas que eres mejor que el resto? ¿Crees que tú no necesitas la bendición?

Los otros jefes de clan empezaron a fruncir el ceño, a respirar intensamente como si hubieran estado caminando durante horas, en sus cejas brillaba el sudor.

Durotan no mordió el anzuelo.

—Esa es mi decisión.

—Quizás haya otros en tu clan que piensen de otra manera —dijo Gul'dan moviendo sus brazos para señalar a todo el clan Lobo Gélido—. ¿Dejarás que ellos beban, en ese caso?

—No. Yo soy el líder del clan Lobo Gélido y esa es mi decisión.

Gul'dan se bajó de la losa de obsidiana en la que estaba subido y se acercó a Durotan. Se inclinó hacia él y le susurró algo al oído.

—¿Qué sabes y cómo lo sabes?

No había duda de que se trataba de un gesto de intimidación pero, en su lugar, no hizo más que insuflar nueva esperanza en el pecho de Durotan. Gul'dan se sentía amenazado. Pero, en lugar de esperar a que cayera la noche y enviar un asesino para acabar con aquel que suponía un inconveniente, estaba intentando intimidar a Durotan a base de humillarlo delante de todos. Acababa de comprobar la veracidad del contenido de la misteriosa carta y reveló que no tenía ni idea de quién era su autor. Entonces, Durotan comprendió que podría sobrevivir a esa situación y proteger a su clan.

Dijo en el mismo tono:

—Sé lo suficiente y tú nunca descubrirás cómo lo sé.

Gul'dan se fue hacia atrás y esbozó una risa forzada.

—Pues esa es tu elección, Durotan, hijo de Garad. Pero, si tu decisión es rechazar tal bendición, atente a las consecuencias, entonces.

Las palabras eran de doble filo, pero a Durotan no le preocupaba lo más mínimo. Otro día, quizás, tendría que preocuparse por lo que Gul'dan tenía planeado para él.

Pero no esa noche.

Gul'dan volvió a su posición y se dirigió a la muchedumbre a gritos:

—Todos aquellos que desean la bendición del poderoso Kil'jaeden, nuestro benefactor, la han recibido. Piensen en esta montaña como el trono de Kil'jaeden, donde se sienta, nos observa y nos bendice por hacer un trabajo que nos ayudará a seguir adelante y ser lo mejor que somos capaces de ser.

Dio un paso hacia atrás y asintió a Blackhand. Sus ojos brillaban, rojos, y su armadura reflejaba la luz parpadeante de las antorchas cuando levantó sus brazos y gritó:

—Esta noche vamos a hacer historia. Esta noche atacaremos el último bastión de nuestro enemigo. Vamos a arrancarles los miembros de sus cuerpos. Vamos a bañarnos en su sangre. Vamos a tomar por sorpresa las calles de su capital como si fuéramos su peor pesadilla. ¡Sangre y truenos! ¡Que la victoria sea para la Horda!

Durotan se quedó inmóvil. ¿Esta noche? No habían discutido ninguna estrategia. Blackhand no estaba hablando de una pequeña aldea o un pueblo, era la capital de los draenei. Era su último refugio y estaba seguro de que lucharían más ferozmente de lo que nunca antes habían hecho, como animales astados. Recordó las grandes máquinas de guerra que habían construido y sabía que Blackhand había ordenado que las transportaran a un lugar del que ni Durotan ni los otros sabían nada.

Una locura, era una locura.

Y, mientras miraba a los orcos que alrededor suyo estaban gritando, con los ojos como pequeños puntos de color carmesí sin voluntad, comprendió que la palabra «locura» era más que una realidad.

Aquellos que habían bebido de la copa contaminada estaban todavía más enloquecidos. Grom Hellscream bailaba la danza del fuego cerca de una hoguera, agitando sus ahora musculados brazos e inclinando la cabeza hacia atrás. Su piel, que una vez había sido marrón, ahora era completamente verde. Durotan, enfermo y aturdido por el horror que contemplaba, observaba sus brillantes ojos rojos, tan parecidos a los ojos de las criaturas que obedecían como esclavos a los brujos, y su piel de color verde, el mismo tono verde que estaba empezando a teñir las pieles de los brujos, como a Ghun, y que también estaba empezando a teñir la del resto de orcos, la de él mismo y la de la persona que amaba con todo su corazón.

Pensó en el contenido de la carta, escrita en una lengua arcaica que solo unos pocos entre los más educados chamanes o líderes de clan conocían:

Te preguntarán si quieres beber. Niégate. Es la sangre de almas corruptas y corromperá la tuya y la de todos aquellos que la beban. Te esclavizará para siempre. Por el amor hacia todo aquello que una vez nos preocupaba, niégate.

La lengua arcana tenía una sola palabra para referirse a estas «almas corruptas».

Este tipo de cosas eran controladas por la voluntad de los brujos, pero apenas. El líquido que fue pasando de boca en boca de aquellos que Durotan había llamado una vez amigos o enemigos era la sangre de una de esas almas. Y Durotan vio cómo las almas corruptas de los orcos les hacían bailar como locos bajo la luz de las antorchas y salir corriendo después hacia la montaña. Unos actos alimentados con la rabia innatural y la energía necesaria para atacar la ciudad más fortificada que este mundo nunca había visto.

Almas corruptas.

Dae'mons.

Demonios.



CAPÍTULO VEINTE

*H*e hablado con muchos de los que estuvieron presentes durante la destrucción de la ciudad de Shattrath. Cuando les pregunto sobre lo ocurrido, sus recuerdos parecen nublados y pobres. Incluso Drek'Thar, que tanto recuerda con una claridad sorprendente, tartamudea y titubea cuando le pido recordar los detalles. Es como si aquellos que habían bebido de la sangre demoniaca solo fueran capaces de recordar la furia que sentían y no lo que hicieron con sus propias manos. E incluso aquellos que no la bebieron, un puñado de orcos entre los que se encontraba Drek'Thar, incluso ellos, no son capaces de recordar los detalles de aquel día. Como si las atrocidades que cometieron fueran tan horrorosas que quisieran ser olvidadas.

No cabe duda de que algunos draenei sobrevivieron al asalto; aquí, en Azeroth, he visto con mis propios ojos las tristes y patéticas criaturas en las que se han convertido los que un día fueron gloriosos draenei, preguntándose con tristeza el porqué de su situación y llorando como niños por el hogar perdido. Esos «últimos draenei» son dignos de lástima.

Es por eso por lo que el recuerdo de ese día es vago, cosa que lamento. Un momento así, por siniestro que sea, no debería ser olvidado o pasado por alto. Y ese es el mayor desafío de aquel que quiere contarlo.

* * *

Mientras marchaban camino a la ciudad, los orcos ardían con una salvaje necesidad de destrucción. Algunos estaban tan rebosantes de rabia y odio que golpeaban incluso a las rocas cuando pasaban cerca de ellas. Otros gritaban encolerizados. Y otros se mantenían callados y mortalmente serios, concentrando toda su rabia para ser liberada en el momento adecuado.

Durante esa larga marcha, a Durotan le preocupaba más su propia gente, aquellos individuos a los que un día había llamado amigos, que cualquier ogro blandiendo el garrote o que una manada de talbuds... o que cualquier enemigo draenei, por muy enfurecido que

estuviera. Temblaba y tenía sudores fríos, pero no sentía miedo por sí mismo. Su temor era por lo que iba a pasar a continuación, no a los draenei, pues su destino estaba ya irremediabilmente escrito, sino a su propia raza, a los orcos. Mientras corrían hacia Shattrath bajo el grito de la Horda, Durotan era un mar de dudas.

En un momento dado, un horrible estruendo los hizo caer al suelo a todos. Mientras se incorporaban, se giraron hacia el lugar del que venía para ver de qué se trataba.

Parecía como si la montaña hubiera explotado. Una especie de fuego líquido se levantó violentamente hacia el cielo nocturno para luego caer y salpicar toda la montaña y sus agrestes picos. Relucía y brillaba como la sangre de demonio que los orcos acababan de beber, aunque con un tono más naranja y amarillento que verde siniestro. La montaña escupió más y más lava. Era una visión gloriosa, fascinante y... terrible.

Los orcos interpretaron tal visión como una señal y rompieron en un grito de júbilo. Después de unos momentos de celebración ante la montaña, el Trono de Kil'jaeden, bendiciendo su esfuerzo, dieron media vuelta y continuaron su marcha camino a la masacre.

Unos kilómetros antes de entrar en la ciudad se frenaron. Toda la zona había sido limpiada recientemente y por un momento los primeros orcos en llegar allí se sintieron confundidos. Era allí donde les habían dicho que tenían que reunirse, donde sus máquinas de guerra tenían que estar preparadas para la batalla.

Entonces, sin previo aviso, algo se materializó frente a sus ojos. Los orcos dieron un paso hacia atrás, jadeando. Luego, fuera de toda lógica y razón, empezaron a gruñir ante tan enorme ser. Se alzaba ante ellos, tres veces más alto que cualquier ogro, completamente rojo, desde las pezuñas hasta la punta de su cola, desde los cuernos hasta sus afiladas uñas negras. Su tamaño no se parecía a nada de lo que hubieran visto antes, pero su forma... Durotan lo miró y pensó lo parecido que era a un draenei enorme y con la piel roja. De repente la idea de que los orcos habían sido arrastrados a un conflicto personal en el que nunca deberían de haberse metido lo golpeó con tanta fuerza como una marea.

—¡No tienen nada que temer y sí mucho que celebrar ahora que han jurado su alianza conmigo! —gritó con una voz que penetraba hasta los huesos—. Soy Kil'jaeden, el Más Bello, aquel que ha estado a su lado desde el principio. Y ahora, de camino hacia la más gloriosa batalla, también estoy de su lado. Hubo un tiempo en el que los draenei conspiraron contra ustedes hasta el punto de esconderles toda una ciudad. Pero ahora han destruido esa ciudad, y otras, y han arrasado su templo. Todo lo que nos queda por hacer es superar esta batalla final y entonces la amenaza será eliminada por completo.

»La piedra verde que antes escondía la ciudad de Telmor ante nuestros ojos ahora esconde la perdición ante los suyos. ¡*Kehla men samir, solay lamaa kahl!*

La ilusión se desvaneció y docenas de catapultas, arietes y armas de asedio de todos los tipos aparecieron frente a sus ojos. De pie junto a las máquinas de guerra estaban los ogros, quietos y en silencio, con sus estúpidos rostros mostrando determinación. Llevaban armas adecuadas a su tamaño y Durotan contó, como mínimo, tres docenas de ellos listos para la batalla. A su lado, las enormes armas parecían juguetes.

—Y hay más... —dijo Kil'jaeden mientras movía las manos.

Todos los brujos gritaron y se llevaron las manos a la cabeza durante un momento, luego parpadearon y sonrieron.

—He transmitido nuevos hechizos a sus mentes. Utilícenlos bien. ¡Asalten a los draenei, *ahora!*

Una marea de orcos sedientos de sangre se puso en marcha, como si Kil'jaeden hubiera abierto una compuerta. Algunos de ellos empuñaron las armas que habían sido fabricadas para hacer caer una ciudad con una energía que Durotan no recordaba haber visto nunca. Los ogros se dirigieron inmediatamente hacia las otras, moviendo las enormes armas pesadas a un ritmo acelerado. Otros orcos estaban tan cegados por la sed de sangre que simplemente salieron corriendo hacia la ciudad. Durotan no sabía lo que iban a hacer al llegar allí, pero tanto él como su clan siguieron al grupo obedientemente.

Las máquinas de guerra impulsadas por los ogros y los orcos retumbaban de forma constante. Pero, incluso antes de que hubieran llegado a sus posiciones, las murallas que protegían la ciudad estaban bajo ataque. Enormes rocas de color verde brillante caían desde el cielo y golpeaban la ciudad. Torres y ciudadelas que se elevaban por encima del nivel de los muros se agrietaban y caían hechos añicos, y el propio muro estaba empezando a desmoronarse por varios lugares. Pero no era solo las simples rocas que caían del cielo, sino lo que crecía de ellas una vez llegaban a tierra.

Moviéndose con una velocidad escalofriante, aparecieron criaturas que parecían hechas de la misma piedra verde brillante, se pusieron de pie y cargaron. Empezaron a golpear los muros de la muralla al mismo tiempo que otras piedras normales lanzadas por las catapultas también la golpeaban. Enormes troncos de árbol chocaban contra la puerta principal. Dos ogros estaban golpeando la puerta con sus garrotes, y sus vigas se estremecían. Durotan podía oír los gritos de furia y horror mientras los draenei intentaban luchar contra las criaturas, los infernales, según oyó que un brujo se refería a ellas. La mayoría de los brujos usaban a estos nuevos siervos, pero algunos todavía usaban sus pequeñas criaturas, más obedientes a sus órdenes.

La ciudad no sería capaz de aguantar mucho tiempo ante un asalto como ese. Haciendo un ruido atronador, toda una sección de pared de piedra se derrumbó. La marea de enloquecidos orcos y ogros se colaba por el agujero mientras gritaban y agitaban sus

armas. Durotan se quedó dónde estaba, clavado en la tierra, viendo cómo los orcos luchaban y mataban y morían.

La rabia y la furia que había observado en ellos antes de entrar en batalla no era nada comparado con lo que ahora veía. No había ninguna estrategia, ningún intento de defensa, ninguna llamada de retirada cuando fuera necesaria. No era más que asesinato y masacre, dar muerte y recibirla, carreras estúpidas hacia callejones sin salida llenos de trampas. Algo así era de esperar en los ogros, y Durotan no sentía ninguna lástima mientras veía sus pesados cuerpos caer y chorrear sangre. Pero los orcos... parecían estar más preocupados por la sensación de bienestar que les provocaba la batalla y por los gritos de guerra que brotaban de sus gargantas que por cualquier otra cosa.

Decenas... no, no, *cientos* morirían esa noche. El número de víctimas transformaría la ciudad en un lugar inhabitable. Cuando salió el sol, los cuerpos azules y verdes se amontonaban como basura por las calles. Había sido una carnicería, un caos, y algo demente. Durotan blandió su hacha porque era o luchar o morir; e incluso entonces, a pesar de saber que su gente iba por el mal camino, no deseaba morir.

* * *

Kil'jaeden y Mannoroth permanecieron juntos, observando cómo los meteoritos verdes que albergaban en su interior a los infernales golpeaban la tierra.

—Se arremolinan como insectos —dijo gruñendo Mannoroth.

Kil'jaeden asintió, complacido.

—Así es. Qué visión tan bella, estoy muy satisfecho.

—¿Y ahora qué?

Kil'jaeden miró sorprendido a su teniente.

—¿Ahora qué? No hay más que hacer, al menos no aquí. Los orcos han cumplido con mi propósito. Arden con tu sangre, mi amigo. Los consumiré a no ser que encuentren una salida a su odio y la única que tienen es masacrar a todos los draenei sobre la faz de este mundo.

Observó cómo el fuego se teñía de verde brillante a lo lejos.

—Está bien que hayas terminado aquí —dijo Mannoroth—. Archimonde murmura que estás perdiendo el tiempo y nuestro maestro nos quiere en otro lugar.

Kil'jaeden suspiró.

—Tienes razón. Sargeraz está ansioso y ha sido muy paciente conmigo. Solo lamento una cosa, no estar presente cuando destripen a Velen. Ah, bueno. Será suficiente saber que así fue. Vayámonos de este lugar.

Hizo un gesto y desaparecieron, tanto él como su teniente.

* * *

—¿Qué quieres decir con que él no estaba allí? —gritó Gul'dan—. Eso no puede ser verdad.

—Lo que te he dicho —gruñó Blackhand—. Rastreamos toda la ciudad, Velen no estaba en ningún sitio.

—Tal vez un grupo sobreexcitado lo encontró primero y mutiló su cuerpo —dijo Gul'dan nervioso. Eso no eran buenas noticias. Gul'dan le había dado órdenes a Blackhand de encontrar el cadáver del profeta Velen y traer su cabeza de vuelta. Iba a ser un regalo para Kil'jaeden.

—Es posible, incluso probable —dijo Blackhand—. Pero, por lo que me habías contado, aunque su cuerpo hubiera sido descuartizado, no podría haberse confundido con el de un draenei normal.

Gul'dan negó con la cabeza, preocupado y un poco enfermo. Los draenei tenían la piel azul y el pelo negro. Velen, su profeta, tenía la piel blanca y pálida y el pelo blanco. Solo con que hubiera quedado un trozo de su piel podrían haber identificado su cuerpo.

—¿Han peinado la ciudad en su búsqueda?

Las cejas de Blackhand se juntaron.

—Te he dicho que así lo hicimos —dijo sombríamente. Su respiración comenzó a acelerarse y sus ojos se volvieron aún más rojos por la ira que estaba creciendo dentro de él.

Gul'dan asintió con la cabeza. Ebrios como estaban los orcos por la sangre no podían haber fallado en la búsqueda del cuerpo del líder de sus enemigos. La recompensa sería demasiado grande y el castigo en el caso de que se hubiera pasado por alto y descubierto más tarde, aun mayor.

De alguna manera, Velen había escapado. Eso significaba que probablemente había otros draenei vivos. De repente, su corazón se aceleró de pánico mientras se preguntaba cuántos se le habrían escapado de las manos... y a dónde en este ancho y gran mundo habían ido.

* * *

Tiempo atrás, Velen había tenido un templo entero lleno de acólitos, sacerdotes y sirvientes en el que meditar y orar. Ahora, estaba en una habitación pequeña; él era uno de

los pocos que tenía su propia habitación. Sostenía el cristal violeta en su mano y una lágrima se deslizaba silenciosa y desatendidamente por su mejilla.

Vio la caída de la ciudad. Quería quedarse para prestar su propia y nada desdeñable magia a sus hermanos, pero esa decisión le hubiera costado la vida, no solo la suya, sino la de todo su pueblo. No necesitaban un mariscal en ese momento. Los orcos, borrachos de sangre demoniaca, ardían con un deseo asesino que no se saciaría matando a todos los draenei que quedaban en Draenor, ni siquiera viendo sus rígidos y muertos cadáveres. Kil'jaeden y la Legión Ardiente de demonios de Sargerass los controlaban. Los orcos los superaban en número y contaban con ogros, brujos y una furia que los llevaría física y emocionalmente a lugares donde ninguna otra mente racional se atrevería a viajar. Velen no podía hacer nada más que dejar que la ciudad cayera, pues nada se podía hacer para salvarla.

Tampoco los orcos podían ser salvados. El único destello de esperanza para la redención final de la Horda residía en el único clan que no había bebido la sangre, que no había hecho el pacto, aquellos que todavía conservaban sus mentes y sus corazones a su voluntad. Unos ochenta orcos, eso era todo. Ochenta para enfrentarse a más de una docena de clanes, en su mayoría mucho más grandes, cuyo Jefe de Guerra era el peor de todos ellos. A partir de entonces, los orcos serían tratados como bestias enloquecidas siempre que un draenei se topase con ellos; acabarían con su vida rápida y clementemente pues, mientras no fueran conscientes de todo lo que habían hecho, los draenei morirían a toda costa.

Velen habría querido abandonar la ciudad, dejarla vacía antes de que los orcos descendieran sobre ella. Quería salvar a tantos draenei como pudiera. Pero Larohir, el inteligente general que había sustituido a Restalaan después de su reciente muerte en batalla, lo había convencido de que no iba a funcionar.

—Si hay un número insuficiente de draenei para asesinar —había dicho Larohir con voz suave y compasiva pero, sin embargo, dura como el acero— entonces el deseo que los consume ni siquiera se saciará de forma temporal. Seguirán hambrientos y captarán nuestro olor mientras esté fresco y lo rastrearán hasta encontrarnos. Hasta matarnos. Deben creer que nos han matado a la mayoría, con la intención de hacerles creer que... es cierto.

Velen lo miró horrorizado.

—¿Quieres que sacrifique a mi gente de forma intencionada?

—Todos excepto unos cuantos de nosotros sabemos que escapamos de Argus —dijo Larohir—. Lo recordamos. Recordamos lo que Kil'jaeden nos hizo, lo que pasó con nuestra gente. Moriríamos, mejor dicho, moriremos felices sabiendo que un puñado de los nuestros sobrevivirán incorruptos.

Velen bajó la cabeza con el corazón partido.

—Si los orcos creen que nos han matado a todos, a excepción de un puñado sin importancia, Kil'jaeden se dará por satisfecho. Se irá.

—Los orcos van a sufrir mucho —dijo Larohir, sin parecer disgustado. Después de lo que los orcos habían hecho a los draenei recientemente, Velen no podía culparlo.

—Que así sea. Y no tengo ninguna duda de que nos seguirán allá donde vayamos.

—Pero los métodos que utilizarán para seguir a unos cuantos de nosotros no serán los mismos si sospechan que todavía quedamos varios cientos vivos —dijo Larohir—. Es una ventaja para nosotros parecer tan dispersos e impotentes como sea posible.

Velen levantó la mirada hacia Larohir.

—Es fácil para ti hablar así. Pero la decisión no es tuya. Es mía. Yo seré quien diga: Tú, tú y tu familia vendrán conmigo y sobrevivirán. Pero tú, tú y tú, se quedarán atrás para que esos enloquecidos y endemoniados orcos los desgaren en pedazos y se unjan con su sangre.

Larohir no dijo nada. No había nada que decir.

Velen habló personalmente con cada uno de los suyos que habían sido elegidos para morir. Los había abrazado y bendecido; había recibido cosas que significaban algo para ellos y se había comprometido para que esas cosas, como mínimo, sobrevivieran. Estoico y sereno, había observado cómo aquellos que no eran ya más que muertos reparaban sus armaduras y afilaban sus espadas, como si el resultado de aquella batalla pudiera ponerse en cuestión. Y había visto, también, cómo partían cantando las canciones antiguas para encerrarse tras las murallas y esperar el momento en que una maza, hacha o lanza acabara con sus vidas.

Velen no podía ir con ellos. Tenía habilidades únicas y, si los draenei querían sobrevivir, él también tenía que hacerlo. Pero había utilizado el cristal para ver todos los momentos de la batalla y el dolor que sintió estaba cicatrizando y al mismo tiempo purificándolo. Ninguno de ellos habría muerto en vano.

Los orcos no conocían la Marisma de Zangar. Todavía no habían descubierto este lugar escondido y, si no fuera por Velen, ellos tampoco. Allí, las mejores mentes draenei seguirían buscando la forma de aprovechar las energías y de controlarlas para mantener a salvo a los pocos que habían sobrevivido. Allí se reagruparían y se recuperarían, sanarían, esperarían y rezarían para haber engañado, por fin, a Kil'jaeden el Impostor y escapado de su vista.

Los orcos habían capturado tres de las piedras, pero Velen todavía tenía cuatro: Sonrisa de la Fortuna, Ojo de la Tormenta, Escudo de los Naaru y, por supuesto, Canción de Espíritu. Y, aunque su vínculo con el naaru era tenue, estaba seguro de que K'ure seguía con vida.

El ascenso de la Horda

Aunque las lágrimas se deslizaban por su pálido rostro y caían sobre la superficie del cristal violeta, aunque lamentaba la completamente trágica pérdida de tantas vidas, Velen, el profeta de los draenei sintió una chispa de esperanza en su interior.



CAPÍTULO VEINTIUNO

*P*or aquel entonces, ya lo habíamos perdido todo. Habíamos abandonado la armonía y el equilibrio de nuestro mundo y, por lo tanto, los elementos nos habían abandonado a nosotros. Los demonios guardaban la entrada a Oshu'gun, separándonos así de los ancestros. Nuestros cuerpos físicos y nuestras almas se habían corrompido con la sangre que la mayoría de los orcos, en su alocada carrera tras el máximo poder y fuerza, habían bebido con mucho gusto. Y fue entonces, entonces... cuando nos hicimos todo esto a nosotros mismos bajo la «guía» de Gul'dan. Kil'jaeden nos abandonó, en lo que ha sido llamado el Tiempo Muerto.

Puede que no nos vuelva a visitar nunca más.

* * *

—¿Qué puedo hacer? —Gul'dan no podía creer que esas palabras estuvieran saliendo por su boca, pero estaba tan aterrorizado que ese consejo, o cualquier consejo, le parecía mejor que el enfermizo miedo con el que vivía.

Ner'zhul lo miró con desprecio.

—Fuiste tú el que tomaste esa decisión.

—¡Ni que eso te librara a ti de culpa! —dijo Gul'dan molesto.

—Por supuesto que no. Yo mismo tomé otras decisiones, por mi propio avance. Pero nunca me cargué el futuro de mi pueblo, o de mi mundo, por él. ¿Dónde está el poder que te prometieron, Gul'dan? El poder por el que vendiste a nuestra gente.

Gul'dan se giró, temblando. No existía tal poder y Ner'zhul lo sabía. Por eso sus palabras lo habían golpeado tan profundamente.

Lejos de premiar a su leal criado con gloria y divinidad, Kil'jaeden había desaparecido. Todo lo que quedaba de su presencia en este mundo eran los brujos y sus demonios, una Horda enloquecida y una tierra devastada.

No, pensó. Eso no era todo lo que quedaba.

Todavía quedaba el Consejo de la Sombra. Todavía quedaba Blackhand, la marioneta perfecta precisamente porque no se daba cuenta de que lo era. Y, aunque la Horda estaba ahora imbuida con la sangre de los demonios y anhelaban más la violencia y la destrucción que la comida y la bebida, no estaban fuera de su control. Como mínimo, no todavía.

Convocaría al Consejo en su hermoso Templo Oscuro. Sin duda, ellos también querrían encontrar la manera de salvar el poder que les quedaba.

Sí. Todavía quedaba el Consejo de la Sombra.

* * *

—La tierra está muerta —dijo Durotan en voz baja mientras, de pie, con su viejo amigo, inspeccionaba lo que una vez habían sido verdes prados y colinas. Durotan rayaba la tierra con su bota. Por debajo de la hierba amarillenta y muerta solo había arena fina como el polvo y rocas. El viento, que ya no encontraba la resistencia de los árboles, silbaba tras ellos.

Orgrim permaneció callado por un largo rato. Con la mirada le daba la razón a Durotan. Miró hacia el lecho del río, donde él y Durotan habían nadado en uno de sus muchos desafíos, y no vio ningún indicio de que el agua hubiera fluido alguna vez por él. La poca agua que quedaba en la tierra estaba muy sucia, llena de cadáveres de animales y sedimentos. Beberla suponía correr el riesgo de caer enfermo; no beberla suponía morir.

Sin agua, no había pastos. Aquí y allá había lugares que habían conseguido sobrevivir, como el bosque de Terokkar, solo los ancestros sabían cómo. Los orcos crecían cada vez más delgados porque, al no haber pastos, tampoco había manadas de animales. Durante los últimos tres años había visto más orcos muertos de hambruna y enfermedades que por las batallas contra los draenei.

—Algo más que la tierra está muerta —dijo Orgrim al fin. Su voz era dura y pesada. Se giró para mirar a la cara a Durotan—. ¿Cómo está la reserva de grano del clan Lobo Gélido?

Aunque para ellos su piel y la de Durotan era ya de color verde, en comparación con la de otros como Grom y Blackhand, todavía eran más marrones que verdes. Aun así, el daño ya estaba hecho. Durotan tenía la teoría de que eran los poderes de los brujos los que estaban haciendo esto a los orcos y a su mundo. Ciertamente, aquellos que habían bebido del líquido de Gul'dan habían adquirido un tono más vivo que los que no. *Extraño*, pensó Orgrim. Era irónico que, mientras que la tierra se volvía marrón en lugar de verde, los orcos se volvieran verdes en lugar de marrones.

Durotan arrugó la nariz.

—Nos han robado varios barriles durante los ataques.

—¿Qué clan?

—Mano Destrozada.

Orgrim asintió. El clan Lobo Gélido se estaba llevando la peor parte de la reciente oleada de ataques. Después de que la Horda hubiera tomado Shattrath, los avistamientos de draenei se habían reducido. Habían pasado más de seis meses desde que nadie informase de la presencia de ningún escurridizo ser de piel azul y mucho más desde la última muerte. Durotan había convertido al clan Lobo Gélido en un objetivo fácil al negarse a beber del cáliz la noche de la caída de Shattrath. E, incluso antes de ese día, su constante reticencia a atacar a los draenei no había pasado desapercibida. Ahora que los draenei, el único foco con el que los orcos podían saciar su sed de sangre, eran tan pocos y difíciles de encontrar, muchos pensaron que, de alguna manera, Durotan era el responsable. No importaba que fuera muy probable que los draenei hubieran sido cazados hasta su extinción ni que el objetivo inicial de borrarlos de la faz de la tierra se hubiera logrado.

—Les traeré un poco la próxima vez que venga a verte —dijo Orgrim.

—No aceptaré caridad.

—Si mi clan se encontrase en esta posición, seguro que me golpearías hasta dejarme casi sin sentido y empujarías la comida por mi garganta antes de dejar que la rechazase —dijo Orgrim.

Durotan se rio y se sorprendió de ser capaz de hacerlo. Orgrim también se rio. Por un momento se olvidaron de la tierra muerta que se extendía a su alrededor y del tono antinatural de su piel, era como si los horrores de los años anteriores no hubieran pasado.

Entonces la risa se desvaneció del rostro de Durotan y el presente volvió.

—Por el bien de los niños, lo aceptaré. —Giró la cabeza y volvió a mirar hacia el páramo que se extendía ante ellos. Nuevos nombres estaban apareciendo, nombres más duros, nombres más oscuros. La Ciudadela se conocía ahora como la Ciudadela del Fuego Infernal y toda la zona, como la Península del Fuego Infernal.

—Si no se hace nada para evitarlo, la destrucción de los draenei conllevará la destrucción de los orcos —dijo Durotan—. Nos estamos volviendo los unos contra los otros. Rebajándonos a robar comida de las bocas de los niños porque la tierra está tan destrozada que ya no nos puede alimentar. Los demonios que acompañan a los brujos pueden destruir y provocar tormento a sus víctimas, pero no pueden curar o dar de comer a los hambrientos.

Orgrim preguntó en voz baja:

—¿Ha intentado alguien contactar de nuevo con los elementos? —Tales actividades todavía estaban prohibidas, pero Orgrim sabía que la desesperación estaba provocando que algunos recordaran las viejas costumbres.

Durotan asintió.

—Ha sido un fracaso. Solo hemos recibido un silencio sepulcral como respuesta. Los demonios custodian Oshu'gun. No podemos encontrar ninguna esperanza allí.

—Entonces... estamos acabados —dijo en voz baja Orgrim. Mientras se levantaba, echó un vistazo a su martillo, que permanecía apoyado por el mango sobre su pierna. Se preguntó si la profecía del Martillo Maldito se estaba cumpliendo, si él era el último de su linaje. ¿Habría traído él la salvación y luego la condena a su pueblo mediante el uso de esta arma para conseguir la aniquilación de los draenei? ¿Y cómo podría utilizarlo ahora para hacer justicia?

Cuando todo estaba a punto de morir... ¿Cómo podía volver a cambiarse?

* * *

La voluntad de supervivencia era muy fuerte, pensó Gul'dan mientras se preparaba para dormir. Se había acostumbrado a dormir en el Templo Oscuro, en una habitación que había rediseñado específicamente para él. En ella, colocó de forma ritual todas las baratijas y las herramientas que necesitaba para dirigir adecuadamente a los demonios que invocaba: fragmentos de almas draenei, ciertas piedras para las criaturas más grandes, pociones que le ayudaban a aumentar su energía cuando desfallecía... También tenía cráneos y huesos y otros signos de la dominación. Ciertas hierbas ardían en quemadores, y sus penetrantes o dulces aromas le inducían visiones.

Ahora estaba mirando uno de esos frascos. Había encendido un pequeño fuego en un caldero y dejó que la madera se consumiera en brasas. Cantando en voz baja, Gul'dan echó las hojas secas en el fuego y se obligó a no toser mientras inspiraba el humo. Se fue a la cama, le gustaba pensar que tal vez se trataba de la misma en que dormía Velen cuando estaba en el templo, y se quedó rápidamente dormido.

Gul'dan soñó como no lo había vuelto a hacer desde la marcha de Kil'jaeden. Y, aunque la visión se desarrollaba en un lugar oscuro y extraño, sabía que era verdadera.

En su sueño aparecía un ser que parecía tener la forma de un orco, vestido con una capa negra que ocultaba su rostro. Era esbelto, incluso más que un orco hembra, pero de alguna manera Gul'dan notó inmediatamente que era un macho. Parecía tener una constitución delicada e irradiaba una gran sensación de poder, por lo que el desconocido impactó enormemente a Gul'dan. Un escalofrío lo sacudió. Cuando el desconocido habló en su mente, su voz era masculina, extrañamente agradable y muy convincente.

—Te sientes solo y a la deriva —le dijo.

Gul'dan asintió, mostrando prudencia y ansia al mismo tiempo.

—Kil'jaeden te prometió poder... fuerza... la divinidad. Cosas que tu mundo nunca ha visto —continuó diciendo la voz suave que provenía de una boca que se mantenía oculta bajo la sombra de su capucha. Las palabras acariciaban a Gul'dan, lo calmaban y asustaban a la vez. Pero se sintió más enfadado que asustado mientras hablaba.

—Me ha abandonado —dijo Gul'dan—. Nos utilizó hasta arruinar nuestro mundo y luego nos dejó aquí para morir con él. Si vienes de parte suya, entonces...

—No, no —lo tranquilizó el extraño con esa voz tan extrañamente convincente—. Vengo de parte de alguien mucho más importante. —Sus ojos brillaban en la profunda sombra de la capucha—. Vengo de parte de... su maestro.

A Gul'dan se le erizó la piel.

—¿De su... maestro?

Y se cayó de espaldas mientras su mente fue asaltada con diferentes imágenes: de Kil'jaeden, de Velen y de Archimonde, de cómo eran hace mucho tiempo. Vio cómo los seres conocidos como eredar se habían convertido en monstruos y semidioses, y sintió, sin llegar a verlo, una gran presencia detrás de todo esto.

—¡Sargerass!

Todavía no era capaz de ver el rostro del desconocido, pero Gul'dan sabía que estaba sonriendo.

—Sí. El que gobierna por encima de todo. Aquel al que servimos. Pronto te darás cuenta, Gul'dan, de que la destrucción y la inconsciencia son actos hermosos y puros. Esa es la dirección que todas las cosas deben tomar. Puedes oponerte a esto y ser destruido, o ayudarnos y ser recompensado.

Con cautela, todavía preocupado por esa figura encapuchada y sus tentadoras palabras, Gul'dan preguntó:

—¿Qué es lo que se me pide hacer?

—Tu gente se está muriendo —dijo la figura sin rodeos—. Ya no les queda nada en este mundo para destruir. No les queda nada para sobrevivir. Tienen que ir a otro lugar. Donde haya abundante comida y bebida, y una presa que valga la pena masacrar. Ahora los orcos están más ansiosos por encontrar eso que por la misma comida que los alimenta. Dale la sangre que necesitan.

Gul'dan cerró los ojos.

—Eso suena más a una recompensa que a una tarea que me haya sido asignada —dijo.

—Es las dos cosas a la vez... pero esa no es la única recompensa que te ofrece mi maestro. Dominas el Consejo de la Sombra, por lo que ya has probado el poder. Eres el brujo más grande que existe entre tu gente y sabes lo mucho que eso te reconforta. Ahora imagina si fueras un dios...

Gul'dan temblaba. Ya le habían prometido algo parecido antes pero, de alguna manera, sabía que este Sargerás era mucho más capaz de cumplir tan extravagantes promesas. Se imaginó extendiendo una mano y haciendo temblar la tierra, apretándola con fuerza hasta parar un corazón. Se imaginó los ojos de miles de orcos fijos sobre él y sus voces gritando salvajemente su nombre. Se imaginó gustos y sensaciones con los que no era ni capaz de soñar y entonces empezó a salivar.

—Tenemos un enemigo común —continuó el extraño—. A mí me gustaría verlos muertos. Y tú verías a tu pueblo saciado de masacre y asesinato. —Y entonces Gul'dan pudo ver una pequeña insinuación de sus rasgos faciales, una piel pálida y una boca de labios finos, rodeada por un bigote negro que se curvaba en una sonrisa—. Esta es una asociación que nos beneficiará a ambos.

—En efecto —dijo Gul'dan. Se dio cuenta de que se estaba moviendo hacia el desconocido como si algo lo atrajese hacia él, luego se detuvo y agregó:

»Pero no me puedo creer que esto sea todo lo que me pides.

El desconocido suspiró.

—Sargerás te dará todo esto y mucho más. Lo único es que... ahora se encuentra encarcelado. Necesita ayuda para escapar. Su cuerpo está atrapado en una tumba antigua, perdida bajo un turbio océano de oscuridad. Ansia su libertad, el poder que una vez fue suyo, de la misma forma que los orcos ansían el derramamiento de sangre y tú ansias el poder. Trae a tus orcos a este verde y virgen nuevo mundo. Dales carne tierna en la que puedan hundir sus hachas. Derrota a los habitantes de este lugar, fortalece a tu gente y con esta gran marea verde de guerreros únete a mí en la liberación de nuestro maestro. Su gratitud...

De nuevo la sonrisa socarrona, el destello de dientes blancos entre la barba. Y una vez más esa enorme sacudida de poder, mitigada solo por la voluntad del desconocido.

—... Bueno. Esto es mucho más grande de lo que puedas imaginar, Gul'dan.

Gul'dan lo consideró. Mientras pensaba, la imagen del extranjero cambiaba y se desvanecía. Gul'dan respiraba con dificultad mientras estaba en un hermoso prado y el viento alborotaba su pelo trenzado. Bestias que nunca antes había visto pastaban hasta saciarse. A lo largo del horizonte, se alzaban árboles saludables. Seres extraños, similares a los orcos, pero con la piel rosada y tan delgados como el desconocido se ocupaban de sus tierras y su ganado.

Perfecto.

La imagen cambió de nuevo. De repente, estaba bajo el agua, nadando hacia abajo; sus pulmones no ardían por la falta de aire a pesar de la profundidad. Las algas se mecían con la corriente, oscureciendo la visión, pero sin ocultar por completo unas columnas derrumbadas y una losa con una inscripción extraña, un poco erosionada por el tiempo y la

caricia incesante de agua. Le dio un escalofrío cuando comprendió que era allí donde estaba Sargeraz.

Libéralo de esta prisión y luego... luego...

Parecía una buena asociación. Cualquier cosa sería mejor que quedarse aquí, en este mundo, lo que significaría una muerte lenta. Una tierra hermosa, madura y lista para ser saqueada, que por sí sola convertía este negocio en algo que valía la pena. Y quedaba mucho, mucho más por llegar.

Miró extasiado al desconocido.

—Dime qué tengo que hacer.

Gul'dan despertó tendido en el suelo. Junto a él, sobre el frío suelo de piedra, había un pergamino, escrito con su propia letra, con las instrucciones. Lo leyó rápidamente: *Portal. Azeroth. Humanos.*

Medivh.

Gul'dan comenzó a sonreír.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

¿Puede algo ser una bendición y una maldición a la vez? ¿Una salvación y una condena? Algo así fue lo que le ocurrió a continuación a mi pueblo. Las energías demoniacas que fueron usadas tan libremente y sin tener ninguna consideración por el coste que suponían succionaron todo aquello sano y lleno de vida del mundo de Draenor. Kil'jaeden quería aumentar el número de orcos para que pudiéramos llegar a ser un ejército formidable y así lo había hecho, forzando el crecimiento de nuestros jóvenes y robándoles su infancia. Entonces, la población de orcos era mayor de lo que nunca antes había sido. Yo creo que es evidente, y así de claro lo fue también para los que vivieron aquellos terribles momentos, que de haber permanecido en Draenor nuestra raza, los orcos, hubiera perecido.

Pero, cómo nos fuimos... y por qué nos fuimos... este mundo todavía sangra por las heridas que le provocamos. Hago todo lo que puedo para curar estas heridas, sin dejar de proteger los intereses de esta nueva Horda que he formado, pero me pregunto si esas heridas se llegarán algún día a cerrar.

La supervivencia de mi gente: una bendición. Cómo la obtuvimos: una maldición.

* * *

Los miembros del Consejo de la Sombra se pusieron nerviosos, casi tan enfermos y preocupados como Gul'dan cuando Kil'jaeden lo abandonó. Pero ahora tenían una dirección. Gul'dan convocó al Consejo y compartió con ellos las palabras del misterioso desconocido que se hacía llamar a sí mismo Medivh. Les habló de los fértiles campos, del agua limpia, sana y brillante, y de los animales de caza. Y les contó aún más maravillas de los humanos, que eran suficientemente buenos guerreros como para ser considerados un desafío, pero que inevitablemente caerían ante el poder y la superioridad de la Horda.

—Agua, comida, matanza. Y poder para todos aquellos que ayuden a alcanzar este nuevo objetivo —dijo Gul'dan con una voz seductora, casi ronroneante. Los había evaluado correctamente. Sus ojos, algunos rojos y brillantes, otros todavía marrones e

intensos, se postraron en él y fue entonces cuando vislumbró esperanza... y codicia... en sus rostros.

El trabajo empezó.

Primero tenían que redirigir la atención de su hambrienta Horda. Gul'dan era consciente de que, con la disminución de los suministros de alimentos y la ardiente sed de violencia sin salida, los orcos habían empezado a atacarse los unos a los otros. Había ordenado a Blackhand que enviase decretos a todos los clanes pidiendo que sus mejores guerreros se enfrentaran en torneos públicos controlados, de forma individual o en grupos pequeños. Los ganadores recibirían alimentos del clan perdedor y un suministro de agua pura, así como el honor y la fama. Desesperados por algo, por cualquier cosa, que consiguiera mitigar el dolor de su doble apetito, de alimento y de sangre, los orcos respondieron positivamente ante esta sugerencia y Gul'dan se sintió aliviado. Medivh quería un ejército para atacar a los humanos. Y no lo tendría si los orcos se mataban los unos a los otros antes de la invasión.

Durotan continuaba dándole problemas. El líder del clan Lobo Gélido, probablemente envalentonado ante el hecho de que Gul'dan no lo liquidase la noche que atacaron Shattrath, había empezado a expresar lo que pensaba de forma pública. Condenó las batallas que habían vivido como vejatorias. Pidió una forma de tratar de sanar la tierra, más allá de seguir criticando a los brujos por ello. En otras palabras, estaba llegando demasiado cerca del límite y algunas veces incluso lo cruzaba.

Y, como siempre había pasado, algunos lo escucharon. Aunque el clan Lobo Gélido fue el único cuyo líder rechazó beber de la sangre de Mannoroth, otros orcos de menor grado también decidieron no hacerlo. Aquel que preocupaba más a Gul'dan era Orgrim Doomhammer. Él sí que podía llegar a ser un verdadero problema. Orgrim nunca había sentido mucha predilección por Blackhand; un día tendría que hacer algo para atajar ese sentimiento. Pero, por el momento, no se puso públicamente del lado de los Lobo Gélido y, de hecho, él era uno de los ganadores habituales en los campeonatos.

Las visiones continuaron. Medivh tenía una idea muy clara de lo que quería: un portal entre los dos mundos, uno que podría ser creado con el Consejo de la Sombra y sus brujos por un lado, y por Medivh y la magia que él controlaba por el otro.

No podían trabajar en secreto; el portal tendría que ser enorme para que pudiera pasar a través de él el ejército que Medivh quería. Además, la Horda se sentía derrotada. La emoción y el desafío de los campeonatos y la construcción de este portal tan ceremonial les darían algo en lo que estar concentrados.

Medivh estaba satisfecho con la idea. En una visión, asumió la forma de un pájaro negro que estaba posado en el brazo de Gul'dan. Clavaba sus garras en la carne del orco y sangre roja y negra corría a través de su piel verde; aun así, el dolor que sintió fue...

placentero. Había un pequeño trozo de papel enrollado alrededor de la pata del pájaro. En su visión, Gul'dan desenrollaba ese papel y contemplaba un diseño que lo dejaba sin respiración. Cuando se despertó, lo dibujó en un pergamino de gran tamaño.

Le echó un vistazo, sus ojos brillaban con expectación.

—Maravilloso —dijo.

* * *

—No entiendo tu disgusto —le dijo Orgrim un día mientras Durotan y él estaban sentados sobre sus monturas inspeccionando la construcción de aquello que Gul'dan llamaba el Portal. Allí donde Durotan mirase, había orcos trabajando. Los machos iban desnudos hasta la cintura, las mujeres prácticamente igual, y sus pieles verdes brillaban por el sudor bajo un sol que quemaba la tierra. Algunos de ellos coreaban rítmicos gritos de guerra mientras trabajaban, otros estaban concentrados y en silencio. El camino hacia la meseta discurría en una línea casi recta desde lo que empezaba a ser conocido como la Ciudadela del Fuego Infernal y estaba bien adoquinado para que este equipo de construcción pudiera desplazarse sin problemas.

Las formas de las cuatro grandes plataformas se basaban en diseños de los draenei. Esta ironía no se le escapó a Durotan. El diseño original había sido ligeramente modificado, coronado con las ahora familiares formas en pico y los bordes afilados que empezaban a caracterizar la arquitectura típica de los orcos. Pero Durotan recordaba cómo caminó por escaleras similares cuando era un orco joven y cómo volvió a subirlas otra vez con la intención de matar a todo aquel que se encontrase en su camino. Dos obeliscos apuntaban hacia el cielo como afiladas lanzas y una estatua de Gul'dan se asentaba sobre un tercero.

Pero la más imponente de todas las estructuras era otra que se situaba un poco por detrás de los otros tres obeliscos. Esta iba a ser el marco para el portal que Gul'dan seguía prometiendo que aparecería. Dos enormes bloques de piedra se alzaban hacia el aire y un tercero estaba colocado sobre ellos creando la más básica forma posible para una puerta. Se podían empezar a vislumbrar las esculturas que adornarían los bloques de piedra, formas de figuras encapuchadas a cada uno de los lados y una especie de serpiente arremolinada en el bloque superior.

—¿Acaso esto no es mejor que tenerlos que recibir en tu campamento y que maten a tus hermanos de clan? —continuó Orgrim.

Durotan asintió.

—Sí, de alguna forma —dijo—. Pero todavía no sabemos para qué *servirá* este portal.

Orgrim hizo un gesto hacia el paisaje marchito. La Península del Fuego Infernal era una de las zonas más dañadas de su mundo pero no era, ni de lejos, la única.

—¿Acaso eso importa? Sabemos para qué *sirve* un portal.

Durotan gruñó con un toque de diversión.

—Supongo que tienes razón en eso.

Sintió que Orgrim seguía mirándolo con sus ojos grises.

—Durotan... nunca he querido preguntarte esto, pero... ¿por qué le negaste a tu clan aquello que Gul'dan nos ofreció?

Durotan miró a su amigo y respondió a una pregunta con otra.

—¿Por qué no bebiste tú? —le dijo.

—Había algo... que no estaba bien —dijo Orgrim al final—. No me gustó lo que vi que hacía a los demás.

Durotan se encogió de hombros, esperando que su amigo no forzase la situación más.

—Tuviste el mismo presentimiento que yo.

—Me pregunto... —dijo Orgrim, pero no hizo más preguntas.

Durotan no creía necesario revelar lo que sabía. Se las había arreglado para proteger a su pueblo de los horrores que beber esa sangre demoniaca les hubiera traído. Se había reafirmado ante Gul'dan y, hasta el momento, no había habido repercusiones. Y Orgrim, por el que había rezado a los ancestros, había tenido la sabiduría suficiente como para darse cuenta de que había algo que no encajaba y también lo había rechazado. Por ahora eso era suficiente para Durotan, hijo de Garad, jefe del clan Lobo Gélido.

—Hoy me toca luchar —dijo Orgrim, cambiando de tema—. ¿Vendrás?

—Sé que no haces esto por la gloria, sino por tu clan —dijo Durotan—. Luchas para ganar comida y agua. Pero no voy a mostrar mi cara por estos... torneos. Los orcos no deberían luchar contra otros orcos. Ni siquiera en un combate ritual.

Orgrim suspiró.

—No has cambiado, Durotan. Siempre temiste que te derrotara.

Había una chispa de júbilo en su voz. Durotan se giró y por primera vez en muchos, muchos meses, sonrió con una genuina calidez.

* * *

El día había llegado.

Durante toda la noche, mientras que un anillo de brujos hacía guardia, no fuera que algún observador curioso fuera testigo del siniestro ritual, varios albañiles trabajaban duro para tallar el sello final de la base del portal. Una vez que hubieron terminado, mientras

limpiaban sus frentes sudorosas y se giraban para sonreír el uno al otro, fueron rápidamente asesinados. La sangre de aquellos que habían creado el sello lo nutriría, así había informado Medivh a Gul'dan que tenía que ser. Gul'dan no tenía ninguna razón para dudar de la sabiduría de su nuevo aliado. Sin embargo, los albañiles sin suerte no serían los últimos en morir allí.

El amanecer fue ardiente, en tonos carmesí y naranja, y el aire era espeso y rancio. Mientras que el portal había sido completado durante los últimos días, otras tareas se habían llevado a cabo también. Las máquinas de guerra que habían devastado Shattrath varios meses antes volvían a estar en servicio, reparadas, engrasadas y a prueba. Las armaduras que se habían descuidado estaban ahora pulidas, las espadas, afiladas de nuevo y las abolladuras en las corazas y yelmos habían sido eliminadas.

El gran ejército de los orcos que había diezmado de tal forma a los draenei estaba siendo reformado.

Gul'dan había pedido a algunos clanes que se quedaran atrás. Había hecho todo lo posible para convencer a los jefes de los clanes Mano Destrozada, Sombraluna, Señor del Trueno, Foso Sangrante y Riecráneos de que se les necesitaba allí. Grom y los Grito de Guerra habían sido particularmente difíciles de convencer. Por un momento, mientras su líder montaba en cólera con él, Gul'dan se preguntó si había hecho bien al dejar que Hellscream bebiera de la sangre del demonio. Más que la mayoría, Grom parecía tener muy poco control sobre sus emociones y, a pesar del tratamiento adulador que recibió de parte de Gul'dan por lo valioso que era para él y por lo mucho que lo necesitaba allí, era la furia salvaje de Grom y su imprevisibilidad las que hicieron que Gul'dan quisiera que se quedara atrás. No podía arriesgarse a que Grom tuviera una de sus ideas locas y desafiara los órdenes. Eso no sería del agrado de Medivh, no le gustaría nada en absoluto.

Blackhand había solicitado que toda la Horda se reuniera en la Ciudadela del Fuego Infernal. En los últimos días, bastantes de los que habían regresado a sus tierras ancestrales, el clan Lobo Gélido entre ellos, habían ido llegando a cuentagotas y acampaban en la zona. Habían obedecido la orden de armarse como si fueran a entrar en batalla, aunque muy pocos entendían exactamente lo que estaba pasando.

Se reunieron, un clan tras otro. Cada clan mostraba sus colores tradicionales en una faja decorativa o en el cinturón de su armadura, y ese huracanado y caliente día ondulaban sus estandartes con orgullo.

Gul'dan y Ner'zhul observaban cómo se reunían. Gul'dan se volvió hacia su antiguo mentor.

—Tú y tu clan serán de los que se quedarán atrás —le dijo secamente.

Ner'zhul asintió, casi tímidamente.

—Así lo esperaba —dijo. No había dicho gran cosa esos últimos días, lo que no suponía ningún problema para Gul'dan. Tenía ligeras sospechas de que el viejo orco intentaría arrebatarse el control después de que Kil'jaeden los abandonase pero, al parecer, Ner'zhul estaba demasiado deteriorado incluso para eso. Gul'dan pensó con desprecio sobre la época, no hace mucho tiempo, en que había idolatrado y envidiado a Ner'zhul. ¡Qué tonto había sido entonces! Había crecido y aprendido, incluso desde la amargura de la decepción. Aunque había momentos en que creía ver un débil atisbo de algo en los ojos de Ner'zhul, como ahora. Miró con atención hacia el otro orco y decidió que simplemente se trataba de un efecto óptico. Volvió su atención hacia la reunión de clanes y sonrió.

A pesar de que sus planes iban mucho más allá del simple derramamiento de sangre, no podía dejar de sentir conmoción por lo que veía. ¡Era tan glorioso! El sol abrasador se reflejaba en sus armaduras, sus estandartes ondeaban al viento, sus rostros verdes brillaban con expectación. Si todo era como Medivh había prometido, este podía ser el punto de inflexión hacia la grandeza.

Los tambores empezaron a sonar. Profunda y primitivamente, la vibración que producían pasaba a través de la tierra y la piedra hasta los mismos huesos de la Horda. Muchos de ellos inclinaron sus cabezas hacia atrás y aullaron mientras empezaban a marchar, un pie tras otro, una vez más como un pueblo unificado.

Gul'dan no hizo ningún ademán de tener prisa. Una vez que todos estuvieran reunidos en el Portal, otro brujo lo transportaría mágicamente allí. Disfrutaba viendo cómo su ejército desfilaba en el ancho y pavimentado camino hasta el Portal.

* * *

De pie, ante el Portal, esperaba un niño draenei.

¿Dónde lo habían encontrado? Durotan no había visto ni por asomo a ningún draenei durante los últimos meses; ni él ni nadie. Debían de haber considerado de muy buena suerte el haber encontrado a un draenei y mucho más al tratarse de una cría.

Estaba al frente de la multitud, junto al clan Señor del Trueno y Faucedraco. El Portal estaba terminado y parecía hermoso y aterrador al mismo tiempo. Dos figuras encapuchadas, cuyos ojos brillaban de color rojo gracias a la magia o a una tecnología avanzada, flanqueaban la apertura. Una criatura serpenteante había sido tallada en la parte superior, tenía las fauces abiertas y enseñaba sus afilados dientes. Extendía sus aguzadas garras de lagarto y tenía crestas sobre su largo cuello y cuerpo. Durotan nunca había visto algo como aquello y por un momento se preguntó cómo se les habría ocurrido tal imagen a los albañiles. ¿Se trataba de una pesadilla, quizás? Hizo una mueca. En definitiva, era una construcción formidable.

Pero solo certificó la habilidad que había supuesto su creación. Su mirada estaba fija en el joven draenei. Parecía tan terriblemente pequeño al lado de aquel gigantesco arco, pequeño, delgado y magullado. Miró con la expresión ausente al mar de orcos que estaban gritándole, estaba tan aterrado que seguramente no sentía nada.

—¿Qué es lo que van a hacer con él? —se preguntó Draka en voz alta.

Durotan negó con la cabeza.

—Me temo lo peor —dijo.

Ella lo miró.

—He visto algunos asesinatos de niños en batalla —dijo—. La sed de sangre poseía a sus asesinos; no podría aprobarlo, pero podía entender por qué había sucedido, ¡pero no puede ser que vayan a hacer un sacrificio ritual con este niño!

—Espero que estés en lo cierto —dijo Durotan, aunque no era capaz de ver ninguna otra razón a su presencia allí. Si este fuera el caso, no podría mantenerse al margen. No quería correr el riesgo de hacer daño a su clan, por lo que rezó para estar equivocado.

Los brujos estaban cantando algo y, ante el asombro de Durotan, Gul'dan apareció justo delante de ellos. La Horda murmuró y Gul'dan sonrió con benevolencia hacia ellos.

—¡Hoy es un día glorioso para los orcos! —exclamó—. Todos han visto cómo este Portal se construía, han admirado la destreza y la forma en que se erige un monumento por la gloria de la Horda. Ahora, les revelaré las visiones que he tenido.

Señaló la puerta.

—Lejos, muy lejos, en una tierra llamada Azeroth, tengo un aliado. Nos ha ofrecido su mundo. Es verde y exuberante, está lleno de agua pura y gordas criaturas de caza. Y lo mejor de todo, nos seguiremos regocijando en la gloria del derramamiento de sangre. Una raza llamada «humanos», el enemigo de nuestro aliado, intentará detenernos en nuestro avance para tomar sus tierras. Los destrozaremos. Su oscura sangre fluirá libremente por nuestras armas. De igual forma que hemos destruido a los draenei, ahora destruiremos a los humanos.

Unos vítores siguieron a su discurso. Draka sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Cómo pueden seguir sintiéndose de esa forma? ¿No son capaces de ver que esta nueva tierra sufrirá de igual forma que la nuestra si seguimos por este camino?

Durotan asintió afirmativamente.

—Pero, al mismo tiempo, no hay otra opción. Necesitamos comida y agua. Debemos cruzar ese Portal. —Draka suspiró, viendo la lógica en sus palabras, pero sin que le llegaran a gustar.

—Incluso ahora, nuestro aliado está trabajando para abrir el Portal por su lado. Y ahora empezaremos. —Hizo un gesto en dirección al pequeño draenei cautivo—. La

sangre es una ofrenda pura a los que nos dan estos amplios poderes. Y la sangre de un niño es todavía más pura. Con el fluido vital de nuestros enemigos, abriremos el Portal y caminaremos hacia un nuevo y glorioso mundo, ¡hacia una nueva página en la historia de la Horda!

Se acercó al niño atado, que lo miraba con los ojos vacíos. Gul'dan levantó una daga decorada con piedras preciosas. El sol se reflejaba en ella.

—*¡No!*

La palabra salió de los labios de Durotan. Todo el mundo se giró para mirarlo. Comenzó a avanzar hacia delante. Si esta nueva empresa iba a estar precedida por la sangre de un niño inocente, nada bueno les acontecería en ella. No había dado más de tres pasos antes de ser placado y derribado con fuerza sobre la tierra quemada por el sol. Después de que esto pasara, oyó el profundo grito de guerra de Draka y el sonido del metal contra el metal mientras ella cargaba. Se desató el caos. Se levantó con gran dificultad y vio la arrugada forma del niño. Sangre azul brotaba de su garganta rebanada.

—Gul'dan, ¿qué nos has hecho? —gritó Durotan, pero su protesta se perdió en el rugido de la enfurecida muchedumbre de orcos. Los Lobo Gélido habían entrado en acción para defender a su jefe de clan y los gritos de la batalla eran casi ensordecedores. A Durotan se le cortó la respiración cuando su atacante, de un clan que no llegó a reconocer, lo atacó. En su defensa, Durotan levantó su hacha y la empezó a balancear sobre él. El otro la esquivó, moviéndose más rápido de lo que Durotan esperaba, se levantó y...

El tenor de los gritos cambió abruptamente cuando la tierra retumbó bajo sus pies y un profundo y penetrante sonido los estremeció hasta los huesos. El combate paró y todos los orcos se giraron a la vez para mirar hacia el Portal. Unos momentos antes, mirando en dirección a la zona delimitada por los pilares, se podía contemplar una panorámica de la Península del Fuego Infernal. En aquel momento, se había formado una especie de remolino negro con estrellas; era como si estuvieras mirando enfermo, intoxicado, el cielo nocturno. Hasta Durotan se quedó absorto en la visión. Mientras la miraba, la oscuridad brillante se transformó en una imagen que lo asustaba y dejaba perplejo al mismo tiempo.

Gul'dan les había hablado de una tierra preciosa, rica, con gordas bestias de caza, campos fértiles y cielos azules. Sin lugar a duda, Durotan estaba mirando un lugar como el que no había visto nunca, pero estaba muy lejos de la idílica visión que Gul'dan les había descrito. Era un lugar tan húmedo como Draenor era árido en aquellos momentos, una espesa neblina flotaba sobre aguas salinas y balanceantes hierbas pantanosas. Un zumbido retumbaba por el lugar. Al menos, pensó Durotan, había vida en ese lugar extraño.

Murmullos descontentos empezaron a sonar entre la multitud. ¿*Este* era el lugar donde Gul'dan quería enviarlos? A primera vista, no era mucho mejor que su propia tierra. Pero, de nuevo, Durotan se dio cuenta de que el agua significa vida. El cielo no era azul,

sino naranja, y su húmeda y encharcada tierra, aunque sin flores y prados, podría albergar y sustentar la vida.

Se giró para mirar a Gul'dan mientras los murmullos aumentaban de volumen. Gul'dan estaba, obviamente, tratando de fingir su propia sorpresa. Movía los brazos pidiendo silencio.

—¡Azeroth es un mundo muy grande, como lo es el nuestro! —gritó—. Ya saben lo diferente que puede llegar a ser nuestro mundo de un lugar a otro. Estoy seguro de que es de igual forma aquí. Este lugar... no parece tan atractivo como lo era... —su voz se iba apagando a medida que se extendía y sacudió la cabeza intentando recuperar la compostura—. ¡Pero contemplen, *es* realmente otro mundo! ¡Es real! ¡Ustedes!

Gul'dan señaló a dos docenas de orcos completamente armados que esperaban junto al Portal. Se cuadraron atentamente.

—Han sido escogidos como los primeros para investigar este nuevo mundo. ¡Pónganse en marcha, en nombre de la Horda!

Los orcos vacilaron solo durante un instante, luego forzosamente corrieron hacia el Portal.

La escena que se veía a través de él se desvaneció.

Durotan giró la cabeza para poder ver la expresión de Gul'dan. El brujo estaba haciendo todo lo que podía para ocultar su sorpresa, pero estaba claramente nervioso.

—Son nuestros exploradores —dijo Gul'dan—. Volverán con noticias sobre este nuevo mundo.

Y, antes de que los orcos allí congregados pudieran empezar a sentirse preocupados, la imagen pantanosa reapareció y vieron a los orcos apresurándose a cruzar a través de ella. Todos mostraban una sonrisa de oreja a oreja. Más de la mitad de ellos portaban los cadáveres de grandes animales. Uno era un reptil o algo parecido, con escamas, una cola larga, patas cortas y unas mandíbulas enormes. Otro era una bestia peluda de cuatro patas, *acabadas* las cuatro en garras, una cola larga, pequeñas y redondas orejas y manchas negras en su frondoso pelaje amarillo. Ambos eran especímenes obviamente sanos.

—Hemos asesinado y hemos comido de ambas criaturas —dijo el líder de los exploradores—. Su carne es saludable. El agua aquí es pura. No necesitamos una tierra bonita. Necesitamos una que nos alimente y sostenga. Este Azeroth lo hará admirablemente, Gul'dan.

Un murmullo cruzó la multitud. Muy a su pesar, sintió que su mirada se desviaba hacia las bestias que los exploradores habían traído y que su estómago empezaba a rugir. Habían pasado dos días desde la última vez que había comido.

Gul'dan se veía visiblemente relajado. Miró a Durotan y entrecerró los ojos. Durotan notó un sabor intenso y amargo de aprensión en su garganta.

Él y su clan eran necesarios, Durotan lo sabía. Pero también sabía que su intento de defensa del niño y la reacción que había provocado entre los otros clanes, muchos de los cuales habían acudido en ayuda del clan Lobo Gélido, no serían olvidados. Tenía ligeras sospechas de que Gul'dan ordenaría su ejecución o destierro, pero aparentemente los Lobo Gélido todavía eran de cierta utilidad para Gul'dan y Blackhand.

Que así fuera. Por el momento, iba a luchar junto a sus hermanos. Mañana tendría que cuidar de sí mismo. Cualquiera que fueran sus miedos, Durotan sabía que moriría con su honor intacto.

Gul'dan miró hacia la multitud de orcos expectantes y respiró hondo.

—Este es un momento del destino —dijo—. Al otro lado, nos espera un nuevo comienzo. Un nuevo enemigo para masacrar. Lo sienten, ¿no es así? ¿Sienten cómo la sed de sangre aumenta? ¡Sigán a Blackhand! ¡Escuchen sus órdenes y dominarán este nuevo mundo *como les corresponde por derecho!* ¡El mundo al otro lado del Portal es suyo! ¡Tómenlo!

Los gritos eran ensordecedores. La multitud avanzaba hacia el Portal. Incluso Durotan se vio envuelto en la emoción general por el nuevo mundo, tan exuberante, tan maduro, listo para ser tomado. Quizás sus preocupaciones estaban fuera de lugar; quizás este sí que era un nuevo comienzo. Durotan quería a su clan y amaba a su gente. Quería verlos prosperar. Y él, de igual forma que todos los orcos a partir de ese momento, se deleitó en la matanza.

Quizás todo saldría bien.

Con su hacha en la mano y la esperanza floreciendo en su corazón, Durotan se unió a la carrera hacia el Portal, hacia ese mundo llamado Azeroth. Levantó sus brazos y exclamó el grito que estaba en los labios de cada uno de los orcos mientras avanzaban hacia delante:

—*¡Por la Horda!*



EPÍLOGO

Y así empezó la historia de nuestro pueblo en este mundo, Azeroth. Llegamos a través del Portal como una tormenta de muerte, como un torrente de asesinos ansiosos de sangre en busca de masacre. No es de extrañar que los humanos nos odien tanto y que muchos de ellos sigan haciéndolo. Pero quizás esta historia que aquí he contado sea un día leída por humanos, incluso por gnomos y enanos. Quizás sean capaces de entender un poco mejor que nosotros también sabemos lo que es el sufrimiento y ser las víctimas.

Las sospechas que tenía mi padre de que el exilio de él y de todo su clan ya había sido decidido resultaron ser ciertas. Fue poco después de que el clan Lobo Gélido entrase en Azeroth que Gul'dan decidió exiliarlos. Les forzaron a levantar sus casas en las duras montañas de Alterac. Los lobos blancos que todavía cazan en este lugar son descendientes de aquellos que siguieron a mi clan a través del Portal y cuya lealtad no se vio influenciada por las palabras de aquel que tanto rencor les guardaba.

Cuando nací, mi padre llegó a la conclusión de que tenía que explicar a los otros orcos todo lo que sabía sobre lo que les habían hecho. Se acercó a su viejo amigo, Orgrim Doomhammer y, a pesar de su confianza y alianza con él, mi padre no evitó que lo asesinaran a traición. Cuando me convertí en un adulto, entablé amistad con Orgrim, como mi padre había hecho antes; y así fue como yo hice realidad la profecía del Martillo Maldito.

En su honor, llamamos a esta tierra Durotar y a su más imponente ciudad, Orgrimmar. Tengo la esperanza de que...

* * *

—¡Jefe de Guerra! —La profunda y áspera voz pertenecía a Eitrigg.

Thrall se detuvo a mitad de frase, levantando la pluma para que no gotease sobre el pergamino.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó al anciano orco, uno de sus consejeros de mayor confianza.

—Le traigo noticias... noticias sobre la Alianza. Uno de nuestros informantes ha descubierto algo e insiste en que usted debe saberlo.

A Thrall no le gustaba el concepto «espía»; no obstante, disponía de unos cuantos, de ellos, pues estaba seguro de que Jaina Proudmoore tenía espías en sus tierras. Era de esperar, y a menudo eran útiles. Pocas veces alguno de sus informadores insistía de esa manera en verlo. Sin lugar a duda, tenía que estar pasando algo importante.

—Haz que entre, y déjanos a solas —le dijo. Eitrigg asintió y, un momento después, un pequeño, esquelético y anodino humano entró. Parecía exhausto, desnutrido y aterrado.

Sin pensarlo, Thrall se alzó mostrando su imponente figura ante él, entonces se dio cuenta de que podía estar intimidando al humano.

—¿Quieres fruta o algo de beber? —le preguntó, manteniendo su tono de voz gentil.

El espía negó con la cabeza, luego cambió de opinión.

—A... agua, por favor —dijo con una voz completamente rota. El Jefe de Guerra sirvió una copa y se la entregó al humano, que bebió apresuradamente. Luego, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Muchas gracias, Jefe de Guerra —dijo el espía, ahora un poco más calmado.

—Tus noticias —dijo Thrall.

El hombre empalideció. Thrall suspiró para sus adentros. Nunca hubiese sido tan brutal, o estúpido, como para matar a un mensajero por traer malas noticias. Si se comportase de esa forma nadie querría servirle como mensajero. Sonrió de una forma que, esperaba, fuera tranquilizadora.

—No temas. Tus noticias, buenas o malas, serán bienvenidas si me ayudan a proteger a mi pueblo —le dijo.

El hombre parecía un poco menos angustiado. Respiró hondo.

—Mi señor —dijo. Vaciló por un momento, luego continuó con un tono grave—. Los draenei han llegado a Azeroth.

Thrall se quedó perplejo. Intercambió miradas con Eitrigg, que se encogió de hombros.

—Algunos draenei llevan años en Azeroth —dijo—. Son los conocidos como los perdidos. Sabemos de su existencia. No es algo nuevo, amigo mío.

El hombre parecía afligido.

—No lo entiendes —dijo con urgencia—. No me refiero a esas patéticas criaturas... *¡draenei!* En... en una nave. Desde los cielos. Se estrelló como una roca infernal hace dos noches.

Thrall respiró hondo. A nadie le había pasado por alto ese extraño objeto en el cielo nocturno, parecía una estrella chocando con la tierra. Entonces... no había sido una estrella, ni siquiera un infernal. Había sido una nave...

El hombre seguía hablando.

—Proudmoore se ha comprometido a ayudarlos. Hay uno entre ellos, pálido, noble, con una presencia imponente, a pesar de que no parece físicamente fuerte. Lo llaman Velen.

Thrall lo miró fijamente. *¿Los draenei? ¿Velen el Profeta? ¿Aquí?*

Se hundió lentamente en su silla mientras todo el significado de aquellas palabras lo golpeaba.

El peor enemigo que los orcos nunca habían tenido había llegado a Azeroth. Habían sido acogidos por la Alianza.

¿Cómo podría conseguir ahora mantener la paz entre la Alianza y la Horda?

—Ancestros, sálvennos —susurró Thrall.

